CAMPUS GAMES BOOK #2

SPIN THE BOTTLE

STEPHANIE ALVES

BOTTLE

Índice

Sinopsis
Playlist
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo
Stephanie Alves

CD'S

SPIN THE

BOTTLE

Sinopsis

Gira la botella para decidir tu destino

LEILA

Tengo reglas. ¿Citas? Fuera de cuestión. ¿Aventuras de una noche? Esa es mi especialidad. Es decir, hasta que un juego inesperado de girar la botella me deja cara a cara con Aiden Pierce, el capitán del equipo de baloncesto de Redfield. Es cautivador, talentoso y persistente, y poco a poco va desmantelando mis defensas hasta que llegamos a un acuerdo. Sin ataduras y en absoluto secreto. Se suponía que sería sencillo, pero cuanto más tiempo paso con él, más difícil se vuelve recordar por qué no podemos estar juntos.

AIDEN

Esto nunca fue parte del plan. Leila Pérez es tentadora, asertiva e inalcanzable. Y después de una noche caliente que se ha grabado en mi mente, dejándome con ganas de más, llegamos a un acuerdo.

Mantenerlo físico y nada de sentimientos. Pero cuanto más la veo, más se profundiza mi deseo por ella, incluso cuando sus dudas intentan alejarme.

Estoy decidido a demostrarle lo bien que podemos estar juntos, si tan solo se animara.

Solo hay un problema: le estoy ocultando algo que amenaza con desmantelar todo lo que hemos construido.

STEPHANIE ALVES | CAMPUS GAMES #2

CDiS

SPIN THE

BOTTLE

Esto es para todas mis niñas grandes que piensan que no merecen amor.
Lo mereces, mierda.

CDiS

BOTTLE

Playlist

GORGEOUS - Taylor Swift

DISTRACTION - Kehlani

BUTTONS - The Pussycat Dolls

BETTER - Khalid

NASTY - Ariana Grande

JUST FRIENDS - Why Don't We

NO STRINGS ATTACHED - B Monae

COME THRU - Summer Walker ft Usher

HONESTY - Pink Sweat$

BOYFRIEND - Ariana Grande, Social House

JUST MY TYPE -The Vamps

GOODNIGHT N GO - Ariana Grande

BIRTHDAY SEX - Jeremih

CLOSE - Nick Jonas ft Tove Lo

TOUCH IT - Ariana Grande

GET YOU - Daniel Caesar, Kali Uchis

SWAP IT OUT - Justin Bieber

SPIN THE

Capítulo 1

LEILA

COMIENZA EL JUEGO

Por mucho que me guste un hombre de rodillas, esto no es exactamente lo que tenía en mente.

Sus gruñidos me hacen estremecer al ver el líquido verde que gotea de su chaqueta. Me llevo la mano a la boca y se me abren los ojos al ver las consecuencias de mi mala decisión de anoche.

—Lo siento mucho. —Me agacho, extendiendo una mano al hombre en el suelo, maldiciéndome a mí, al mundo y a los batidos.

Me sacude la mano y me mira con el ceño fruncido.

—Déjalo —dice, sacudiendo la bebida derramada de su camiseta—. Me levantaré solo. —Se levanta del suelo, mirándose la camiseta empapada.

—Lo siento mucho. —Intento suavizar la situación, pero la forma en que me frunce el ceño me hace saber que nada de lo que haga podrá rectificar esto, especialmente cuando me maldice antes de marcharse.

—¿Qué acaba de pasar? —Oigo la voz de Rosie procedente de mi teléfono, aferrado en la mano a mi lado.

Me lo acerco a la oreja y exhalo, dejando que se me cierren los ojos.

—Soy un desastre esta mañana.

—Ponme al corriente —dice—. Oí un montón de gruñidos y maldiciones.

La bebida derramada en el suelo me arranca un suspiro mientras me dirijo hacia el aula.

—No miraba por dónde iba, eso es lo que pasó. —Dejo escapar un suspiro—. Choqué con un tipo; se cayó; me morí de vergüenza. Fin. —Suelto un suspiro—. Es la última vez que me enrollo en una fiesta. —Ella

CDiS

resopla por el otro lado, lo que hace que mis labios se crispen—. Bien, es la última vez que salgo tan tarde —rectifico.

—¿Con quién te fuiste?

Me muerdo el labio inferior.

—Algún deportista.

—Bonito nombre —reflexiona—. Suena bien.

Suelto una carcajada. Si me hubiera escapado un poco antes, no estaría en este problema.

—No me puedo creer que se me haya olvidado encender el despertador. —Camino un poco más rápido, apartando el teléfono de mi oreja para comprobar la hora—. Ahora llego tarde y he perdido mi batido verde.

—¿Vas tarde y todavía fuiste por un batido?

—Necesito toda la energía que pueda conseguir si voy a aburrirme como una ostra durante una hora.

Se ríe.

—Qué dramática. ¿Realmente es tan malo?

—Extremadamente —suspiro—. Recuérdame otra vez por qué no me he dado de baja.

—¿Tu madre te mataría? —ofrece.

Sí, claro. Bueno, no es como si mi madre no tuviera otra hija que prefiere, de todos modos.

—¿Y me importa porque?

—Porque aunque intentes que no te afecte, sabes que te importa lo que piensa.

Bueno, maldición. Otra vez tiene razón.

—¿Estás segura de que quieres seguir el camino de diseñadora? —bromeo—. Serías una buena terapeuta. —Mis hombros caen cuando veo la puerta a mi inminente aburrimiento.

—Claro que sí, pero entonces ¿quién te vestiría?

Suelto una risita y tomo el pomo de la puerta.

—Tengo que irme; estoy a punto de entrar.

—Diviértete.

No es probable.

CDiS

La línea se corta y me guardo el teléfono en el bolsillo. Se me corta la respiración antes de dar el paso, abrir la puerta y entrar. La sala se queda en silencio cuando más de 50 cabezas se giran para mirarme. Esto me da ganas de morirme.

Me miran como si me juzgaran. Con mi trabajo, uno pensaría que estoy acostumbrada a la atención, pero no es así.

Mi confianza flaquea un poco, el rugido de mi estómago es un indicio de la ansiedad que se está gestando en mi interior.

—Leila. Veo que no valoras mi tiempo —dice el profesor Wilson, haciendo que los focos se centren aún más en mí.

Trago saliva, parpadeo, me vuelvo a poner la máscara, contraigo los hombros y le sonrío.

—Lo siento, señor. No volverá a ocurrir.

—Lo dudo —dice una voz grave a mi derecha. Miro hacia abajo y veo a Jordan Wright sentado en la mesa más cercana a la puerta. Pero no me mira. Nunca lo hace.

La única persona a la que soporto en esta clase, es a Mia que casualmente está sentada cerca de él, me dedica una sonrisa y me llama. Tomo asiento a su lado y dejo la mochila en el suelo.

—¿Dónde estabas? —susurra, dándome un codazo en el hombro cuando el profesor se da la vuelta.

—Olvidé poner el despertador —digo encogiéndome de hombros.

Con una sonrisa en los labios, sacude la cabeza, probablemente sabiendo que hay más en la historia. Tendría razón.

—Tener un gran producto no siempre es el resultado final —continúa el profesor Wilson, haciendo que se me nublen los ojos—. El *marketing* es el punto central de cualquier empresa. Puedes tener el mejor producto del mundo, pero nadie lo sabrá si no lo comercializas.

Sí, ya lo he oído todo. Sería más fácil averiguar qué prefiero exactamente a los negocios, pero ahí está el problema. No sé lo que quiero. Siempre he admirado a mi padre dirigiendo un negocio. Me parecía genial cuando era más joven, pero luego mi madre me metió en el modelaje, y eso se convirtió en mi vida.

Dejó de empujarme al modelaje una vez que pasé la pubertad y gané muchos kilos de más que me hicieron inadecuada para el modelaje que ella

CDiS

quería. Modelar era divertido y me encantaba vestirme y posar para la cámara, así que no me rendí. Encontré una agencia de modelos de tallas grandes y desde entonces no he mirado atrás.

Pero para entonces, mi madre ya se había hecho a la idea de que no iría a ninguna parte si no adelgazaba, así que me impuso una carrera universitaria. No me importaba, podía hacer las dos cosas, pero el problema era que no sabía qué quería hacer una vez aquí, así que me decidí por algo de lo que ya tenía conocimientos. Negocios. Lástima que sea un aburrimiento.

—Los papeles que están al final de la mesa tienen la tarea —dice el profesor Wilson. Mia toma los papeles de su lado y nos da uno a Jordan y a mí. Le da uno al chico que está sentado a su lado, Toby… creo. Se pasa el pelo liso por detrás de la oreja y le sonríe cuando le entrega la tarea. La pequeña Mia está enamorada.

—¿Nuevo novio? —me burlo, bajando la voz para que solo ella me escuche.

Me mira.

—No es nada.

Me encojo de hombros.

—Puedo oler la tensión sexual desde aquí.

Me hace callar, se le escapa una pequeña risa mientras mete la tarea en su bolso.

Cuando se abre la puerta, todos giran la cabeza hacia el ruido.

Aiden Pierce.

Capitán de baloncesto de Redfield.

Crecí viendo baloncesto. Todos los domingos, cuando mi padre estaba en casa, nos sentábamos en el sofá a ver el partido mientras él me llevaba a escondidas unos alfajores de su camión de comida. Mi madre me habría dado una bofetada en la nuca si me hubiera encontrado comiéndolos.

Y cuando llegué aquí, la tradición seguía en pie. Aunque no podía estar con mi padre los domingos, seguía asistiendo a todos los partidos de baloncesto que podía, lo que significa que he visto jugar a Aiden. Mucho.

Y aunque no me guste admitirlo, es bueno, jodidamente bueno. Podría ser una ventaja porque el tipo es tan alto como el infierno, pero no lo es; tiene habilidad. Puedo apreciar eso.

CDiS

¿Pero de lo que no soy fan? De cómo todo el mundo lo trata como si fuera un Dios por aquí. Las chicas caen rendidas a sus pies, abanicándose cada vez que está cerca, y él se lo traga; claro que sí. Un tipo así puede conseguir a la chica que quiera con un chasquido de dedos.

—Aiden —suspira el profesor Wilson—. La clase empezó hace treinta minutos.

—Lo siento, señor —se disculpa encogiéndose de hombros—. Tuve entrenamiento temprano esta mañana. Se me pasó.

El profesor Wilson vuelve a suspirar y se da la vuelta.

Añádelo a la lista de cosas que no me gustan especialmente.

Recibe un trato especial.

—Ya hemos asignado tareas —dice el profesor Wilson—. Toma una de la mesa más cercana ti.

La mía.

Qué alegría.

Aiden se sienta junto a Jordan y toma el papel que Mia le entrega. Le guiña un ojo y se lo mete en el bolso.

—Esta mañana no hemos entrenado —susurra Jordan, lo que me hace aguzar el oído.

Aiden sonríe.

—Él no lo sabe.

Un mentiroso también. Cómo sigue ampliándose la lista. Se me escapa una burla antes de que pueda detenerla, lo que hace que tanto Jordan como Aiden se giren para mirarme. Me arde la piel al ver sus ojos azules clavados en los míos. No es justo. No puede ser alto, talentoso y atractivo. Elige uno.

Sus cejas se levantan cuando me ve.

Dado que nuestros mejores amigos están saliendo, cabría esperar que nos hubiéramos conocido antes, pero eso aún no ha ocurrido.

La comisura de sus labios se inclina hacia arriba en una mueca, lo que hace que mis ojos se desvíen hacia ellos. Buenos labios también. *Idiota.*

—Leila Pérez.

Mi nombre en sus labios hace que la cabeza me dé vueltas. Levanto una ceja.

—¿Te conozco?

Se ríe, colocándose la gorra en la cabeza.

CDiS

—Eres amiga de Rosie, ¿verdad?

—Sí.

Sonríe, inclinándose sobre la mesa.

—Me ha hablado de ti —ofrece.

Asiento con la cabeza.

—Por desgracia, no puedo decir lo mismo.

Se ríe, lo que me hace mirarlo.

—¿A qué viene esa hostilidad? ¿Hice algo malo?

Parpadeo.

—Lo siento. ¿Querías que me arrodillara y me inclinara ante ti?

Su lengua se desliza por su labio inferior y suelta una carcajada.

—Bueno…

Pongo los ojos en blanco.

—Olvídalo.

—La tarea debe entregarse dentro de dos semanas —dice el profesor Wilson—. Espero que todos ustedes hagan su mayor esfuerzo en el trabajo. Se acabó la clase.

Gracias a Dios. Agarro mi bolso, meto las hojas dentro y empujo la puerta para abrirla. Agarro el teléfono para reunirme con Rosie, pero una voz familiar y molesta me detiene.

—Me has estado evitando.

Levanto la cabeza y veo a mi compañera de piso del infierno de pie frente a mí, con los brazos cruzados mientras me mira.

La falta de mi batido me está pasando factura. No tengo energía para lidiar con esto hoy.

—He estado ocupada.

—Tus plantas están todas muertas —afirma, haciendo que mi corazón se rompa un poco—. No has venido en toda la semana, y no son mías para cuidarlas. ¿Dónde demonios has estado durmiendo?

—Con amigos.

Su cara se contorsiona, con el juicio y el disgusto pintados por todas partes.

—¿Acostándote con cualquiera por una cama? ¿En serio?

Habría pensado que ya estaría acostumbrada a que me juzgara cuando ya me ha dicho cosas mucho más degradantes, pero el shock sigue ahí.

CDiS

—No tengo tiempo para esto. —Trato de empujarla, pero me detiene.

—Si no vas a volver, necesito tu habitación.

—¿Para qué?

Se encoge de hombros.

—Para mis cosas. Es difícil vivir de una sola cómoda.

Contengo el impulso de poner los ojos en blanco.

—Oh, la farsa.

—Y tu ropa ocupa mucho espacio —enfatiza, dándome ganas de darle un puñetazo. Solo un poco. Bueno, mucho—. ¿Puedes hacerlo?

—¿Hacer qué? —Ni siquiera sé de qué está hablando; solo quiero deshacerme de ella.

—Mudarte.

¿Mudarme? Dios sabe que quiero, pero pago por esa habitación. De acuerdo, apenas la uso, pero no puedo quedarme en casa de Gabi y Madi para siempre.

—¿Y dónde voy a ir, Tiffany?

Se encoge de hombros.

—Con esos amigos tuyos. O podrías pedir una transferencia.

—Créeme. Lo he intentado. —Nadie quiere cambiar, y no quedan habitaciones disponibles, lo que significa que o me mudo o me quedo con ella.

—No me importa lo que hagas; solo hazlo. Sinceramente, cuanto más rápido sea, mejor.

Como si eso fuera una opción.

—Me tengo que ir. —La empujo y saco mi teléfono, enviando mensajes a las chicas. Supongo que tengo que encontrar un nuevo lugar para quedarme.

CDiS

Capítulo 2

AIDEN

CONOZCO TU SECRETO

No hay nada que eche de menos de Texas. Siempre hace demasiado calor, hay demasiados insectos y, oh sí, mi familia vive allí.

Durante dieciocho años, he querido escapar de ese infierno, y ahora que lo he hecho, nada en mi cuerpo echa de menos mi hogar. Odiaba estar allí.

¿Pero aquí? Soy una persona completamente diferente. Soy alguien. Aunque sé quién soy realmente, esta gente no. ¿Las chicas que me miran ahora? Todo lo que ven es mi buena apariencia y mis habilidades en la cancha. No ven más allá de la imagen que me he esforzado tanto en mantener. *Me encanta.*

Levanto la barbilla hacia el grupo de chicas que pasan a mi lado, la pelirroja entre ellas no me quita el ojo hasta que sale de la habitación.

Jordan me da un codazo en el brazo y vuelve a centrar mi atención en la tarea que tengo entre manos.

—¿Puedes hablar de ello con Grayson? —me pregunta.

—Ya no lo hace —le digo, metiéndome la tarea en el bolso.

Se para en seco.

—Tienes que estar bromeando.

Me encojo de hombros y abro la puerta.

—Es clase de negocios. No es difícil. —Hace meses que Grayson dejó de hacer encargos. Aunque nunca he utilizado sus servicios, muchos de mis compañeros de equipo lo han hecho, y ahora que él ya no lo hace, tienen que trabajar de verdad por sus notas.

Se ríe.

—Para ti. No tengo tiempo para esta mierda. Tengo entrenamiento toda la semana.

CDiS

—¿El entrenador sigue tocándote las pelotas? —le pregunto, sabiendo muy bien que lo está haciendo. Jordan es bueno, pero puede distraerse. No puedo culpar al entrenador por querer que esté más preparado.

—Lo tienes fácil. —Sus ojos se entrecierran y suelta una carcajada—. Te trata con guantes de seda.

—Eso no es cierto. —Levanta las cejas y me encojo de hombros—. No te pongas celoso solo porque soy el mejor jugador del equipo —bromeo, atravesando las puertas que dan al patio.

Se burla.

—Mejor jugador, una mierda.

Suelto una carcajada. Puede que le esté tomando el pelo, pero trabajo duro para conseguir ese puesto. Ser capitán no es una broma ni un pasatiempo para mí. El baloncesto es mi prioridad número uno. Mi única prioridad. Así que aunque él no esté de acuerdo, lo conseguiré. Seré el mejor del equipo y me seleccionarán. Tiene que ocurrir; si no, no tengo nada más.

Levanta la barbilla.

—¿Quieres venir y jugar a algunos juegos?

—¿Seguro que quieres recibir otra paliza?

Se ríe.

—Que te jodan. Has tenido suerte.

—Bien. —Dejo escapar un suspiro, sacudiendo la cabeza—. No puedo. Tengo trabajo esta noche.

Se ríe, como si trabajar fuera una broma para él, y bien podría serlo.

—Amigo, vamos. Puedes salir de esto.

—No puedo.

Sus cejas se levantan, el humor cubre su expresión.

—¿Estás arruinado o algo así?

Se me revuelve el estómago cuando suelto una carcajada incómoda.

Me da una palmada en el hombro.

—Nos vemos en el entrenamiento. —Se aleja hacia la fraternidad donde vive, donde intenté entrar el primer año y me rechazaron, o renuncié. La logística aún está borrosa. Toda aquella noche está borrosa; lo único que recuerdo son cánticos y alcohol y una fila de coca delante de mí

CDiS

con mi nombre, viendo cómo los demás aspirantes esnifaban la fila, con enormes sonrisas en sus caras.

Pero había visto lo que podía hacerle a alguien cuando se le pasaba la euforia y se volvía adicto, enganchado, dependiente.

Cuando llego a mi casa, ya he revivido toda la noche en mi cabeza. Resoplo y me sacudo la imagen de la cabeza cuando escucho mi nombre. Parpadeo y veo a Grayson bajando de la moto con un ramo de flores en las manos, sin duda es para Rosie. Esa chica recibe más flores que los muertos, lo juro.

—¿Qué pasa?

—Te has quedado en blanco un segundo —aclara, con las cejas fruncidas, mirándome con preocupación.

Me paso una mano por la cara.

—Todo va bien —le digo, o quizá me lo digo a mí mismo. No lo sé.

—¿Trabajas esta noche?

Asiento con la cabeza.

—Tengo clase dentro de una hora, y luego voy directo allí.

Él asiente.

—¿Quieres que te recoja más tarde?

—No. —Me encojo de hombros—. Iré caminando.

—¿Seguro?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, Jesús, ve a ver a tu novia. Seguro que te está esperando desnuda en la cama —bromeo.

Pero a él no le hace gracia. Entorna los ojos hacia mí.

—No pienses en Rosie desnuda, imbécil.

Resoplo.

—Demasiado tarde. —Le estoy tomando el pelo. Rosalie es guapa, y mi mejor amigo definitivamente está de acuerdo, ya que está profundamente enamorado de ella, pero no significa nada para mí. Es demasiado pequeña y demasiado buena. Me gusta una chica que me mantenga alerta, alguien que juegue conmigo, que haga que valga la pena mi tiempo. Lástima que aún no la he encontrado.

Suelto una carcajada cuando me da la espalda y entra en casa. Lo sigo y me dirijo a la cocina para tomar un vaso de agua y bebérmelo.

CDiS

Mi teléfono zumba, haciéndome girar la cabeza hacia donde se enciende la pantalla sobre la encimera. Dejo el vaso detrás de mí y lo tomo, abriendo el texto.

Desconocido: *Conozco tu secreto.*

¿Qué mierda sucede? Enarco las cejas y mis ojos se clavan en la pantalla. Me dirijo hacia la puerta, la empujo y miro a mi alrededor… nada. No hay nadie.

Miro el teléfono que tengo en la mano, mis ojos recorren las palabras, leyéndolas una y otra vez en mi cabeza.

Solo se me ocurre un secreto.

Aiden: *¿Quién eres?*

En menos de treinta segundos, recibo otro mensaje, pero no hay nombre ni palabras, solo una foto.

Me arde la garganta ante la imagen que tengo delante.

¿Cómo carajo han conseguido esto?

Aiden: *¿Qué es lo que quieres?*

CDiS

Capítulo 3

LEILA

EXCOMPAÑEROS DE PISO

Los viernes sirven para una cosa.

Bueno, dos. Pero lo primero es sin duda estar con mis chicas. Apenas las veo durante la semana, entre las clases y las reuniones con mi agente, no queda mucho espacio para nada más que un baño y acostarse temprano.

¿Lo segundo?

Bueno…

Gabi se deja caer en la cama, apretando las manos bajo la barbilla, con sus ojos azules brillándome.

—¿Quieres ir a una fiesta?

Eso es lo segundo.

Nunca he rechazado una fiesta, al contrario que Madeline, que echa la cabeza hacia atrás y gime.

—¿Cuándo? —pregunto, tratando de no reírme al ver que Madi me lanza una mirada fulminante.

—Mañana. En casa de Grayson.

Madi sacude la cabeza.

—Tengo que estudiar.

Gabriella gira el cuerpo, mirando a Madi, que está sentada en el sofá rosa de Rosie.

—Has estado estudiando toda la semana —objeta—. Es sábado. Relájate, mujer.

Entorna los ojos hacia Gabi.

—Tengo una misión.

Gabi levanta los pies y se sienta en el borde de la cama. Miro a Rosie, que ya está sonriendo. Todos sabemos cómo va a terminar esto. Gabi suplica, Madi cede, Gabi gana.

CDiS

—Es una noche —le dice Gabi a su amiga—. Te prometo que nos iremos pronto.

Madeline se ríe.

—Los dos sabemos que eso es mentira. Si te quedas hasta tarde, yo también tendré que hacerlo. —Madi y Gabi se mudaron a un apartamento fuera del campus para su segundo año. Y conociendo a Gabi, o hará mucho ruido y despertará a Madeline de todos modos, o acabará desmayada en la fiesta.

—Esta vez te lo prometo —dice Gabi con determinación—. Saldremos a las dos.

—Doce —rebate Madi.

—¿Una? —transige Gabi. Madi la mira fijamente, reflexionando hasta que Gabi gime—. Vamos.

—Bien —dice Madi con los ojos en blanco, cediendo como todos sabíamos que haría. No podemos decirle que no a Gabi; es nuestra debilidad.

—Mierda, sí. —Gabi gira la cabeza—. ¿Quién más está? —Mira a Rosie.

—La fiesta es en casa de Grayson —señala encogiéndose de hombros—. Así que ahí estaré.

—¿Estás segura de que puedes pasar una noche sin tu novio? —Gabi se burla de ella.

—Está enamorada —responde Madi—. Déjala en paz, acosadora.

—Oye. —La cabeza de Gabi se dirige a Madi—. Así es como demuestro mi amor.

—Sé que no he estado mucho por aquí —responde Rosie—. Lo siento. Es que… —Sonríe, levantando un hombro en señal de disculpa—. Pasé tanto tiempo viendo a la gente enamorada y queriendo eso para mí, y ahora que tengo a Grayson, no quiero dejarlo nunca.

Sonrío a mi mejor amiga. Sé exactamente lo que quiere decir, querer estar cerca de esa persona todo el tiempo. Una vez creí estar enamorada, le di tanto de mí a esa persona, solo para que terminara siendo una mentira.

Gabi me mira con recelo, probablemente sabiendo lo que estoy pensando.

—Te apuntas, ¿verdad? —pregunta—. ¿Vienes?

CDiS

—Por supuesto. —Le lanzo una sonrisa, intentando olvidar todo lo que pasó en el instituto.

—Ya voy.

Ella sonríe.

—Sabía que me gustabas.

—Hablando de… —Mis ojos buscan los de Gabi y Madi, ambas miran hacia mí—. ¿Puedo quedarme otra vez?

—Por supuesto —dice Madi—. De todas formas, eres mejor compañera de piso que ésta. —Hace un gesto con la cabeza hacia Gabi.

—Retira lo dicho. —Gabi entrecierra los ojos y mira a Madeline, que sonríe. Ella sacude la cabeza, riéndose de la expresión de Gabi.

—En realidad —interviene Rosie—. Quería hablarte de eso.

—¿Sobre qué?

—Bueno, sé que no puedes cambiar de compañera de piso, pero ¿te gustaría mudarte aquí?

Parpadeo. ¿Mudarme aquí?

—¿Hablas en serio? —Ella asiente, una sonrisa se dibuja en sus labios. Mierda. Sería increíble, pero…—. ¿Adónde irías?

Se encoge de hombros, acomodándose el pelo rubio detrás de la oreja.

—Estaba pensando en mudarme con Grayson.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿En serio?

—Amarrada —canta Gabi.

Ella sacude la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—Sí —asiente—. Prácticamente duermo allí todo el tiempo de todos modos, y él me lo ha pedido una o dos veces.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Y dijiste que sí?

—Todavía no. Pero si quieres este lugar, es tuyo.

Sonrío a mi mejor amiga desde el instituto.

—Me encantaría, pero no creo que pueda permitirme este sitio. —Sé que no puedo permitírmelo. Este apartamento es mil pies cuadrados de riqueza. El sofá en el que Madi está sentada probablemente cuesta más que todo lo que tengo. No hay forma de que pueda pagar este lugar.

Rosie se encoge de hombros.

CDiS

—Mi madre lo paga —aclara—. Ella nunca lo sabrá.

Miro a las chicas y sus expresiones lo dicen todo. *Hazlo*, gritan con los ojos. Miro a mi mejor amiga una vez más, reflexionando, sabiendo que todo en mí quiere decir que sí.

—¿Estás segura?

Ella asiente.

—Estoy muy segura. Todos ganamos, Leila, solo di que sí.

Resoplo con fuerza, incapaz de contener la sonrisa que se me dibuja en la cara.

—¿Ya no tengo que aguantar a Tiffany?

—Gracias a Dios —murmura Gabi—. Era un desastre. Lo supe desde el momento en que la vi.

—No puedes juzgar a alguien por su aspecto —dice Madi—. Podría haber sido una chica muy agradable.

Gabi se encoge de hombros.

—Pero no lo es —afirma—. Dijo que la única razón por la que soy bisexual es porque soy una puta. —Maldita sea. No lo sabía—. Parece malvada y es malvada.

Tiffany es una de las peores personas con las que he tenido el disgusto de estar. Me juzga y no respeta mi espacio personal. Y ahora, escuchar que ofendió a mi amiga… Le debo mucho a Rosie por haber terminado con ella.

—¿Y no la abofeteaste? —pregunta Madi, levantando las cejas.

Gabriella se pasa el pelo castaño por detrás de los hombros y suelta un suspiro.

—No merece la pena. La gente va a decir lo que quiera, haga lo que haga. —Mira a Rosie, con una sonrisa en los labios—. Te vas a vivir con Grayson.

Todos notamos cómo Gabi parece querer cambiar de tema, así que Rosie sonríe, un rubor asomando en su pálida piel.

—Sí —exhala—. Lo hare.

Le doy un codazo.

—¿Cómo te sientes al respecto?

Suelta un suspiro, con una enorme sonrisa en la cara.

—Bien —asegura—. Estoy impaciente.

CDiS

Su teléfono suena a su lado y, por la sonrisa de su cara, ya puedo adivinar quién es.

—¿Es ese el amante? —pregunta Gabi.

Rosie levanta los ojos y se le escapa una carcajada.

—No lo llames así —la riñe, arrugando la nariz—. Pero sí. —Vuelve a bajar los ojos, escribiendo un mensaje—. ¿Quieren venir más tarde? —dice Rosie, levantando la cabeza para mirarnos.

—¿A casa de Grayson? —pregunta Madi.

Ella asiente.

—Podemos ver una película o algo, para celebrarlo.

—Bueno, como alguien me arrastra a una fiesta mañana, solo tengo hoy para estudiar. —Madi se disculpa—. No podré ir. Lo siento.

—Está bien —sede Rosie, mirando a Gabi—. ¿Y tú?

Ella sacude la cabeza.

—Práctica de baile —dice.

Rosie frunce el ceño, mirándome.

Se me escapa una carcajada.

—Claro, allí estaré. Solo tengo que recoger mis cosas de mi dormitorio antes.

Gabi suelta un bufido.

—Buena suerte tratando con ella.

No necesito suerte. Necesito resiliencia.

CDiS

Capítulo 4

AIDEN

NUEVOS COMPAÑEROS DE PISO

—Maldición, qué hermosa eres.

Me detengo en seco y el cubo de palomitas casi se derrama. Hay una respiración muy agitada y, sinceramente, no sé qué hacer.

Quiero decir, realmente no quiero entrar ahí y entrar en… lo que demonios estén haciendo, pero también quiero joderlos.

—Aiden está aquí —jadea Rosie. Niego con la cabeza, ahogando una carcajada.

—Está en el baño —escucho que responde Grayson—. Solo quiero besarte. Siento como si no te hubiera visto en tanto tiempo.

Gracias a Dios. Solo se están besando. Abro de un empujón las puertas del salón y oigo un arrastrar de pies. Veo cómo Rosie casi se sobresalta al escuchar abrirse la puerta.

Me acomodo entre ellos, coloco las palomitas en la mesa de cristal que tenemos delante y les rodeo los hombros con los brazos. Suelto un suspiro.

—¿Qué hacemos, compañeros? —les digo a mis dos compañeros de piso, porque resulta que Rosie se viene a vivir con nosotros.

Grayson me aparta el brazo y se levanta del sofá. No puedo contener la risa cuando me mira con el ceño fruncido.

—¿No podías darnos diez minutos más? —me pregunta, tirándome una almohada.

Se me escapa un bufido mientras tomo la almohada.

—Por favor. Los dos sabemos que habrías tardado más de diez minutos.

Sacude la cabeza y se ríe, sentándose al otro lado y tirando de Rosie hacia él. Esos dos han estado pegados el uno al lado del otro desde que se juntaron. Tengo que decir que me gusta ver feliz a Grayson. El tipo ni

CDiS

siquiera creía que fuera capaz de amar hace unos meses, y ahora míralo; parece un cachorro enamorado.

—¿Qué estamos viendo? —pregunto, tomando un puñado de palomitas del cubo.

Rosie me sonríe.

—*Un paseo para recordar*.

Grayson se ríe.

—¿Te quedas a ver la película? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Terminé mi entrenamiento, no tengo nada que hacer.

Sacude la cabeza.

—Buena suerte, hermano —dice con humor.

—¿Por qué?

—Es una película para chicas sobre una chica que se está muriendo.

—Mierda.

—Sí.

—Van a llorar.

Se ríe.

—Como he dicho. Buena suerte.

Vengo de una familia de hermanos. Dos hermanos mayores que definitivamente no veían comedias románticas. No tengo ni idea de cómo tratar a las chicas que lloran. Tomo otro puñado de palomitas y me las meto en la boca cuando suena la puerta. Grayson me mira y yo lo tomo como una señal.

Me dirijo hacia la puerta, agarro el picaporte y tiro de ella para abrirla. Mis cejas se levantan cuando veo a la misma chica de la clase de la semana pasada. Sus ojos se redondean al verme, y no sé qué significa eso exactamente. Le sonrío, esperando que me devuelva la sonrisa, pero no lo hace. Entorna un poco los ojos. No es la reacción a la que estoy acostumbrado.

—Leila. —Noto cómo sus ojos se abren de par en par al escuchar su nombre salir de mi boca—. ¿Me estás acosando? —bromeo.

Deja escapar un suspiro.

—Rosie me invitó.

CDiS

Me hace gracia que esta chica no parezca afectada por mí. Es extraño. A mí me gusta. Me lamo el labio inferior para ocultar la sonrisa que estoy esbozando. Actúa como si no supiera quién soy, pero yo sé que no es así. Sé que es mentira. Aquí todo el mundo sabe quién soy.

No solo eso, sino que tengo algo con esta chica. A Rosie se le ha escapado muchas veces lo obsesionada que está Leila con el baloncesto. Cómo va a todos mis partidos, nunca se pierde uno, aparentemente.

Parpadea y se apoya una mano en la cadera.

—¿Vas a dejarme entrar o solo montaras guardia en la puerta?

Una sonrisa se dibuja en mi cara, convirtiéndose en una carcajada.

—¿Tienes tantas ganas de entrar? —me burlo de ella y me encanta cómo se ilumina su cálida tez y sus mejillas se enrojecen, aunque sus ojos ardan de ira. Sigue siendo una lindura.

—Si esto es algún jueguecito al que juegas, no me interesa.

Maldita sea. Parece molesta.

—Bueno, mierda. —Me arreglo la gorra nerviosamente—. Esta no es exactamente la reacción a la que estoy acostumbrado.

Se encoge de hombros.

—Simplemente no soy fan tuya —dice.

—¿En serio? —Una sonrisa de satisfacción pinta mis labios—. Según tu amiga, vienes a todos mis partidos.

Cierra los ojos y maldice en voz baja. Cuando vuelve a abrir los ojos, el fuego recuperado está de nuevo en sus ojos.

—No te subas el ego —señala—. No voy por ti.

Me río y suelto un silbido bajo.

—Considera que se me ha subido el ego. —Le lanzo un guiño—. Cuanto más hablas, más me doy cuenta de lo obsesionada que estás conmigo.

No hay razón para dejar que la opinión de esta chica me afecte. Así que, no le gusto; gran jodido problema. No le gusto a mucha gente. No debería doler. Y no duele.

Se burla. Es lo más parecido a una risa que consigo de ella.

—Resulta que me gusta el baloncesto; no tiene nada que ver contigo.

Tarareo, cruzándome de brazos. Al menos le gusta el baloncesto. Mi tipo de chica.

CDiS

—Qué pena. —Sonrío, sin dejar de burlarme de ella—. Me encantaría mirar a las gradas y verte con un modelito lindo y unos pompones, gritando mi nombre.

Veo cómo se ruborizan sus mejillas y resisto las ganas de reírme. Ya le caigo mal. No debería darle más incentivos. Parpadea, cuadrando los hombros.

—Eso nunca ocurrirá.

Me encojo de hombros, pero antes de que pueda decir nada más, Rosie aparece a mi lado.

—Oh, hola —saluda—. Has venido.

—Y yo que pensaba que estabas aquí por mí —bromeo, poniéndome una mano en el pecho, fingiendo dolor.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Rosie.

Giro la cabeza para mirarla. Es tan pequeña que me duele el cuello.

—Me lo estoy pasando como nunca hablando con tu amiga. —Le sonrío, no parece convencida y se vuelve hacia Leila en busca de confirmación.

—Está acabando con mis ganas de vivir —dice secamente.

Cuanto más habla, más quiero salir con ella. Quiero llegar a conocerla. No sé por qué no parezco gustarle, ni me importa. Hay algo en ella que me intriga.

Rosie se ríe, entra en la casa y se dirige al salón. Yo entro y le tiendo la mano a Leila para que entre. Pasa por delante de mí y su cuerpo roza el mío. Mis labios se crispan cuando mira detrás de sus hombros y entrecierra los ojos cuando la sigo.

—¿Sacaste tus cosas? —pregunta Rosie una vez que están en la sala de estar.

—Sí —dice Leila, sentada junto a Rosie, abanicándose el largo pelo castaño a la espalda—. No mentía. Mis plantas estaban todas muertas.

—¿Cuánto tiempo las dejaste? —le pregunta Rosie.

Ella se encoge de hombros.

—¿Una semana? —Su cara se arruga con una mueca de dolor—. Simplemente no podía soportarla más.

—¿Mala compañera de piso? —pregunto, dejándome caer en el sofá junto a Grayson.

CDiS

Me mira con recelo durante un segundo.

—Sí —contesta—. Lo peor.

—Maldición. Eso apesta. —Noto cómo me habla sin hacer ningún comentario. Sin embargo—. ¿Es por eso que estás celebrando?

Sonríe, levantando un lado de los labios. Sigue siendo una sonrisa, ¿verdad? Eso cuenta.

—Estamos celebrando porque tienes una nueva compañera de cuarto.

No puedo evitar sonreír.

—¿Serías tú?

Pone los ojos en blanco.

—Me refiero a Rosalie.

—Claro —murmuro—. ¿Y dónde te dejará eso?

—Lejos de ti —responde ella.

Grayson me mira, dándose cuenta de que me está tomando el pelo.

—¿Se conocen de antes?

—Estamos en la misma clase. —Me encojo de hombros—. Seguro que nos conocemos hace mucho.

Sus cejas se levantan.

—No si yo tengo algo que ver. Probablemente no aparecieras de todos modos.

Me quedo quieto.

—¿Qué significa eso?

Se sienta erguida, inclinando el cuerpo hacia delante para mirarme.

—Cómo usas descaradamente tu reputación como excusa para holgazanear.

—¿Holgazanear? —repito—. Trabajo duro.

—Estoy segura —dice ella poniendo los ojos en blanco—. ¿Así que no mentiste sobre el entrenamiento de esta mañana? —Ladea la cabeza, pensando que me tiene.

No tuve entrenamiento. Trabajé hasta tarde la noche anterior, no me desperté. No puedo decirle eso, sin embargo.

Grayson se lleva los nudillos a la boca, ocultando su risa. Seguro que le está encantando esto de ver a una chica que no me soporta.

Como no contesto, sacude la cabeza.

CDiS

—¿Quién sabe? Quizá ni siquiera tengas que trabajar. —Le hace un gesto con la mano a Grayson—. Probablemente consigas que lo haga por ti.

—No —responde Grayson—. Ya no lo hago.

—Sobre eso. —Extiendo las piernas, cruzándolas sobre la mesa—. Jordan me ha estado acosando para que lo hagas. ¿Por qué no lo haces tú?

Se encoge de hombros.

—Ya no tengo motivos. Necesitaba el dinero; quería irme. Ya no quiero eso. —Mira a un lado, a Rosie, que lo mira como si hubiera colgado la luna—. Por fin tengo una razón para quedarme. No quiero hacer nada que lo ponga en riesgo.

Una risita sale de mis labios.

—Eso es muy bonito. Pero poco útil.

—Tendrá que hacerlo él mismo —dice Leila—. Como tú.

Inclino mi cuerpo hacia delante, mirándola.

—¿Quieres que seamos compañeros de estudio?

Ocurre la cosa más loca. Se ríe. Una risa de verdad. Claro, se ríe de la idea de trabajar conmigo, pero mierda, es un espectáculo bonito. Puede que sea la única vez que se ríe conmigo, así que me lo trago, observando cómo se le arruga el rabillo del ojo y sus labios rosados se inclinan en una bonita sonrisa. Es guapa, eso seguro.

—Trabajo sola.

Lo sé.

—No eres muy sociable.

—No tengo ningún problema en ser sociable —responde—. Solo no me gusta tratar con idiotas arrogantes.

Me froto el pecho.

—Ay. —Suelto una carcajada, sabiendo lo equivocada que está. Al menos la tengo engañada, ¿no?

—Oh, por favor. —Pone los ojos en blanco—. Ambos sabemos que nada de lo que diga va a herirte. No te importa lo que yo piense.

—¿No?

Se encoge de hombros.

—¿Te importaría si dijera que el partido de la semana pasada estuvo fuera de lugar por tu parte?

CDiS

Mierda. Mi sonrisa se borra por completo. Mis compañeros de equipo, el entrenador, ¿y ahora ella? Nunca antes había perdido. Ni una sola vez. Y la única vez que lo hago, es completamente obvio. Quienquiera que me enviara un mensaje diciéndome que perdiera el partido debe haber conseguido lo que quería porque no me ha contestado.

Evito mirar a esta chica que parece disfrutar echándomelo en cara y me encojo de hombros.

—Así que realmente ves mis partidos —me burlo de ella. No puedo llevarle la contraria. Estaba fuera de lugar.

Escucho un suspiro suyo que hace que mis ojos se dirijan a los suyos.

—Engreído como siempre. Incluso cuando te crítico, parece que oyes un cumplido.

No puedo evitar sonreír cuando la miro.

—Parece que lo disfrutas, ¿quién soy yo para impedírtelo?

Ni siquiera me doy cuenta de que no hay nadie entre nosotros cuando me acerco a ella. Sus ojos se abren de par en par y mira alrededor de la habitación buscando a su mejor amiga, que acaba de irse con mi mejor amigo. Se queja y echa la cabeza hacia atrás.

—Acaban de irse para enrollarse, ¿no?

Mi hombro se levanta.

—Eso parece.

—Genial. —Un suave suspiro escapa de sus labios.

Me inclino hacia delante y tomo otro puñado de palomitas.

—No pienso desperdiciarlas —digo antes de metérmelas en la boca. Intento no apartar la vista de la televisión, desplazándome por las categorías de películas, pero la forma en que Leila me mira, siguiendo cada uno de mis movimientos, me distrae. Me giro hacia ella y sus ojos se clavan en los míos.

Son verdes. Nunca lo había notado, pero Dios mío, son tan verdes. Como limas recién cortadas e igual de agridulces, tan grandes y redondas, con largas pestañas enmarcándolas. Parpadea, sacándome de mi asombro, y le tiendo el cubo, agitándolo.

—¿Quieres un poco?

Sacude la cabeza, saca el teléfono y lo consulta.

—¿Pidiendo refuerzos?

CDiS

Me mira.

—Viendo que mi mejor amiga está fuera celebrándolo con su novio, supongo que no hay razón para que me quede.

—No hace falta que te vayas —le ofrezco. Me gusta tenerla cerca—. Podemos ver una película —sugiero.

Suelta un suspiro y se acerca al borde del sofá.

—Debería irme —dice en su lugar, lo que la hace estallar. Levanta el teléfono—. Madi me ha mandado un mensaje y quiere ir de compras para la fiesta de mañana.

Está mintiendo. Sé muy bien que no recibió ningún mensaje, y que Madeline está estudiando, según Rosie, lo que significa que me está mintiendo. La chica ni siquiera me conoce, pero si realmente no quiere estar cerca de mí, ¿quién soy yo para impedírselo? Asiento con la cabeza, recostándome en el sofá.

—Entonces, ¿te veo mañana?

—Mierda —exhala, apretando los ojos cerrados—. Olvidé que la fiesta era aquí.

Suelto una carcajada al ver cómo cierra los puños a su lado. No me gustan mucho las fiestas, sobre todo cuando todo el mundo está deprimido por la derrota de la semana pasada, pero como soy el capitán y tengo que mantener la moral alta, es mi obligación. ¿Pero sabiendo que ella va a estar aquí mañana? Va a ser divertido.

—Claro que sí. Así que, ¿por qué no contestas a ese mensaje falso y nos vamos de compras? —Sus ojos se abren de par en par cuando las palabras salen de mi boca, haciendo que el verde de sus ojos resalte mucho más. Sonrío ante su reacción—. Cómprame algo bonito, nena.

Sus brillantes ojos verdes se entrecierran, me mira con el ceño fruncido y toma su bolso y se lo echa al hombro. No le quito los ojos de encima hasta que sale de la habitación y escucho cerrarse la puerta.

Me paso una mano por la cara, riéndome para mis adentros. ¿Quién demonios es esta chica? ¿Y por qué quiero conocerla?

CDiS

Capítulo 5

LEILA

GIRA LA BOTELLA

—Una más —dice Gabriella, tendiendo su vaso rojo.

—No. —Madi toma su vaso y la coloca en la mesa detrás de ella—. Prometiste que nos iríamos a la una.

—¿A la una y media? —pregunta Gabi, parpadeando.

Madi mira, negando con la cabeza.

—A la una.

—Bien —concede Gabi.

Mis ojos recorren los azulejos oscuros de la cocina, ahora llena de bebidas y aperitivos. Grayson se va a divertir limpiando este lugar mañana, teniendo en cuenta lo grande que es esta maldita casa.

—¿Está Rosie aquí? —Miro alrededor de la fiesta, intentando ver su cara entre la multitud.

Madi tararea.

—La vi con Grayson hace como diez minutos. —Se ríe—. Esos dos estaban a dos minutos de la indecencia pública.

—¿Se considera indecencia pública si es dentro de tu casa?

—Lo es si hay público.

—No —responde Gabi—. Es solo un buen momento. —Sonríe y me rodea con el brazo.

Madi gime.

—¿Estás borracha? ¿Ya?

Gabi la aparta con la mano e intenta ponerse derecha, apoyando todo su peso en mí. Suelto una risita y miro a Madi.

—No —dice Gabi—. Estoy bien, mira. —Intenta dar un paso adelante y casi nos hace tropezar a las dos. Me agarro a ella y la mantengo firme—. Está bien —exhala—. Tal vez.

CDiS

—Eso es un sí —dice Madi con un suspiro.

—Y tú estás demasiado sobria. —Gabi toma su vaso y se lo tiende a Madi—. ¿Quieres un trago?

Madi sonríe. Es difícil no hacerlo. Gabi es el tipo de chica que puede hacerte reír incluso cuando no te apetece.

—No puedo —aclara Madi—. Esta noche conduzco yo. —Admiro a Madi. Nunca se pasa de la raya, siempre tiene el control. Aunque tiene que ser agotador.

—Vamos —insta Gabi—. Podemos ir andando a casa.

Madi suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Apenas puedes mantenerte en pie.

Gabi la aparta, me quita la bebida de la mano y se la bebe antes de que pueda detenerla. *Por Dios*.

—Bien —le digo—. Estás cortada.

Me mira y se fija en mi ropa.

—Te queda muy bien el verde.

Exhalo una carcajada.

—Gracias.

—¿Sabes qué sería divertido? —pregunta suspirando dramáticamente.

—¿Dormir? —le ofrezco.

—No —dice Gabi con un movimiento de cabeza—. Un *jacuzzi*.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Un *jacuzzi*?

Ella asiente.

—¿Quieres ir a nadar? —me pregunta sonriéndome.

No particularmente, no. Pero prefiero no matar todos sus sueños. La siento en la silla más cercana, evitando la gran cantidad de gente que pasa a nuestro lado.

—Claro —le digo—. Pero no hay *jacuzzi*.

—Sí, lo hay —dice—. Travis y yo nos dimos un chapuzón hace unas semanas la última vez que estuvimos aquí.

Miro a Madi y veo que abre los ojos.

—¿Tienen *jacuzzi*? —me dice con la boca.

Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea. No me preguntes.

CDiS

Nuestras cabezas se giran cuando llegan cánticos de la otra habitación.

—¿Qué está pasando? —pregunta Madi.

Una chica se vuelve hacia ella, sorbiendo su bebida.

—Están jugando a Girar la botella.

—Mierda, deberíamos irnos —sugiere Gabi.

—¿Quién está jugando a Girar la botella? —pregunta un tonto de fraternidad, rodeando a Madi con el brazo. Se relame los labios y la mira—. No me importaría besarte —dice, lanzándole un beso a Madi.

Ella le aparta la mano de un manotazo, alejándose un paso de él.

—Nadie está jugando.

—¿No? —pregunta Gabi, frunciendo el ceño.

Brad sonríe a Gabi.

—Jugaré contigo si quieres.

Qué tonto. Pongo los ojos en blanco.

—Vete de aquí, Brad.

Se ríe de mí, pasándose una mano por el pelo castaño peinado.

—No vuelvas corriendo a mí cuando quieras conseguir algo. —Me guiña un ojo y finalmente se marcha. Pero no sin causar daños, porque ahora se ha descubierto el secreto.

Mis labios se afinan, sintiendo sus ojos caer sobre mí. Ya puedo sentirlo. Las preguntas, los juicios, el asco.

—¿Te acostaste con él? —pregunta Madi.

Suelto un suspiro y cierro los ojos.

—Fue una tontería, lo sé.

—Es un idiota —responde Madi.

Asiento con la cabeza.

—Soy consciente.

—Se burló de ti —señala Gabi, con la boca fruncida.

Es como un puñetazo en el estómago.

—Sí. También lo sé. Gracias por mencionarlo.

Llámalo un *lapsus* de juicio, si quieres. Fue una tontería, lo sé. Me arrepiento todos los días. Pero eso es lo que pasa, ¿no? Tipos como Brad te insultan en la cara y ruegan acostarse contigo en privado.

Quiero a las chicas, de verdad. Pero ninguna de ellas sabe lo que es ser una chica grande. No tengo las mismas experiencias que ellas, y eso incluye

CDiS

aguantar comentarios sobre mi aspecto e ignorar por completo cómo me han hecho sentir cuando vuelven a coquetear conmigo.

No quiero meterme con ellos. Sé que probablemente debería ser uno de los peores errores de mi vida, pero en última instancia, era medio decente, y me hizo sentir bien conmigo misma, aunque solo fuera por un breve momento.

—Vamos —insto a Gabi a levantarse, rodeando con mi brazo el suyo para mantenerla firme sobre sus pies.

—Entonces, ¿jugamos? —me pregunta, sonriéndome como una idiota.

Me río.

—Sí, claro, ¿por qué no?

Nos dirigimos al salón. Madi nos sigue, caminando hacia donde está todo el ruido. Una multitud rodea el círculo de gente en el suelo, dos de ellos se encuentran en el centro para darse un beso.

Veo a Grayson sentado en el sofá con Rosie apoyada en su regazo. Suelto una risita y me acerco a ellos.

—¿Se divierten?

Suspira.

—Ya estábamos aquí cuando entraron.

Rosie se gira para mirarme.

—Grayson no quiere jugar.

—Diablos, no —niega, aferrándose a Rosie—. No quiero besar a nadie más que a ti.

—¿Quieres unirte? —le pregunto a Rosie, queriendo ver qué hará Grayson.

Ella lo mira un segundo, la picardía brilla en sus ojos, sin duda queriendo la misma reacción que yo.

Él le estrecha los ojos.

—Ni se te ocurra, ángel.

—Pero nunca he jugado a Girar la botella —responde ella, con los labios pintados con una sonrisa burlona.

Grayson se inclina y le planta un suave beso en los labios.

—Sé que solo me estás jodiendo —aclara—. Pero sigue sin gustarme. —Ella le sonríe, sus ojos de él en ella, completamente consumidos el uno por el otro—. Jugaremos juntos alguna vez —le dice él.

CDiS

Gabi se tira al suelo y se une al grupo. Se gira para mirarme y yo pongo los ojos en blanco, cediendo y uniéndome a ella. Me siento en el suelo con ella y un montón de gente a la que no quiero besar.

Levanto la cabeza cuando la puerta se abre de nuevo y veo a la persona con la que esperaba no encontrarme esta noche.

Aiden Pierce entra en la habitación, mirando alrededor del grupo.

—Oh, mierda —exclama su compañero de equipo, Ethan, mirando alrededor de la habitación—. ¿Qué está pasando aquí? —Donde va Aiden, todo el mundo lo sigue, lo que significa que no solo sus compañeros de equipo, sino un montón de otras personas se han unido.

—¿Quieres unirte? —pregunta una chica, sonriendo a Carter, otro de los compañeros de equipo de Aiden. Él le sonríe, negando con la cabeza.

Aiden establece contacto visual conmigo, sus ojos se abren de par en par al verme.

—Leila. —Su voz profunda y ronca me hace estremecer cuando veo los ojos de todos puestos en mí—. Has venido.

Decido hacerme la tímida y parpadeo.

—¿Y tú quién eres?

Sus compañeros emiten un aullido grave, y las chicas de la sala me lanzan dagas con la mirada. Pero Aiden no; se ríe y se le dibuja una sonrisa en la cara.

Veo como Jordan le da un codazo a Aiden, mirándome atentamente.

—¿Cuál es su problema?

Me burlo, Aiden sigue mirándome. Se humedece el labio inferior con la lengua y se encoge de hombros.

—Leila es mi mayor fan. ¿No es cierto?

Gabi se ríe a mi lado y yo la fulmino con la mirada.

—¿Qué? —pregunta inocentemente—. Es gracioso. —Traidora.

Mi cabeza da un respingo cuando veo a Aiden sentado en el suelo, todo el mundo haciéndole sitio.

—¿Estás jugando? —pregunta.

—No si tú lo haces.

—Oh, vamos. —Se estira, su pelo castaño oscuro oculto tras esa gorra de béisbol que siempre lleva—. No te acobardes.

CDiS

Abro la boca para responderle, pero su teléfono zumba en el bolsillo. Veo cómo lo saca y escanea la pantalla; su mandíbula se aprieta cuando lee lo que sea que haya en el teléfono. Sus ojos brillan y miran alrededor de la habitación.

Levanto las cejas.

—A mí me pareces bastante asustado. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

Vuelve a meterse el teléfono en el bolsillo, sus labios se crispan un poco, pero con la misma rapidez, su cara se desencaja, y veo cómo traga, haciendo que su nuez de Adán se mueva con el movimiento.

—¿Quieres jugar? —pregunta, con los ojos oscurecidos—. Jugaremos.

Extiende la mano hacia delante y sus largos dedos agarran el cuello de la botella. Levanto la vista y veo que me devuelve la mirada, sonriendo ligeramente, antes de que la botella gire en el suelo entre nosotros.

—Estás vigilando esa botella muy de cerca —dice Aiden, su voz hace que levante la vista hacia él—. ¿Alguna razón en particular?

Trago saliva y lo miro a los ojos mientras sonríe. Sí, hay una razón. Odio admitirlo, pero hay algo en él que me pone nerviosa. Y pensar en lo que podría pasar me asusta. ¿Girará sobre otra persona? O… trago saliva.

Por favor no te quedes frente a mí.

Por favor no te quedes frente a mí.

Por favor no…

—Mira eso. —Veo la cabeza de Aiden mirar al suelo, mirando la botella que está…

Mierda.

El cuello de la botella queda a mis pies, apuntándome directamente. Levanto la vista hacia él, sus ojos azules brillan con humor.

—¿Qué posibilidades hay? —pregunta Aiden con una risa ronca.

—Deja de ser engreído —le dice Grayson.

—Es mi naturaleza —responde Aiden, mirando a su mejor amigo. Sus ojos se posan en los míos, ladeando la cabeza—. ¿Te apuntas?

—Pensándolo bien, este juego es estúpido. —Dejo escapar un suspiro, girándome hacia Gabi—. ¿Quieres ocupar mi lugar? —Sonríe con complicidad, pero niega con la cabeza.

CDiS

—De ninguna manera —interrumpe Aiden—. No te vas a echar atrás ahora. ¿De verdad me tienes tanto miedo?

—No te tengo miedo —afirmo, inclinándome hacia delante—. Simplemente no me interesa. —Soy una mentirosa. La idea de besarlo me hace palpitar la sangre, pero no puedo decírselo.

Sacude la cabeza.

—Me cuesta creerlo.

Me burlo:

—Eso es porque eres un engreído.

Se inclina más hacia mí.

—No soy engreído, cariño. Solo soy confiado.

—Si ella no te besa, lo haré yo. —Dice una chica a su lado, mirándome fijamente. Miro a Aiden, levantando la ceja, a ver si muerde el anzuelo, pero ni siquiera la mira.

Ladea la cabeza, divertido.

—Es solo un beso —señala con su voz ronca—. Te prometo que no te dejaré embarazada. —Sonríe—. Sé que soy bueno, pero…

—¿En serio? —Me río—. ¿De verdad no puedes aceptar que simplemente no me gustas?

—¿Y no puedes terminar el juego y besarme? —Esas palabras en sus labios hacen que se me corte la respiración. Me doy cuenta de que se da cuenta porque su sonrisa se ensancha y sus ojos bajan hasta mi boca. ¿Está pasando de verdad?

—Bésalo —dice Madi, haciendo que desvíe la mirada de Aiden y la dirija a ella. Sus largas piernas están cruzadas mientras se encoge de hombros y sus carnosos labios rojos esbozan una sonrisa—. Nunca se callará si no lo haces.

—Escucha a tu amiga —insiste Aiden. Mi cabeza gira hacia el hombre que tengo delante. ¿Se ha acercado?—. Sabe de lo que habla.

Entorno los ojos hacia él.

—¿Te acuerdas siquiera de mi nombre?

Vuelve a lamerse el labio inferior, haciendo que mis ojos se desvíen hacia ellos.

CDiS

—Claro que sí, Leila —enfatiza, haciendo que lo mire a los ojos en vez de a los labios—. ¿Solo querías escucharme decirlo? —se burla—. Puedes escucharme decirlo todo lo que quieras. Solo bésame primero.

Quiero despreciarlo por ser tan arrogante. Quiero decir que nunca sucederá. Quiero decir algo, pero en vez de eso, me inclino.

Dios. Me voy a arrepentir después de esto.

CDiS

Capítulo 6

AIDEN

MUÉVETE

Ojalá pudiera decir que me siento culpable por besar a Leila. Mi estómago debería estar revuelto, plagado de culpa. Debería apartarme y decirle que no puedo hacerlo. Debería sentirme mal. Pero lo último que siento es culpa.

Es difícil sentirse mal cuando sus labios rosados y carnosos se encuentran con los míos en un suave beso. La forma en que deja que mi boca se mueva sobre la suya, tan sincronizada, dejando que nuestros labios se enreden mientras ella devuelve el beso. Mierda. Contengo un gemido cuando me pasa la lengua por el labio y se desliza por mi boca.

Aprieto el suelo con las manos y me inclino hacia ella, tentado de atraerla hacia mí. Quiero sentir cómo su respiración se entrecorta en sus pulmones; quiero deslizar las manos por su pelo y sentir su cuerpo pegado al mío. Quiero deslizar mi lengua dentro de su boca y saborearla. Quiero profundizar el beso, pero antes de poder hacerlo, siento que se separa de mí.

—¿Qué…?

Abro los ojos, recordando de repente el círculo de gente que nos rodea y que acaba de contemplar aquel beso. Estaba tan absorto en el momento que me olvidé por completo de que teníamos público.

Mis dedos suben, rozando mis labios, aún sintiéndola en ellos, aún saboreándola. Mierda. Ha sido un buen beso.

—Bueno. —Grayson se aclara la garganta—. Eso fue algo.

—He tenido mejores —responde Leila, con los ojos en el suelo.

«¿He tenido mejores?».

Suelto una carcajada amarga, pasándome la lengua por el labio inferior.

CDiS

—Eso es una tontería.

Levanta la cabeza y se pone roja. Es imposible que no le gustara. Sé que se sintió tan afectada como yo por ese beso.

Ella se encoge de hombros.

—Besas mal, Aiden. Odio tener que decírtelo.

Susurros llenan la habitación mientras proceso lo que me está diciendo.

—¿Beso mal? —le pregunto con incredulidad—. Nunca se han quejado.

Pone los ojos en blanco. Mierda, ¿por qué me parece tan sexi?

—Eso es porque solo querían enrollarse con el capitán del equipo de baloncesto. Un grupo de chicas que te dicen lo que quieres escuchar. Yo no soy una de ellas.

Sí, ya lo veo.

Esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

Gira la cabeza para mirar a su amiga.

—Me lo debes —dice, y su amiga se ríe cuando Leila se levanta—. Necesito una copa. —Ni siquiera me mira cuando sale de la habitación.

Mi mente da vueltas. ¿Quién me ha enviado ese mensaje? ¿Qué quieren de mí? Miro alrededor de la habitación, pero nadie me mira, demasiado concentrados en el juego que sigue en marcha. A la mierda. Me levanto del suelo y me acerco a la puerta.

—¿Estás bien, amigo? —pregunta Jordan, posando una mano en mi hombro.

Asiento con la cabeza.

—Sí, estoy bien. Solo tengo sed. —Empujo la puerta, salgo de la habitación abarrotada y me dirijo a la cocina.

—Pierce. —Un tipo al que nunca había visto antes me da una palmada en el hombro—. Mala suerte, hombre —dice.

—Sí, gracias. —Se me cae la cara de decepción. Un partido. Pierdo un partido y todo cambia.

Me escabullo entre la gente que baila en la cocina, tratando de encontrar un destello verde. El ajustado corsé verde que lleva se ha grabado en mi mente. Pero no lo veo por ninguna parte. No veo su largo pelo castaño suelto a la espalda; no veo esos vaqueros negros pegados a cada hundimiento y curva de su cuerpo. No la veo, mierda.

CDiS

¿Adónde se ha ido? ¿Se fue?

—Hola. —Siento una mano suave recorrer mi brazo y giro la cabeza. Una chica rubia que estoy casi seguro de que estuvo en la cama de Jordan la semana pasada, me dispara una sonrisa—. Aiden, ¿verdad? Soy Valerie. Estoy en la casa Kappa Gamma, en Greek Row —dice como si eso tuviera alguna relevancia para mí. Me quita la mano del brazo, saca un papel del bolsillo de los vaqueros y me lo tiende—. Deberías llamarme alguna vez.

Le quito el papel y lo escaneo cuando se separa de mí. Levanto las cejas al ver lo que ha escrito junto a su número de teléfono. 34D. Sin nombre, solo su talla de sujetador. Sacudo la cabeza, lo arrugo y me lo meto en los vaqueros.

Levanto la cabeza, intentando ver dónde demonios se ha ido Leila. No está aquí abajo. ¿Está arriba? Me agarro a la barandilla y subo las escaleras hasta que veo un destello verde contra la pared. Sin embargo, no puedo ver mucho de ella; el cuerpo de otro está en medio.

Cruzo los brazos y me apoyo en la pared mientras escucho su risa. Pero no es la risa que he oído antes; es forzada y tensa, casi incómoda.

—Sabes que puedo hacer que merezca la pena tu tiempo. —Mis cejas se levantan, preguntándome qué dirá Leila. ¿Le gusta este tipo?

—La primera vez fue más que suficiente. —Así que se ha acostado con un tipo misterioso antes. Interesante—. Solo déjalo ir. —Su mano presiona contra su pecho, empujándolo hacia atrás.

—Vamos —gruñe, acercándose a ella—. Estuvo bien, ¿verdad?

—¿Sabes? —empiezo, acercándome a ellos. El chico gira la cabeza y abre los ojos al verme—. Cuando una chica te aparta de ella, normalmente significa que no está interesada.

—Mierda, Pierce —dice el tipo, dejando escapar una risa forzada—. Partido duro la semana pasada, ¿eh?

Arrugo las cejas.

—¿De qué estaban hablando?

Se ríe.

—Qué locura. Olvidé dónde estaba tu baño. Le estaba preguntando a esta chica de aquí. —Tremenda sarta de estupideces.

CDiS

Escucho burlarse a Leila y alzo la vista para verla poner los ojos en blanco. No me molesto en reconocerlo cuando doy un paso más hacia ella, notando cómo traga saliva cuando me acerco.

Ladeo la cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Ella está bien. Solo estaba perdido.

—Hay un baño abajo —le corto—. Vete.

Ni siquiera me molesto en girarme para comprobarlo; la forma en que sus hombros se hunden en señal de alivio me dice que hace tiempo que se ha ido.

—¿De qué iba eso?

Sus ojos se encuentran con los míos, desafiantes.

—Quería saber dónde estaba el baño.

Me hace gracia cómo se empeña en ir en contra de todo lo que digo.

—Por favor —me burlo—. Los dos sabemos que eso era una tontería.

—Realmente crees que puedes hacer lo que quieras, ¿no? —me pregunta, sus ojos ardiendo con ese fuego que estoy acostumbrado a ver de ella—. Le dices a la gente que se vaya y esperas que te escuchen.

Me encojo de hombros, inclinándome hacia ella.

—Funcionó, ¿no?

Asiente.

—Tienes razón —dice antes de negar con la cabeza—. Pero no funcionará conmigo. No veo cuál es el atractivo. Son todos iguales.

—¿Y quién quieres que sea? —Pero no contesta. Gira la cabeza hacia un lado, lejos de mí. Recorro su rostro con la mirada y veo que se muerde el labio inferior—. ¿Por qué te fuiste?

Me devuelve la mirada y su garganta se estremece al tragar. Abre la boca y suelta un suspiro tembloroso, lo que hace que mis ojos vuelvan a posarse en sus labios, que lame instintivamente.

—¿Estás pensando en ese beso? —le pregunto.

—¿Te refieres a lo malo que fue? —replica—. Sí, no puedo olvidarlo.

Me río; es imposible no hacerlo.

—Corta el rollo. La forma en que deslizaste tu lengua en mi boca dice lo contrario.

CDiS

Su cara se calienta cuando las palabras salen de mi boca. Cierra la boca, sabiendo que tengo razón. Le gustó. Le ha gustado el puto beso que nos hemos dado.

Me pregunto si, de haber durado más, me habría agarrado la cara, habría gemido en mi boca y me habría chupado el labio inferior. Mierda, me estoy despistando.

—¿Me das tu número? —pregunto.

Su cara se contorsiona de risa.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Levanto la mano y le paso un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Para que pueda volver a verte.

Sacude la cabeza, mirando al suelo entre nosotros.

—Lo siento, no me interesa. —Es una mentirosa, ni siquiera puede mirarme a la cara cuando dice eso. La forma en que me besó me dice que está muy interesada.

Me alejo un paso de ella.

—Sabes, esto de hacerte la difícil ya no es lindo.

Levanta la vista y me mira con los ojos entrecerrados mientras cruza los brazos, haciendo que su escote asome a través de ese top de corsé verde brillante pegado al cuerpo. Dios mío.

—Entonces deja de jugar —responde.

Levanto una ceja.

—Así que lo admites, estás jugando conmigo.

Suspira, girando la cabeza hacia un lado.

—Yo no he dicho eso.

—¿Así que me darás tu número?

Su cabeza se vuelve hacia mí, con las cejas fruncidas una vez más.

—Tampoco he dicho eso.

—De acuerdo —cedo, riendo—. Entonces, ¿qué estás diciendo?

Levanta los ojos.

—Digo que si de verdad quieres algo, quizá tengas que perseguirlo un poco. —Baja los brazos y me empuja, y yo la dejo. Mientras se aleja de mí, me aprieto la boca con el puño para contener la risa.

¿Quiere mi atención?

Por supuesto que la tendrá.

CDiS

Capítulo 7

AIDEN

NO SOY UN HOMBRE PACIENTE

Siempre me ha gustado sudar.

Trabajar mi cuerpo al máximo, emplear toda mi energía en algo, cualquier cosa. Siempre me ayudaba a despejar la mente y a concentrarme en lo único que estaba haciendo, nada más.

Supongo que por eso el baloncesto era algo natural para mí cuando era joven. No tenía nada más que valiera la pena, excepto una pelota y un aro. Recuerdo que veía jugar a los chicos de mi escuela, miraba sus partidos y pensaba que yo podría hacerlo. Yo podría jugar con ellos y ganar.

Pero nunca había formado parte de un equipo; lo más cerca que estuve fue cuando un chico que me había estado viendo jugar en el parque y me preguntó si podía jugar contra mí. Lo barrí del suelo, marcando siempre. Fue fácil. Tan natural como respirar.

Era lo único que me hacía ilusión. A pesar de todos los golpes y las miradas sucias, había algo que me gustaba. Se me daba bien y trabajé duro para llegar donde estoy. El baloncesto es mi futuro. Es lo único que tengo, y no lo voy a estropear, tenga que hacer lo que tenga que hacer.

El balón presionado contra mi pecho vuela por los aires y Jordan lo atrapa al instante.

—Buen pase, Pierce —grita el entrenador. Jordan dribla el balón, intentando marcar, y yo salto, intentando bloquear, pero entonces siento que el balón golpea en la punta de mis dedos antes de entrar.

—Mierda.

Jordan se ríe.

—Mala suerte, Capi.

Mis cejas se levantan.

CDiS

—Inténtalo de nuevo. —Le vuelvo a lanzar el balón, pero suena el silbato antes de que vuelva a tirar.

—Eso estuvo bien, chicos —dice el entrenador, sacando la estantería de pelotas—. A las duchas.

Recojo el balón que tengo más cerca y veo a los chicos pasar hacia los vestuarios.

—Pierce. —Levanto la cabeza—. Unas palabras. —El entrenador Thompson mira su bloc de notas.

Coloco el balón en la estantería y me dirijo hacia él.

—¿Sí, entrenador?

—La semana pasada —empieza, mi corazón se acelera—. ¿Qué pasó, hijo?

No contesto. No puedo. No tengo palabras. Cuando levanta la cabeza, la decepción está ahí y me aplasta.

—No sé qué pasó o si ha sido casualidad —dice—. Pero estabas fuera de juego. —Sacude la cabeza—. Era un bloqueo fácil; deberías haber sido capaz de sacarlo del aire.

Lo sé. Mi cabeza tiembla, sin saber qué decir. La noche anterior, no pude dormir, sabiendo que tenía que perder el partido. Podría haber bloqueado ese balón mientras dormía, pero no pude. Tenía que asegurarme de que mi futuro era sólido, aunque eso significara perder algunos partidos.

—No volverá a ocurrir. —Pero mientras digo esas palabras, no estoy seguro de que sean ciertas.

Asiente con la cabeza.

—El equipo cuenta contigo, Pierce.

—Sí, entrenador.

Se coloca el bloc de notas bajo el brazo y me da una palmada en el brazo.

—Ahora vete. Métete en las duchas.

Suelto un suspiro y corro hacia los vestuarios. Mi futuro está en juego. Todo por lo que he trabajado corre el riesgo de que me lo quiten si no hago lo que quieren.

—Mira quién es —anuncia Ethan cuando entro—. Te ha vuelto a soltar, ¿eh? —No me deja responder, sino que suelta una burla—. Me lo

CDiS

imaginaba. Déjame adivinar, ¿se la chupaste bien? —Sus cejas se levantan—. ¿Le hiciste cosquillas en las pelotas? —Emula moviendo los dedos.

Una toalla le azota en la cabeza.

—Cierra la puta boca, Ethan —ordena Carter Ruthers, uno de los mejores jugadores con los que he jugado—. Muestra un poco de puto respeto.

No debería molestarme que Ethan Campbell no me respete desde que soy capitán, pero sí lo hace. La forma en que me trata me trae de vuelta al instituto, cuando el entrenador me sugirió que hiciera una prueba. Fue inútil; por muy bien que jugara, nadie me quería en su equipo, pero el entrenador sí. Vio algo en mí que merecía la pena y me dejó entrar en el equipo. Se lo debo todo al entrenador Thomson.

Ya estoy aquí. Estoy aquí, y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para no tener que volver a preguntarme cómo es el hambre. Así que si tengo que lidiar con los comentarios sarcásticos de Ethan de vez en cuando, que así sea. El resto del equipo me respeta, el entrenador me respeta; eso es todo lo que necesito.

Ethan aprieta la mandíbula y gira, maldiciendo cuando se dirige a las duchas.

Carter se acerca a mí y sacude la cabeza.

—Hoy se está portando como un idiota —señala, sentándose en el banquillo y pasándose una toalla por el pelo mojado—. El entrenador lo reprendió por venir borracho otra vez.

Me burlo y, sacándome la camiseta por la cabeza, la meto en la taquilla.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Puede que no —interviene Jordan, cerrando su taquilla—. Pero le jode que salgas impune siempre.

Me vuelvo a poner la camiseta y me la bajo por el torso.

—Estoy harto de cargar con las culpas de los demás. —Golpeo mi taquilla un poco más fuerte de lo necesario, agarro mi gorra y me la coloco en la cabeza—. Si tiene algún problema con el entrenador, que se lo plantee a él.

Mi teléfono suena en mi mano, la pantalla parpadea con la última persona con la que quiero hablar.

CDiS

—Mierda, tengo que irme. —Tomo mi bolsa del gimnasio, me la echo al hombro y salgo, soltando una maldición antes de contestar, llevándome el teléfono a la oreja.

—Todavía no lo tengo todo —le digo, sabiendo el motivo de su llamada.

—Eso es mentira —escupe—. Sé que estás mintiendo.

Aprieto los ojos.

—Brandon, no lo tengo. Tengo turno mañana. Puedo enviarlo una vez que me paguen.

Pasan unos segundos, el silencio llena mis oídos, y entonces:

—Sabes que mamá está enferma, ¿verdad? —Aprieto la mandíbula. Siempre hace lo mismo, saca el tema de mamá, sabiendo que no puedo negarme cuando se trata de ella—. Apenas se levanta de la cama, definitivamente no va a trabajar. ¿Cómo esperas que comamos?

¿Por qué tiene que estar sobre mí? ¿Por qué siempre me toca a mí?

—Podrías conseguir un trabajo —le señalo.

Una burla al otro lado me golpea el oído.

—¿Y dejar a mamá sola? Jerry está dando vueltas otra vez. No puedo hacer eso.

Me late el corazón cuando oigo el nombre de ese idiota.

—¿Cómo? —inquiero a mi hermano, con un nauseabundo pozo formándose en mi estómago al escuchar su nombre—. Creía que Cameron y tú se habían encargado de él. —Hace mucho que no viene por este lado, ¿por qué ahora?

—Lo hicimos —dice—. Pero las cosas se complicaron.

Maldita sea.

—¿Qué pasó?

—Nada que te concierna, hermanito. —Su risa me revuelve el estómago—. Solo haz tu trabajo y consíguenos nuestro dinero antes de que mamá muera.

—No está enferma, Brandon, no me vengas con esa mierda. —Dejo de hablar cuando escucho a algunos de los chicos salir del gimnasio, sus voces se acercan hasta que escucho sus pasos alejarse—. Está drogada —contradigo cuando estoy seguro de que no hay nadie cerca—. Se está suicidando y tú la estás ayudando.

CDiS

—No sé por qué te importa tanto —resopla—. Tú eres el que se fue. —Su actitud cambia, su voz se vuelve amarga y pesada—. Nos dejaste en este agujero, y por tu culpa, mamá está enferma. Ya no le importas una mierda, Aiden. Estás muerto para ella. Te fuiste. —Oigo su voz transformarse en algo tan familiar que me golpea en las tripas—. Lo menos que puedes hacer es conseguirnos nuestro puto dinero.

Suspiro, frotándome la cara sudorosa con una mano.

—Estás drogado. —Claro que lo está. ¿Por qué me sorprende? Es demasiado para el dinero que envié para su rehabilitación.

Otra risita oscura en el otro extremo.

—Consíguenos el dinero. —Cuelga y yo me echo hacia atrás, mirando la pantalla.

—Mierda. —El cabrón sabía lo que hacía sacando el tema de mamá. Sabe que tengo debilidad por ella, prácticamente me ha repudiado por irme. Necesitaba salir. Necesitaba una vida, y esa no era una vida que valiera la pena vivir.

La pantalla parpadea con otro texto y lo abro.

Desconocido: *¿Ya lo tienes?*

Muerdo, rechinando los dientes. Debería haberlo hecho ya. Necesito acabar de una vez. Darles lo que quieran y acabar con quien sea.

Aiden: *Trabajo en ello.*

Quienquiera que esté al otro lado tarda un segundo en leerlo y empezar a teclear. Aprieto los puños, anticipando su respuesta.

Desconocido: *No soy un hombre paciente.*

Es un tipo. Al menos eso sé.

Abro el hilo de mensajes con Carol, mi jefa, y le envío un mensaje.

Aiden: *¿Tienes más turnos?*

CDiS

Responde en menos de un minuto.

Carol: *Ya trabajas cinco días a la semana.*
Aiden: *Tomaré lo que tengas.*

Miro cómo bailan los tres puntitos en la pantalla, con los dedos agarrando el teléfono.

—Vamos —murmuro a la pantalla de mi teléfono—. Dame algo.

Carol: *Tengo el sábado disponible.*

—Carol, eres una mujer increíble. —Sonrío mientras tecleo en la pantalla.

Aiden: *Me lo llevo.*

CDiS

Capítulo 8

LEILA

NO ME RINDO

—Mierda. —Los ojos de Gabi se abren de par en par cuando entramos en el bar—. Necesito ir al baño.

—¿Hablas en serio?

—¿Perdón? —Su cara se contorsiona.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que hagas pis antes de irnos? Te lo juro, como si fueras mi hija —suspiro, apretándome los dedos contra la frente.

Se ríe.

—¿Puedo llamarte mamá? —Suelto una carcajada, dándole un empujón. Ella aprieta los labios, intentando parar de reír—. Seré rápida. Pídeme algo. —Hace un gesto con la mano—. Lo que me emborrache más. —Empieza a caminar hacia el baño, pero se da la vuelta—. En realidad, pídeme un Cosmo. Necesito quedarme hasta tarde esta noche.

—¿Cita caliente? —me burlo.

Sonríe y niega con la cabeza.

—No. —Su cadera empuja la puerta y entra. Me registro el bolsillo de los vaqueros para asegurarme de que el dinero sigue ahí. Me giro hacia la barra cuando veo…

—Tienes que estar bromeando.

Aiden levanta la cabeza, una mano sujeta un vaso y la otra rodea el grifo de cerveza. Sonríe al verme y coloca la bebida delante de un cliente. Apoya las manos en el mostrador.

—Cómo me gusta ser el motivo de tu decepción —dice, con una sonrisa que me hace saber que le divierte mi actitud hacia él—. ¿Me estás acosando otra vez, Leila?

CDiS

Cruzo los brazos, apoyando la cadera en el borde de la barra.

—Más bien intento olvidarte.

Tararea, inclinándose sobre el mostrador.

—Soy difícil de olvidar, ¿verdad?

Ni siquiera voy a dignarme a darle una respuesta. Me muerdo el labio inferior, sabiendo que tiene razón. Es difícil olvidar a este tipo, sobre todo después de toda esa interacción en la fiesta. No sé en qué estaba pensando, retándolo a que me persiguiera. No quiero eso. Al menos, creo que no.

Suelto un suspiro. No sé lo que quiero cuando se trata de Aiden. Y ahí radica el problema.

—¿Así que eres camarero? —le pregunto, sentándome en el taburete, con una mueca visible de dolor. Mierda, odio los taburetes. No son aptos para chicas grandes. Se me clavan dolorosamente en los muslos, por no mencionar que mi trasero apenas cabe en el asiento.

—¿Estás bien ahí? —comprueba.

Lo miro.

—Por supuesto.

Sonríe y se pasa la lengua por el labio inferior. *No le mires los labios.*

Se acerca a los vasos y toma uno alto.

—Cerveza, ¿verdad? —pregunta.

Arrugo las cejas.

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

—Un golpe de suerte. —Llena el vaso, mirando el líquido ámbar.

—Estás lleno de sorpresas.

Levanta la cabeza y me mira durante un segundo, antes de volver a concentrarse en su tarea y soltar una carcajada. Una carcajada que me revuelve el estómago. Sacude la cabeza y dice:

—Debo decir que, aunque pareces despreciarme por alguna razón —me mira—, siempre me lo paso bien cuando estás cerca.

Me pone delante un vaso lleno de cerveza.

—Eres masoquista, ¿eh? —inquiero, tomando un sorbo—. ¿Te gusta cuando la gente te tortura?

Se ríe.

—Si la tortura se parece en algo a ti, entonces claro que sí.

CDiS

Se me escapa una burbuja de risa y me llevo la mano a la boca, tragando el líquido.

—¿De verdad funciona?

—¿Qué? —pregunta.

Hago un gesto a su cara, si he de ser sincera, que es una preciosidad.

—Todo eso de ligar como un chico genial de ojos azules que haces.

Parece meditarlo, ladeando la cabeza.

—Diría que todo el tiempo. Pero últimamente, no lo consigo.

Lo miro preguntándome si está hablando de mí. Estoy esperando que esté hablando de mí. Es una buena sensación decirle no a alguien como Aiden Pierce. Alguien que puede tener a cualquiera, que todo el mundo quiere.

—No funcionará conmigo. —Aunque mientras digo las palabras, no estoy del todo segura de que sea verdad.

Se encoge de hombros, los grandes músculos de sus hombros se levantan.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Bebo otro sorbo, el ardor del alcohol golpea mi garganta.

—¿Has olvidado que no me gustas?

Sacude la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—Eso no es un problema.

Arrugo las cejas.

—¿Por qué no?

Se lame los labios y sus ojos se posan en los míos.

—Porque me pone a cien cada vez que me miras con esos preciosos ojos verdes. —Se me hace un nudo en la garganta mientras lo miro fijamente—. Además, tu supuesta aversión ni siquiera es válida. Ni siquiera me conoces.

Dejo la cerveza en la barra y lo miro.

—Sé lo suficiente —digo encogiéndome de hombros.

—¿Qué sabes exactamente?

Inclino la cabeza.

—Estaríamos aquí toda la noche.

—Sígueme la corriente.

CDiS

—De acuerdo. —Junto las manos delante de mí, notando cómo se inclina un poco cuando lo hago.

—Eres el clásico *playboy*. Tienes a todo la universidad en la palma de la mano, a todas las chicas en tu cama y está claro que lo de ser un deportista sexi te funciona. Por no mencionar que utilizas tu talento para salirte con la tuya en todo. Y aunque pareces encantador con esa sonrisa y esos ojos, a mí no me engañas.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Tengo que ser sincero. Todo lo que he escuchado es que piensas que estoy bueno, tengo talento y soy encantador.

Pongo los ojos en blanco.

—Claro que sí.

Se ríe, llenando otro vaso.

—¿Y crees que con esa afirmación me tienes calado?

Me encojo de hombros.

—Tanto como necesite.

Menea la cabeza.

—¿Quieres apostar cuánto tardarás en rendirte? —pregunta.

Entrecierro los ojos.

—No actúes como si tuvieras el control. Los dos sabemos que este jueguecito corre de mi cuenta.

—Y los dos sabemos que me deseas con la misma intensidad. —Saca la lengua para lamerse los labios—. Te engañas a ti misma cuando me dices lo contrario.

Mi garganta se estremece al tragar y agarro mi bebida para tener algo que hacer y evitar sus ojos persistentes, la sonrisa de sus labios y la forma en que tiene toda la razón.

Deja el vaso sobre la encimera y me mira atentamente, con una sonrisa en los labios.

—Tengo muchas ganas de pedirte tu número, aunque probablemente vuelvas a rechazarme.

Me burlo:

—No te voy a dar mi número.

CDiS

Los ojos de Aiden se entrecierran un poco y se oscurecen cuando se acerca, inclinándose hacia delante hasta que apenas hay unos centímetros entre nosotros.

—Hay una cosa que no sabes de mí, Leila —señala—. No me rindo. Nunca. —Trago saliva con dificultad, observando cómo sigue los movimientos de mi garganta antes de que sus ojos vuelvan a encontrarse con los míos. Tan azules.

Quiero respirar, de verdad, pero… se me ha atascado en la garganta.

—También hay algo más —añade, y sus ojos se posan en la curva de mis labios, ahora entreabiertos y tan secos. Los lamo instintivamente.

—¿Sí? —Sale ronco, espeso por la tensión entre nosotros. Me aclaro la garganta.

Sonríe y se retira por completo hasta que puedo inhalar el aire que tanto necesito.

—Nunca pierdo —afirma.

Eso me saca de mis casillas y vuelvo a aclararme la garganta.

—Supongo que tendrás que acostumbrarte a perder —le digo—. Porque esta vez lo harás.

—No estoy tan seguro de eso. Pareces estar bajo la pretensión de que estoy tratando de probar algo aquí, que porque dijiste que no, eso me hace desearte más. —Eso es exactamente lo que estoy pensando—. Pero no es eso en absoluto —aclara—. Me intrigas, mierda. —Sus ojos vuelven a posarse en mis labios—. Y tengo muchas ganas de volver a besarte. Todo lo que necesito es tu número y haré que suceda.

Sus palabras me nublan la vista, me hacen perder el foco. Yo no soy así. No me pongo nerviosa ni se me traba la lengua y desde luego, no dejo que el tipo controle la situación. Enderezo los hombros, siguiéndole el juego, y me inclino hacia él, con los ojos fijos en sus labios. Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando escucho su respiración entrecortada y sus labios ligeramente entreabiertos.

Me tomo mi tiempo para mirarlo fijamente a los ojos. Me concentro.

—¿Y qué me darás a cambio? —le pregunto, mi mano baila sobre el mostrador, acercándose a su camiseta.

Deja escapar un suspiro pesado.

—Lo que tú quieras.

CDiS

Mis dedos se acercan a la tela de su camiseta blanca, con ganas de agarrarla en mi puño.

—¿Lo que quiera? —le pregunto, mis dedos rozando ligeramente la tela.

Otra respiración temblorosa.

—Todo.

Tarareo, mirándolo a los ojos. Sé cuánto les gusta a los chicos mirar a las chicas desde arriba, les hace sentirse poderosos, como si tuvieran el control, pero esta vez no.

—Qué pena —murmuro. Me retiro del todo, dejando de actuar—. No quiero nada de ti.

Deja escapar una exhalación, que se convierte en carcajada.

—La forma en que me desnudabas con la mirada dice lo contrario —dice.

Suelto una burla.

—Estás delirando.

Abre la boca, pero antes de que pueda hablar una chica se desliza a mi lado.

—Aiden —ronronea, con una voz tan dulce, tan dulce como su aspecto. Delgada, pequeña y guapísima, como las chicas con las que he visto a Aiden.

No soy estúpida. Estoy muy lejos de ser su tipo habitual, lo que me hace preguntarme por qué insiste tanto. Me vienen recuerdos de mi ex y me muerdo el labio inferior.

—No tuve ocasión de hablar contigo en la fiesta de la semana pasada —dice, haciendo un puchero. Levanto las cejas y miro a Aiden. No puedo mentir, me interesa mucho lo que dirá, cómo reaccionará. Mantengo la boca cerrada, dando un sorbo a mi bebida, esperando a que pase.

Él le sonríe… claro que sí. Aiden es una bola dorada de sol y sonrisas que la gente devora como la luz del sol.

—Lo siento —se disculpa—. No entendí tu nombre.

Se me escapa una risita y acabo bebiendo al mismo tiempo y tosiendo sin control. La chica y Aiden me miran. Levanto la mano, intentando dejar de morirme.

—Estoy bien.

CDiS

Aiden aprieta los labios, sin intentar ocultar su risa.

La rubia sacude la cabeza, girándose de nuevo para mirar a Aiden.

—Me llamo Alicia, nos conocimos en el veintiuno de Carter, ¿recuerdas?

Entrecierra los ojos y luego asiente.

—Sí, claro. —Aprieto los labios. Mentiroso—. Alicia, claro. Ahora estoy un poco ocupado. ¿Puedo traerte algo de beber?

Ella sacude la cabeza.

—Pedí algo hace como veinte minutos. A ti.

—Bien —exclama Aiden, frotándose la nuca—. Lo siento, noche ocupada.

—Oh —dice, desinflándose un poco—. No pasa nada.

Le sonríe de nuevo.

—Encantado de conocerte.

Le sonríe y se inclina hacia delante para mostrar su escote. Se me abren los ojos. Mierda. La chica tiene unas tetas impresionantes. Miro a Aiden un segundo. Tengo que reconocer que ni siquiera baja la mirada.

—Eh, chico. —André, su compañero de equipo, se desliza hasta la barra, dando golpecitos en el mostrador—. *Whisky*. Estupendo.

—Lo siento, tengo bebidas que servir. —Aiden le dedica una de sus típicas sonrisas y se mueve detrás de la barra, toma un vaso y lo llena con el oscuro líquido castaño, deslizándoselo a su amiga. Cuando Aiden se da la vuelta, ella ya se ha ido.

—Gracias, chico —dice André, tomándole la bebida y deslizando un billete de diez por la barra antes de marcharse.

—¿Estás bien ahí? —La voz de Aiden hace que levante los ojos, encontrándome con los suyos—. No pensé que la cerveza fuera un peligro de asfixia.

Pongo los ojos en blanco y se me escapa una carcajada. Debe ser el alcohol.

—Estoy bien. —Doy otro sorbo—. Parece que tienes opciones. —Lo miro, a ver si se da cuenta.

Sonríe, asintiendo.

CDiS

—Tengo muchas. —Vaya mierda. Al menos lo sabe—. Lástima que la única chica que parece que quiero esté empeñada en negar que haya atracción entre nosotros.

No sé qué decir. ¿Qué puedo decir? Podría intentar mentir, burlarme de él, pero a estas alturas, ambos sabemos que estoy mintiendo.

—Mierda. El Cosmo de Gabi.

Sonríe, vuelve a tomar una copa y empieza a preparar la bebida. Me levanto del taburete, tomo mi vaso y suelto un suspiro, saco un billete de veinte del bolsillo de mis vaqueros y lo deslizo delante de mí.

Lo empuja hacia atrás.

—Yo invito —dice, poniendo la bebida roja delante de mí.

Mis cejas se levantan.

—A cambio de mi número, ¿verdad?

—Maldita sea. —Baja la cabeza y se le escapa una risita—. ¿Por qué no pensé en eso?

—¿Porque no eres un completo idiota? —Ofrezco con una inclinación de la cabeza.

Sonríe, frotándose el labio inferior con el pulgar.

—Me alegra ver que vas entrando en razón.

—Eh. —Me encojo de hombros—. No estás del todo mal. —Giro sobre mis talones, dirigiéndome a la mesa donde Gabriella está sentada, comiendo pretzels. Sus ojos se abren de par en par cuando me ve acercarme y toma la copa—. Por fin —exclama—. Has tardado una eternidad.

—Lo siento. Larga cola. —Acepta la bebida, sus ojos se cierran cuando da un sorbo.

Tomo asiento a su lado y dejo la cerveza sobre la mesa. Miro presuntuosamente por encima del hombro y veo a Aiden mirándome. Me sonríe, pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta.

—Maldición —dice Gabi—. Podría besar a quien haya hecho esto. —Toma otro sorbo.

Sí, yo también.

CDiS

Capítulo 9

AIDEN

TRAGARME MI ORGULLO

—Dudaste. —Mi cabeza gira hacia la pantalla en pausa, señalándola.

Ethan me estrecha los ojos.

—Solo un segundo. Lo he encontrado, ¿no?

Asiento con la cabeza, sin darle la satisfacción de decirle que tiene razón. Lo ha encontrado, pero puede haber sido suerte. La próxima vez puede que no tenga tanta suerte.

—Ese segundo podría habernos costado. —Señalo la pantalla donde un jugador del otro equipo lo rodea—. Estaban listos para atacar, y Jordan estaba abierto.

Sus cejas se levantan.

—Tanta palabrería de alguien que perdió hace dos semanas.

Se me endurece la mandíbula, no me gusta cómo me está menospreciando delante del equipo.

—Solo pon tu cabeza en el juego.

Resopla:

—De acuerdo, Troy Bolton.

Los chicos se ríen con él. Mierda, los estoy perdiendo. Sé que Ethan quiere este puesto. Es mayor que yo, lleva en este equipo más tiempo que yo, pero al final el entrenador me eligió a mí. El primer año, me dieron el puesto de capitán con la responsabilidad de llevar a este equipo a la victoria. algunos de los más veteranos no les hizo mucha gracia tener que escuchar órdenes de un novato, pero se alinearon. Ethan, sin embargo, no.

—Esto no es una broma —grito, oyendo cómo se detienen sus risas. No quiero que me odien. Sé lo que es estar en un equipo cuando todos te miran como si fueras basura, como si no pertenecieras a ese lugar. Empiezas a creértelo cada vez más, y no volveré nunca allí.

CDiS

No quiero ser un capitán idiota, pero también necesito que me respeten, que me escuchen.

—Eso casi nos cuesta una victoria.

—Relájate, Capi —dice Jordan, haciendo que mire hacia él—. Fue un partido. Nos enfrentábamos a Crestview. —Suelta una carcajada—. No era como si lo tuvieran.

—¿Necesito recordarte que ganamos por cinco puntos? Por cinco. Podrían haber sido ellos fácilmente. No te pongas demasiado cómodo. —Miro cómo Jordan se acomoda en el sofá. Mis hombros se desploman, mirando al resto de mi equipo—. ¿Todos se sienten así? —les pregunto—. ¿No les importa si perdemos?

—Por supuesto que no —responde Carter—. Queremos ganar, Pierce. Sabes que queremos.

—Entonces escuchen. —Apago la tele y me giro hacia ellos. Por algo me nombraron capitán. Me tomo esta mierda en serio, y haré lo que haga falta para que mi equipo gane. Depende de mí, el campeonato, los playoffs. Todo depende de mí.

»Soy su capitán —les digo señalándome el pecho—. De mí depende que consigan esa victoria, que todos tengan la cabeza bien puesta. Esto es lo que nos va a llevar allí. Pero no soy el único en el equipo. Todos tienen que poner de su parte. —Levanto las cejas—. ¿Entendido?

—Sí, Capitán.

—Bien. —Asiento con la mano—. Pueden irse.

Miro cómo se van, murmurando al salir del salón. Vuelvo a sentarme y sintonizo el partido de la semana pasada. Ganamos. Eso es lo que importa. Pero casi perdemos. *Casi* es demasiado. Después de lo que pasó en el último partido, no puedo volver a defraudar al equipo. Pongo en pausa la pantalla donde estoy a punto de tirar, mis pies están demasiado separados. Tengo que replegarme.

Tomo mi postura, me detengo de nuevo. Mierda, ha sido demasiado bajo, tengo que apuntar más alto. Hago clic de nuevo, desbloqueo la pantalla y veo cómo meto la pelota en la red. Ha entrado, el tiro ganador. Resoplo y veo cómo lo celebramos en la pista.

CDiS

Sintonizo con el resto del equipo que entra en la cancha, celebrando a mi alrededor. Entrecierro los ojos y observo sus caras. ¿Podría ser uno de ellos? ¿Podría tratarse de una venganza?

Me quito la gorra y me paso una mano por el pelo. No tengo ni idea de lo que quieren de mí. Gimo entre las manos. No sé cómo voy a conseguir lo que necesito. A estas alturas parece imposible.

La puerta se abre y alzo la cabeza para ver a Grayson entrar. Dejo escapar un suspiro cuando entra.

—¿Se han ido? —le pregunto.

Sacude la cabeza, burlándose.

—Claro que no, están asaltando la nevera. —Se sienta a mi lado.

—Genial. Apenas tengo para comprar comida.

—Yo invito, no te preocupes. Reemplazaré todo lo que comieron.

Ya estoy sacudiendo la cabeza mientras las palabras salen de él.

—Diablos no, apenas comes aquí, Grayson. Yo invito.

Se burla y me da un codazo en el brazo.

—Sabes que eso no es verdad; cuando cocinas, haces extra para mí, no trates de actuar como si fueras el único que usa esa maldita cocina.

Resoplo:

—Sí, yo uso esa cocina para cocinar. Tú, en cambio… —Sacudo la cabeza—. ¿La cocina? ¿En serio? Tu habitación está justo arriba —señalo.

Se ríe, hundiéndose de nuevo en el sofá.

—Lo escuchaste, ¿eh?

Mis cejas se levantan.

—Esta casa es grande, pero las paredes son finas. Mi habitación está encima de la cocina. Por favor, recuérdalo ahora que Rosie se ha mudado.

—Sí —dice, sentándose—. Sobre eso. Sé que debería habértelo dicho antes. —Me mira—. Pero no será muy diferente, ¿verdad? Quiero decir, ella prácticamente se queda aquí todo el tiempo.

Me vuelvo hacia mi mejor amigo.

—No necesitas consultármelo, Grayson. Es tu casa.

—Y tuya —añade.

—Claro. —Pongo los ojos en blanco. Grayson quiere hacerme creer que esta casa es tan mía como suya, pero ambos sabemos que no es así. Él es el que tiene unos padres ricos que lo han alojado en este lugar tan grande. Si

CDiS

no fuera por él, yo estaría gastándome todo lo que gano en una residencia o renunciando a mi moral por una plaza en la fraternidad.

Me salvó de cometer el mayor error de mi vida. Uno que nunca pensé que se me pasaría por la cabeza. Si no fuera por él… mierda, estoy tan agradecido por este cabrón que tengo a mi lado. Él no sabe cuánto.

Le doy un codazo con el hombro.

—Así que Rosie se muda. —Le sonrío—. ¿Estás listo para eso?

Suelta un suspiro, se le dibuja una sonrisa en la cara y asiente.

—Nunca pensé que tendría novia —aclara, sacudiendo la cabeza—. Nunca pensé que querría pasar tanto tiempo con una sola persona. —Su rostro se endurece—. No quiero estropearlo. No puedo perderla.

No hay forma de detener la sonrisa que se forma en mi cara.

—Realmente la amas.

El ceño se le frunce y suelta una carcajada.

—Sí —afirma—. De verdad que sí.

—Eso es genial, amigo —le digo—. Sabes, para alguien que no creía en el amor, eres un ñoño de mierda.

Resopla.

—Que te jodan. —Sacude la cabeza—. ¿Y tú?

Mis cejas se fruncen.

—¿Y yo qué?

Se encoge de hombros.

—No he visto a ninguna chica por aquí últimamente. ¿Estás saliendo con alguien? —me pregunta.

Sacudo la cabeza.

—No tengo tiempo para eso. —Desde hace tiempo, en realidad. Creo que ha estado tan centrado en Rosalie que no se ha dado cuenta de que hace mucho tiempo que no tengo una chica cerca. Necesito concentrarme en el baloncesto. Es lo único que importa. El resto es una pérdida de tiempo. Y necesito asegurarme de que siga siendo así.

Me trago mi puto orgullo y me giro hacia mi mejor amigo.

—¿Tienes el número de Leila?

Me mira con los ojos entrecerrados mientras frunce el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué quieres decir?

CDiS

Sacude la cabeza, aún con el ceño fruncido.

—Sabes lo que quiero decir, Aiden. ¿Qué carajo estás haciendo?

—¿Qué? —exclamo, encogiéndome de hombros—. ¿Ahora no puedo pedirle el número a una chica?

Suelta un suspiro.

—¿Después de que acabas de decir que no estás interesado en nada?

—No dije que no me interesara. Dije que no tenía tiempo.

—¿Así que te interesa Leila? —me pregunta directamente.

—Tal vez.

—Aiden —advierte, sacudiendo la cabeza—. Repito, ¿qué estás haciendo? No juegues con ella, amigo.

—¿Quién dijo que estaba jugando con ella? —No me gusta cómo asume lo peor de mí. Nunca jugaría con las emociones de una chica. ¿Qué hay de malo en pedirle un número de teléfono?

—Es la mejor amiga de mi novia. Si le haces daño a ella, le haces daño a Rosie. Lo que significa que voy a tener que tomar partido —sacude la cabeza—. Te quiero, hermano, lo sabes. Pero la quiero más a ella.

Sonrío.

—¿Me quieres? —Suelto una carcajada—. Gracias, no eres exactamente mi tipo.

Se ríe.

—Necesitas que te pateen el trasero.

Como si pudiera patearme el trasero.

—Claro —me burlo—. Entonces, ¿lo tienes o no?

Sus ojos se encapuchan antes de suspirar y sacudir la cabeza.

—Aunque quisiera dártelo, no quiero. Una vez robé su número del teléfono de Rosie y Leila me hizo borrarlo.

Mierda.

—¿No puedes robarlo otra vez?

—Diablos, no —niega—. No voy a volver a hacer esa mierda. Leila es muy reservada sobre a quién le da su número. Algo que yo no sabía antes. Confía en mí, no voy a cometer el mismo error otra vez.

Tomo mi gorra y vuelvo a ponérmela en la cabeza. Si no puedo conseguirlo de él, tengo que encontrar otra manera.

—Bien —exclamo, levantándome del sofá—. Lo haré yo mismo.

CDiS

Empiezo a caminar hacia la puerta, pero la voz de Grayson me detiene.

—No puedo decirte qué hacer, pero no hagas algo que sepas que le hará daño, Aiden.

CDiS

Capítulo 10

AIDEN

NUNCA VA A SUCEDER

Una maldita fuga de agua.

Con un partido la semana que viene, necesito estar al tanto de mi agenda, y cosas como esta descarrilan mi plan. Entrenar en otro gimnasio no es lo que necesito ahora. Empujo la puerta y entro. Observo la zona y siento cómo se me tensa la columna vertebral con la lista de cosas que me desequilibran.

El lugar está abarrotado, con solo unas pocas máquinas disponibles, y ninguna de las que necesito. El entrenador nos dijo que usáramos el gimnasio de fútbol si era necesario, pero después del último encuentro que tuve con Ben Reed, eso era un no.

El tipo no puede evitar hacer comentarios groseros sobre las mujeres, provocando e instigando hasta que alguien estalla. Si Grayson no me hubiera apartado de él el año pasado, podría haber perdido mi beca, podría haber perdido todo por lo que he trabajado tan duro en cuestión de unos segundos. Y no puedo permitir que eso ocurra.

Así que me aguanto, saco los auriculares, pongo música y me dirijo a una de las únicas máquinas disponibles. La cinta de correr. Mierda, odio correr, pero necesito mantener mi cuerpo en forma de alguna manera. Esto tendrá que servir.

Levanto la cabeza cuando siento que me miran. Me giro lentamente y miro a las chicas que pasan. Me sonríen y se giran, susurrando entre ellas.

Dejo que mis ojos se posen en la pantalla que tengo delante, intentando no distraerme. Me encantaba la atención cuando llegué aquí. Venía de la nada, un absoluto don nadie, pero entonces todo cambió. De repente era deseado y atractivo, y las chicas querían acostarse conmigo.

CDiS

Fue una sorpresa, pero me dejé llevar, tenía una chica en mi cama cada noche y una nueva llamando a la puerta por la mañana. Era todo lo que un novato podría haber querido, pero se hizo viejo, y en última instancia, el baloncesto tiene que ser lo primero. Es para lo que estoy trabajando; es lo que va a asegurar que nunca acabe como mis hermanos o mi madre en casa. Es mi libertad.

Acelero, mis piernas se extienden a lo largo de la cinta y empiezo a correr. No aparto los ojos de la pantalla, observo cómo aumenta la velocidad y noto cómo me queman las piernas.

Levanto la cabeza y mantengo la mirada fija hacia delante, intentando olvidarme de todo menos de la quemadura. Levanto la vista y veo el póster del equipo, con mi cara en primer plano. El capitán. El que se supone que debe llevar al equipo a la victoria. El que vive una mentira. Me sacudo todos los pensamientos de la cabeza. Eso no ayuda una mierda.

Bajo la mirada mientras intento concentrarme en otra cosa. En cualquier cosa. Caen y se posan en la persona que tengo delante, que sube las escaleras. Su larga coleta castaña se mueve detrás de sus hombros a cada paso que da.

Entrecierro los ojos. ¿Acaso es…?

Mis ojos se abren de par en par al darme cuenta.

¿Qué posibilidades hay?

No puedo evitar que mis ojos se desvíen hacia la pronunciada curva de su trasero en esos *leggings* de gimnasia mientras sube las escaleras, lo que hace que se me dibuje una sonrisa en la cara.

Mantiene la cabeza alta y las manos en las caderas mientras se sube a la máquina. Ni siquiera sé a qué velocidad voy ni cuánto tiempo llevo aquí.

Pero cuando me bajo de la máquina, siento las piernas como gelatina. Mis manos se aferran a la barandilla mientras la veo inclinarse y tomar una toalla para secarse el sudor de la cara.

No tarda en encontrarme y sus ojos se cruzan con los míos. Me mira fijamente, parpadeando varias veces para asegurarse de que ve bien. Suelto una carcajada.

—Hola —le digo sonriendo.

Menea la cabeza sin dejar de mirarme. Acelero el paso y corro a toda velocidad mientras ella me observa. Pone los ojos en blanco y se agacha

CDiS

para dejarme ver su trasero redondo mientras agarra su bolsa de deporte y se va hacia las pesas.

Maldición, supongo que es hora de levantar.

Apago la máquina y me detengo antes de bajarme, caminando hacia donde ella sostiene una barra de pesas sobre los hombros y se pone en cuclillas.

Maldición… Giro la cabeza y encuentro el banco de prensa vacío. Perfecto. Me tumbo en el asiento, arrastrando los pies hacia atrás. Agarro la barra con las manos y levanto la pesa, dejándolo caer sobre mi pecho. Suelto un gruñido cuando vuelvo a levantarla y repito.

No paso de tres repeticiones cuando una sombra se proyecta sobre mi cara haciéndome levantar la vista, sin ver otra cosa que a ella.

—Leila —le sonrío, dejando la barra en el soporte. Está boca abajo y enfadada, pero, de algún modo, sigue estando buena.

—¿Me estás siguiendo? —pregunta.

Me incorporo, tomo la botella de agua del suelo y bebo un trago. Inclino la cabeza y vuelvo a mirarla, resistiendo las ganas de reírme cuando veo el ceño fruncido y las manos apoyadas en las caderas.

—Es pura coincidencia —le digo.

—¿Una coincidencia? —repite.

Me encojo de hombros y recorro con la mirada la franja de piel bronceada bajo su sujetador deportivo negro.

—Una fuga de agua. El gimnasio cerró. No tenía otra opción.

Vuelvo a tumbarme en el banco, agarrando el asa. Levanto los ojos y veo que sigue encima de mí.

—Además, en mi gimnasio no tengo una vista como esta —me burlo de ella.

Su mano aprieta el asa, impidiéndome agarrar las pesas. Gruño, sonriéndole.

—¿Vas a verme, nena?

Sus ojos verdes se entrecierran.

—No me llames así.

—¿Cómo quieres que te llame? —Ella pone los ojos en blanco, deja escapar un gemido frustrado y se marcha. ¿Dónde demonios se ha metido? Suelto las manos de la barra e intento incorporarme, pero antes de que

CDiS

pueda, una fuerte presión de su mano contra mi pecho me empuja de nuevo al suelo. Levanto la vista y la veo encima de mí, con las piernas a ambos lados. Mierda.

—¿Por qué no te creo? —pregunta, prácticamente a horcajadas sobre mí.

Intento levantarme, pero ella me vuelve a presionar. Gruño, sintiendo su calor sobre los *leggings*. Mierda. Suelto una carcajada y mis manos suben hasta sus caderas.

—Cuidado, Leila. —Sus ojos se abren de par en par cuando agarro sus caderas—. Estás jugando a un juego peligroso. —Uno al que me encantaría jugar, pero la forma en que se levanta y retrocede me dice que no lo pensó antes de sentarse a horcajadas sobre mí en un banco del gimnasio.

Por fin me siento y la miro. El rubor de sus mejillas me hace palpitar el pecho. Apuesto a que no tiene nada que ver con su entrenamiento y sí conmigo.

—Ha sido todo un espectáculo —señalo levantándome del banco—. Podríamos repetirlo si me das tu número —sugiero levantando las cejas.

Me evalúa durante un segundo y niega con la cabeza.

—¿Por qué estás insistiendo tanto?

Mis cejas se fruncen.

—¿Qué?

—Al principio, pensé que era una cuestión de orgullo. Dije que no, lo que hizo que me desearas, pero ahora no lo sé.

¿Una cuestión de orgullo?

—Vamos, Leila. No te hagas la tímida. Sé que tú también me deseas.

Levanta la vista y tira del labio inferior entre los dientes. Me doy cuenta de que no lo ha negado, pero entonces sus ojos se entrecierran.

—¿Y qué ganas tú?

Me encojo de hombros.

—El placer de tu compañía.

Suelta una burla.

—Nunca te rindes, ¿verdad?

—Te lo dije —le digo, acercándome a ella—. Yo no me rindo. Y no pierdo.

Inclina la cabeza.

CDiS

—¿Y si digo que no?

Me pican las manos de tocarle la cara, pero las mantengo a mi lado, metiéndomelas en los bolsillos.

—No lo harás. Quieres esto tanto como yo.

Sus ojos me sostienen durante lo que parece una eternidad, hasta que finalmente suspira y da un paso atrás, metiendo la mano en su bolso. Madre mía. Extiende la mano y me mira.

—Teléfono —me ordena.

Saco mi teléfono del bolsillo y sonrío al entregárselo.

—Como quieras.

Suelta una carcajada, la comisura de sus labios se tuerce en una sonrisa y empieza a escribir en mi teléfono. Unos segundos después, me lo devuelve y se me escapa una carcajada al ver cómo ha guardado su número.

—¿Nunca va a suceder? —pregunto, leyendo en voz alta su nombre de contacto.

Asiente con la cabeza y me sonríe.

Sacudo la cabeza y me acerco un paso a ella.

—Siento decírtelo —susurro—. Pero acaba de pasar.

Me alejo, admirando cómo su respiración se acelera y su cara se sonroja. Recoge su bolso y se dirige a las taquillas.

—No hagas que me arrepienta —dice sin darse la vuelta.

Dejo caer los ojos sobre mi teléfono, mirando fijamente la pantalla con su número. Sujeto el teléfono con la mano y al levantar la vista veo que se ha ido.

—Lo harás —murmuro para mis adentros.

CDiS

Capítulo 11

LEILA

ENCUÉNTRAME

—Dios, necesitaba esto. —Me dejo caer en el sofá junto a Madi.

—¿Tan mal? —pregunta Gabriella.

Me encojo de hombros. Me encanta ser modelo, pero volver después siempre es genial. Pasar el rato con mis chicas, emborracharme en una fiesta cualquiera, no hay nada mejor.

—Fue divertido —les digo—. Pero esas chicas pueden ser agotadoras.

—Ay —exclama Gabi, soplándome un beso—. Me extrañaste.

No puedo evitar reírme.

—Desesperadamente.

Madi me da un codazo en el brazo, sus ojos marrones brillan con un destello travieso.

—No alimentes su ego —me dice—. Su cabeza ya es demasiado grande.

Gabi se burla y apura su cerveza.

—Desearías ser yo.

—Verdad que no.

—Toma. —Gabi abre una lata de cerveza y me la da—. Es lo menos que puedo hacer, ya que te has sentido tan mal sin mí. —Le agarro la lata y bebo un sorbo. El líquido frío me entra por la garganta, el ardor en la garganta es casi instantáneo—. ¿Estás mejor? —pregunta.

Asiento con la cabeza, tomando otro sorbo.

—Ya veo. —Miro alrededor de la habitación a las parejas acurrucadas en el sofá, las chicas bailando al ritmo de la música—. Rosie no ha vuelto a salir, ¿eh?

—No —niega Gabi—. Ahora es una anciana.

CDiS

—Sé que ahora tiene a Grayson, pero la echo de menos —admito encogiéndome de hombros—. No ha salido tanto con nosotras.

—Está enamorada —responde Madi—. No puedes culparla por eso. Tarareo, negando con la cabeza.

—Por supuesto que no. Que mi vida amorosa se haya ido a la mierda no significa que ella no deba ser feliz.

—Ni lo menciones —dice Gabi, entrecerrando los ojos—. Él no cuenta.

Suelto una carcajada, dando otro sorbo a la cerveza.

—Lo hace, por desgracia.

—No. No voy a dejar que te pongas triste —exclama Gabi, sacudiendo la cabeza—. Basta de hablar de exnovios de mierda. Venga. —Se levanta del sofá y me tiende la mano para que la tome.

—¿Adónde diablos me llevas ahora? No pienso seguir jugando contigo a la botella —le advierto levantando la ceja.

Ella sonríe.

—¿Por qué? Parecías divertirte la última vez.

Miro a Madi, que tiene una sonrisa igualmente arrogante en la cara.

—Creo que necesito nuevas amigas —murmuro mientras me bebo el resto de la cerveza.

—Oh, vamos —señala Madi, cruzando las piernas cuando se gira para mirarme—. Actúas como si hubiera sido horrible. —Pone los ojos en blanco—. Sabes muy bien que lo disfrutaste.

Me encojo de hombros, mirando la lata de cerveza vacía.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

La risa de Gabi hace que dirija mis ojos hacia ella.

—Por favor —alega, sentándose de nuevo—. Estuviste como a media cerveza y a treinta segundos de desnudarlo allí mismo, delante de todos.

—Eso es una exageración. —Pongo los ojos en blanco.

—¿Fue bueno? —pregunta levantando las cejas.

Me muerdo el labio. Bien, puede que haya mentido un poco en la fiesta. No era malo, ni de lejos. Pero me despistó por completo, no quería ser el tipo de chica que se derrite ante la mera presencia de Aiden, pero entonces sus labios se posaron en los míos y… fue mejor de lo que esperaba, por no decir otra cosa.

—Fue decente —murmuro.

CDiS

Gabi tararea.

—Eso significa que fue muy bueno. —Sus ojos brillan de intriga, y no puedo evitar que se me revuelva el estómago al pensar que Gabi podría estar realmente interesada en él. Quiero decir, quién no? Levanto las cejas en señal de sorpresa antes de poder evitarlo y, por su reacción, supongo que se da cuenta—. Relájate —dice, con los labios crispados por la diversión—. No me interesa. Es todo tuyo.

Finjo indiferencia, levantando el hombro.

—No me importa. Estoy aquí para beber, no para centrarme en un tipo que apenas conozco.

Sobre todo porque, después de todo, no ha llamado. Ha pasado más de una semana y… nada. Realmente esperaba que lo hiciera. Era tan persistente, tan exigente. Odio admitir lo mucho que me gustaba. Cuánto me gustó que alguien trabajara un poco para conseguirme, en vez de tener que hacer yo todo el trabajo.

Suelto un suspiro.

—Voy al baño —les digo, levantándome del sofá.

—¿Quieres que vayamos contigo? —pregunta Gabi.

Sacudo la cabeza.

—Estoy bien.

—Si nos necesitas, llámanos —me grita Madi mientras me dirijo entre la multitud, intentando encontrar un baño que no tenga una larga cola.

Encuentro un cuarto de baño vacío y cierro la puerta, dejando escapar un suspiro cuando me miro en el espejo. Ya he estado aquí infinidad de veces.

Giro las caderas, admirando en el espejo el vestido negro que abraza mi figura. Tengo unas caderas bonitas, llenas y con curvas. Paso las manos por mi cuerpo.

—Me encanta mi cuerpo —recito a mi reflejo—. Me encantan mis curvas. Cada hundimiento, cada rollito, cada estría.

Algún día me lo creeré. Eso espero.

Quiero a mis amigas, las quiero mucho, pero ellas no ven que cuando los chicos se acercan a nosotras, no se acercan a nosotras, se acercan a ellas. Obtengo una sonrisa débil, un trago de lástima, y tal vez un par de palabras del tipo que se quedó conmigo.

CDiS

No ven que cuando los chicos hablan con ellas, las invitan a salir, a mí me invitan a sus habitaciones para una aventura de una noche.

Odiaba ser la accesible, la no deseable, así que le di al interruptor. Coqueteaba con los chicos, me acercaba a ellos, daba el primer paso, y funcionaba. Siempre tenía el control y no tenía expectativas desesperadas e irreales.

Hasta Aiden.

Llegó y todo cambió. Me persiguió, me invitó a salir, me incitó a besarlo. Era nuevo, interesante, divertido. Pero ahora, él consiguió lo que quería. Ganó el juego, y yo se lo puse fácil.

Me arreglo el pelo y me miro por última vez antes de salir por la puerta. Apenas doy dos pasos antes de ser golpeada por un duro pecho de músculos.

—Mierda, lo siento. —Levanto la vista y parpadeo.

Sus manos me agarran del brazo, manteniéndome en mi sitio.

—Ya te estás enamorando de mí —bromea Aiden, sonriéndome.

Levanto la vista hacia él, con el cuello tenso. Nunca se lo diría a nadie, pero me encanta lo alto que es. Estoy acostumbrada a ser la persona más alta de la habitación, es agradable tenerlo por encima de mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, dando un paso atrás.

Él también da un paso atrás y se apoya en la pared de enfrente.

—Por lo visto lo mismo que tú —explica, cruzándose de brazos—. Estoy aquí para divertirme.

Suelto una burla.

—Mi diversión terminó en el momento en que apareciste. —Está bien, estoy un poco resentida porque no llamó. Ni siquiera sé por qué. No estoy segura de que le hubiera contestado de cualquier manera.

Aiden se ríe.

—Qué cabezota. ¿Por eso me diste tu número? —pregunta, haciendo que me quede helada—. ¿Porque no soy divertido?

Inclino la cabeza.

—No lo sé —digo encogiéndome de hombros—. ¿Por eso no has llamado? —Su sonrisa cae y su cara palidece—. ¿Porque soy muy divertida?

Frunce un poco el ceño, se le forma una línea entre las cejas.

CDiS

—Leila…

—Olvídalo. No me importa. Pierde mi número y olvídate de mí. —Doy un paso adelante, dispuesta a dejar atrás este pasillo y a él, cuando su mano me toma y me hace girar para que me dé la espalda contra la pared.

—No puedo hacer eso, Leila —susurra Aiden.

El aroma que me rodea me nubla el cerebro. Una mezcla de jabón limpio y un aroma más profundo y amaderado me nubla los sentidos y me hace consciente del calor de su cuerpo que me envuelve.

—No puedo olvidarme de ti. —Su voz profunda retumba en mí, haciendo que se me ponga la piel de gallina. Intento respirar, pero el corazón me late muy deprisa. Siento su aliento en mi piel y mis ojos se cierran por sí solos, un gemido se escapa de mis labios.

Mierda. Abro los ojos de golpe y hacia arriba, hacia sus brillantes ojos azules, donde está de pie sobre mí, apiñándome. Levanta la mano y me frota el pelo castaño oscuro entre los dedos.

Trago saliva, mirándolo embelesada con mi pelo; me lo peina hacia atrás, detrás de la oreja, y se inclina hacia mí.

—Ojalá pudiera olvidarte. Mierda, ojalá pudiera dejarte marchar, pero ya no puedo.

—Estoy segura de que encontrarás la manera —consigo decir.

Se ríe y sus ojos se posan en mis labios.

—Dios —gruñe—. ¿Qué me estás haciendo?

—Nada —respondo, forzando la garganta para moverme—. Ni siquiera me gustas.

Se ríe.

—Qué mentirosa. —Saca la lengua. Lamiendo su labio inferior, haciendo que mis ojos bajen a sus labios. Oh, es bueno.

—Dices que no te gusto, que no me deseas, dime algo —señala. Aprovecho para respirar—. Si metiera la mano en este vestido, ¿qué encontraría Leila? —Su tono es tan casual, tan sencillo—. ¿Cómo de mojada estarías?

Jesús. Ni siquiera me toca y me siento débil. Sin embargo, no le doy la satisfacción, lo miro con indiferencia, apretando las piernas, tratando de aliviar el dolor mientras suelto un suspiro.

—Hueso seco.

CDiS

Otra risita oscura que no hace nada para detener la lujuria que se está gestando.

—Es tan excitante cuando me pones en mi sitio —declara, sonriéndome—. Pero me encantaría verte sonreírme como lo haces con tus amigas. —Su pulgar roza mis labios, apenas rozándolos—. Solo una vez.

Mierda, este hombre es bueno. Demasiado bueno. Sacudo la cabeza, recuperando algo de control, y obligo a mis miembros a moverse, llevando las manos a su pecho, con los dedos ansiosos por tocarlo. La tela de su camiseta es una fina barrera entre todos esos músculos duros. Me inclino hacia él.

—¿Qué tienes pensado para hacerme sonreír? —le pregunto.

Sonríe, sin duda le encanta esta reacción mía.

—Quiero besarte otra vez.

Casi meto su camiseta entre mis dedos y tiro de él hacia mí, pero suelto las manos y suspiro.

—Paso.

Sus cejas se fruncen.

—¿Qué haces? —inquiere—. Sé que sientes esto. No seguirías aquí si no lo sintieras. —Se inclina hasta que sus ojos azules se clavan en los míos—. Si quieres que te persiga, solo tienes que decirlo.

Me tiene ahí. Quiero esto. A él. Quiero una noche con Aiden. Quiero saber si los rumores que he escuchado sobre él en la cama son ciertos, quiero ser la chica en su cama, aunque solo sea por una noche. Eso no significa que se lo vaya a poner fácil.

Me relamo los labios.

—Te diré una cosa. —Sus cejas se levantan, la intriga pinta su expresión—. Puedes besarme —me inclino hacia él, le rodeo el cuello con los brazos y me encanta cómo su respiración se acelera y sus manos bajan hasta mi cintura. Subo los brazos hasta rozar su oreja y le susurro—: Si me encuentras.

Dejo caer los brazos y salgo del pasillo antes de que pueda decir nada más. Corro entre la multitud, subo las escaleras, miro detrás de mí pero no veo a Aiden por ninguna parte. Sigo adelante. Si quiere perseguirme, que me persiga.

CDiS

Miro a mi alrededor en busca de un dormitorio vacío, pero el último que encuentro está cerrado cuando entra una pareja. La puerta del dormitorio se cierra, dejándome sola en este pasillo vacío. Me muerdo el labio, preguntándome dónde estará Aiden. ¿Quiero siquiera que me encuentre?

Sí.

Puede que me burle y bromee con él, pero ambos sabemos que la atracción está ahí. Quiero volver a besarlo. Quiero sentir sus labios en los míos y atraerlo hacia mí, escuchando cada gemido y jadeo que salga de él. Quiero saber cómo será una noche con él.

Abro de un empujón la puerta del baño, dispuesta a entrar, cuando siento que una mano me rodea la muñeca. Ni siquiera tengo que mirar. Sé que es él.

—Parece que te he encontrado —susurra, su aliento golpea mi piel, tan cerca que casi puedo sentir cómo serían sus labios si los apretara contra la sensible piel de mi cuello. Me da la vuelta con una sonrisa arrogante en la cara—. ¿Ahora tengo mi recompensa?

Sí. Mierda, sí. Solo bésame. Me lamo los labios.

—Ese era el trato.

Sonríe, pero se le borra la sonrisa al negar con la cabeza.

—No voy a besarte —aclara, haciendo que se me caiga la cara de vergüenza—. Tengo tantas ganas de volver a saborear tus labios —exclama, pasándose una mano por la cara—. Pero no puedo en conciencia besarte, Leila.

—¿Por qué? —pregunto antes de poder contenerme.

Sonríe.

—Porque, preciosa —explica, haciendo que me palpite el pecho—. El consentimiento es importante para mí. Me encanta provocarte, pero no voy a besarte a menos que me digas que quieres. —Si está intentando que me sienta menos atraída por él, está teniendo el efecto contrario—. No quiero obligarte a nada que no quieras hacer —dice encogiéndose de hombros—. Y si dices que no te gusto, entonces no puedo besarte.

Lo quiero. Lo deseo tanto. Siento el calor y la tensión entre nosotros, y solo quiero desgarrarlo. Quiero sus labios en los míos, su lengua en mi boca, y que me lleve a la cama esta noche.

CDiS

Veo cómo me sonríe, cómo baja los ojos al mirarme.

—Estás jodidamente guapa.

No sé qué decir. Estoy atrapada en este pasillo, viendo cómo se da la vuelta y se prepara para alejarse de mí.

—Aiden. —Se da la vuelta y levanta las cejas, preguntándose qué voy a decir. Pero yo tampoco lo sé. ¿Qué le digo? ¿Qué es lo que quiero?

Avanzo dos pasos hasta que estoy justo delante de él, pero no digo nada. Lo miro fijamente, deseando que me lea la mente y sepa cuánto deseo esto. *Bésame. Bésame, Aiden.*

—¿Sí, Leila? —pregunta, el borde de sus labios curvándose en una sonrisa burlona—. ¿Quieres algo?

Pongo los ojos en blanco.

—Oh, mierda. —Me agarro a su nuca y lo bajo, aplastando mis labios contra los suyos.

Esto se me da bien.

Hablar, no tanto, ¿pero esto? Esto puedo hacerlo.

Me pongo de puntillas, rozo mis labios con los suyos, siento su lengua rozar la entrada de mis labios. Me abro a él, le doy la bienvenida, lo deseo, y él entra.

Su lengua se desliza sobre la mía, nuestras bocas trabajan juntas mientras el beso se vuelve más ardiente y profundo. Mis dientes rozan su labio inferior y lo chupan mientras me separo y vuelvo a introducir la lengua en su boca. Su garganta emite un gemido, pero me lo trago antes de que pueda escapar. Me está consumiendo, en este momento solo puedo sentirlo a él, solo puedo saborearlo a él, solo puedo pensar en Aiden.

—Dios, Leila —me dice entre besos y me empuja para que vuelva a estar pegada a la pared. Me agarra la cara con la mano y profundiza el beso, haciéndome el amor en la boca. Mierda. La forma en que chupa mi lengua hace que me tiemblen las rodillas y me duela el clítoris. Subo involuntariamente, tocando el bulto que asoma por sus vaqueros.

Se aparta un segundo y sus ojos oscuros y lujuriosos se clavan en los míos. Sus ojos se abren de par en par como si no pudiera creer lo que acabo de hacer, no voy a echarme atrás. Yo empecé esto y voy a terminarlo. Voy a acabar en la cama de Aiden esta noche.

CDiS

Se zambulle de nuevo, aplastando su boca contra la mía. Su beso es mejor que follar de verdad. Podría hacer esto toda la noche. Pero necesito más.

Mis manos juegan con el dobladillo de su camiseta, dejando que mis dedos recorran la carne caliente y dura de su estómago. Sus abdominales se ondulan bajo las yemas de mis dedos. Dios, qué bien sienta.

Sus grandes manos abandonan mi cara y bajan hasta mi cintura. Ni siquiera me importa pensar en lo que está sintiendo o si sus manos están tocando los rollos de mi espalda. Me da igual. Me agarra de la cintura con un fervor que siento en mi interior cada vez que me toca.

Sus labios se separan de los míos y recorren mi mandíbula y mi cuello. Su lengua juega con la piel, lamiendo y chupando, y la sensación me hace perder el control de las piernas.

—Aiden —susurro, necesitando que haga algo. Cualquier cosa.

Gime contra mi piel.

—Mi nombre suena tan bien saliendo de tus labios —gruñe, empujando un poco, haciendo que nuestras entrepiernas se alineen. Mi cabeza se echa hacia atrás, consumida por el pequeño placer que me proporciona la fricción.

—Necesito más —jadeo cuando sus dedos rozan los duros pezones que asoman por la fina tela del vestido.

Me da un beso rápido.

—¿Quieres que te folle? —Sonríe contra mis labios—. Estoy tan cerca de levantarte el vestido y sentir lo mojada que estás para mí —dice, dándome otro beso antes de lamerme el labio inferior.

No le contesto, solo subo las caderas, rozando de nuevo su dura polla.

—Preferiría una cama —exhalo.

—Mierda —susurra—. ¿Vienes a mi casa? —pregunta.

Asiento con la cabeza. Todavía no me he mudado del todo a casa de Rosie.

—¿Qué pasa con Grayson y Rosie? —le pregunto, dejando escapar un gemido cuando empuja su erección contra mí—. No quiero que nadie lo sepa.

Su lengua rastrea mi oreja, mordiéndola.

—Entonces tendremos que estar callados.

CDiS

Estoy acostumbrada a eso. Estar callada, mantenerlo en secreto. No es nada nuevo para mí.

—Bien. Vete antes de que te folle de verdad en este pasillo. —Lo empujo, arreglándome el pelo y el vestido.

Se ríe entre dientes, se arregla la gorra y se ajusta los vaqueros. Saco la lengua para lamerme los labios mientras miro su entrepierna.

—No te preocupes —me dice—. Aún no he terminado contigo.

CDiS

Capítulo 12

AIDEN

PIDELO AMABLEMENTE

Este no era el plan. Esto no debía ocurrir. Debería estar atormentado por la culpa, pero la perspectiva de volver a sentir sus labios, saborearla, tenerla, me hace olvidarme de todo menos de la chica que tengo delante.

Mis ojos se posan en la curva de su trasero, que se menea en ese vestido ajustado a cada paso que da. Dios, qué bien se siente bajo mis dedos, suave y flexible. No es la chica testaruda y fría que suele ser conmigo.

La sentí moverse contra mí, disfrutar de mí, obtener placer de mi cuerpo. Y ahora quiero más. Quiero arrancarle el vestido y recorrer su cuerpo con la lengua, sintiendo cada curva y cada pliegue. Quiero volver a escuchar ese gemido entrecortado. Quiero saber si grita o si gime en voz baja.

La tomo de la mano cuando veo la casa de Grayson y no me molesto en soltarla. No pienso soltarla pronto.

—¿Qué haces? —me reprende susurrando, mirando a su alrededor para ver si alguien se da cuenta, pero no tiene de qué preocuparse. No hay ni un alma por aquí.

Abro la puerta, la meto dentro y, en cuanto su espalda toca la puerta, vuelvo a acercar mis labios a los suyos. Mierda, sabe tan bien. Como el azúcar, el puto azúcar puro. Es tan dulce cuando no me está mandando a la mierda.

—Admítelo —le pellizco el labio inferior—. Te gusto.

Sus ojos brillan con desafío.

—Claro que no.

Levanto una ceja y le sonrío.

—Pero me deseas.

Se pasa la lengua por el labio inferior y sus ojos se posan en los míos.

CDiS

—Tal vez.

Sonrío y la atraigo hacia mí hasta que gime al sentir cada centímetro duro de mi apretado contra ella.

—Definitivamente.

Su pecho se eleva, su pesada respiración es el único sonido que se graba en mi mente. Quiero escuchar más de ella. Le levanto la mano del vestido, agarro su trasero y amaso la piel, empujándola hacia mí. Mi polla dura roza su cuerpo blando, arrancándome un gemido.

—¿Planeas follarme o solo provocarme? —pregunta sin aliento.

Mi risa ondula a través de su piel, escondida en su cuello.

—¿De verdad eres tan impaciente? —La beso de nuevo, incapaz de apartar mis manos de ella—. ¿O simplemente estás desesperada por mí?

Sus ojos se encapuchan cuando se lame los labios, sacudiendo un poco la cabeza. Baja los ojos y, antes de que pueda ver lo que está mirando, su mano cubre mi polla por encima de los vaqueros, apretándola en su puño. Mierda.

—Estoy desesperada por esto —dice, acercando esos labios suaves y jugosos a mi cuello y pasando la lengua por la piel.

—Mierda. —Suelto un fuerte suspiro—. Estoy deseando estar dentro de ti —admito mientras ella lame y chupa la carne sensible de mi cuello.

Sus labios se encuentran con los míos en un beso ardiente, su lengua choca contra la mía mientras nuestros cuerpos chocan. Me pasa la lengua por el labio antes de apartarse y mirarme a través de las pestañas.

—Entonces, llévame arriba —susurra.

La agarro de la mano, me encanta sentirla entre las mías y tiro de ella escaleras arriba, con cuidado de no hacer ruido.

Cuando llego a mi dormitorio, me quito la camiseta en cuanto se cierra la puerta, desesperado por sentirla. Quiero su cuerpo apretado contra el mío, sentir su suave piel contra la mía.

Apenas puedo pensar mientras me devora con la mirada. Esos ojos verdes recorren mi cuerpo como si fuera un cuadro. La forma en que me mira me hace querer hacer cien flexiones al día solo para que siga mirándome así.

—No tienes ningún tatuaje —señala, sus ojos escudriñando mi pecho.

No puedo permitírmelos.

CDiS

—¿Decepcionada? —le pregunto, anticipándome a su respuesta. Ella niega con la cabeza, provocándome una risita—. ¿Ya te has quedado sin palabras? —bromeo—. Ni siquiera he empezado.

Su lengua recorre el labio inferior, lo lame antes de meterlo entre los dientes, ladea la cabeza y recorre mi cuerpo con la mirada. Mi polla se estremece.

—He montado un espectáculo para ti —empiezo—. Ahora te toca a ti. —Me acerco un paso—. Quiero verte.

Sus ojos se encapuchan un poco, sacudiendo la cabeza.

—Todavía no —niega, tirando de la punta del vestido y apretando aún más la tela contra su cuerpo. Su vientre blando empuja la tela y me pregunto cómo se sentiría bajo mis dedos, bajo mi lengua. Quiero besar cada centímetro de ella. Dios mío.

Se acerca un paso, y mi polla se agita en mis pantalones a cada paso. Cuando está frente a mí, levanta la cabeza y esos ojos penetrantes me tientan. Al principio ni siquiera siento sus manos, completamente atrapado en su mirada, pero en cuanto empieza a pasarme las manos por el pecho, explorándome con los dedos, mi polla se despierta.

Es imposible contener el sonido que sale de mí cuando su lengua se encuentra con mi pecho. Sus suaves labios presionan mi piel y me besan los pectorales.

—Oh, mierda. —No hay nada más que sus labios y su lengua sobre mi piel, y estoy peligrosamente a punto de explotar. Flexiono los abdominales para ella, quiero su lengua en cada parte de mí, y cuando desciende, pasando su lengua por las crestas de mi torso, mi cabeza se echa hacia atrás. Mierda, ¿por qué me siento tan bien?

El suave gemido que escapa de sus labios me arranca un áspero suspiro.

—Si me lames así los abdominales, no puedo imaginar lo que se sentirá tu boca en mi polla.

Se echa hacia atrás, prácticamente de rodillas, mirándome, tan sumisa, tan inocentemente, esos ojos grandes y redondos mirándome.

—¿Quieres averiguarlo?

Mierda. Mierda. Sí.

CDiS

Me arranca el cinturón, me desabrocha hasta que me quito los vaqueros de una patada. Pongo los ojos en blanco al sentir sus manos frotando mi pene a través de los calzoncillos. Un segundo después, me los quita y echo la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, anticipando la sensación de su boca sobre mí.

—Tienes que estar bromeando.

Abro los ojos al instante, bajando la mirada hacia ella, viéndola mirar mi polla dura con las cejas fruncidas.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Qué pasa?

Me mira con los ojos entrecerrados. Parece molesta.

—¿Estás bueno, tienes talento, eres jodidamente alto y tienes una polla enorme? —exhala, apartando la mirada de mí y de mi enorme polla, aparentemente.

Se me escapa una carcajada.

—¿Te da miedo mi polla? —me burlo.

Pone los ojos en blanco.

—No me da miedo —afirma cruzándose de brazos y echando una mirada furtiva a mi polla, que sigue bien dura y justo delante de su cara—. Es injusto para los demás. No puedes tenerlo todo.

Ladeo la cabeza, riéndome de su expresión.

—Nunca has visto una polla tan grande como la mía, ¿eh?

Me mira de reojo.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mis cejas se levantan.

—La forma en que te aterroriza —digo, tomándola con la mano y dándole una caricia. Sus ojos se abren de par en par, mirándola fijamente, y se lame los labios. Ni siquiera sé si se da cuenta de lo que está haciendo. Me mira mientras me acaricio la polla perezosamente, y suelto un gruñido cuando veo que vuelve a lamerse los labios—. No tienes que hacer nada si te intimida. Podría hacer que te corrieras.

—¿Harías eso? —pregunta, mirándome con incertidumbre.

La miro con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres decir comerte el coño hasta que te corras sobre mi lengua?

Mierda, sí.

CDiS

—No —dice ella, sacudiendo la cabeza—. Quiero… —No termina la frase, solo vuelve a mirarme la polla.

—Leila —suspiro—. En serio, no tienes que…

Oh. Mierda.

Su suave mano rodea mi pene, se acerca a mí y acerca su lengua a la punta.

—Mierda —gimo, sintiendo cómo me rodea con su boca húmeda y caliente. Me acaricia la polla con la lengua antes de meterla entre sus bonitos labios.

—Mierda —gruñe con la boca llena de mí—. No puedo metérmela hasta el fondo —dice, babeando, cuando retira su boca de mí. Es fácilmente la visión más caliente que he visto nunca.

Me tiemblan las rodillas. No sé si voy a poder mantenerme erguido. Ya me tiembla la cabeza mientras ella sigue acariciándome.

—No tienes que hacerlo.

Pero no me hace caso, sino que vuelve a acariciarme la punta con la lengua.

—Quiero intentarlo —me asegura haciendo que ponga los ojos en blanco—. Pero no me empujes la cabeza hacia abajo.

—No lo haré. —No me da tiempo a prepararme. Se mete todo lo que puede en la garganta, haciéndome gruñir al sentir su boca húmeda y caliente alrededor de mi polla. Mierda, esto es el paraíso. Esto de aquí.

Cuando muera, quiero esto.

—Oh, mierda. Leila.

Se atraganta un poco y me saca de su boca, con la saliva cayéndole por la barbilla. Respira hondo y me mira.

—No digas mi nombre —gruñe, apretándome la polla—. Las paredes son finas, ¿recuerdas?

Mierda. Grayson y Rosie están en la habitación de al lado. Aprieto los labios cuando me vuelve a meter en la boca, haciendo girar la lengua alrededor de la punta. Mierda, estoy demasiado cerca.

La tomo de la mano y la levanto del suelo. Estoy desnudo delante de ella, y ella aún lleva toda la ropa. Demasiada ropa. Agarro el dobladillo de su vestido, quiero quitárselo del cuerpo, quiero verla, pero ella me lo impide.

CDiS

—No hay necesidad de eso —señala.

Frunzo el ceño, sintiendo mi cuerpo como un horno.

—Quiero probarte.

Sonríe y me acaricia el pecho.

—Qué lindo. —¿Lindo?—. Pero puedo asegurarte que estoy lista. Solo fóllame —dice, acercando sus labios a los míos en un beso caliente. Dios mío, sus labios se sienten tan bien contra los míos, suaves y tiernos, sus dientes rozando mi labio inferior de vez en cuando.

—Si hubiera sabido que esto es lo que conseguiría que te portaras bien conmigo —murmuro, apartándome—. Lo habría hecho antes.

Me aparta, con una leve sonrisa en la cara mientras pone los ojos en blanco.

—Dios, estás tan lleno de ti.

La agarro por la cintura y la atraigo hacia mí.

—Tú también podrías estar llena de mí. —Su respiración se detiene, atascándose en su garganta mientras se lame los labios—. Sube a mi cama.

Cae sobre mi colchón, levantándose el vestido hasta las caderas, la ropa interior de encaje negro sobre su cuerpo liso y bronceado me hace la boca agua. Maldita sea. Tengo tantas ganas de probarla.

Me acerco a ella, le bajo la ropa interior por las piernas, las tiro al suelo y contemplo la piel desnuda entre sus piernas. Su coño brilla con la evidencia de su excitación.

—Hmm. —Le agarro los muslos con las manos—. Pequeña mentirosa. —Tengo tantas ganas de lamerla—. Estás chorreando, Leila. —Gime, haciendo que mi polla se retuerza—. No está seca para nada.

Se retuerce debajo de mí hasta que su dulce trasero está en mi cara, con las rodillas dobladas mientras se tumba boca abajo.

—Te quiero por detrás —me ordena.

Está intentando matarme. En serio, que alguien revise mi pobre polla, está tan dolorosamente dura. Agarro un condón de la cómoda, me lo pongo y lo acaricio despacio antes de acercarlo a su entrada. Se queda quieta y respira entrecortadamente al sentirme.

—¿Estás bien? —le pregunto, frotándole la espalda con la mano, deseando que fuera su suave piel y no el vestido lo que tocara.

CDiS

—No necesito que me animes —dice, levantando las caderas y rozándome la polla. Gruño, agarrando sus caderas para mantenerla firme—. Necesito que me folles.

Empiezo a empujar, despacio. Mierda, qué apretada está. Su cabeza cae sobre el colchón y suelta un gemido. Sigo metiéndosela centímetro a centímetro hasta que gime.

—¿Está dentro? —pregunta levantando la cabeza, intentando mirar detrás de su hombro.

Amaso mi mano sobre sus caderas, mirando fijamente hacia donde estoy desapareciendo dentro de ella, la visión me marea.

—No hasta el fondo —respondo.

—Dios —grita, bajando de nuevo la cabeza—. Ve más profundo.

—Leila.

—Más profundo —me ordena de nuevo.

Empujo otro centímetro y cuando vuelve a gemir, bajo, agonizante. me detengo.

—No quiero hacerte daño.

—No lo harás.

Me encanta verla estirarse a mi alrededor, pero la forma en que se tensa cuando le doy otro centímetro y aspira con fuerza me impide darle más.

Levanta la cabeza, me mira por detrás del hombro y sus ojos se endurecen.

—O me follas —dice—. O vuelvo a la fiesta y encuentro a alguien que lo haga.

Le meto los dos últimos centímetros y se le escapa un grito ahogado mientras baja la cabeza, con mi polla ya metida hasta el fondo.

—Mierda —exclama sin aliento.

Mierda. Suelto un suspiro, mi polla esta estrangulada dentro de ella.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —gime—. Dios mío. Empieza a moverte.

La saco hasta la mitad y vuelvo a penetrarla, mientras su coño caliente se aferra a mí.

—Maldita sea —suspiro, observando cómo su cuerpo se mueve con el mío mientras empujo contra ella. Mi polla cubierta por un condón está

CDiS

resbaladiza por sus jugos—. Mierda —gruño—. Te estás estirando muy bien para mí, preciosa.

Gime de nuevo, correspondiendo a mis embestidas, y su trasero se agita con cada roce de mi piel contra la suya. Me inclino hacia delante, agarro su garganta y giro su cuello para acercar su boca a la mía. Necesito besarla, verla. Por mucho que me guste esta postura, quiero mirarla cuando se corra.

Mierda, seguro está muy guapa cuando se corre.

—Dios, qué bien te sientes —gruño, mirando hacia abajo, donde estoy empujando dentro de ella—. Tan apretada. —Aprieto los ojos y los cierro, su tacto es insoportable—. Me cuesta aguantar.

—¿Vas a ser un idiota de dos bombeadas?

Su comentario me hace reír cuando me inclino sobre ella, le muerdo la oreja y me encanta cómo gime cuando la penetro con fuerza.

—Sabía que serías así —admito—. Terca y mandona en la cama.

Mis manos se aferran a su trasero, apretando la suave piel que se ondula con cada embestida.

—Necesitabas a alguien como yo, ¿verdad? —Vuelve a gemir, hundiendo la cabeza en el colchón—. Alguien que te follara hasta la sumisión hasta que esa actitud tuya no sea más que un revoltijo de palabras rogándome que te deje correrte.

—No —niega con una voz entrecortada que me excita muchísimo.

—¿No? —repito—. ¿Quieres que pare entonces?

El gemido que suelta me hace soltar una risita, y cuando mira detrás de sus hombros, sus ojos se entrecierran.

—¿Estás diciendo que no puedes hacer el trabajo?

Es una pequeña provocadora.

—Claro que puedo, preciosa. —Paso mis manos por su trasero redondo y regordete—. Si me lo suplicas.

—Tienes que estar de broma. —Sus ojos se entrecierran aún más. Tirando de ella a mitad de camino.

—No bromeo. —Cuando vuelvo a penetrarla, suelta un grito urgente que la hace apretarse contra mí—. ¿Quieres correrte? Pídelo amablemente.

Sacude la cabeza, gimoteando en la cama. Tan terca.

—No te lo voy a suplicar.

CDiS

—No hagas como si tu coño no goteara cuando te digo lo que tienes que hacer. —Cuando niega con la cabeza, suelto una carcajada, me retiro unos centímetros y vuelvo a penetrarla, y me encanta cómo se aprieta a mi alrededor, gritando contra la almohada—. Vamos —la convenzo—. Te he perseguido, te he dicho cuánto te deseaba. —La saco del todo y golpeo mi polla contra su coño empapado—. Ahora te toca a ti. —Cuando vuelvo a deslizarme, parece el paraíso. Quiero alargarlo, quiero saber que me desea tanto como yo, pero en cuanto estoy dentro de ella, me importa un carajo si me suplica. Demonios, estoy cerca de rogarle yo mismo.

Vuelve a sacudir la cabeza, pero cuando vuelvo a retirarme, cede y suelta otro gemido.

—Mierda. Por favor —grita—. Por favor. —La súplica de sus labios suena como una melodía, mi polla se agita dentro de ella—. Por favor, haz que me corra.

Si tan solo pudiera ver la sonrisa en mi cara.

—No ha sido difícil, ¿verdad? —Jadea cuando le doy otro centímetro, gimiendo por más—. Sabía que serías buena para mí —le murmuro al oído, rozando su mandíbula con los dientes.

Cuando me agarro a sus caderas y le meto la polla hasta el fondo, ella echa la cabeza hacia atrás, recibiendo cada embestida.

—Estoy tan cerca —gime, bajando la cabeza una vez más—. No te atrevas a parar.

Mierda, yo también.

Le subo el vestido por el torso, deseoso de verme penetrarla con sus gemidos entrecortados que me acercan a ella. El placer me recorre el cuerpo y me hormiguean las pelotas cuanto más fuerte lo hace.

Alargo la mano y le tapo la boca.

—Shhh —le susurro al oído—. No queremos que nuestros mejores amigos sepan lo agradable que eres cuando tienes el coño lleno de mi polla, ¿verdad?

Ella gime de nuevo, el sonido amortiguado con mi mano.

—Sí, eres tan buena conmigo ahora, Leila. Me tomas tan jodidamente bien. —Gruño, empujando hasta el fondo, queriendo ir más adentro de ella.

CDiS

Me da un suave mordisco en la palma de la mano mientras grita y mueve las caderas hacia atrás. Su cuerpo se funde conmigo cuando se corre y su coño se aprieta a mi alrededor.

—Mierda —gruño, acelerando mis embestidas hasta que me derramo dentro del condón. Sigo empujando, sacando hasta la última gota de esperma, y mis gemidos le llenan el oído.

Ella se ablanda debajo de mí cuando baja del éxtasis, y yo me levanto de ella, arrancándome de su calor, deseando al instante que pudiéramos volver a hacerlo.

Veo cómo se da la vuelta, se ajusta el vestido para cubrirse y me mira con ojos confusos. Respira con dificultad y pesadez mientras se tranquiliza tras el orgasmo.

Me quito el condón de la polla, lo ato y me deshago de él. Cuando me doy la vuelta, Leila está fuera de la cama, poniéndose la ropa interior y los zapatos.

Arrugo las cejas.

—¿Adónde vas?

—Me voy —dice, sin mirarme mientras se arregla el pelo en mi espejo—. Nos vemos. —Se echa la correa del bolso al hombro, intentando pasar a mi lado.

—No irás a ninguna parte.

—Aiden —suspira, y sus ojos se posan en mi polla, que ya se está endureciendo. No puedo culparme, solo mírala—. No estoy de humor para otra ronda.

—No. No me refería a eso. Son más de las dos de la mañana, Leila. No vas a volver andando a casa. Quédate aquí esta noche. —Me agarro los calzoncillos y me los pongo.

—¿Quieres decir que me quede aquí?—me dice entrecerrando los ojos—, ¿contigo? ¿Como dormir en tu cama?

Mis labios se crispan.

—¿Sí? —¿Es un concepto tan difícil de entender para ella?

—No. —Ya está sacudiendo la cabeza—. No, no es una buena idea. Estaré bien. Llamaré un Uber. —Intenta empujarme de nuevo, pero me pongo delante de ella.

CDiS

—En serio, Leila. No podré dormir sabiendo que te fuiste de aquí sola en mitad de la noche. Quédate.

Sus ojos miran más allá de mí, hacia la cama que sigue hecha, con la manta revuelta.

—Aiden —empieza.

—Quédate. Solo por esta noche.

Entrecierra un poco los ojos y frunce las cejas mientras me mira, de mí a la cama, hasta que suelta un pequeño suspiro y se quita el bolso. No debería sonreír, lo sé, pero eso no me impide hacerlo cuando la veo agacharse para quitarse los zapatos. Me adelanto, me arrodillo y le rodeo el tobillo con la mano.

—No tengo cinco años —me dice—. Puedo quitarme mis propios zapatos.

Me río entre dientes, pasando la mano por sus piernas largas, suaves y bronceadas. Qué mujer tan testaruda. Incluso después de habernos provocado orgasmos alucinantes, vuelve a desafiarme.

—Sé que puedes. Pero no significa que no quiera hacerlo por ti. —Estas piernas. Las quiero alrededor de mi cabeza la próxima vez.

Le quito los zapatos y los dejo junto a la cama.

—¿Quieres una camiseta para dormir? —le pregunto. La imagen de ella tumbada a mi lado con una de mis camisetas me hace desear que diga que sí.

—No —responde en su lugar—. Estaré bien con esto.

No voy a presionarla. No cuando ya he conseguido que duerma aquí. Conmigo. En mi cama.

Me levanto de la rodilla, sobresaliendo por encima de ella, y me inclino para darle un beso rápido en los labios. Sus ojos se abren de par en par cuando se da cuenta de lo que he hecho, pero antes de que pueda decir nada, la tomo de la mano y tiro de ella hacia mí.

—Vamos a la cama.

CDiS

Capítulo 13

AIDEN

SIN REPETICIONES

El timbre de mi teléfono me despierta y mis ojos parpadean adaptándose a la oscuridad del entorno.

¿Qué hora es?

Gruño y me limpio la cara con una mano. El pitido me invade los oídos, sonando cada vez más fuerte cuanto más tardo en descolgar. Me pongo de lado, con los ojos apenas abiertos, todavía nublados, y agarro el teléfono, acercándomelo a la oreja.

—¿Sí? —gruño.

—¿Estás intentando enojarme? —dice mi hermano al otro lado—. ¿Dónde está nuestro dinero?

Maldita sea. Abro los ojos de golpe y todo mi cuerpo se pone rígido al escuchar su voz. El tono frío es suficiente para inquietarme. Me echo hacia atrás, miro la hora en el teléfono y gruño al ver que aún es muy temprano.

—Son las cuatro de la mañana, idiota. ¿Ya estás drogado?

Resopla.

—Cierra la puta boca —gruñe—. ¿Dónde está nuestro dinero?

Mis ojos se entrecierran aunque él no pueda verme. Es demasiado pronto para una migraña.

—¿Te refieres a mi dinero?

Su risa hace que me tiemble todo el cuerpo. Tengo veinte años, mierda. No debería tener miedo de mi propio hermano, sobre todo si está a kilómetros de distancia, pero no puedo olvidar cómo fue crecer con él, con todos ellos.

La risa oscura y sarcástica resuena en el teléfono. Casi puedo imaginarme la sonrisa que tiene en la cara. Es la misma sonrisa que solía tener justo antes de que me diera una paliza.

CDiS

—Tú no haces una mierda. Nos lo debes. Universidad o no, tienes que pagar tus deudas, hermanito.

—Te lo dije —me burlo—. Aún no me han pagado.

—Me estoy impacientando mucho esperándote.

Sacudo la cabeza, sabiendo que no va a dejar pasar esto pronto.

—¿Cómo está mamá?

—¿Qué te importa?

Se me escapa una aguda exhalación, pasándome la mano por la cara.

—Me preocupo por ella.

—Sí, eso parecía cuando te suplicó que no te fueras y lo hiciste de todos modos.

Mierda…

—¿Puedes poner a mamá al teléfono? ¿Está despierta ya? ¿Dónde estás? —Son poco más de las tres de la mañana en casa. ¿Qué hace llamándome a esta hora?

—Eso no te concierne. Todo lo que tienes que hacer es conseguirnos nuestro dinero antes de que yo vaya y te lo quite.

Mi cuerpo se congela ante la idea de volver a ver a alguno de ellos.

—Ni siquiera sabes conducir, idiota.

—¿Qué tan difícil puede ser? —Suelta una burla. Un idiota engreído también.

—¿Cómo vas a permitirte un auto?

Vuelve a olisquear, casi puedo imaginarme la forma en que cruje el cuello cuando se pone nervioso.

—Lo resolveré.

Se me ponen los ojos vidriosos.

—Quieres decir robar.

—Dije que lo resolveré —se queja—. No tienes que preocuparte de nada más que de conseguirnos nuestro puto dinero.

La línea cuelga un segundo después.

—Mierda —grito, restregándome la cara con las manos—. Puto idiota. Mierda.

Vuelvo a dejar el teléfono en la mesita y me dejo caer en la cama, cubriéndome la cabeza con la almohada. ¿Cuándo voy a librarme de ellos? Se suponía que Redfield era mi billete hacia la libertad, pero sigo bajo su

CDiS

control, bajo sus garras. Me retuerzo, hundiendo la cabeza en la almohada, la mano me roza con algo y giro la cabeza para ver una pinza de pelo sobre la almohada junto a la mía.

Entrecierro los ojos cuando lo agarro con las manos y me lo pongo delante de la cara. Paso las manos por el clip blanco.

Leila.

Se fue.

Se fue después de que le dijera que no se fuera.

¿Se arrepiente de lo que hicimos anoche? ¿Me odia otra vez? Dios, era tan bueno tenerla debajo de mí, gimiendo y respirando y besándome. Y ahora se ha ido.

Odio la idea de que se vaya en mitad de la noche. Sola. ¿Siquiera durmió o solo esperó a que me desmayara antes de sumergirse?

Cierro los ojos y me la imagino en mi cabeza, metida en ese vestido negro tan ajustado, con el pelo esparcido por toda la almohada mientras se esfuerza por no mirarme.

No aparté la mirada. No podía. Me pasé todo el tiempo trazando sus rasgos en la oscuridad, la forma en que sus labios se entreabrían cuando exhalaba un suspiro, la forma en que metía las manos bajo la cabeza cuando fingía dormir.

Realmente pensé que pasaría la noche conmigo, y nos despertaríamos juntos por la mañana. Le prepararía el desayuno, hablaríamos de anoche, de lo mucho que quiero volver a hacerlo.

Pero nada de eso puede suceder porque ella se fue.

Me incorporo, tomo el teléfono de la mesita y busco su nombre.

Aiden: *¿Te fuiste?*

Ni siquiera sé si está despierta ahora mismo. Ni siquiera sé si llegó a casa a salvo, si está bien.

Anoche fue…

No puedo quitármelo de la cabeza.

Aiden: *Mándame un mensaje para ver si estás viva.*

CDiS

Pulso enviar y suelto un suspiro, me tapo con las sábanas y me dejo llevar por el sueño.

Cuando consigo salir de la cama, ya ha pasado la hora del desayuno. Retiro las sábanas, necesito agua, aire fresco… algo.

Bajo las escaleras y me dirijo a la cocina cuando oigo la voz de Grayson resonar en la casa que sus padres le han comprado.

Apenas he dado dos pasos hacia la cocina cuando veo a Grayson y a Rosalie haciéndose los simpáticos mientras él la abraza por detrás y Rosie chilla cuando él le hunde la cabeza en el cuello. Me cruzo de brazos, me quedo mirándolos un segundo y me aclaro la garganta.

Levanta la cabeza y Rosie jadea al darse la vuelta. Se me escapa una carcajada al verla intentar ocultarme sus mejillas sonrojadas.

Grayson, como siempre, me frunce el ceño.

—Ni siquiera estábamos haciendo nada —gruñe.

—La muestra pública de afecto me produce urticaria —bromeo, tomando un vaso del armario.

Suelta una carcajada.

—Yo pensaba lo mismo antes de conocerla —dice, mirando a Rosie. Una tímida sonrisa se dibuja en su rostro y se inclina para darle un beso, rodeándole el cuello con los brazos.

Gimo.

—Vamos. —Por mucho que quiera a esos dos, algunas cosas deben mantenerse en privado.

Se separan y Rosie me ofrece una sonrisa.

—No estarías así si te hubieras echado novia —me dice levantando las cejas.

Me río.

—Entendido. —Eso no va a ocurrir pronto. Las novias son distracciones, otra cosa que me quita tiempo para lo que realmente importa. El baloncesto.

Se encoge de hombros antes de tirar una bolsa de palomitas y caramelos en un cuenco.

CDiS

—Estaré con las chicas —le dice a su novio, antes de darle un beso rápido y salir de la cocina.

Mis oídos se agudizan. *¿Las chicas?*

Grayson agarra una cerveza de la nevera y la abre, el sonido me hace estremecer.

Nunca desaparece. Los ruidos que mi cerebro reprogramaba para significar que se acercaba una paliza, el sonido de sus pasos cuando tenían un mal día. La forma en que se abría una lata de cerveza justo antes de que te magullaran las costillas. Se reproduce en mi mente, cada vez que lo oigo, como una película de terror que no puedo apagar.

—¿Estás bien? —Grayson pregunta haciéndome salir de mis recuerdos.

Sacudo la cabeza, intento recuperar un poco el control.

—Sí —exhalo.

Frunce el ceño mientras da un sorbo a la cerveza.

—Estás raro.

—¿Qué quieres decir?

Su mano señala mi cabeza.

—Tu… pelo. Esta raro.

Me río, pasándome una mano por el pelo.

—Necesito un corte de pelo.

Él asiente.

—Así es. —Vuelve a llevarse la lata a los labios y se los lame al dar un sorbo.

—¿Así que Rosie invitó a sus amigas? —pregunto.

—Sí —dice, asintiendo—. Dice que pasamos demasiado tiempo juntos y que necesita algo de tiempo de chicas. —Pone los ojos en blanco.

—Tiene razón. Ustedes dos han estado pegados el uno al lado del otro.

—Lo entiendo —exclama, pasándose una mano por el pelo largo y oscuro—. Lo entiendo. Es solo que… cuando no estoy con ella, la echo de menos.

—Está en la otra habitación, hermano. —Cuando me fulmina con la mirada, suelto una carcajada—. ¿Por eso estás aquí? ¿Te han echado de tu propio salón? —le pregunto, llenando el vaso de agua.

Se encoge de hombros, dando otro sorbo a su cerveza.

CDiS

—Ahora también es su casa —aclara, una sonrisa brotando en su cara—. Me gusta tenerla aquí. Así que si necesita pasar tiempo con sus amigas sin que yo esté, que así sea.

Asiento con la cabeza, solo un pensamiento pasa por mi mente.

—¿Y todas sus amigas están aquí? —le pregunto, dando un sorbo a mi agua.

Se le cae la cara.

—Aiden —suspira—. ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué?

Deja la lata en el mostrador y se cruza de brazos mientras me mira con los ojos entrecerrados.

—Esto es por Leila, ¿no?

Bebo otro sorbo, con la garganta repentinamente seca. Levanto el hombro encogiéndome de hombros.

—Me preguntaba si estaría aquí.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Eso no es todo, ¿verdad? —pregunta levantando una ceja. No, pero no se lo digo. Leila ha insistido tanto en que esto quede entre nosotros que no quiero darle más argumentos. Le doy un sorbo al agua. Pero él lo sabe. Asiente un par de veces y me sonríe—. Entonces, ¿todo lo que te dije la última vez te entró por un oído y te salió por el otro?

Me burlo:

—El día que te haga caso será un frío día en el infierno —bromeo—. No me metí en tu relación con Rosie, no te metas en la mía.

Aprieta los labios, intentando no reírse.

—Por lo que veo, no te soporta.

—Todavía. —Sonrío.

Sacude la cabeza, riendo.

—Y eso es mentira —dice—. Me dijiste que me alejara de Rosie, que no podía soportar lo que estábamos haciendo y que debía cortar con ella. —Sus ojos se entrecierran—. ¿Te acuerdas?

Me encojo de hombros, frotándome la nuca.

—No conocía a la chica —suspiro—. Y te aseguro que no sabía que te convertirías en un ñoño de mierda.

—Que te jodan. —Se ríe—. Si te hiciera caso, no la tendría.

CDiS

Asiento con la cabeza.

—Y tú no me escuchaste —le digo—. Entonces, ¿por qué debería escucharte?

Se encoge de hombros.

—Me parece justo. —Alarga la mano hacia atrás y toma su cerveza.

—Entonces, ¿está aquí?

Suspira, se pasa una mano por la cara y murmura en voz baja.

—Sí —exhala—. Está ahí dentro. —Señala la puerta de la sala de estar, toma un trago de cerveza antes de empezar a salir de la cocina, se da la vuelta y me fulmina con la mirada—. Asegúrate de saber lo que haces.

—Sí, lo hare —le digo.

Entrecierra los ojos un segundo, evaluándome, antes de suspirar y alejarse.

Me bebo el resto del agua y me dirijo al salón. El sonido de la risa me golpea incluso antes de que abra la puerta. Me pregunto cómo sonará Leila cuando ríe, cuando se abre de verdad y se permite ser feliz.

Mis nudillos golpean la madera antes de empujar la puerta y asomarme al interior. Los ruidos cesan y me miran. Les sonrío.

—Hola.

—¿Grayson te envió a espiarnos? —pregunta Rosie.

Levanto las manos y niego con la cabeza.

—He venido por mi propia voluntad. Lo juro.

—Bueno, ya que estás aquí —señala Gabriella, la amiga de Rosie, agarrando una lata de cerveza y lanzándomela—. Toma.

Lo tomo con facilidad y lo miro. Aprieto la mandíbula al sentirlo en la mano.

—Estoy bien —digo, dejándolo sobre la mesa—. Entrenamiento. —Es fácil echarle la culpa al entrenamiento en lugar de tener que explicar por qué no bebo.

—Puaj —gime Gabi—. Los atletas y sus rigurosas dietas. —Sacude la cabeza—. Yo no podría hacerlo. Me gustan demasiado los *nuggets* de pollo.

Suelto una carcajada. Me gusta esa chica. Es divertida. Lástima que la única chica a la que he venido a ver me evite como a la peste. Está sentada en el borde del sofá, dando sorbos a su cerveza sin importarle nada, como

CDiS

si no nos hubiéramos acostado anoche y se hubiera marchado en mitad de la noche.

Observo cómo me mira un segundo, me mira a los ojos y vuelve a colocar la cabeza en su sitio.

—¿Es una fiesta de pijamas? —les pregunto.

—Estamos viendo una comedia romántica —dice Rosie—. Nunca llegamos a celebrar mi mudanza.

Un gemido sale de mí antes de que pueda detenerlo.

—Sí, pensándolo bien, tengo mucho que hacer. Nos vemos, señoritas. —Cierro la puerta del salón tras de mí y subo las escaleras, metiéndome en la ducha.

Mi casa anterior podría caber en mi habitación aquí. Un único retrete pequeño como la mierda y una ducha en la que apenas cabía. Y ahora, aquí estoy, en una gran ducha con enormes paneles de cristal. Me sorprende que hace solo unos años viviera de forma tan diferente.

Cierro el grifo, salgo de la ducha y me envuelvo la cintura con una toalla.

—Empezaba a pensar que te habíamos asustado. —Parpadeo y veo a Leila en mi habitación, sobre mi cama. Está sentada en el borde, mirándome fijamente. No me pierdo la forma en que sus ojos se abren de par en par, bajando hasta mi cuerpo, con el agua aún goteando sobre mi piel.

—No me asusto fácilmente —afirmo mientras me seco el pelo con una toalla y me agarro a la otra. Veo cómo sus ojos se posan en la profunda línea en V de mis abdominales, con mi polla a unos centímetros por debajo. Traga saliva y vuelve a mirarme—. No creí que quisieras volver a verme. —*Después de que te fuiste*.

—No.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Frunce el ceño, mordiéndose el interior de la mejilla.

—No lo sé.

Se está esforzando mucho. Tan jodidamente dura para actuar como si no me quisiera, como si no hubiera disfrutado anoche, y no quisiera volver a hacerlo. Sé que es mentira. Sacudo la cabeza, intentando no reírme de lo mucho está luchando consigo misma por esto.

CDiS

—¿Qué pensarían tus amigas si te encontraran aquí? —le pregunto, levantando la ceja.

Se encoge de hombros.

—Les dije que iba al baño.

—Hay un baño abajo. —Aparta la mirada de mí y mira al suelo. Es extraño, verla actuar tímida y sin palabras a mi alrededor. No me gusta—. ¿Qué haces aquí, Leila? —Me mira con los labios entreabiertos como si quisiera decir algo, pero no le sale nada. Aprieta los labios y vuelve a apartar la mirada. Me acerco a ella en la cama, su respiración se entrecorta cuando le rozo la barbilla con el pulgar y se la levanto para que pueda mirarme—. Quiero volver a verte.

—Me estás viendo ahora mismo.

Sonrío, dejando que mis nudillos rocen la suave piel de su mejilla.

—No de la forma en que quiero verte.

Ella sacude la cabeza y se levanta de la cama, poniendo distancia entre nosotros y se aclara la garganta.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué no? —pregunto, dando un paso más cerca de ella.

—Porque —dice, dando un paso atrás—, no repito.

Me detengo en seco, con las cejas fruncidas mientras la miro, tratando de encontrarle sentido a lo que acaba de decir.

—¿No repites?

—Sí. —Se cruza de brazos—. Tuvimos una buena noche, pero eso es suficiente para mí.

¿Suficiente para ella? No he podido dejar de pensar en cada detalle de anoche. Su cuerpo suave, sus manos sobre mi piel, ¿y me dice que una noche fue suficiente para ella?

—Eso no va a funcionar conmigo —le explico negando con la cabeza—. Quiero volver a verte, Leila.

Se ríe y el sonido me golpea en el pecho.

—¿Por qué? Los dos conseguimos lo que queríamos anoche. Ahora podemos ir cada uno por nuestro lado.

Doy un paso, acercándome a ella. Escucho su respiración agitada y me llena de recuerdos de la noche anterior. Cada sonido glorioso que hizo.

—Si crees que conseguí lo que quería, estás muy equivocada.

CDiS

Su garganta se mueve mientras traga saliva y me mira. Se lame los labios rápidamente y baja la cabeza.

—Los dos estábamos borrachos, Aiden. Solo fue un rollo.

—No lo estaba.

—¿Qué? —pregunta levantando la cabeza.

—No estaba borracho —aclaro.

Se ríe y me apoya la mano en el pecho. Siento las huellas de sus dedos solo un segundo antes de que los retire de nuevo, sustituyendo la calidez de su tacto por la frialdad de sus palabras.

—Cierto —dice sin creerme.

—No tenía ni una pizca de alcohol, Leila.

Ella sacude la cabeza.

—No necesitas mentirme, Aiden.

—Yo no bebo. —Entrecierra los ojos y busca incredulidad en mi expresión. Pero no la encuentra, porque no miento.

—Pero… trabajas en un bar.

Mis hombros se levantan.

—Pagan bien. —Y era el único trabajo dispuesto a aceptarme—. Y tampoco estabas borracha. Te tomaste una cerveza.

—¿Cómo…? —pregunta, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo lo sabías?

Mis labios se crispan.

—Porque te estuve mirando toda la noche —admito—. No podía quitarte los ojos de encima.

Traga saliva de nuevo, sus ojos se ablandan antes de volver a ponerlos en su sitio, dirigiéndome una mirada de indiferencia.

—Eso no cambia nada —asegura—. Sigo sin querer volver a acostarme contigo.

La miro, preguntándome si todo ha sido unilateral. ¿De verdad no sentía nada?

—¿Eso es todo? —le pregunto.—¿Es suficiente para ti? ¿Una noche y nada más?

Está mintiendo. Miente incluso antes de hablar. Pero veo la decisión resignada instalarse en sus facciones, y me miente descaradamente cuando dice:

—Sí.

CDiS

—Maldita sea. —Me alejo un paso de ella, muy consciente de la poca ropa que llevo puesta—. Entonces supongo que tienes lo que querías. —Le abro la puerta y veo cómo se vuelve por última vez antes de salir de mi habitación. Cierro la puerta y suelto con un suspiro.

Esto fue bueno. Esto fue algo bueno. Una decisión inteligente. No puedo dejarme desviar por nada más. Conseguí lo que necesitaba. Ella consiguió lo que quería. Y ahora hemos terminado el uno con el otro.

Como debe ser.

CDiS

Capítulo 14

AIDEN

PELEAS DE BAR Y ABUCHEOS

El bar está lleno.

Mis compañeros de equipo están rodeados de copas y chicas, mientras yo desearía estar en casa. Necesito estar aquí con ellos, celebrándolo, asegurándome de que el equipo es fuerte porque, si no, ninguno de ellos me respetará.

—¿Quieres una? —Vuelvo la cabeza hacia Jordan, que me tiende su vaso de cerveza vacío—. Lacy estaba a punto de pedir otra ronda.

Trago saliva, mirando fijamente la bebida que tengo delante.

—Estoy bien.

—Tú nunca bebes, Capi —dice, la chica en su regazo riéndose en su cuello—. ¿Qué pasa con eso?

Levanto los hombros encogiéndome de hombros, evitando sus ojos y las risas de la chica.

—Tenemos un partido la semana que viene.

Ethan se burla y yo giro la cabeza hacia él.

—Qué marica —murmura—. Tienes que soltarte.

Aprieto la mandíbula cuando el resto del equipo se calla y me mira. Sabía que no tenía que haber venido. Hoy es mi día libre. El único día que no tengo que trabajar en The Barrel Room y me arrastran a otro bar en su lugar. La mayoría de Redfield suele ir a Murphy's, que está más cerca del campus y se llena de atletas todas las noches.

Como tenía que trabajar casi todas las noches, empezaron a sospechar de mi paradero, preguntándose por qué nunca salía con ellos, así que aquí estoy, pasando el rato en un bar con chicas borrachas y tipos cachondos y lo odio, mierda.

Tomo mi vaso de Coca-Cola y me lo llevo a la boca.

CDiS

—Soy capitán. Necesito mantener la cabeza despejada.

Carter me da un codazo en el brazo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Bien. —Mis manos se aferran el vaso, tomando otro sorbo—. Solo cansado.

—Esta noche es tu día libre, ¿verdad? —Asiento con la cabeza, dejando caer el vaso sobre la mesa—. ¿Y lo vas a pasar en otro bar? —bromea.

Me río entre dientes, frotándome la mandíbula. Cuando levanto la cabeza, mi risa se calma, observando a la única chica que parece despertar mi interés. Sus amigas entran detrás de ella. Rosie lleva un vestido corto rosa que me recuerda a la primera vez que vino a casa.

Su amiga Gabi da unos golpecitos en la barra, llamando la atención del camarero al quitarse la chaqueta, dejándola en un crop top y unos vaqueros.

Y Madeline está tan elegante como siempre, con un largo vestido blanco que complementa el tono de su piel oscura, y el pelo castaño que le cae por la espalda.

Pero la única chica que tiene toda mi atención, la única chica a la que no puedo dejar de mirar es Leila. Los vaqueros ajustados que lleva le resaltan tanto el trasero, que casi parece que se lo hayan pintado, y el top negro escotado no hace nada por ocultar su figura, sus tetas son el centro de atención.

Mierda, es preciosa.

—Hola. —Mis ojos se desvían de Leila hacia la chica que tengo delante, pelo castaño corto por encima de los hombros, con un conjunto escaso por el que mis compañeros de equipo están babeando.

—Aiden Pierce, ¿verdad?

Aprieto los labios, dedicándole una sonrisa.

—Sí, así es.

Asiente con la cabeza y me sonríe.

—Mi amiga se preguntaba si le darías tu número.

Mis cejas se levantan.

—¿Quién es tu amiga?

Se vuelve y señala a una chica sentada en la barra, bebiendo un cóctel. Se recoge el pelo rubio detrás de las orejas y su cara se tiñe de rosa cuando

CDiS

mis ojos se cruzan con los suyos. Es guapa, pero no es en ella en quien no puedo dejar de pensar.

Sería tan fácil. Ni siquiera tendría que darle mi número, solo asentiría, y ella estaría en mi cama esta noche. Pero no quiero eso. Quiero a una persona que se empeñe en mantenerme a distancia.

—Lo siento —le digo a la chica—. No estoy saliendo con nadie ahora mismo.

Se ríe.

—No quiere una cita.

Claro que no. Creo que nunca he conocido a una chica que estuviera interesada en mí más allá de acostarse conmigo o presumir ante sus amigas.

—Yo tampoco. —Su cara decae y me apresuro a añadir—: Las dos son guapas, pero ahora mismo estoy centrado en el baloncesto. —O intentándolo. No quiero que piensen que les pasa algo, no es así, simplemente no me interesa.

—Tú te lo pierdes. —Se da la vuelta y se dirige hacia su amiga.

—¿Qué te pasa? —pregunta Ethan, alzando las cejas—. Ella estaba buena. Las dos estaban buenas.

—Entonces puedes quedártelas.

Se burla, se levanta de la silla y se bebe el resto de su cerveza antes de dirigirse hacia las dos chicas.

No puedo evitarlo, mi cabeza se vuelve hacia donde estaba Leila antes, pero esta vez no está sola. Un tipo está de pie con ella, hablando y riendo con ella. Lo veo beber un sorbo, sus ojos bajan por el cuerpo de ella, observándola.

Me molestaría si no me estuviera mirando constantemente. Cuando mis ojos se cruzan con los suyos por enésima vez, gira la cabeza y asiente a lo que dice el tipo. *No me desea, una mierda*. No puede dejar de mirarme, igual que yo.

Esa noche se repite en mi mente con frecuencia. Más de lo que me gustaría. No puedo dejar de pensar en ella, en los ruidos que hizo y en cómo me mantiene alerta. Nunca he conocido a alguien como ella, no creo que lo haga nunca.

CDiS

—Esa es mi chica, imbécil. —Un fuerte estruendo me arranca la mirada de ella a los dos tipos que se revuelcan en el suelo. Me levanto de mi asiento, mis ojos se abren de par en par cuando veo a Ethan a horcajadas sobre el tipo, balanceando su puño, golpeando al tipo.

—¡Campbell! —grito a través del ruido, empujando a todos a un lado hasta llegar a ellos—. ¿Qué carajo estás haciendo?

Mis brazos se extienden hacia él, intentando arrancarlo del tipo, pero cuando se gira y me ve, la ira se dirige hacia mí, empujándome fuera de él.

—Vete a la mierda —me dice, despegándose del tipo y empujándome el pecho.

—¿Qué haces? —repito, entrecerrando los ojos hacia él—. ¿Qué carajo ha pasado?

Sacude la cabeza, empujando de nuevo mi pecho.

—No te escucho. No eres mi capitán. —Con eso, se da la vuelta y sale del bar, los murmullos se extienden por la sala.

Me paso una mano por la cara y me vuelvo hacia Carter.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

Hace un gesto con la barbilla a la chica de pelo corto que se me acercó, que ahora está agarrada al tipo ensangrentado en el suelo, llamándole «bebé». Supongo que Ethan coqueteó con la chica equivocada.

—¡Todo el mundo fuera! —El camarero grita, escoltando a todos fuera del bar.

Suelto un suspiro, y cuando Jordan y André salen, mirando los cristales destrozados y la sangre en el suelo, se vuelven hacia mí.

—¿Qué acaba de pasar?

Una vez más. Esto es todo sobre mí. Soy el capitán del equipo. Debería tener el control de mi equipo, y en vez de eso, defraudo a todos. Sacudo la cabeza.

—Metí la pata.

CDiS

Capítulo 15

AIDEN

MUY DIVERTIDO

Siento un codazo en el hombro y Grayson asiente hacia la televisión.

—Ve por ahí —me dice.

Pulso el mando y me muevo hacia la izquierda, en cuclillas, hasta que consigo un objetivo claro.

—No hay espacio.

—Justo ahí —me dice, señalando al tipo que se acerca por la esquina—. Dispara.

Sacudo la cabeza, moviéndome más a la derecha.

—Me estás bloqueando.

En el siguiente suspiro, el personaje de Grayson recibe un disparo, delatando mi ubicación. Ambos morimos, y Grayson maldice, dejando caer el mando a un lado.

—Tenías un tiro claro.

—Estás bromeando, ¿verdad? Lo estabas cubriendo.

Sacude la cabeza, pasándose una mano por el pelo, y Rosie entra, echando un vistazo a la tele.

—Hola, ¿qué están haciendo?

—Está arruinando mi reputación —respondo, riéndome cuando Grayson se me echa encima—. Mis estadísticas van a apestar.

—Estábamos jugando a un juego, ángel —le dice—. ¿Quieres unirte?

Ella niega con la cabeza.

—No creo que sea muy buena.

—Se arregla fácil —exclamo, arrastrando los pies para que pueda sentarse junto a su novio—. Siéntate.

Se sienta entre nosotros y Grayson le pasa el mando, ella se queda mirando los botones, haciendo clic, y yo me río.

CDiS

—Ves. Ya eres mejor que tu novio.

—Engreído hijo de puta. —Grayson suelta una carcajada, enseña a Rosie los controles e inicia una nueva partida. La pobre chica muere al instante, moviéndose en círculo. Me aprieto la boca con el puño, sofocando la risa cuando Grayson me frunce el ceño.

—Apesto —dice.

—No —contradigo, empezando un nuevo juego—. Estuvo bastante bien para ser la primera vez.

—Lo has hecho bien, Rosie —le dice Grayson, sonriéndole—. Siempre eres tan buena en todo lo que haces. Aprendes tan rápido.

Ella se sonroja y su sonrisa arrogante me hace parpadear.

—¿Están diciendo cosas sucias delante de mí?

Grayson me mira, pero no contesta. No tiene por qué hacerlo. La risita de Rosie, que se arrastra hacia él, me hace pensar que lo que acaba de ocurrir es una especie de extraño juego previo de palabrotas. Gruño y me levanto del sofá.

—Esa es mi señal. Me largo de aquí.

—Por fin —exhala Grayson, agarrando a Rosie y juntando sus bocas.

Sacudo la cabeza, los dejo solos para que hagan lo que sea que vayan a hacer y me dirijo arriba.

Me quito la camiseta en cuanto entro, abro la ducha y dejo que el agua caliente se deslice por mi cuerpo, envolviéndome. Qué bien. Creo que nunca me acostumbraré al agua caliente siempre que quiera. Cuando llegué aquí, debí de subir la factura del agua una puta tonelada porque no podía dejar de ducharme.

Nunca me había sentido tan… limpio. De pequeño apenas teníamos agua caliente, y cuando la teníamos, nos la cortaban por falta de pago de las facturas. Me colaba en la escuela antes que los demás y me duchaba en el gimnasio, pero unos chicos del equipo me descubrieron y ya no me dejaron ducharme allí. Era un asco tener que ser el rechazado de la escuela, tener que aguantar los comentarios de mierda y que la gente pensara que yo era un chicle en la suela de su zapato.

Por eso siempre le estaré agradecido a Grayson por quitarme la presión del primer año. No sé cómo se enteraron, ni quién era, pero corría el rumor de que uno de los estudiantes de primer año vivía en un parque de

CDiS

caravanas y tenía una madre drogadicta. Me aterrorizaba que la gente descubriera que era yo, que las pocas semanas que llevaba en la universidad siendo tratado como un ser humano de verdad se fueran a acabar, pero entonces Grayson intervino y dejó que todo el mundo pensara que era él.

Amo a ese hijo de puta. Le debo tanto, pero por más que intento pagarle, darle algo de dinero para el alquiler o algunas facturas, no lo acepta. Sabe la mierda con la que tengo que lidiar en casa y no me deja gastar ni un céntimo. Así que lo menos que puedo hacer es comprar alimentos y prepararnos una comida decente que no venga en una caja.

Salgo de la ducha después de lo que parece una hora, tomo la toalla y me la paso por el pelo. Mierda, necesito cortarme el pelo. Odio los mechones largos. Odio sentirlo bajo las yemas de los dedos.

Tiro la toalla sobre la cama cuando veo algo en mi mesilla de noche que no sé muy bien por qué sigue ahí.

La pinza para el pelo de Leila que dejó aquí la noche que… la noche que se despidió tan fácilmente.

La recojo y le doy vueltas entre las manos, queriendo saber qué está haciendo ahora mismo. Apenas la he visto. Cumplí mi palabra, ella quiere terminar conmigo, actuar como si esa noche nunca hubiera sucedido entonces que así sea.

Lástima que yo no pueda hacer lo mismo. No puedo actuar como si nunca hubiera pasado. Las veces que la veo en clase, no puedo dejar de mirarla. Siempre se sienta junto a una chica de la que parece ser amiga. La miro mientras habla con ella, se ríe con ella, le sonríe. Tiene una sonrisa tan bonita. Ojalá estuviera dirigida a mí.

Necesita que se la devuelva, ¿verdad? Agarro la pinza con las manos e imagino cómo era su pelo aquella noche, recogido con esta pinza de mariposa, el resto suelto a su espalda, esos mechones de pelo chocolate tan suaves entre las yemas de mis dedos. Quiero recorrerlo con las manos, agarrar los mechones y atraerla hacia mí hasta que esos labios rosados y carnosos se separen y me dejen entrar, saboreando lo dulce que es cuando no hay nadie más cerca. Tan dulce.

CDiS

Tomo el teléfono de la mesita y lo busco hasta que encuentro su nombre. Suelto una carcajada al ver que el nombre sigue siendo el que ella cambió.

Nunca va a suceder.

Qué pena, Leila, ya pasó, y como el idiota glotón que soy, quiero que vuelva a pasar.

Me pongo el chándal y una camiseta limpia, me meto el teléfono en el bolsillo y bajo las escaleras, sin atreverme a acercarme al salón. Le envío un mensaje a Grayson, sonrío cuando veo su respuesta, abro la puerta principal y salgo.

Nunca he estado aquí antes, pero sé que estoy en el lugar correcto cuando veo las grandes puertas en espiral en la parte delantera. Grayson venía aquí todo el tiempo cuando salía con Rosie. La diferencia es que Rosie también quería verlo. Leila no quiere tener nada que ver conmigo.

Puede que sea un error, pero llamo al número correcto antes de que pueda disuadirme. Escucho ruidos al otro lado y, cuando abre la puerta y parpadea, dos, tres veces, unos ojos preciosos me miran fijamente.

—¿Aiden?

—Hola.

Parpadea de nuevo, lo que me hace sonreír un poco.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Agarro la pequeña pinza con forma de mariposa que tengo en el bolsillo y lo saco, tendiéndoselo.

—Te la dejaste en mi casa la otra noche. —Me mira la mano y me la quita—. Pensé en traértela. —Es una excusa de mierda, pero es lo único que se me ocurre.

—Ni siquiera sabía que faltaba esto —reconoce, mirando la pinza y luego a mí.

Claro que no. Por supuesto que no lo haría.

—Bueno, pensé que podrías necesitarla. —Me froto la nuca. Mierda, esto no está saliendo como yo quería.

Entrecierra los ojos.

CDiS

—¿Esa es la única razón por la que estás aquí?

No.

—Sí —respondo, metiéndome las manos en los bolsillos—. Solo quería que la tuvieras de vuelta —señalo la pinza que tiene en las manos—. Y ahora la tienes. Así que… —Bueno, ha sido una idea jodidamente tonta. Me doy la vuelta y salgo de aquí antes de avergonzarme aún más.

—Espera.

La miro por detrás del hombro, con la pinza entre las manos, jugueteando con ella.

—¿Quieres entrar? —pregunta.

Parpadeo, mis ojos se abren un poco.

—Sí. Claro.

—Entra —me sostiene la puerta y yo miro a mi alrededor. Mierda, hay muchas ventanas. Este sitio es como un fideicomiso de niños ricos—. Guau, este lugar es agradable. —Subestimo. Es tan blanco y limpio, jarrones de cristal por todas partes, cubiertos de verde. Hay plantas por todas partes, en los mostradores, mesas, junto a las ventanas.

—Sí —exclama con una risita baja. Me hace girarme para verla. ¿Se acaba de… reír?—. Bueno, tengo que agradecérselo a Rosie. Si no, estaría viviendo con mi compañera de piso.

—Suena fatal —digo, recordando que no era su mayor fan.

—Era la peor. —Pone los ojos en blanco, lo que me hace sonreír. Me gusta mucho cuando hace eso, ni siquiera sé por qué.

—¿Qué ha hecho? —le pregunto, apoyándome en la pared—. ¿Te ha robado el jabón? —me burlo, sonriéndole.

Ella sacude la cabeza, dejando caer la pinza sobre la mesa cerca de la puerta.

—Más bien incendiar mi dormitorio y revolcarse con su novio en mi cama.

Mis cejas se levantan.

—Mierda. Lo siento, eso suena mal.

—Sí —se burla, cruzándose de brazos—. Por eso estoy agradecida por este lugar. —Se da la vuelta y toma un vaso, mirándome por detrás del hombro—. ¿Quieres algo de beber? —frunce la nariz—. Te advierto que solo tengo agua y zumo de naranja.

CDiS

Me río, me gusta esta faceta suya.

—Estoy bien.

Asiente, llena su vaso de agua y bebe un sorbo antes de darse la vuelta y apoyarse en el lavabo. Observo sus ojos, que me miran de arriba abajo. Es evidente que me está observando. *Leila, no has acabado conmigo tanto como crees.*

—¿Qué haces realmente aquí? —me pregunta.

—Vine a traer tu cosita para el pelo.

Pone los ojos en blanco y deja el vaso sobre la encimera.

—Ambos sabemos que no has venido hasta aquí para darme mi pinza. ¿Por qué te la quedaste?

Me encojo de hombros, decidiendo ser sincero con ella.

—Quería volver a verte.

Mis ojos rastrean el movimiento de su garganta cuando traga saliva, relamiéndose los labios.

—Te dije que no repito.

Créeme, no puedo dejar de pensar en ello.

—Lo sé.

—Dije que no podía hacer esto de nuevo, Aiden.

No hay forma de que pueda detener la sonrisa burlona que se dibuja en mis labios.

—No podías, ¿eh? No querías.

—Aiden.

—He estado devanándome los sesos sobre lo que pasó entre nosotros la otra noche, y sé que te gustó. Sé que me deseabas.

—Claro que sí —admite—. Por una noche.

—¿Así que esto es lo tuyo? —le pregunto directamente—. Te acuestas con chicos y luego te vas. ¿Nunca los vuelves a ver?

Sus cejas se levantan, un ceño pintado en sus labios.

—¿Tú no haces lo mismo? —*Vaya mierda*—. No veo por qué tendrías un problema con eso.

—No pensé que lo tendría, ¿pero cuando se trata de mí? Mierda, sí, tengo un problema con eso.

Ella suspira.

—No entiendo porque estás tan obsesionado con esto.

CDiS

Doy un paso adelante, observando cómo se queda quieta.

—No puedo dejar de pensar en ti.

Aprieta los labios, casi impidiéndose hablar. Sacude la cabeza y suelta un suspiro.

—Ya se te pasará.

—Lo dudo.

—Solo necesitas sexo —me dice, lo que hace que se me dispare el pulso.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —bromea sonriendo—. ¿Perdiste tu encanto?

Casi me río, me encanta que se burle de mí, pero niego con la cabeza.

—No soporto la idea de acostarme con otra chica si la comparo contigo. —Veo cómo separa los labios y su respiración se acelera—. Imaginaría tus gemidos jadeantes debajo de mí, la forma en que esos ojos verdes, grandes y redondos han vivido en mi mente durante semanas, no hay forma de que pudiera pensar en otra persona cuando todo lo que veo son tus mejillas sonrojadas y la forma en que gemías mi nombre.

—No pensarías en eso —se fuerza a decir tras unos segundos de silencio entre nosotros.

Se me escapa una risa entrecortada cuando me acerco aún más a ella.

—Sí, quiero repetir. —Mis ojos se desvían hacia donde está ella, agarrada al borde del lavabo detrás de ella, casi teniendo que sujetarse. Está tan guapa, vestida con una blusa blanca demasiado grande y unos *shorts* debajo.

—No me gustan las relaciones —suelta sin aliento.

—A mí tampoco —confieso, bajando la mirada hacia esos agrios ojos verdes—. El baloncesto ocupa todo mi tiempo —admito—. No estoy hablando de una relación, Leila. Ni siquiera sé cómo sería una.

—¿Entonces qué? —Saca la lengua y se la pasa por el labio inferior. Me muero por volver a saborear sus labios.

Le acaricio la cara, me encanta cómo se funde con mi tacto y me mira.

—Nos hemos divertido, ¿verdad? —Esos preciosos ojos me miran fijamente durante un segundo antes de que ella asienta con la cabeza, lamiéndose los labios de nuevo. Hago algo un poco arriesgado y rozo con mis dedos el material de su blusa, desabrochando el primer botón. El pequeño grito ahogado que emite me hace perder la concentración—. Nos

CDiS

lo hemos pasado de puta madre. —Desabrocho el segundo botón, dejando entrever el borde de un sujetador de encaje.

—¿Qué te parece si hacemos de esto algo habitual? —le pregunto, desabrochando otro botón.

Se queda quieta, aspira un suspiro cuando coloca su mano sobre la mía, deteniéndome. Creo que he ido demasiado lejos, que la he asustado cuando dice:

—¿Como amigos con derecho a roce?

Me encojo de hombros.

—Algo así.

—Nunca lo había hecho antes —admite, su voz melosa y entrecortada me pone la polla dura.

—Hay una primera vez para todo.

—Apenas somos amigos —bromea, arrancándome una suave risita. Mierda, cómo he echado de menos tenerla cerca.

—Podemos ser lo que tú quieras ser. ¿Qué me dices?

Veo cómo le da vueltas en la cabeza.

—Tenemos que establecer algunos límites —exclama, presionando una mano contra mi pecho, jugando con el material de mi camiseta—. Reglas.

—¿Reglas?

Asiente con la cabeza y me mira.

—Por ejemplo, la regla número uno. Nadie debe enterarse de esto.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza que te vean conmigo? —Levanto la ceja.

Pone los ojos en blanco. Mierda, qué ganas tengo de besarla. Saber que está dispuesta a deshacerse de su regla de «no repetir» me pone eufórico. Si tengo que aguantar otras reglas ridículas, que así sea, mierda, con tal de poder besarla otra vez.

—Qué engreído.

Tanteo y dejo que mis manos se desplacen hasta sus caderas, con todo su cuerpo llenando mis palmas. Lo echaba de menos.

—Engreído no, nena. Confiado.

—No me llames *nena* —me reprende, entrecerrando los ojos—. Nada de apodos cariñosos.

—¿Ninguno?

Parece reflexionar y se encoge de hombros.

CDiS

—Mientras no me den asco.

—Seguro que se me ocurre algo. —Le sonrío. Niega con la cabeza pero puedo ver la pequeña sonrisa en sus labios—. Lo mantenemos en secreto y nada de apodos. Entendido. ¿Algo más? —Solo quiero besarla. Quiero atraerla hacia mí y rozar mis labios con los suyos, probar ese puto azúcar puro que aún puedo saborear en mis labios.

—Nada de quedarse a dormir —me dice, haciendo que se me caiga un poco el estómago. No me gusta mucho esa regla.

—Estás de broma.

Niega con la cabeza.

—Es demasiado íntimo. Tenemos que asegurarnos de mantener esto casual.

—Bien —concedo—. ¿Algo más?

Levanta los brazos y me rodea el cuello. *Mierda, bésame de una vez.*

—No nos pondremos celosos, ni nos presionaremos —continua—. Cuando uno de los dos está libre, follamos.

Me burlo, llevando mis manos a su trasero.

—No me halagues con tanto romanticismo.

—No quieres romance —asegura, inclinándose hacia mí—. Quieres sexo rápido, fácil y sucio en la oscuridad, y estoy dispuesta a hacerlo.

—¿Hablas en serio? —le pregunto, queriendo arrancarle hasta el último jirón de ropa—. ¿Quieres hacer esto?

Se encoge de hombros.

—No estuviste completamente horrible la última vez.

Me río, inclinándome hasta que mis labios apenas rozan los suyos.

—Voy a recordarte lo bien que te hice sentir, preciosa.

Aplasto mis labios contra los suyos y me encanta cómo gime y me atrae hacia ella. Quiere estar más cerca. Más. Y estoy dispuesto a darle lo que quiera.

CDiS

Capítulo 16

LEILA

¿PUEDO ABOFETEARLA?

Mi padre me pegaría en la nuca por decir esto, pero Dios mío, no echo de menos Nueva York.

Mi padre se mudó aquí cuando tenía veinte años y se enamoró de la ciudad. Aunque me gustaría ser como él en todos los sentidos, no siento lo mismo. Nueva York fue mi hogar mientras crecía, me alegro mucho de haberlo dejado.

Pero volver aquí es gratificante en cierto modo. Siempre es estupendo ver a mi recepcionista favorita, que sonríe en cuanto me ve acercarme.

—¡Leila! —Sus cejas se levantan al verme—. Me alegro mucho de verte.

—¡Lilly! —me burlo, acercándome a su escritorio—. Lo sé —suspiro—. Te echo de menos.

Sonríe y mira el ordenador.

—Max todavía está preparando todo. Estoy segura de que le encantará verte.

Max es uno de los mejores fotógrafos con los que he trabajado. También es amable, algo difícil de encontrar en este tipo de trabajo.

Saco una bolsita de Sephora y la pongo sobre su escritorio. Sus ojos se posan en la bolsa y luego vuelven a mirarme a mí. Me encojo de hombros.

—Me sobraba —miento—. Necesito que alguien me lo quite de las manos. —Empujo la bolsa hacia ella, observando cómo sus ojos siguen el movimiento—. ¿Lo quieres?

Sus ojos se encapuchan, esforzándose por mantener fruncidos sus labios rosa brillante, pero al final fracasa, una sonrisa crece en su rostro.

—Leila —regaña—. Ambas sabemos que no tenías de más. —Su cabeza se inclina para mirar dentro de la bolsa y sus ojos se abren de par en par—. Oh, vaya. ¿Es el nuevo pintalabios que he visto por todas partes? —Mete

CDiS

la mano y agarra el tubito—. Quizá pueda quitártelo de las manos —tararea, levantando los ojos para mirarme antes de admirar el resto de los productos.

Me río.

—De nada —le digo—. ¿Sabes si ya ha llegado alguna de las otras chicas?

Pone los ojos en blanco.

—Ya sabes que les gusta llegar elegantemente tarde —responde, abriendo una de las cajas de perfume—. Seguro que se reúnen todas riéndose a carcajadas dentro de unos treinta minutos. —Rocía el frasco y lo huele. Pone los ojos en blanco mientras inhala—. En serio, Leila. Eres la mejor.

—Tenía extras, eso es todo. —Me encojo de hombros.

—Claro —se burla.

Me río.

—Te lo mereces. —Le lanzo una sonrisa, admirando cómo se vuelve loca por toda la mierda que me dan estas empresas.

Se aprieta el frasco de perfume contra el pecho, me sonríe y mueve la cabeza con incredulidad.

—Eres un regalo de Dios. De verdad.

Agito la mano.

—Para. Vas a hacer que mi ego crezca aún más —bromeo.

Se ríe y deja la bolsa debajo de su escritorio.

—Diviértete —exclama.

—Lo intentaré. —Sonrío antes de entrar en el ascensor. Mi agente me ha estado rogando que reservara esta actuación, no tenía muchas más opciones, así que le dije que sí. Hasta ahora ha sido divertido, pero saber que pronto voy a tener que ponerme poco o nada delante de la cámara hace que se me acelere el corazón.

Las puertas del ascensor se abren con un tintineo y suelto un suspiro, dibujando una sonrisa en mi rostro. Doy menos de dos pasos cuando un golpecito en el hombro me hace volverme. Mi sonrisa crece al instante cuando veo de quién se trata.

CDiS

—Leila —dice Lucas, sonriéndome—. Dios, ¿dónde has estado? —Abre los brazos y me abraza. Este chico ha sido un sólido en mi vida durante tanto tiempo, una de las mejores personas que he conocido.

Me encojo de hombros, dejando escapar una carcajada.

—No todos somos modelos famosos como tú, he estado en la universidad.

Es difícil compaginar la universidad y el modelaje, sobre todo cuando mi agencia está en Nueva York. Es casi imposible tener tiempo libre para tomar un vuelo. Me ha ayudado el hecho de que no he tenido muchos trabajos. Una bendición o una maldición, según se mire.

Se echa hacia atrás, pone los ojos en blanco.

—No soy famoso.

Suelto una burla.

—Claro.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Escucha, no he tenido ocasión de hablar contigo con toda la… prensa —empieza, evitando mis ojos.

—Te refieres a los escándalos —bromeo.

Sacude la cabeza y suelta una carcajada.

—Ya sabes cómo puede ser.

—Despiadada —termino por él. Algunos de los titulares sobre él no pintan realmente la mejor imagen, pero vamos, con ese pelo perfectamente peinado que tiene y esos grandes ojos marrones, ¿qué otra cosa cabría esperar?

Somos amigos desde hace mucho tiempo. Estábamos fichados por la misma agencia de modelos, y él era el único amigo que yo tenía cuando hacíamos sesiones, pero Lucas superó nuestra agencia y ahora es un modelo muy conocido.

Es muy atractivo, y el hecho de que sea brasileño le pone la guinda. Su ceño fruncido me hace preguntarme si realmente le molestan tanto los titulares, pero no es para tanto. Es imposible ir a ningún sitio sin que las chicas se desmayen en cuanto él entra en el edificio, es de esperar que él corresponda.

—De todos modos —dice Lucas sacudiendo la cabeza—. Quería preguntarte algo. Sé que eres una persona reservada, y lo respeto, pero

CDiS

Adriana no deja de acosarme para que le dé tu número. Le dije que no lo tenía, pero insiste en que estoy mintiendo. Demasiado lista para su propio bien.

Mi corazón se calienta al mencionar a mi chica favorita. Es el alma más amable y dulce que he conocido.

—Ella… —murmura, frotándose la nuca—. Ella ha estado teniendo algunos problemas con los niños en la escuela y pensé —se encoge de hombros—, pensé que podrías ayudarla. Quizá darle algún consejo o… —Sacude la cabeza, exhalando un suspiro—. No sé qué hacer —admite.

Se me rompe el corazón por esa niña. Sé exactamente por lo está pasando, tener que aguantar comentarios sobre su cuerpo y que los niños se rían en su cara. Los niños son idiotas. El dolor que me recorre el cuerpo debe de estar escrito en mi cara, porque él se apresura a añadir:

—Estará bien, Leila. Es fuerte, pero no tengo experiencia con este tipo de cosas, y recuerdo cómo lo manejaste tú, y pensé que serías una buena elección.

Cómo lo manejé.

Se refiere a cómo manejé el hecho de que las otras modelos me acosaran en el *set*. Se refiere a cuando retiraban la comida de la mesa para que no comiera porque «ya había comido suficiente para toda la vida». Se refiere a cuando hacían ruidos de cerdos cada vez que pasaba.

Solo que él no sabe que no lo manejé bien. En absoluto.

Para él, quizá no lo pareciera, ya que yo era reservada, las ignoraba e intentaba que no me afectara, pero cuando terminaba el rodaje, me encerraba en mi habitación con una caja entera de galletas Oreo y me daba un atracón mientras lloraba. Toda la noche.

Sin embargo, nadie sabe que soy débil. No saben que no controlo mis emociones, aunque parezca todo lo contrario.

Y el hecho de que acosen a Adriana me rompe el corazón por ella, por mí, por todas las niñas gorditas que han tenido que crecer odiando su cuerpo.

No puedo ni contar cuántas veces he agarrado unas tijeras y he deseado cortarme el cuerpo, dañarme para encajar, para tener buen aspecto. Para amarme a mí misma.

CDiS

Suelto un suspiro, sintiendo que el corazón se me acelera y las lágrimas amenazan con derramarse.

—Sí —accedo, dedicándole una sonrisa—. Puedo hacerlo. —Rebusco en mi bolso y saco el teléfono.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿En serio? —pregunta, sacando su teléfono—. Sé que es mucho pedir, Leila.

—Está bien —digo sacudiendo la cabeza—. Esto supera cualquier razonamiento tonto que pueda tener.

—No es una tontería. Tienes derecho a querer mantener tu vida en privado.

Me burlo.

—Algo imposible de hacer cuando soy modelo. —Una modelo de tallas grandes, quiero añadir. La distinción es muy importante. La gente cree que, como mi carrera es pública, tiene derecho a juzgarme, a hacer comentarios sobre mi cuerpo, mi cara, mi pelo, lo que sea que decidan esa semana.

Tomo su teléfono e introduzco el número de Adriana en el mío. Me sobresalto cuando oigo el ruido del ascensor a mi espalda y la habitación se llena de risas y murmullos.

—Tus mejores amigas están aquí —susurra Lucas, sonriendo como un idiota.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Qué gracioso —exclamo.

Se ríe entre dientes, agarrando de nuevo su teléfono.

—Gracias, Leila. De verdad.

—No hay problema. —Le sonrío. Me abraza y yo lo rodeo con los brazos, apretándolo.

—Dios mío, ¿ese es Lucas Silva? —Oigo susurros detrás de mí.

Me echo hacia atrás y sonrío a Lucas, sabiendo que él también lo ha escuchado.

—No empieces —me regaña.

Levanto las manos.

—No iba a decir nada. —Definitivamente.

—Claro —dice con los ojos en blanco—. Probablemente debería irme antes de que me asalten las *fangirls*.

CDiS

Aprieta sus labios contra mi mejilla y se da la vuelta, entrando en el ascensor. En cuanto se cierra la puerta, llegan las preguntas.

—¿Era Lucas Silva? —me pregunta Jennifer. Sus ojos azules recorren mi cuerpo mientras me evalúa.

Asiento con la cabeza y le sonrío con los labios apretados.

—¿De qué lo conoces? —inquiere.

Me encojo de hombros.

—Somos amigos.

Arruga las cejas y la cara al mirarme.

—¿En serio?

—Sí —respondo, con cara seria. Me alejo, dirigiéndome al estudio donde Max está agachado, montando el estudio.

—Sabes —escucho detrás de mí—. He oído historias sobre Lucas. —Giro la cabeza, alzando las cejas hacia la rubia que hoy no quiere dejarme en paz.

—Sus chicas habituales no son realmente, ya sabes… —Sus ojos recorren mi cuerpo una vez más. ¿No me miró lo suficiente la última vez?—. Tú no eres su tipo habitual.

¿Puedo abofetearla?

Me esfuerzo a sonreír, esperando que eso la mate.

—Como he dicho, solo somos amigos. —Vuelvo la cabeza antes de que pueda decir nada más y escucho unos tacones golpeando el suelo en dirección contraria.

—Tenías razón. —Le lanzo una sonrisa a Max cuando me acerco a él—. Ha sido el mejor vino que he tomado nunca.

Se ríe, llevándose una mano al pecho.

—Ya te lo he dicho. ¿Lo compartiste al menos con tus amigas? —pregunta, levantándose del suelo.

Mis labios se crispan. La botella de vino que me regaló la última vez que trabajamos juntos se acabó en un día. Rosie torció el gesto, Madi se tomó dos copas y Gabi y yo devoramos el resto.

—Apenas.

Asiente con la cabeza, moviendo los labios.

—Marcel se empeñaba en que Francia tenía el mejor vino, pero en cuanto probó el italiano de verdad, se calló.

CDiS

—¿Cómo está Marcel?

Se queja, agitando una mano.

—Bien. Ocupada con Macy. —Mis ojos se ablandan ante la mención del adorable bebé de Max. Dios, solo con mirarla se me ponen a llorar los ovarios—. Veo la cara que pones —lanza señalándome con un dedo—. No te hagas ilusiones. Cambiar pañales no es divertido.

Se me escapa una carcajada.

—Entendido. —Doy un paso atrás sobre el telón de fondo—. ¿Dónde me quieres? —pregunto.

Arrastra la mano, dirigiéndome a la izquierda, y luego llama a las otras chicas. Todas se alinean y se colocan donde Max les indica.

Siento un codazo en el costado.

—¿Es verdad? —pregunta Amina, sus ojos castaños oscuros se abren de par en par mientras me mira—. ¿Estás saliendo con Lucas Silva?

Por Dios.

—¿Quién te dijo eso?

Hace un gesto con la cabeza a Jennifer, que está de pie delante y en el centro.

—Tiene que ser una broma —murmuro.

—Entonces, ¿es verdad? —Amina pregunta de nuevo una vez que el flash se ha apagado—. No es propio de ti ocultarme esto.

Suspiro, tomándome un minuto para adaptarme a la siguiente postura.

—No —murmuro, intentando no mover la cabeza—. Ella nos vio abrazados y aparentemente lo asumió.

Amina se ríe.

—Esa chica está chorreando celos.

—Hermoso —nos grita Max, el flash se dispara una vez más.

—Es un amigo íntimo —aclaro—. Nada más.

Se burla.

—Ese hombre es tan fino. No puedo juzgarla por estar celosa.

—Eso es todo.

Exhalo todo el aire de mi cuerpo y sonrío a Amina cuando termina la sesión.

—¿Estás lista? —me pregunta—. La próxima sesión es la grande.

Me trago las ganas de vomitar, forzando una sonrisa.

CDiS

—Por supuesto.

Sus ojos se encapuchan.

—No tienes que mentirme —lanza—. Somos las únicas chicas grandes aquí. —Se me escapa una carcajada por lo directo que lo dice—. Sé cómo te sientes, pero no puedes dejar que eso te detenga.

Suspiro.

—No sé cómo me siento con todo esto.

Ella asiente.

—Lo entiendo, quiero decir que cuando se lo conté a mi novio, estaba preocupado por lo que diría la gente, pero ¿sabes lo que le dije?

—¿Qué?

—Dije que por qué tengo que sentir ansiedad por mostrar mi cuerpo cuando ellos lo hacen todos los días. —Ella agita una mano—. Así que son flacas. —Se encoge de hombros—. Nosotras estamos más buenas.

Le doy un empujón y se me escapa una carcajada.

—¿No estás nada nerviosa? —le pregunto, admirando lo tranquila que está con todo esto. La gente espera que esté segura de mí misma todos los días de la semana y que actúe como si toda la negatividad no me afectara, pero no es tan fácil.

He pasado la mayor parte de mi vida odiando mi cuerpo y gastando todos mis deseos de cumpleaños en estar delgada. Es difícil olvidarlo de la noche a la mañana, lleva tiempo.

A veces pregunto si alguna vez lo conseguiré. Si algún día me despertaré y estaré completamente enamorada de mí misma, si cada vez que me miro al espejo no busco imperfecciones y cosas que desearía poder cambiar. Eso espero.

Toma un puñado de papas fritas y se las mete una a una en la boca. Mi estómago me grita. Mierda, ¿cuándo fue la última vez que comí? Me obligo a apartar la vista de la comida y me centro en Amina.

—¿Por qué debería estarlo? La gente va a hablar mierda tanto si estoy completamente vestida como semidesnuda. —Maldita sea. Cuando lo dice así—. ¿Quieres un poco? —ofrece. Mi instinto se apodera de mí, mi cabeza tiembla antes de que pueda decidir si quiero un poco o no. Me mira con atención, pero se encoge de hombros y se lleva el resto de las papas a la boca.

CDiS

—¿Cómo va la universidad? —pregunta sentándose en el sofá.

Me dejo caer en el asiento de al lado, poniendo los ojos en blanco.

—No sé cómo lo aguanto todos los días.

Se ríe.

—Lo mejor que hice fue dejarla. Sin responsabilidades ni dolores de cabeza.

Me muerdo el labio. No sé si podría hacerlo. Me encanta ir a clase, tener algo que hacer.

—Pero echo de menos las fiestas —dice.

—Sí. —Suelto una carcajada—. No están tan mal.

CDiS

Capítulo 17

AIDEN

MANOS A LA ESPALDA

—¡Ruthers! Mantén la presión en defensa. —Carter gira la cabeza ante las indicaciones del entrenador y bloquea un pase. Toma el balón, mirando a su alrededor y yo me giro, intentando agarrar el balón, pero me bloquean. Ethan me aprieta, bloqueando a Carter para que no me lance el balón. Carter se la pasa a Jordan, y en menos de un segundo, tiene el balón en sus manos, girando alrededor, tratando de encontrar a alguien que esté abierto.

—Vamos —grita el entrenador—. Mueve el balón con determinación.

Consigo encontrarme abierto, gritando su nombre para que me pase el balón. Jordan me mira, pero niega con la cabeza, mirando a su alrededor. ¿Qué diablos le pasa?

—Jordan. Estoy abierto, chico. —Ni siquiera se da la vuelta, driblando el balón lejos de mí.

—Pierce está bien abierto —le dice el entrenador—. No esperes para hacer un pase.

Mira hacia atrás y lanza el balón a André que no lo atrapa a tiempo. Ethan toma el balón, gira sobre sus talones y lanza. Todos miramos fijamente a la canasta mientras el balón se hunde, anotando para el equipo contrario. Mierda.

Suena el silbato y la oposición lo celebra, dándose palmaditas en la espalda.

—Wright. ¿Qué demonios ha pasado? —le pregunta el entrenador a Jordan. Resoplo y me seco el sudor de la frente. No sé qué pasó, pero yo estaba bien abierto y él ha tomado una mala decisión—. La próxima vez no esperes —le dice el entrenador—. Tienes que mantener la intensidad. No puedes dejar que el equipo contrario se sienta cómodo.

CDiS

—Sí, entrenador. —Jordan responde, mirándome.

—La práctica ha terminado —exclama el entrenador—. Fuera de aquí.

—Mala suerte, Capi. —Ethan Campbell sonríe, corriendo de vuelta a las taquillas.

Cuando atravieso las puertas de los vestuarios, Ethan sale de las duchas con la toalla enrollada en la cintura y se detiene en seco al verme.

—Estás perdiendo tu toque, Capi. —Sacude la cabeza—. ¿Seguro que estás preparado para el trabajo?

Aprieto la mandíbula cuando todos mis compañeros me miran.

—Fue un error —exclamo—. Entiendo que hice una mala jugada cuando perdí el partido, pero ha pasado más de un mes.

Me frunce el ceño, abre su taquilla y se pone la ropa.

—Es raro, eso es todo —dice Carter.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Que no hayas cometido más errores como ese —dice encogiéndose de hombros.

Sí, lo entendí. Un error tan tonto que nos costó la victoria. Yo no pierdo. Nunca. Ese juego ha dudado de su confianza en mí. Está funcionando. Lo que quiera el chantajista, está funcionando.

Me doy la vuelta, me quito la camiseta y la meto en mi taquilla.

—Se me resbaló.

Se queda en silencio un rato antes de girarse para mirarme.

—¿Vienes a pasar el rato con nosotros en Murphy's esta noche? —Carter pregunta, poniéndose una camiseta.

Me pongo la gorra en la cabeza y cierro la taquilla.

—Esta noche no. Me voy a casa.

Asiente cuando salgo y me cuelgo la bolsa de deporte al hombro. Mi teléfono suena en el bolsillo, lo saco y sonrío al ver el nombre en la pantalla.

Leila: *¿Estás libre?*

Aiden: *¿Para ti? Siempre.*

Sonrío cuando pulso enviar, viendo esos tres puntitos bailar en la pantalla durante lo que parece una eternidad.

CDiS

Leila: *Ven a mi casa.*

No tiene que decírmelo dos veces. Leila y yo llevamos semanas enrollándonos en secreto. Cada vez que uno de nosotros tiene la oportunidad, estamos saltando sobre los huesos del otro. Es increíble. Nunca tengo que preocuparme por lo que le voy a decir a la chica una vez que hayamos terminado, o solo va a querer entradas gratis, o pedirme que le prepare una cita con mis compañeros de equipo, cosa que hacen la mayoría de ellas.

Leila no es ese tipo de chica. Ella busca exactamente lo mismo que yo y eso es lo que hace que esta situación funcione tan bien. Por eso me dirijo a casa tan rápido como puedo, dándome una ducha rápida antes de llamar a su puerta.

La abre, me toma del brazo y tira de mí hacia dentro.

—¿Te ha visto alguien? —me pregunta, cerrando la puerta tras de mí.

—No. —Se me echa encima en un instante, me agarra por la nuca y tira de mí hacia abajo para besarla.

—Uf. —Gimo en su boca. Mierda. Nunca me acostumbraré a cómo besa. Es jodidamente erótico, chupa, me muerde y me lame los labios como si fuera un festín que quiere devorar. Mis manos agarran su trasero y la empujan hacia mí. Un gemido bajo y gutural retumba en el fondo de su garganta—. Mierda. —La aprieto contra mí—. Hoy estás muy necesitada.

Vuelve a gemir cuando le beso el cuello. Mi polla se endurece en mis pantalones al instante. La deseo con todas mis fuerzas. Me rodea con los brazos y vuelve a abrazarme mientras retrocede y tropieza con el sofá.

—Cama —murmuro en su boca.

Ella sacude la cabeza.

—No hay tiempo.

Me río en su piel, gimiendo cuando levanta las caderas, rozando mi dura polla.

—Está justo ahí.

Vuelve a sacudir la cabeza.

—Llevo días pensando en esto. —Mierda. Se me acaba de poner la polla más dura, si es que eso es posible. No hemos podido vernos en un

CDiS

par de días. Ella se ha ido a una sesión de fotos, y yo he estado trabajando hasta tarde o tengo entrenamiento, y la necesito tanto como ella a mí. Pero lo he dicho, ella es alta, yo soy alto, un sofá no va a ser la mejor apuesta.

—Y puedo hacer mucho más por ti en una cama. —Puntualizo mi frase apretándome contra ella, y me encanta cómo echa la cabeza hacia atrás, con los ojos en blanco cuando lo hago.

—Mierda —gime, apretando las manos contra mi pecho.

Me quito de encima de ella, la tomo de la mano y nos empujo a través de la puerta. Se desenreda de mí, cae sobre la cama y retrocede arrastrando los pies.

—Qué guapa, ahí tumbada para mí —murmuro, mirando a la hermosa mujer tendida en la cama frente a mí—. ¿Estarás empapada cuando te quite las bragas?

Menea la cabeza y saca la lengua para lamerse los labios. Tira del dobladillo de los pantalones y se los quita despacio, muy despacio, hasta que le llegan a la mitad de las caderas.

—No llevo —responde.

Mi polla se agita en mis pantalones.

—Muéstrame —le digo, desesperado por verla—. Quítate la ropa y abre esas bonitas piernas para mí.

Levanta las cejas.

—¿Qué tal si en vez de eso me follas?

Niego con la cabeza, mientras me inclino hacia ella hasta quedar a su altura y coloco las manos a ambos lados de sus caderas sobre la cama.

—O haces lo que te digo o no te corres. ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres contestarme otra vez o ser una buena chica y seguir mis instrucciones?

Suelta un suspiro tembloroso y entonces sus manos bajan, el material de sus pantalones cae hasta que su piel bronceada queda a la vista, completamente desnuda para mí.

—Eso es —la insisto—. Quítatelo todo.

La ayudo a sacárselo, tirando de la pernera de sus pantalones hasta que están en el suelo y ella se tumba debajo de mí desnuda y tan preparada. Huelo su excitación y me muero por probarla. Le muevo el top.

—Esto también.

Sus fosas nasales se agitan.

CDiS

—Aiden.

Mi ceño se frunce al instante. No es la primera ni la segunda vez que no quiere quitarse la camiseta. No la presiono, no quiero estropear el ambiente. Me inclino y le rodeo el cuello con los labios.

—¿Sabes cuánto te deseo? —le pregunto con los dedos recorriendo el ancho de su muslo, su piel tan suave bajo mis manos.

Arrastro los dedos por sus resbaladizos pliegues, un suave gemido sale de mi garganta cuando siento cuánto me desea. Presiono con el pulgar su clítoris duro e hinchado y sus caderas saltan de la cama al instante. Sus labios se entreabren y de ellos emana un pequeño gemido sexi que me hace perder la concentración por un segundo.

—No puedo decidir si quiero follarte rápido hasta que tiembles o tan despacio que grites pidiendo más. —Rozo mis labios con los suyos, mi dedo presiona su coño húmedo, los sonidos en esta habitación son tan sucios.

Respira con dificultad.

—Rápido —ordena, sacudiendo la cabeza—. Tengo tantas ganas de correrme.

—No te preocupes por esa cabecita tan bonita que tienes —le digo, manteniendo el pulgar en su clítoris y acercando el dedo corazón a su empapada entrada, empujando dentro de ella de un rápido empujón. Sus manos se agarran a mis brazos y jadean cuando la follo con el dedo—. Voy a hacerte sentir muy bien, haga lo que haga.

Le meto otro dedo, estirándola, preparándola para recibir todo de mí, y en cuestión de minutos se estremece, cerrando las piernas en torno a mi mano. Deja caer la cabeza hacia atrás, gimiendo, y un chorro de calor húmedo cubre mis dedos cuando se corre de una forma tan hermosa. Mejillas sonrojadas, labios entreabiertos mientras grita de éxtasis con los ojos cerrados.

Cuando baja del éxtasis, la agarro por la cintura y le doy la vuelta sin previo aviso, colocando una almohada bajo sus caderas.

—No te muevas —le digo pasándole las manos por el trasero.

Me bajo de la cama, mirando su dulce trasero al aire para mí y me quito los pantalones y los calzoncillos de un tirón, tirándolos al suelo.

CDiS

—Condón —me recuerda, mirándome desde detrás de su hombro—. En mi mesita de noche.

Suelto una risita oscura.

—Sabes muy bien que esos no me sirven. —Pone los ojos en blanco y se da la vuelta, sabiendo que los condones que tiene son demasiado pequeños. Agarro el condón que he traído, arranco el paquete, lo enrollo en mi cuerpo y le doy unas cuantas jaladas antes de ponerme a los pies de la cama.

La agarro por la cintura y tiro de ella hasta que está a menos de un centímetro de mí. Jadea cuando me siente allí.

—Ábrete para mí —ordeno, pasando mi polla por su húmedo coño, dejando que se empape de sus jugos.

—Tú no eres mi jefe —murmura, mirándome por detrás del hombro.

Suelto una sonrisa burlona y aprieto contra ella.

—¿No quieres que te folle? —Ella pone los ojos en blanco de placer cuando paso mi polla por sus pliegues, y cuando me retiro, se agarra las nalgas y las separa hasta que puedo ver su bonito coño rosado chorreando y listo para mí.

Levanto las cejas y una sonrisa arrogante se dibuja en mi rostro cuando empiezo a penetrarla. En cuestión de segundos, su cabeza cae sobre la cama, gimiendo cuando la lleno.

—No tienes mucho que decir ahora, ¿verdad? —Sigo empujando dentro de ella, con los ojos en blanco cuando siento lo apretada que está a mi alrededor—. Tienes una actitud hasta que estás llena de mi polla. —La meto unos centímetros más hasta que gime y suelta las manos.

—¿Te he dicho que te muevas? —le pregunto, apretando su trasero, viendo como me traga dentro de ella—. Las manos a la espalda.

Gime y creo va a volver a desafiarme, pero coloca las manos en la espalda y cruza las muñecas. Mantengo una mano en su cadera y agarro sus dos muñecas con la otra, metiéndosela hasta el fondo. Un gemido desesperado sale de mí cuando estoy dentro de ella.

Mierda. La primera vez que la meto hasta el fondo es la mejor sensación, sentir cómo se contrae a mi alrededor, cómo se estira para adaptarse a mi tamaño, es la puta perfección. Espero a que se adapte a mí

CDiS

para retirarme unos centímetros y volver a penetrarla, con la piel de mis muslos golpeando su trasero. El sonido es música para mis oídos.

Observo, embelesado, cómo nos conectamos, cómo se estira para tomarme, cómo mueve las caderas para follarme. Sus manos siguen en la parte baja de su espalda, inmovilizadas por las mías.

—Oh, mierda. Me voy a correr.

—Dios, sí —exhalo, soltando sus manos. Me aprieto contra la cama, empujando dentro de ella, sintiendo cómo aprieta cada centímetro de mí. Es tan bueno. Tan jodidamente bueno—. Me encanta oír cómo te corres. —Exhalo y aprieto los labios contra su hombro, dándole otra embestida profunda hasta que gime muy fuerte. Lo mejor de que tenga su propia casa es que puede gritar todo lo que quiera. Me encanta cada ruido que hace. Me vuelve loco.

—Estoy tan cerca, por favor, Aiden.

Mi polla se sacude dentro de ella.

—Oh, mierda. Di mi nombre otra vez.

Ella baja la cabeza.

—Más rápido. Aiden, por favor.

Me pongo de rodillas y me agarro a sus caderas mientras empujo cada vez más fuerte, sintiendo cómo se me tensan las pelotas. En cuestión de minutos, ella está allí, cayendo sobre la cama y enterrando sus gritos en el colchón, y yo estoy justo detrás de ella, mis embestidas se vuelven descuidadas, más rápidas, más fuertes, follándomela sin pensar hasta que gimo, derramando todo en el condón dentro de ella.

Espero a que los dos volvamos a respirar con normalidad, pero no la saco todavía. No puedo. Sigo penetrándola lentamente, incapaz de detener el placer que recorre mi cuerpo.

—Mierda, qué bien te sienta —le digo, gimiendo mientras empujo dentro de ella, y fuera, y dentro otra vez—. Acabo de correrme y podría volver a hacerlo.

Se revuelca debajo de mí, haciendo que mi polla se salga de ella hasta que se gira y me mira, dedicándome una sonrisa mientras se lame los labios. Tan condenadamente guapa.

CDiS

Me dejo caer en la cama a su lado y suelto un suspiro. Madre mía. Sabía que teníamos una atracción sexual insana entre nosotros, pero cada vez que follamos, me asombra lo bueno que es.

Nunca me han gustado mucho los mimos y Leila parece estar de acuerdo cuando se sienta, se arrastra hasta el borde de la cama y me mira por detrás del hombro.

—¿Estás libre el viernes? —me pregunta.

La decepción se me agolpa en el pecho cuando sacudo la cabeza y mis ojos se posan en su trasero rollizo antes de que se suba los pantalones.

—Tengo un juego.

Me agarra los vaqueros y frunce el ceño cuando se le cae algo del bolsillo. Veo cómo abre un papel y sus ojos se abren de par en par al leerlo.

—¿34D? —pregunta levantando las cejas—. Suena impresionante —bromea, apretando los labios en una línea plana—. ¿La has llamado?

Me rasco la nuca, notando cómo parece apagada. No hemos hablado de lo que hacemos aquí. ¿Estamos viendo a otras personas… o no?

—Eso está ahí desde mi fiesta. —Lo olvidé por completo, e incluso ahora no podría elegir a la chica de una rueda de reconocimiento.

Ella asiente, tirando mis vaqueros sobre la cama.

—Deshazte del condón antes de que se derrame —dice.

—O podrías simplemente lamérmelo. —Su pecho se levanta, sus labios se separan un poco. Me encantaría ver eso. De rodillas, absorbiéndome por completo en sus bonitos labios rosados. Cuando sus mejillas se ruborizan y se da la vuelta, no puedo evitar sonreír, apoyar las manos detrás de la cabeza y estirar las piernas—. Vaya —gimo cuando mis pies cuelgan del borde—. Tu cama es diminuta.

Me mira por detrás del hombro.

—Menos mal que no te quedas.

Suelto una carcajada, pasándome la mano por la cara.

—Jesús. Dale a un chico un minuto para respirar antes de echarlo.

—Tomo nota —lanza—. Lo tendré en cuenta cuando venga el próximo. —Me sonríe, pero no me gustan las palabras que salen de su boca, sea broma o no. La fulmino con la mirada y ella aprieta los labios, intentando ocultar la enorme sonrisa que se le dibuja en la cara—. Es broma.

CDiS

Me tira la camiseta a la cama y yo capto la indirecta, me levanto y tiro el condón. Agarro los pantalones de la cama y me los vuelvo a poner. Quiero dejarlo pasar, pero mi mente no me deja, así que salgo y lo digo:

—¿Lo estás haciendo?

Se da la vuelta, con las cejas fruncidas.

—¿Hacer qué?

—Bromeas —le explico—. Sobre tener a otro tipo.

Ella exhala.

—Sí.

—¿Qué tal mañana? ¿O pasado mañana, o cualquier otro día? —le pregunto, poniéndome la camiseta—. ¿Estás saliendo con alguien más?

—¿Qué me estás preguntando, Aiden?

Sabe exactamente lo que le estoy preguntando, pero me hago el tímido.

—Solo me preguntaba.

Sus cejas se levantan.

—No dije nada sobre tu amiga pechugona antes.

La forma en que lo dice me hace apretar los labios divertido.

—Eso es diferente. Ni siquiera sé su nombre.

—Seguro que eso no te ha detenido antes —replica poniendo los ojos en blanco.

—¿Lo hiciste? —le pregunto, anticipándome a su respuesta—. ¿Quieres decir algo sobre mi amiga pechugona, como tan elocuentemente has dicho?

Sus cejas se levantan.

—Dijimos que no pondríamos presión en esto.

—No la hay.

—Dijimos que esto no era una relación.

—No lo es. —Me encojo de hombros—. Eso no significa que me guste la idea de que otro tipo te ponga las manos encima. —Francamente, me da una rabia tremenda, aunque sé que no tengo ningún derecho. No tenemos nada más que una relación estrictamente física; es a lo que me apunté.

—Estás actuando de forma posesiva —señala, recogiéndose el pelo largo en un moño—. Esto no es lo que hacen los follamigos.

Arrugo la nariz, con asco en la cara.

—No me gusta ese término.

CDiS

—¿Entonces qué prefieres? —pregunta, poniendo las manos en las caderas—. ¿Amigos con derecho a roce? —Mis ojos se oscurecen mientras la miro. No debería odiar esas palabras. Técnicamente, eso es lo que somos, pero no quiero ser un amigo más para ella. La idea es irrisoria.

Me acerco a ella, agarro un puñado de su trasero y la atraigo hacia mí, dejándole sentir el efecto que tiene en mi cuerpo, lo mucho que la deseo.

—¿Saben tus amigos cómo suenas cuando te corres?

Traga saliva, separa ligeramente los labios y niega con la cabeza.

—Entonces creo hemos establecido dónde estamos.

Esos bonitos ojos verdes se ponen en blanco y ella deja escapar un suspiro.

—No hemos establecido nada más que el hecho de ser follamigos pero eres terco.

Me río.

—¿Cuando se trata de ti? —digo, inclinándome hasta rozar mis labios con los suyos—. Siempre.

Ella me empuja hacia atrás mientras tararea.

—En serio, tienes que irte. Las chicas vendrán pronto.

Deslizo las manos por sus brazos, beso su mejilla y luego la otra, acercándome cada vez más a su boca. Su respiración se acelera y el leve sube y baja de su pecho me arranca una risita. La miro a los ojos cuando me inclino hacia ella, a escasos centímetros de sus labios, pero antes de que pueda inclinarse y besarme, me retiro, admirando lo nerviosa que está.

—Hasta luego —susurro—, amiga.

CDiS

Capítulo 18

LEILA

COMERTE VIVO

La llamada de FaceTime llega justo cuando me estoy acomodando para ver una película, necesitando un descanso del estudio. Descuelgo la llamada y sonrío al verlo sonreír.

—Hola. —Lucas sonríe, acercando el teléfono a su cara—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —le digo—. Solo estoy estudiando. —Le pongo los ojos en blanco y él se ríe.

—No puede ser tan malo.

Me encojo de hombros.

—Está bien. Solo es aburrido como el infierno.

—¿En serio? —pregunta—. Maldita sea, ¿no te alegras de que haya llamado entonces?

Me río.

—Me alegro mucho. ¿Has sabido ya algo de James?

Su cara cae un poco y al instante quiero retractarme de mi pregunta.

—Sí, creo que es bueno. —Miro como se frota una mano por la cara—. Ahora solo espero los resultados.

—Lo siento mucho —le digo—. James es tan buen chico. Odio que esté pasando por todo esto otra vez.

—Sí. —Deja escapar un suspiro—. Pensé que estaba mejor. —Se encoge de hombros.

—¿Y Adriana? —le pregunto, sabiendo que el tema de su amiga es duro—. ¿Cómo está ella?

Se le ilumina la cara, se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Está mucho mejor —exclama—. No para de hablarme maravillas de ti. De verdad, Leila, no puedo agradecértelo lo suficiente.

CDiS

—No fue nada. Amo a esa chica.

—Y está completamente enamorada de ti. Juro que te ve como una especie de celebridad. Me dice todo el tiempo que desearía que fueras su hermana en vez de mí. —Suelta una carcajada—. Intento no tomármelo como algo personal pero…

—Te quiere —me apresuro a decir—. No confiaría en ti si no fuera así. Eres un buen hermano mayor, Lucas.

Sonríe.

—Lo intento. Es solo que no tengo mucha experiencia en este tipo de cosas. Y hablando de eso —lanza sonriéndome—. Me he enterado de lo de la sesión de fotos. Estoy muy orgulloso de ti, Leila.

Pongo los ojos en blanco y siento que la sangre me sube a las mejillas.

—No es nada.

Levanta las cejas.

—Es todo. ¿Me estás tomando el pelo? Leila, con dieciséis años, ni muerta haría una sesión de trajes de baño. Vas a ser una inspiración para chicas como Adriana en todas partes.

Esas palabras me quitan un gran peso de encima. Eso es todo lo que siempre he querido, ¿no? Quería lo que nunca tuve cuando era más joven. Quería ver chicas en las revistas y pensar, «así es como me veo». Y ahora puedo ser eso para alguien.

—Gracias. —Cierro los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás—. Es un poco estresante.

Sacude la cabeza.

—Lo harás muy bien. Lo sé.

Mi cabeza se inclina hacia un lado cuando veo a Madi entrar en mi apartamento, agitando la llave en el aire. Les he dado una llave a cada una por motivos de seguridad, pero también porque… me encanta su compañía.

—Hola —le sonrío.

—¿Tienes a alguien en casa? —Lucas pregunta.

—Es solo mi amiga —le digo.

Tararea.

—¿Está buena?

CDiS

Suelto una risita y veo cómo Madi enarca las cejas mientras se quita los zapatos y los deja junto a la puerta.

—Mucho. Aunque te comería vivo —le digo. Madi sonríe a mi lado.

—Lo dudo —responde Lucas.

Le entrecierro los ojos.

—No necesitas ayuda para conseguir mujeres.

Se le escapa un pesado suspiro.

—Te lo crees todo, ¿eh? Eres como mi madre cuando lee algo que ha visto en internet.

Levanto la frente.

—Ya lo he visto —le recuerdo.

—Por supuesto —exclama, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo voy a olvidarlo? Los medios siempre tienen razón.

—Te sigo queriendo. —Le doy un beso y veo cómo frunce el ceño—. Aunque tengas tendencias de *playboy*. —Madi en la esquina de la habitación me llama la atención, y rápidamente me giro hacia Lucas—. Me tengo que ir. Hablamos pronto.

—*Tchau*.

—¿Quién era? —pregunta Madi, sentada a mi lado en el sofá cuando cuelgo—. ¿Aiden?

Me quedo helada, mirándola.

—¿Por qué iba a ser Aiden?

Se encoge de hombros, sonriendo.

—Después de ese beso…

Sacudo la cabeza.

—Eso fue hace siglos. No pasó nada. —Bien, estoy mintiendo, pero este asunto con Aiden es demasiado confuso como para encontrarle sentido yo misma, por no hablar de contárselo a mis amigas entrometidas—. Y nunca va a pasar nada, no con alguien como él.

—Has dormido con atletas antes. —Mete los pies bajo las piernas—. ¿Qué lo hace tan diferente?

Parpadeo.

—¿El hecho de que está fuera de mi alcance?

Se burla.

CDiS

—Esa es una excusa si alguna vez he escuchado una. No hay liga, Leila. Hay atracción, y ese chico quería cogerte en esa fiesta, sin duda.

—Eso no es verdad. —Pero mientras digo las palabras, pienso en la otra noche, en cada jadeo y gemido y en sus manos. Sus enormes manos por todo mi cuerpo, sintiendo, apretando.

—¿Y la semana pasada? ¿Adónde fuiste? Nos dijiste que ibas al baño y lo siguiente que recibimos fue un mensaje de texto que decía «tengo que irme, no me esperen».

Me encojo de hombros.

—Tenía que estudiar para un examen.

Aprieta los labios.

—Acabamos de terminar los parciales. Inténtalo de nuevo.

—Yo… Yo… —*Piensa en algo. Cualquier cosa.*

—¿Yo?

Suelto un suspiro.

—Mierda, mujer, déjame en paz.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Me retracto.

—Serías una maldita buena abogada, casi me cago en los pantalones.

Ella suspira.

—No empieces. Ya tengo a mis padres encima.

Levanto las manos.

—Sin presiones por mi parte. Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Me enseña un montón de papeles.

—Necesito ensayar. Tengo una audición la semana que viene y no puedo concentrarme. Gabi está jugando a videojuegos con un chico, y si no la quisiera tanto le habría dicho que se callara, pero… parecía tan feliz.

—¿Cuándo Gabi no es feliz?

Madi sacude la cabeza.

—Esto era diferente. Se sonrojó, Leila. Fue raro. No tuve valor para detenerla.

¿Gabi sonrojada? Eso es nuevo.

—Estoy intrigada.

—Yo también. —Vuelve a levantar los papeles y me dedica una dulce sonrisa—. ¿Me ayudas?

CDiS

—No soy actriz.

—No necesitas serlo —señala—. Solo eres una suplente.

—El trabajo de mis sueños —pienso.

—¿Por favor?

Le sonrío.

—Vuelve a pestañearme y puede que lo reconsidere. —Ella frunce el ceño y yo me río—. Bien. Levántate.

Me da mi trozo de papel y me dice lo que tengo que leer. Madi se esfuerza al máximo, poniendo toda su energía en leer las líneas.

—Otra vez —cuando termina. Esta vez lo hace de forma diferente, más emotiva. Me tiene mirándola con incredulidad. Mi mejor amiga tiene tanto talento.

Parpadea cuando termina.

—¿Cuál prefieres? —pregunta.

—El segundo.

—¿En serio? —Me mira con los ojos desorbitados.

—¿Por qué estás tan alterada por esto? —escudriño—. Eres una actriz increíble. Sucederá, no necesitas estresarte tanto.

—Te quiero por decir eso. —Me mira—. Pero no es tan sencillo. Cuantas más veces no consigo un trabajo, más me fastidian mis padres por ello. Solo quiero que se callen, ¿sabes? Demostrarles que esto va en serio y que no es solo un pasatiempo.

—Lo entiendo. Pero solo porque no haya ocurrido aún, no significa que no vaya a ocurrir.

Mira el trozo de papel que tiene en la mano y niega con la cabeza.

—Desde el principio. —Suelto un suspiro y sus ojos se suavizan—. Luego iremos a tomar un helado —ofrece—. Yo invito.

Arrugo la nariz.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Tengo una sesión de fotos pronto.

Se le cae la cara de vergüenza.

—Leila, es solo un poco de helado. No te va a matar. Vamos a tomar helado y ya está —remata—. No escucharé un no por respuesta.

CDiS

Quiero negarme, pero se me revuelve el estómago solo de pensar en tomarme un helado. Suspiro, cediendo y digo:

—Trato hecho.

Sonríe, aclarándose la garganta.

—Desde el principio.

CDiS

Capítulo 19

LEILA

CERVEZA Y CELOS

Cuando Gabi me invitó a ir a un bar con ella, no esperaba ver a todo el equipo de baloncesto aquí, y oh mira, la mayoría del equipo de fútbol también está aquí.

—Mierda, hoy está lleno —exclama Gabi cuando me arrastra a una mesa vacía cerca del fondo.

Giro la cabeza, levantando las cejas hacia ella.

—¿No pensaste en eso antes de arrastrarme hasta aquí?

Se encoge de hombros.

—Quería celebrarlo. Es algo importante.

Entorno los ojos hacia ella.

—¿Desde cuándo te importa el baloncesto?

Se encoge de hombros, sonriendo.

—Bebidas gratis —explica—. Muévete. Me duelen las piernas. —Exhala cuando se sienta, estirando las piernas bajo la mesa.

—¿Un día duro?

—Baile —explica, mirándome—. Mi profesor de baile me dijo que tenía que ser más flexible —dice con la nariz arrugada—. Sinceramente, los *splits* pueden besarme el trasero.

—Maldita sea. —Mis ojos se abren de par en par—. ¿Puedes hacer los *splits*?

Menea la cabeza.

—Todavía no, pero dame como dos meses y una bañera entera de Advil y lo conseguiré.

Me río entre dientes, viéndola devorar los pretzels de la mesa que tenemos delante. Mis ojos se desvían hacia el tipo que tenemos delante, que la mira con una sonrisa en la cara.

CDiS

—Hola —le dice, sonriéndole—. ¿Puedo invitarte una copa? — Se pasa la mano por el pelo, despeinándoselo.

Ella abre los ojos y le sonríe.

—Claro. —Me mira y yo me muerdo el labio, negando con la cabeza. Supongo que su plan funcionó. Gabi mordisquea sus pretzels y sonríe cuando el tipo vuelve con la bebida que ha elegido, un Cosmo, lo deja delante de ella y se sienta al otro lado del reservado.

Por mucho que ser la tercera rueda de mi amiga y un *playboy* suene muy divertido, decido salir de allí y darle un poco de intimidad.

Le doy un golpecito a Gabi en el brazo y me inclino para susurrarle.

—Necesito salir.

Frunce el ceño al instante.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento con la cabeza, tranquilizándola.

—Solo voy a tomar algo.

Se levanta del asiento y toma su bolso.

—¿Quieres que te acompañe? —ofrece sin volver a mirar al tipo.

Le sonrío, negando con la cabeza.

—No. Quédate; ahora vuelvo.

Me lanza una mirada mordaz.

—Si me necesitas… —*Llámame*. No termina de decir nada, pero ya lo sé. Le hago un gesto tranquilizador con la cabeza y me dirijo al bar, soltando un suspiro al saber que Aiden probablemente trabaje esta noche. Ni siquiera sé si eso es bueno o malo. Su comentario sobre que salgo con otros chicos me ronda la cabeza cada vez que lo veo.

No me lo ha vuelto a preguntar, y yo no he sacado el tema, pero sigue ahí, cada vez que viene, cada vez que lo veo por el campus. Todavía no sé muy bien por qué no le dije la verdad. No hay otros chicos, ni siquiera pienso en otros chicos. Y ese es el problema. Se suponía que esto iba a ser un acuerdo divertido, casual, sin ataduras, pero cuanto más tiempo paso con Aiden, más echo de menos cuando tiene que irse justo después.

Dejamos claras las reglas, bueno, yo lo hice, pero siguen en pie, y están ahí por una razón. No quiero perder el control ni permitirme repetir mis errores del pasado. No volverá a ocurrir. Pero no puedo mentir, pensar en

CDiS

Aiden con otra chica me revuelve el estómago. Pero no son celos. No pueden serlo.

Le hago señas a la camarera que me sonríe cuando se me acerca.

—¿Qué le sirvo?

—Una cerveza, por favor.

—Entendido. —Se da la vuelta, toma un vaso y lo llena.

—Casa llena hoy. —No suelo venir a este bar, sabiendo que es donde se reúnen todos los deportistas, pero cuando Gabi se presentó en mi apartamento, toda vestida y maquillada, no pude decir que no.

—Lo están celebrando —aclara—. Acaban de ganar un partido.

—Por 58 puntos —señala el tipo que está a mi lado, bebiendo su cerveza—. ¿Viste el partido? —me pregunta.

Asiento con la cabeza y le sonrío.

—Hoy han estado increíbles.

Sacude la cabeza.

—Pierce es una puta leyenda.

Sí, lo es. Hoy ha jugado muy bien. Estuve al borde de mi asiento casi todo el partido, luchando contra las ganas de gritar su nombre.

—Aquí tienes —dice el camarero, mirándome—. Un consejo, están dando bebidas gratis como caramelos.

Me río y tomo el vaso cuando me lo pone delante.

—Sí, lo sé. —Pero no con chicas como yo. Saco la cartera, pero ella levanta la mano.

—Han comprado muchas bebidas esta noche —observa—. Esta va por cuenta de la casa.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza y me sonríe.

—Sin duda —concede—. Ahora vete. Tienes demasiado calor para estar aquí sentada hablando conmigo.

Sacudo la cabeza, suelto una carcajada y le doy un sorbo a mi cerveza. La llaman para otra copa y me doy la vuelta para mirar el bar, que está abarrotado.

No tardo mucho en encontrarlo. Está justo en el centro, rodeado de su equipo. Ah, y chicas. Ah, y chicas, claro. Bebo otro sorbo y lo veo reír, frotándose la mandíbula que se le pone dura cuando me besa cada vez que

CDiS

se olvida de afeitarse. Está despatarrado, con las piernas abiertas, mientras mastica los pretzels que tiene delante.

Mis ojos se desvían hacia el par de piernas largas que tiene al lado. Ni siquiera conozco a esas chicas. No creo haberlas visto antes por el instituto, pero parece que lo conocen. La forma en que una de las chicas, de pelo largo y rubio, le frota el brazo, sonriéndole y riéndose, me hace darme cuenta de quién es realmente Aiden Pierce.

Es muy importante. No solo en Redfield, sino en todas partes. El chico puede jugar al baloncesto tan bien como algunos de los profesionales, y no tengo ninguna duda de que va a ser famoso algún día. Y las chicas como ellas van a estar encima de él todo el tiempo.

Gira la cabeza y sus ojos se posan en los míos. No aparto la mirada; bebo otro sorbo, ansiando el ardor del alcohol. Sus ojos se quedan clavados en los míos, se relame los labios y deja que su mirada recorra todo mi cuerpo, observándome sin tapujos. Me siento borracha bajo sus miradas y se me corta la respiración cuando veo que sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, con una sonrisa arrogante en los labios. Me encanta que me mire, me encanta que me mire como si no pudiera esperar a que estemos solos.

Pero entonces veo que la chica vuelve a frotarle el brazo, observando cómo sus tetas tensan el top que lleva, dejando al descubierto su diminuta cintura, y me sacudo el pensamiento, dándome la vuelta y acabándome la cerveza de un trago. *Seguramente se enrollará con ella esta noche*, me dice mi cerebro, enfadándome incluso por pensarlo. ¿Y qué? Es lo que acordamos los dos, ¿no?

Dejo el vaso vacío sobre la encimera y me dirijo al baño, sosteniendo la puerta abierta cuando una chica sale, dejando el lugar vacío. Abro el grifo, me lavo las manos, mis ojos se desvían hacia arriba hasta que sostengo mi propia mirada en el espejo. Mis ojos son bonitos; tengo los labios carnosos y una delantera impresionante. Sé que soy guapa, pero sería tonta si pensara que puedo competir con esas chicas de ahí fuera.

Mi cabeza se gira hacia la izquierda cuando se abre la puerta del baño y mis ojos se abren de par en par al ver quién es.

—Este es el baño de mujeres.

Sonríe, mirando alrededor del cuarto de baño vacío.

CDiS

—Hola —dice Aiden—. ¿Hay alguna chica aquí? —Sus cejas se levantan, inclinando la cabeza, una sonrisa en su cara cuando no oye a nadie—. ¿No? Bien. Justo la chica que quería ver.

El corazón me da un vuelco cuando se acerca a mí.

—Alguien podría entrar aquí.

Se da la vuelta y cierra la puerta.

—¿Así está bien? —pregunta cuando se da la vuelta.

Sacudo la cabeza, tratando de encontrarle sentido a lo que está pasando.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Da un paso más hacia mí.

—Me estabas evitando.

Me burlo, cruzándome de brazos.

—Parecía que tenías las manos ocupadas.

Suelta una carcajada, ladeando la cabeza.

—Estás celosa —afirma, haciéndome parpadear.

—No estoy celosa. —Mis ojos giran involuntariamente cuando dejo caer los brazos, empujando su pecho.

—¿No? —inquiere.

—No —confirmo—. Solo me preguntaba.

—¿Sobre qué? —pregunta, acercándose un paso más a mí.

—Lo que dijiste la semana pasada.

Se frota la mandíbula.

—He dicho tantas cosas —señala—. Tendrás que recordármelas.

Levanto las cejas.

—Me preguntaste si salía con alguien más —le recuerdo.

Suelta la mano y frunce el ceño.

—¿Sí?

—¿Lo haces? —pregunto antes de poder contenerme.

La línea entre sus cejas se hace más profunda cuando da un paso más hacia mí.

—Estás celosa —vuelve a decir—. Dime por qué.

Suspiro.

—No estoy celosa.

—Dime…

CDiS

—Porque te ha manoseado —suelto, arrepintiéndome al instante de las palabras que han salido de mi boca.

Sus ojos se abren de par en par y yo gimo al ver la sonrisa que aparece lentamente en su cara.

—Estás celosa —vuelve a decir.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Puedes dejar de hacerte el gallito con esto? Bien, tienes razón. Odiaba ver sus manos agarradas sobre ti, frotándose sobre ti y riéndose como si fueras el tipo más gracioso del mundo cuando sé que no eres tan jodidamente gracioso. Odiaba cómo se me acalambraba el estómago cada vez que la mirabas o le sonreías o te reías con ella, ¿bien? —Levanto las manos—. ¿Es eso lo que querías oír?

Sonríe.

—Soy bastante gracioso —replica.

Me burlo.

—De aspecto gracioso.

—Eso no es verdad. —Se ríe de nuevo—. Y tú estás celosa.

Suspiro con fuerza, entierro la cabeza entre las manos y suelto un gemido. ¿Por qué he abierto la boca?

—Leila —exclama Aiden. Sacudo la cabeza, gimiendo entre las manos. Ya me he muerto de vergüenza y he admitido que estoy celosa. No quiero mirarlo, no puedo.

Siento sus manos sobre las mías, despego lentamente las manos de mi cara hasta que levanto la vista hacia él, tiene una sonrisa comprensiva en la cara, y cuando miro hacia sus brillantes ojos azules, juro que mi estómago da un pequeño vuelco. Eso no me gusta nada.

—Leila —empieza, aún agarrándome las manos—. Quería romperle la cara a ese tipo por hablar contigo.

Arrugo las cejas y lo miro. ¿A quién? ¿Qué tipo? Sacudo la cabeza, recordando al tipo del bar.

—Eso no fue nada —explico—. Hablaba del partido. Dijo que eras una leyenda.

Sus cejas se levantan.

—¿Lo hizo? —Sonríe cuando asiento con la cabeza—. ¿Y tú? —interroga—. ¿Viste el partido?

CDiS

Asiento con la cabeza.

—Claro que sí —le digo—. Estuviste genial.

—Gracias, preciosa. —Sigue agarrado a mis manos cuando agacha la cabeza—. Aunque eso no cambia las cosas —aclara—. Tanto si hablaba de mí como si no. Quería matarlo por hablar contigo. Le sonreíste. A mí nunca me sonríes.

Frunzo el ceño.

—Si lo he hecho.

Levanta la ceja.

—Difícilmente —señala—. Me ha matado ver cómo le sonreías a un desconocido. —Me agarra fuerte de las manos antes de soltarlas y ponerlas en mi cintura—. No eres la única que se ha puesto celosa esta noche.

No sé por qué me gusta la idea de que Aiden esté celoso de otro chico, aunque solo sea el chico del bar que babeaba por Aiden. Me siento bien sabiendo que no estoy sola en esto.

—¿Qué significa esto? —le pregunto—. Teníamos reglas.

Se encoge de hombros, sus manos recorren mi cintura.

—No importa lo que hayamos dicho. Tus sentimientos pueden cambiar en cualquier momento.

—No. —Sacudo la cabeza, odiando esas palabras y cómo me late el corazón cuando las dice—. No, no pueden.

—¿Por qué estás en contra de las relaciones? —me pregunta, levantando las manos al ver que mis ojos se abren de par en par ante su pregunta—. No te estoy presionando. No es eso lo que pasa. Solo quiero saber por qué estás tan en contra de ellas.

—Eso no tiene importancia. —Cierro los ojos, intentando borrar de mi mente la imagen de mi exnovio—. Esto no es una relación.

—Bien —exclama, sus manos bajan hasta la parte baja de mi espalda—. Solo follamos, ¿verdad?

Le rodeo el cuello con los brazos y me encanta cómo sus ojos se posan en mis labios, lamiéndose los suyos.

—Solo follamos.

Me aprieta las caderas, tirando hacia atrás.

—¿Y me estás pidiendo que seamos exclusivos? —ofrece—. Porque no tengo ningún problema con eso, Leila.

CDiS

Parpadeo.

—¿No?

Sacude la cabeza.

—No he estado con nadie más desde aquel juego de girar la botella.

Exhalo una carcajada, sabiendo que es una completa tontería.

—No hace falta que me mientas.

Se echa hacia atrás, frunciendo el ceño.

—No te estoy mintiendo —señala—. Los únicos labios que he probado desde entonces son los tuyos.

Sacudo la cabeza, incapaz de creer lo que me está diciendo.

—¿Cómo es posible? Recibes tanta atención todos los días. ¿Has visto al grupo de chicas que te rodean ahí fuera? —pregunto, señalando hacia la puerta.

—Las vi —dice levantando el hombro—. Pero era a ti a quien no podía dejar de mirar. No quiero la atención de nadie más que la tuya.

Mi corazón se detiene. Sus palabras me dan un vuelco. No quiero encariñarme. Me prometí a mí misma que no dejaría que volviera a ocurrir, que no volvería a hacerme daño. Pero es tan difícil olvidar todas las razones cuando él está delante de mí diciéndome estas cosas.

—Leila —exclama, inclinándose hacia mí—. Somos jodidamente exclusivos. Sin ninguna duda —suspira—. Pensar en las manos de otro tipo sobre ti me hace querer arrancarles la garganta. Necesito saber que soy el único que te toca, que te besa. —Levanta la mano, me toma la cara y me pasa el pulgar por la mejilla—. Maldición —susurra, bajando la cabeza y aplastando su lengua contra mi cuello—. Te he lamido —lanza—. Eres mía.

Esas palabras me hacen estremecer, mirándolo fijamente.

—No soy tuya.

Levanta las cejas, con una sonrisa divertida en los labios.

—Ni lo intentes, preciosa. Los dos sabemos que eres mía. —Sus manos recorren mi cuerpo, apoyando las palmas en la curva de mi trasero—. Dilo —ordena—. Dime que nadie más te toca.

Trago saliva, su contacto me debilita. Mi cerebro quiere rechazarlo, decirle que no tiene poder sobre mí, pero cuando esos ojos me miran, sé que tiene razón.

CDiS

—Nadie más me toca —pronuncio—. Solo tú. —Me relamo los labios, con el cerebro gritándome que no diga lo estoy a punto de decir. Pero ya es demasiado tarde—. Solo quiero tus manos sobre mí.

No pierde el tiempo, se inclina y acerca sus labios a los míos en un beso desesperado. Sus labios rozan los míos, gime en mi boca cuando su lengua envuelve la mía. Este beso es rápido y castigador. Es tan bueno. Siempre es tan bueno.

—Sabes a cerveza —murmura contra mis labios.

—Mierda. Lo siento. —Me echo hacia atrás, recordando que me dijo que no bebía. Pero no me suelta y niega con la cabeza.

—No me importa —asegura, inclinándose hacia mí—. No dejes de besarme.

Sus manos descienden hasta mi trasero, empujándome contra él hasta que jadeo en su boca al sentir cada centímetro de su cuerpo apretado contra mí.

—Aún puedes sentirme dentro de ti, ¿verdad? —murmura contra mi piel.

Dios, sí. Es tan largo y grueso que aún lo siento días después de acostarnos. Levanto las caderas, rozando el grueso bulto de sus pantalones. Él gime, se echa hacia atrás y deja caer su frente sobre la mía.

—Leila —susurra—. No creo que pueda esperar hasta esta noche.

Me río, tomo aire y le doy una palmada en el pecho.

—Esta noche no va a pasar, colega. —No me extraña cómo entrecierra los ojos ante el término—. Tengo que volver con Gabi. Probablemente ya esté borracha.

Echa la cabeza hacia atrás, suspirando cuando me desenredo de él, dándome la vuelta y arreglándome el pelo en el espejo.

—Y no tengo condón.

Exhala y se pasa una mano por la cara.

—Yo tampoco.

—¿Mañana? —ofrezco, mirando detrás de mi hombro.

Sonríe y me rodea la cintura con las manos por detrás.

—Cuando quieras —susurra, tirándome del pelo hacia un lado y apretando los labios contra mi cuello.

CDiS

Los dos damos un respingo al oír que llaman a la puerta y me giro para mirarlo, con los ojos muy abiertos mientras nos desenredamos y nos arreglamos la ropa.

Desbloqueo rápidamente la puerta y la abro sin pensar, viendo a Gabi al otro lado. Sus hombros caen, un suspiro de alivio sale de ella.

—Aquí estás. Te estaba buscando. ¿Por qué demonios estaba esto cerrado? —Y al mismo tiempo, el gigante que tengo detrás se acerca a la puerta haciendo que los ojos de Gabi se desvíen hacia arriba. Sus cejas se levantan—. Oh.

Mierda. Otra regla rota.

Gabi sonríe y me mira.

—¿Estás lista para irte o quieres quedarte aquí? —Vuelve a mirar a Aiden, que aún no ha dicho nada y sigue detrás de mí.

—Estoy lista para irme —le digo. Salgo del baño y la rodeo con el brazo—. ¿Qué pasó con ese tipo? —inquiero.

Se encoge de hombros.

—Conseguí las bebidas —señala—. Pero el tipo era aburrido.

Miro detrás de mí y veo a Aiden en el mismo sitio, con las manos metidas en el bolsillo del vaquero. Sonríe y dice «hasta mañana». Pongo los ojos en blanco y giro la cabeza hacia atrás, apretándome el labio inferior entre los dientes para intentar que no se me dibuje una sonrisa, pero es demasiado tarde. Ya estoy sonriendo como una idiota.

—No te preocupes —susurra Gabi, dándome un codazo—. Guardaré tu secreto.

CDiS

Capítulo 20

LEILA

CONCENTRACIÓN

Oigo sus gruñidos antes de verlo. El sonido del balón golpeando el suelo resuena por toda la pista.

Cierro la puerta detrás de mí lo más silenciosamente que puedo. He visto jugar a Aiden antes, casi nunca me pierdo un partido, y cuando voy, no puedo apartar los ojos de él. Es tan rápido e inteligente ahí fuera. Sus maniobras son de las mejores que he visto.

Sus zapatillas chirrían contra el suelo mientras corre hacia la red, botando el balón antes de lanzar, encestando un triple.

Es muy bueno. Decido burlarme de él y espero a estar cerca para gritarle:

—Puedes hacerlo mejor. —Me paro cerca de los asientos, observando cómo gira la cabeza, con las cejas fruncidas mientras intenta buscarme.

Se le ilumina la cara cuando me ve y entrecierra los ojos.

—¿Leila? —exclama con una sonrisa en la cara—. ¿Qué haces aquí?

Me encojo de hombros, no quiero decirle que lo echo de menos. Apenas lo he visto esta última semana, pero decirle que lo echo de menos solo pondría presión y expectativas en esto, y me gusta cómo es entre nosotros. Es fácil, divertido.

—Quería verte jugar —digo en su lugar—. Y por lo que parece, tienes que practicar más.

Se ríe y se acerca un paso a mí.

—¿Estás criticando mis habilidades baloncestísticas? —pregunta levantando las cejas.

Le sonrío, y sus ojos se abren de par en par cuando lo hago.

—Sabes que solía ver baloncesto todo el tiempo con mi padre, ¿verdad?

CDiS

—Sí —dice, pasándose una mano por el pelo—. Pero mirar y jugar son muy diferentes. —Me pasa las manos por la cintura—. Apuesto a que no podrías ni anotar una canasta.

Mis cejas se levantan.

—¿Hablas en serio?

Asiente con la cabeza, sonriendo.

—Eres una cosita bajita, no llegas ni a la mitad de mi altura. Es imposible que puedas meter una pelota.

Le empujo el pecho.

—Soy la más alta de mis amigas. Pero tú eres enorme.

Suelta una carcajada y me pasa las manos por la cintura.

—Dime otra vez lo enorme que soy —murmura, inclinándose para rozar sus labios con los míos—. Mierda. Te he echado de menos. —¿En serio? Antes de que pueda decir nada, me planta otro beso en los labios.

Tarareo, echándome hacia atrás.

—Necesitas practicar.

Mueve la cabeza y me roza el cuello con los labios.

—Necesito besarte. —Sus labios recorren mi mandíbula, dejando suaves besos antes de subir hasta volver a mi boca. Dios, este hombre sabe besar. El simple roce de nuestras lenguas me debilita, me marea. Me hace cosas que ni siquiera sé cómo explicar. Como si estuviera con poco oxígeno, como si cada uno de mis huesos vibrara cuando está cerca.

—No —niego, intentando recuperar el aliento—. No voy a dejar que pierdas el tiempo conmigo.

—Merece la pena —murmura, besándome de nuevo—. Eres el mejor tipo de distracción.

Suelto una carcajada, empujándolo de nuevo hacia atrás.

—Hablo en serio —aclaro, dedicándole una sonrisa burlona—. Por lo que he visto, necesitas toda la práctica posible.

Vuelve a reírse y me agarra con más fuerza.

—Me tocas las pelotas más que el entrenador. Vamos entonces, pelotera —anima, recogiendo el balón del suelo y sosteniéndolo contra su pecho—. Veamos lo que tienes.

CDiS

Bien, puede que haya subestimado lo fácil que es, porque cuando Aiden me lanza el balón, me estremezco, viendo cómo rueda fuera de la pista.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta entre carcajadas, acurrucándose.

—Estás intentando matarme —resoplo—. Eso vino hacia mí demasiado rápido.

—¿Qué pasó con el «podrías hacerlo mejor»? —se burla, todavía riendo—. No es tan fácil como parece, ¿verdad?

Sacudo la cabeza, decidida a demostrar que se equivoca.

—Déjame intentarlo de nuevo.

Sacude la cabeza y toma otro balón.

—Ven aquí.

—Lánzamelo. Puedo hacerlo.

—Leila, preciosa, te lo digo de la manera más respetuosa posible, pero no sabes agarrar un balón ni para salvar tu vida. Ven aquí antes de que te hagas daño. Yo te enseñaré.

Levanto las cejas.

—¿Me enseñarás?

Asiente, tira de mi brazo hasta que estoy de pie frente a él, rodeándome con sus brazos mientras sostiene el balón de baloncesto frente a mí.

—Toma el balón. —Hago lo que me dice, agarro el balón y lo sostengo delante de mí, y él cubre mis manos con las suyas—. Bien —anima, su aliento golpeando mi cuello y mi cuerpo muy consciente de cómo su ingle presiona contra mi trasero. Suelta un suspiro tembloroso—. Concéntrate —me dice.

—No puedo. —Es difícil concentrarse o hacer literalmente cualquier otra cosa cuando está tan cerca de mí, susurrándome al oído, su voz profunda y áspera me marea un poco. Mierda, ¿hace calor aquí?

—Mira la cesta —susurra. Giro la cabeza, concentrándome en la canasta que tengo delante—. Ahora acerca el balón a tu pecho, así —coloca nuestras manos de forma que el balón quede presionado contra mi corazón palpitante—. Ahora tira.

CDiS

Suelta las manos y yo lanzo el balón, observando cómo golpea el tablero y cae al suelo, sin entrar. Giro la cabeza y lo miro con el ceño fruncido.

—Bien, está bien —concedo—. Quizá sea un poco más difícil de lo que preveía.

Se ríe, me da la vuelta y vuelve a llevarme las manos a la cintura.

—Lo has hecho bien. Para una principiante.

Le rodeo el cuello con los brazos y sus ojos azules se clavan en mí, aturdiéndome y haciéndome sentir inestable.

—Tienes tanto talento. —Suelto un suspiro.

Sus cejas se fruncen.

—Es el primer cumplido que oigo de ti. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, mirando su hermoso rostro. Dios, ¿por qué es tan guapo? Un mechón de su pelo castaño cae sobre su cara, pequeñas gotas de sudor cubren su pálida piel.

—Y eres tan guapo.

Suelta una burla y me frota la mejilla con el pulgar. Me encanta cuando hace eso.

—Tú eres la guapa.

Sacudo la cabeza, con una mueca de dolor cuando siento que la habitación me da vueltas al mover la cabeza. Resoplo cuando abro los ojos y vuelvo a mirarlo. Es tan guapo y tan simpático. ¿Por qué Aiden tenía que ser tan bueno? ¿Por qué no podía haber sido un idiota sexi? Habría sido mucho más fácil.

Me tiemblan las rodillas y tropiezo con él, con la mano de Aiden agarrándome por la cintura. ¿Por qué me siento tan mareada? Cuando lo miro, frunce el ceño. ¿Por qué frunce el ceño? Quiero que sonría. Me encanta cuando me sonríe.

—Leila —lo oigo decir. Pero no puedo verle bien la cara. Está todo borroso, difuso. ¿Son estrellas?—. Leila. ¿Qué está…?

Los ojos se me abren de golpe cuando empiezo a recobrar el conocimiento. Una neblina cubre mi visión borrosa mientras intento

CDiS

moverme. Una pesada somnolencia me agobia y lucho por quitármela de encima.

Parpadeo despacio, tratando de entender lo que me rodea, la vista se me va aclarando poco a poco. Un dolor sordo me recorre el cráneo cuando intento incorporarme y me doy cuenta de que estoy en una especie de clínica.

—Cuidado —oigo una voz femenina a mi alrededor. Siento una mano que me sostiene y me ayuda a incorporarme—. Tienes que tomártelo con calma.

Su rostro preocupado me mira. Oigo otra voz, un zumbido lejano en mis oídos. Abro la boca para hablar, pero siento la garganta seca y áspera. La mujer se da la vuelta y me pone delante un vaso de plástico con agua.

—Toma —ofrece—, esto puede ayudarte.

Agarro el vaso de plástico y me bebo el agua de un trago, intentando reconstruir lo sucedido. No recuerdo nada, excepto que fui a la cancha de baloncesto y vi…

Veo a Aiden de pie sobre mí, inclinándose para tomarme la cara entre las manos.

—Mierda, Leila. —Su voz es gruesa y llena de emoción.

Parpadeo, adaptándome a la luz que entra por las ventanas gigantes.

—¿Qué pasó? —le pregunto.

Me frota las mejillas con los pulgares, con las cejas fruncidas, como si no pudiera soltarme.

—¿No te acuerdas? —me pregunta.

—¿No? —Vuelvo a mirar a la mujer, observo cómo se quita los guantes azules y me dedica una sonrisa comprensiva.

—Te desmayaste —explica Aiden, haciéndome volver a mirarlo—. Ibas dando tumbos, diciendo locuras y luego te caíste en mis brazos.

Trago saliva, apretando los puños.

—¿Por cuánto tiempo?

Menea la cabeza, suelta un suspiro y se encoge de hombros.

—No sé, ¿unos diez minutos? Te traje aquí lo más rápido que pude. —Me examina la cara y me pasa las manos por encima—. ¿Estás bien?

—Puede ocurrir —aclara la enfermera, y ambos giramos la cabeza para mirarla—. Si no has comido en un rato, tu nivel de azúcar puede bajar. —

CDiS

Toma una linterna que tiene en las manos—. Déjame comprobar tus reflejos. Mira directamente al frente —me dice, apuntándome con la linterna a los ojos. Mueve la linterna para evaluarme—. Bien —exclama, apagando la luz—. Te pondrás bien. —Me sonríe.

—Entonces, ¿estará bien? —pregunta Aiden.

La enfermera asiente.

—Su cuerpo se sentía débil, eso es todo —declara, volviéndose hacia mí—. Asegúrate de no esperar demasiado antes de comer. Tu novio estaba muy preocupado por ti.

—Oh, no estamos…

—Gracias —le dice a ella en su lugar—. ¿Podemos tener un momento?

—Claro —asiente—. Ya está todo listo. Cuando estés lista, puedes irte. —Cierra la puerta cuando sale, dejándonos a los dos solos en la habitación.

Aiden da un paso atrás y exhala con fuerza.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Estoy bien. Lo siento.

Sus hombros caen.

—No te disculpes por desmayarte, preciosa. —Agarro el vaso de plástico y bebo un poco más de agua, observando cómo Aiden se frota la mandíbula, mirándome—. ¿A qué se refería antes? —pregunta.

Levanto la cabeza.

—¿Sobre qué?

—Sobre que no comes.

Se me cae la cara, se me enfría la sangre mientras me mira fijamente.

—Aiden…

—¿Te has estado matando de hambre? —pregunta.

—Aiden, no.

—Lo juro por Dios, Leila. Si has estado desnutriendo tu cuerpo porque quieres perder peso, voy a molestarme, maldición.

—Yo no…

—¿Por qué haces eso? —pregunta levantando los brazos—. Necesitas comer. Necesitas comida —señala, dando un paso más cerca de mí—. Te haces daño haciendo eso.

—No me he estado matando de hambre.

CDiS

Se detiene, mirándome fijamente.

—¿No lo has hecho?

—No —niego con un suspiro.

Se relaja visiblemente, sus hombros caen mientras exhala un suspiro.

—Entonces, ¿qué quiso decir cuando dijo que no estabas comiendo?

Me encojo de hombros.

—A veces se me olvida.

Entorna los ojos y me mira.

—A veces se te olvida —repite—. ¿Cómo carajo pasa eso, Leila? —pregunta pasándose una mano por el pelo—. ¿Cómo se te olvida comer?

Cierro los ojos y me presiono la frente con los dedos.

—Para —susurro—. Por favor no te enfades conmigo. Es que… me siento tan mareada.

—Mierda, Leila. —Se arrodilla frente a mí y me agarra la cara con las manos—. No estoy enfadado contigo. Es que me asusté mucho. No vuelvas a hacerlo. —Se le quiebra la voz—. Te desmayaste. Eso es una mierda seria.

—No es tan grave. Ya me ha pasado antes —le digo intentando apaciguarlo.

Sus manos se congelan en mi cara.

—¿Estás diciendo que te has olvidado de comer antes?

—A veces. —Lo que no le digo, lo que no quiero decirle, es que una pequeña parte de mí se siente orgullosa cuando me olvido de comer. Se me revuelve el estómago al admitirlo. Creo que ni siquiera me he dado cuenta, pero siento que he triunfado cuando me olvido de alimentarme.

—Eso no volverá a ocurrir —asegura, se levanta del suelo y se agarra a mi mano, tirando de mí para levantarme de la camilla.

—¿Adónde vamos?

Se detiene y se vuelve para mirarme, con la mandíbula apretada.

—Vamos a traerte un puto plato enorme de comida y no quiero oír ni una sola palabra al respecto. ¿Entendido?

Mis ojos se abren de par en par ante su tono autoritario. Me pone cachonda. Mis labios se crispan cuando asiento y digo:

—Sí, señor.

Una ligera sonrisa aparece en su rostro cuando me mira y suelta un suspiro, atrayéndome hacia él y rodeándome con sus brazos.

CDiS

—Recuérdame cuando te sientas mejor y volveremos a ese comentario del *señor*.

—Ahora me encuentro mejor —ofrezco mirándolo.

Sonríe, sacude la cabeza y se inclina, apretando los labios contra mi frente.

—Venga, vamos a comer algo.

CDiS

Capítulo 21

AIDEN

MASCARILLAS Y POLAROIDS

Me duele el cuello. Está tan tenso que sinceramente creo que me va a reventar una vena.

Vuelvo a meterme la cartera vacía en el bolsillo y suelto un suspiro cuando tomo el trozo de papel que me hace saber que todo el dinero por el que he trabajado tan duro ha desaparecido. Salgo del banco, saco el teléfono del bolsillo y escribo un mensaje rápido.

Aiden: *Está enviado. Intenta que funcione hasta el mes que viene.*

Exhalo cuando pulso enviar, sabiendo que probablemente malgastarán el dinero que les envié en más veneno para sus cuerpos y luego exigirán más.

No sé cuánto más podré aguantar. Apenas me queda nada del trabajo en el bar y no tengo tiempo para un segundo trabajo, la práctica me quita mucho tiempo tal y como está.

Puede que por ahora me haya librado de un mal en mi vida, pero mis hermanos y mi madre son otra historia. Por mucho que les guarde rencor por haberme dado una paliza cuando éramos pequeños, no me impide querer ayudarlos como pueda. Ni siquiera teníamos comida cuando éramos pequeños, si con el dinero que gano puedo conseguirles una barra de pan que no esté caducada, lo haré. Seguiré enviándoles dinero si lo necesitan.

Veo a una señora mayor que lleva un carro lleno de plantas. Se me caen los hombros y sonrío al verla, porque me recuerda a Leila. Su apartamento está lleno de plantas, grandes y pequeñas. No puedo mentir, es lindo verla

CDiS

regarlas y hablarles como si fueran sus bebés. Me fulmina con la mirada cada vez que la sorprendo haciéndolo, pero no puedo evitarlo. Es adorable.

Es una señal del universo, ¿no? Me digo exactamente eso cuando pulso el botón del ascensor, que me lleva a su apartamento. Llamo a su puerta y espero a que responda.

—¿Quién es? —dice desde el otro lado.

Sonrío ante su voz sensual, una melodía para mis oídos. Podría gritarme y la seguiría como un cachorro. Esa chica me tiene atrapado en su dedo meñique y ni siquiera lo sabe.

—Aiden —respondo a la puerta de madera. Una sonrisa se dibuja en mis labios cuando la escucho murmurar una maldición, pero cuando no abre la puerta, entrecierro los ojos—. Aquí se debe de abrir la puerta.

Oigo un suspiro y entonces la puerta se abre y una cara verde asoma por ella. Aprieto los labios para contener la risa, pero no lo consigo y sacudo la cabeza.

—Lo siento, creía que esta era la casa de Leila. Supongo que no.

—Ja. —Me estrecha los ojos—. Muy gracioso.

—¿Qué demonios tienes en la cara? —le pregunto sin poder parar de reír.

Sus cejas se levantan.

—¿Nunca has oído hablar de una mascarilla facial?

Sacudo la cabeza.

—¿Qué carajo es eso?

—Hombres —suspira—. No tengo tiempo para esto. Podrías haber enviado un mensaje.

Mi ceja se levanta.

—¿Y tú habrías contestado?

Lo contempla durante un segundo, sacude la cabeza.

—No tenemos planes.

—Quería verte —ofrezco encogiéndome de hombros—. ¿No puedo venir a verte? —Otro suspiro sale de su boca mientras cierra los ojos. ¿Cómo es posible que esta chica esté tan jodidamente guapa incluso con la cara pintada de verde?

—Lo siento, ahora no es un buen momento.

—¿Qué quieres decir?

CDiS

—No puedes entrar.

—¿Por qué no? —Mira a un lado, evitándome. Se me acelera el corazón y me sudan las manos—. Leila, si tienes a un tipo ahí…

—¿Qué? —me interrumpe, mirándome—. No. No lo creo. ¿Por qué piensas eso?

Me encojo de hombros.

—Estás siendo rara al no dejarme entrar.

—Aiden —suspira—. Estoy con la regla. ¿Estás contento? No puedes entrar porque no podemos follar.

Mis cejas se alzan ante la mordacidad de su tono.

—Eso no importa.

Entrecierra los ojos.

—¿No me has escuchado? —pregunta—. He dicho que no podemos follar.

—Y yo dije que eso no importaba. Quiero verte. No importa lo que hagamos, solo quiero estar contigo.

—¿Querías verme?

—Sí.

—¿Con la ropa puesta?

—Sí —me desespero, levantando las manos—. ¿Es tan difícil de creer? —Me mira fijamente, con los labios entreabiertos mientras me mira con incredulidad—. ¿Vas a dejarme entrar o no?

Retrocede, abre más la puerta para que pueda entrar en su apartamento y cierra la puerta detrás de nosotros. Cuando estoy frente a ella, me pican las manos, muy poco consciente de lo que puedo hacer en esta situación.

—¿Necesitas un helado o algo? —le pregunto—. ¿Un masaje en los pies tal vez?

Inclina la cabeza hacia mí.

—¿Tienes hermanas?

—Dos hermanos —le digo—. No sé una mierda de lo que le pasa a tu cuerpo —admito—. Pero haré lo que necesites para mejorarlo.

Aprieta los labios, tratando de ocultar su sonrisa y luego sacude la cabeza.

CDiS

—Estoy bien. Estoy en mi último día. —Cuando asiento con la cabeza, entrecierra los ojos—. ¿De verdad quieres estar aquí?

Me río, cerrando el espacio entre nosotros.

—Necesito estar aquí ahora mismo. No quiero estar en ningún otro sitio. —Me inclino para besarla, la fría sustancia verde de su cara cae sobre la mía. Me retiro y se la limpio.

Debo de estar soñando, porque oigo el sonido más bonito que he oído nunca. Mis ojos se abren de par en par cuando la miro y se está riendo. Se está riendo. Conmigo. Maldita sea. El corazón está a punto de salírseme del pecho. Esta hermosa mujer se está riendo, y arruga la nariz cuando lo hace. Dios, es adorable. Nunca se lo diría porque probablemente me cortaría las pelotas, pero es tan jodidamente adorable que quiero besarla. Así que… Mierda. Malo.

Me inclino y rozo nuestros labios. Ella zumba en mi boca, apartándome.

—Tienes la cara cubierta de eso —señala riendo. La comisura de sus ojos se arruga de alegría. Dios, nunca había sido tan feliz.

—Me da igual —murmuro antes de inclinarme y besarla de nuevo.

—Aiden —exclama, alejándose de nuevo—. Tengo que limpiarte.

—Hazme lo que quieras —murmuro, perdido en su aroma, en sus labios. Huele a melocotón fresco, es embriagador. Vuelvo a besarla—. No me importa. Mátame. Despelléjame vivo. Solo déjame besarte un poco más.

Grita cuando vuelve a sentir mis labios sobre los suyos, pero no le doy tiempo para pensar y la rodeo con los brazos, sintiendo su suave cuerpo bajo las yemas de mis dedos. Sus labios parecen de terciopelo y su lengua roza los míos.

Al besar a Leila siento como si el mundo a mi alrededor se detuviera. Todo el ruido y la presión dejan de existir cuando sus labios están sobre los míos. Me quedo sin aliento cuando me retiro y, al mirarla, sus bonitos labios rosas esbozan una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Por qué sonríes?

—Tienes la cara verde —señala riéndose mientras me mira.

—Oh. —Me río, limpiándome un poco la cara—. Bien. —Me miro los dedos, inspeccionándolo—. ¿Para qué es esto, de todos modos?

CDiS

—Mañana tengo una sesión de fotos —explica—. Estoy haciendo algunos preparativos, para que mi piel se vea bien.

Quiero decirle que siempre tiene buen aspecto, pero sus palabras pasan por mi mente.

—¿Mañana? —escudriño, preguntándome cuándo volveré a verla.

Asiente, se sienta en el sofá y mete la pierna debajo.

—Estoy un poco nerviosa —dice, mirándome.

—¿Por qué? —Me siento a su lado.

Deja escapar un suspiro.

—Es una sesión de trajes de baño. —No me extraña que apriete el labio inferior entre los dientes. Una Leila nerviosa no es algo esté acostumbrado a ver. Siempre es tan fuerte, tan segura de sí misma, una mierdecilla mandona que me pone en mi sitio.

Pero la idea de que salga en una revista en bañador para que los tipos se queden embobados mirándola me tensa la mandíbula, bueno, todo el cuerpo. Esto no es bueno para la tensión de mi cuello.

—¿Por qué estás nerviosa? —le pregunto—. Vas a estar buenísima. —Ya me lo imagino. Su cuerpo suave, exuberante y bronceado en un pequeño bikini. Dios, si ella supiera los pensamientos sucios que pasan por mi cabeza en este momento.

Pone los ojos en blanco y gira el cuerpo para mirarme.

—Ya he aceptado tener sexo, Aiden. No tienes que seguir haciéndome cumplidos.

Arrugo las cejas. No me gusta que lo haga parecer una tarea para mí. Decirle lo guapa que es, es lo más fácil del mundo.

—Me gusta hacerte cumplidos —aclaro—. Quiero que sepas que eres preciosa.

—Ya lo sé. —Me mira de reojo, tirando de su labio inferior entre los dientes.

Me río.

—¿Ah, sí? Porque pareces odiar cuando digo algo agradable.

Ella niega con la cabeza, sonriendo.

—Eso no es verdad. Soy una puta de alabanza.

Le rodeo el hombro con los brazos y la atraigo hacia mí, apoyando su cabeza en mi pecho. *Mierda, quédate ahí para siempre.*

CDiS

—Lo sé, preciosa —le susurro al oído—. Te encanta cuando te digo lo mucho que me gusta verte tragar mi polla en tu apretado coño —murmuro, mi aliento golpeando su mandíbula—. Te encanta cuando te digo lo bien que te sientes. —Se estremece contra mí—. Te encanta cuando adoro cada centímetro de ti.

—Esto no es justo —susurra, respirando con dificultad—. No puedo hacer nada al respecto. —Lloriquea frustrada.

Me río, echándome hacia atrás.

—Bien, ya paro. —Respira hondo, gira la cabeza y sonríe cuando vuelve a verme la cara, que probablemente siga teniendo esa sustancia viscosa verde—. Ponme un poco —le digo, acariciándole la mejilla.

—¿Quieres una mascarilla?

—Claro que sí. —Sonrío—. No puedes ser la única que se ve bien en esta relación. —Se le cae la cara de vergüenza y maldigo para mis adentros. ¿Por qué he utilizado esa palabra? Me aclaro la garganta—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí —asiente, con la mirada un poco perdida. Se separa de mí y se levanta del sofá—. Vuelvo enseguida con su mascarilla, señor. —Me guiña un ojo.

Me acomodo en el sofá.

—Me gusta la idea de que me llames señor —digo enarcando una ceja.

Ella entrecierra los ojos.

—No te acostumbres. —Se da la vuelta y sale del salón, mis ojos siguen sus movimientos.

Esas caderas, ese trasero. Por Dios. Los ajustados *leggings* negros que lleva puestos hacen que se me retuerza la polla. Me miro los pantalones y suspiro.

—Eso no va a pasar —le digo a mi polla entre dientes, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. ¿Cómo he llegado hasta aquí? De un juego tonto a estar aquí sentado deseando su compañía.

El sofá se hunde, abro los ojos y la veo sentada a mi lado, sosteniendo un tubo largo.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, sonriéndole. Es tan bonita. No quiero cerrar los ojos si eso significa que podría mirarla para siempre.

CDiS

—Ya está mejor. —Se ríe, abre el tubo y vierte la mezcla verde en las yemas de sus dedos. Me pasa los dedos por la cara y me limpia todo el cuerpo—. Mierda —maldigo—. Está frío.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—No seas un bebé. Estate quieto.

—Se me ocurre algo que me haría comportarme —le digo sonriendo.

—¿Y qué es eso?

—Si te sentaras en mi regazo —sugiero sonriendo mientras le rodeo la cintura con un brazo y la levanto.

—Aiden, no. —Jadea, apartando mi brazo—. No puedo sentarme en tu regazo.

—¿Por qué no? —le pregunto.

Pone los ojos en blanco.

—Quédate quieto, idiota.

Levanto las cejas y hago una mueca de dolor cuando vuelvo a sentir ese líquido frío en la cara.

—No vas a recibir propina si sigues hablándome así.

Se ríe y levanta una ceja.

—¿Y qué propina sería esa?

Me río, con el corazón saltándome en el pecho. Mi chica sabía exactamente qué tipo de chiste verde estaba a punto de hacer. La miro atónito mientras me limpia esa mierda verde de la cara. Hace frío y pica, pero no me gustaría estar en otro sitio.

—Ya está —dice cuando termina—. Estás preciosa, cariño. —Lo dice con el peor acento sureño que he oído.

—Tú también.

Se limpia las manos en un trapo y yo me quedo mirándola, admirando su hermoso rostro, sus ojos casi iguales al verde pintado en su piel, excepto por las motas doradas en ellos.

Se gira, agarra una pequeña cámara de su mesa y la dirige hacia mí.

Mis cejas se levantan.

—¿Me estás haciendo una foto?

Me mira desde detrás de la cámara.

—Quédate quieto.

CDiS

Suelto una carcajada, dedicándole una sonrisa hasta que se dispara el obturador.

—No sabía qué hacías fotos.

Se encoge de hombros, saca la Polaroid y la agita.

—Prefiero estar delante de una cámara que detrás, pero sí. —Me mira—. Mis padres tenían montones y montones de álbumes de fotos y siempre me gustó revisarlos. Así que decidí hacer más fotos. —Mete la pierna por debajo—. La mayoría son de mis plantas.

La mención de su infancia me produce una extraña sensación en el estómago, preguntándome cómo sería si yo tuviera una familia diferente, una vida diferente.

—Déjame ver —digo, señalando la Polaroid que tiene en las manos.

Me la tiende y sonríe cuando los dos miramos mi cara verde cubriendo la foto.

—Tengo tan mala cara como tú —farfullo, dándole un codazo.

Ella sacude la cabeza, arrugando la nariz.

—Tienes peor aspecto.

Le quito la cámara de las manos, doy la vuelta hasta que queda frente a nosotros y rodeo a Leila con el brazo. La atraigo hacia mí y junto nuestros labios. Se dispara el obturador y, cuando saco la foto, no puedo dejar de mirarla. Es tan guapa, incluso con la cara pintada de verde.

—Esta es mía —le digo, guardándome la foto.

—¿Por qué te la quedas tú?

La sonrisa en mis labios pertenece a esta chica y solo a esta chica.

—Quiero mirarla todos los días —admito.

Cuando me mira, sus labios se mueven en una sonrisa y deja escapar un suspiro.

—Algún día harás muy feliz a alguna chica.

Una extraña sensación se instala en mi estómago ante sus palabras.

—¿Y a ti? —le pregunto, con las cejas fruncidas—. ¿No te hago feliz?

Separa los labios, los dos nos miramos fijamente, pero antes de que pueda decir algo, su estómago ruge, y se congela, y sus ojos se abren de par en par cuando levanta la vista hacia mí.

—Lo has escuchado, ¿eh?

Asiento con la cabeza.

CDiS

—¿Tienes hambre?

Se encoge de hombros.

—Estoy bien.

La fulmino con la mirada.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —escudriño, anticipándome a su respuesta. Después de lo que pasó en la consulta del médico, no voy a dejar que se le «olvide» nunca más. Se encoge de hombros, lo que me enfurece porque odio que no se cuide. Suspiro, me levanto del sofá y me dirijo a su cocina.

—¿Qué haces? —me pregunta, mirándome desde el sofá.

—Haciéndote la comida. ¿Qué tienes? —pregunto, abriendo su nevera. Nada. Nada. Aparte de algo de fruta, huevos, algo de verdura, queso y dos botellas de cerveza, la nevera está vacía.

Cierro la nevera y me doy la vuelta para mirarla.

—Mujer, ¿no comes? ¿Dónde está tu comida?

Se encoge de hombros y se limpia la máscara de la cara con el trapo.

—No esperaba compañía —aclara.

—¿Y qué ibas a comer?

—Ya se me ocurriría algo —protesta, limpiándose el resto de la máscara.

—Vamos.

Me mira.

—¿A dónde?

—Obviamente no sabes cocinar —le digo—. Te voy a enseñar.

CDiS

Capítulo 22

LEILA

COCINAR ES PELIGROSO

—Sé cocinar.

Gira la cabeza hacia atrás, levantando las cejas.

—¿En serio?

—Sí. —Pongo los ojos en blanco—. Soy colombiana, cocinar es como un rito de iniciación en mi familia. Por no mencionar que mi padre tiene un camión de comida. Me enseñó a cocinar cuando tenía diez años.

—¿Lo hizo? —pregunta, y no me extraña cómo se le cae un poco la cara.

—Sí. —Me acerco a él—. Es un gran cocinero. Lástima que odie hacer cosas vegetarianas. —Tuve que verlo decapitar un pollo para cambiar de opinión sobre comer carne. Me río, recordando cómo me miró como si estuviera loca cuando le anuncié que iba a ser vegetariana. Pero eso no lo detuvo. Aprendió nuevas recetas, nuevas formas de hacer comida sin carne.

Aiden toma los huevos de la nevera, junto con el queso y los champiñones, y lo coloca todo sobre la encimera. Veo cómo se arremanga, se lava las manos y toma una tabla de cortar que definitivamente no es mía. Supongo que Rosie se la dejó aquí.

—¿De verdad vas a cocinar para mí? —le pregunto, admirando cómo domina la cocina. Dios mío, este hombre está tan bueno.

Se ríe y toma un cuenco de mi armario.

—Haces que parezca que estoy haciendo algo extravagante. Solo te estoy cocinando comida.

—¿Por qué?

Gira la cabeza, levanta las cejas y me mira con la cara cubierta por una máscara verde.

CDiS

—Porque, preciosa —suelta, acercándose a mí. No puedo ni empezar a explicar lo que me hace cada vez que usa ese apodo—. Quiero cuidarte. Quiero hacerte feliz más allá de darte orgasmos.

Grandes alarmas rojas parpadean en mi mente, recordándome que se supone que solo quiero los orgasmos. Se me escapa una carcajada.

—Pero me encantan los orgasmos —suspiro.

Entrecierra los ojos y se acerca un paso.

—¿Solo orgasmos en general o los que yo te doy?

Deslizo las manos por su pecho, sintiendo cada cresta dura de su cuerpo. Me pongo de puntillas y llego hasta su oreja.

—Solo orgasmos en general.

Se ríe, roza con sus labios mi mandíbula.

—Lástima que no pueda demostrarte que te equivocas. Pero lo haré. Te haré ver que nadie puede hacerte sentir como yo. —Sus labios rozan los míos y cierro los ojos, pero antes de que pueda profundizar el beso, se retira con una sonrisa de satisfacción. Su pulgar limpia la máscara que se transfirió a mi cara—. Esta mierda sí que llega a todas partes, ¿eh?

Me río mientras tomo un trapo para limpiarle la cara y miro fijamente sus brillantes ojos azules.

—Ya está —digo cuando su cara está libre de máscaras—. Ya está.

Sonríe con satisfacción.

—¿Qué tal estoy?

No existe una palabra para describir lo guapo que es este hombre. Pero no puedo decírselo, así que levanto el hombro y me encojo de hombros.

—Meh.

Se ríe.

—¿Meh?

Me encanta cómo sabe que le estoy tomando el pelo. Puede ser porque es engreído, o simplemente sabe que es uno de los hombres más guapos que he visto nunca.

—He visto mejores.

Se ríe, sacude la cabeza y me atrae hacia sí.

—Siempre sabes cómo halagarme —dice, frotándome la mejilla con el pulgar y mirándome fijamente a los ojos. No sé cuánto tiempo nos quedamos mirándonos—. Vamos —anima—. Necesito meterte comida.

CDiS

Vuelvo a asentir, incapaz de decir nada, viéndolo pasar junto a mí hacia la cocina, lavándose las manos antes de levantar las setas.

—¿Quieres ayudarme? —sugiere, colocándolas sobre una tabla de cortar. Asiento y me la acerca—. Córtalos en trozos —me dice.

—¿Qué estamos haciendo exactamente?

—Bueno, ya que apenas has comido nada —señala, mirándome de reojo—. Lo mejor que se me ocurrió fue una tortilla —dice encogiéndose de hombros.

Le dirijo una mirada, incapaz de contener la sonrisa que brota en mi rostro al verlo cascar un huevo en un cuenco. ¿Cómo es posible que hace unos meses estuviera tan molesta con este tipo, con la impresión de que no era más que un gran *playboy* y ahora esté en mi apartamento, cocinándome? Estaba tan equivocada con él.

—¿Cómo aprendiste a cocinar? —le pregunto, poniendo las setas bajo el agua.

Cuando me vuelvo hacia él, tiene la mandíbula apretada, los músculos muy tensos. Frunzo el ceño.

—Lo siento, ¿he dicho algo que…?

—No era algo que quisiera hacer —aclara, mirando el cuenco que tiene delante—. Era algo que tenía que hacer.

—¿Qué quieres decir?

Aprieta los ojos, abriéndolos unos segundos después.

—Mi familia es drogadicta, Leila. —Gira la cabeza para mirarme, el pavor en su rostro es tan evidente—. Vengo de una sucia y pequeña caravana de Texas, más pequeña que tu habitación. No vengo de una familia como la tuya, con un padre que me enseñó a cocinar. Mi padre se fue a la mierda antes de que yo naciera. —Se aparta de mí y mira el cuenco—. Mi madre es una adicta, y mis hermanos siguen los pasos de mi madre querida.

Deja caer el cuenco y gira todo el cuerpo para mirarme, cruzándose de brazos antes de exhalar un suspiro.

—Nunca he tocado las drogas —explica—. Vi lo que le estaba haciendo a mi familia. No quería formar parte de eso. Por eso tampoco bebo.

Quiero decir algo, cualquier cosa, pero me limito a mirarlo fijamente mientras su mandíbula se aprieta y mira a un lado.

CDiS

—Pero me metí en su escondite cuando era joven. —Mis manos aprietan la tabla, la otra agarra el cuchillo. No puedo apartar los ojos de él. No puedo apartar la mirada del dolor de sus ojos, de la forma en que su garganta se sacude mientras traga saliva. Puedo sentir cómo las palabras le queman la garganta incluso antes de pronunciarlas.

»Estuve desmayado durante una hora antes de que me encontraran. —Quiero rodearlo con mis brazos, quitarle todo el dolor, pero me quedo clavada en el sitio mientras él sigue mirándome, tan intensamente—. Me ingresaron en el hospital. Me desperté delirando, conectado a todas esas máquinas. Era un niño —dice, cerrando los ojos—. No sabía lo que estaba pasando ni lo que había hecho.

Sacude la cabeza.

»Y cuando llegué a casa —continúa, mirando de nuevo a un lado, con los puños cerrados a su lado—. Cuando llegué a casa, mi madre me dio una paliza por haberle costado facturas médicas.

Abre los ojos y me mira.

»Tuve que aprender a cocinar porque si no, me habría muerto. —Es el mayor tiempo que llevo sin hablar. Pero no puedo decir nada. No necesita que diga nada. Necesita que lo escuche—. Me quemé la mano justo aquí —levanta la mano hacia mi cara, señalando la cicatriz de su palma—, haciendo tostadas cuando tenía nueve años.

Vuelvo a mirarlo a los ojos cuando baja la mano.

»Encontré el pan en un contenedor detrás de una tienda. Estaba caducado, pero sin abrir y aún tenía buen aspecto. —Se encoge de hombros—. Llevaba días sin comer y no teníamos comida en casa, así que lo tomé e intenté hacerme unas tostadas en el fogón, porque ni siquiera teníamos tostadora. Mi madre estaba desmayada en el sofá, drogada como una cuba y ni siquiera se dio cuenta. Con el tiempo mejoré. Aprendí mucho en EC en casa y conseguí que funcionara.

Me mira, pero no digo nada. Suelta un suspiro, se da la vuelta y rompe otro huevo.

—Siento haberte contado todo eso. Nunca se lo había contado a nadie.

Yo también me vuelvo, tomo una seta y la corto en trozos.

—¿Querías decírmelo? —Son las primeras palabras que pronuncio desde que me lo ha dicho. Sigo sin saber qué decir. Es una persona

CDiS

completamente diferente de lo que pensé en un principio. Pensaba que era un privilegiado y que le habían dado todo lo que quería. Eso es lo más alejado de la verdad.

El cuchillo raspa la tabla, llenando el silencio de la habitación.

—No te lo habría dicho de otro modo —responde al cabo de unos minutos.

—Lo siento —murmuro.

—¿Porqué, preciosa?

El apodo me revuelve el estómago, pero me lo sacudo cuando giro la cabeza para mirarlo.

—Por pensar que eras un idiota.

Suelta una risita, sacudiendo la cabeza como si lo sucedido no hubiera pasado.

—Eso es solo tu falta de juicio. Mi educación de mierda no tiene nada que ver.

Le sonrío, viéndolo batir los huevos.

—¿Dónde están tus hermanos ahora?

Deja escapar un suspiro, mirándome.

—Cameron está en la cárcel —confiesa—. Por robar en un supermercado. Y Brandon y mamá… —dice encogiéndose de hombros—. Están en casa, gastándose el dinero que les envío en drogas.

Mis cejas se levantan.

—¿Les envías dinero?

Aprieta la mandíbula mientras mira el cuenco.

—Cuando éramos pequeños no teníamos nada —aclara—. En cuanto llegué aquí y conseguí un trabajo, pensé que les ayudaría, pensando que serviría para comida o facturas, pero no fue así. Y ahora solo quieren más y más.

—¿Qué pasa si paras? —le pregunto.

Sacude la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Aiden trabaja duro por su dinero, la idea de que tenga que regalarlo me entristece por él.

Suelta un suspiro.

CDiS

—No solo a mi madre le gustaba levantarme la mano. Mis hermanos me daban palizas cuando era pequeño, por cualquier cosa. A veces era porque estaban drogados, otras porque les divertía, supongo —admite—. Sé que no debería tenerles miedo, pero aun así lo tengo.

Me tiemblan las manos al pensar en el niño que tuvo que pasar por eso, que solo quería comer. Que tuvo que aprender a cocinar, con quemaduras y todo, para sobrevivir. Trago saliva y, al mismo tiempo, siento un dolor cegador.

—Ay —grito, soltando el cuchillo y apartándome del mostrador—. Mierda. —Me agarro el dedo, presionando la sangre que sale del corte.

Aiden lo deja todo y me toma la mano mientras inspecciona los daños.

—Creía que sabías cocinar —me dice mientras maldigo de dolor.

—También lo creía —gimo, sintiendo cómo aumenta la palpitación en mi dedo—. Cocinar es peligroso.

Se ríe.

—Eres peligrosa. —Agarra mi dedo y se lo lleva a la boca, chupándolo.

—¿Acabas de…? —Mis ojos se abren de par en par.

Se ríe entre dientes, sacando mi dedo de su boca.

—Detiene la hemorragia. —Tira de mí y me sienta en una silla—. Toma —me dice—. ¿Dónde guardas las curitas?

—No tengo. Mira en el baño, a lo mejor Rosie tenía. —Asiente y sale de la habitación. Me miro el dedo sangrante, observando cómo cae la sangre.

—Dame —dice Aiden, saliendo del baño con una venda. Le tiendo el dedo. Se agacha y me envuelve el dedo con la curita—. Ya está —exclama, me da un beso en el dedo vendado y me sonríe—. Todo bien.

No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en la cara cuando me mira. ¿Quién demonios es Aiden Pierce? ¿Y por qué quiero conocerlo cuando no estamos desnudos? Esto no tenía que haber pasado. Las líneas se están desdibujando, las cosas se están complicando demasiado. Y ya no quiero impedirlo.

CDiS

Capítulo 23

LEILA

VISITAS FAMILIARES

Volver a casa es tan agridulce. Echo de menos a mi padre, echo de menos los fines de semana que solíamos pasar juntos, echo de menos verlo trabajar en el camión de comida cuando volvía del colegio. Pero también odio que este sea el único lugar que siempre me trae malos recuerdos.

En esta casa fue donde me di un atracón por primera vez, odiando mi cuerpo cada vez que me miraba en el espejo, devorando una caja entera de galletas solo para morirme de hambre al día siguiente. En esta casa mi madre me miró directamente a los ojos y me preguntó qué había hecho para merecer una hija que no se pareciera ni a ella ni a mi hermana.

En esta casa aprendí que mi cuerpo no era aceptado, que mi valor como ser humano, como mujer, se veía disminuido por mi tamaño, por mi aspecto.

Pero una mirada a mi padre cuando abro la puerta hace que todos los malos recuerdos se vayan flotando. Lo echo tanto de menos. Su sonrisa me alegra el corazón cuando me abraza.

—Leila, me alegro mucho de verte.

—Yo también. —Me retiro—. Te echo de menos, *papi*.

Me dedica una sonrisa.

—Me gustaría que te quedaras hasta tu cumpleaños la semana que viene.

Siempre le daba mucha importancia a los cumpleaños, invitando a todos los vecinos y a la familia a una gran fiesta. Sinceramente, es muy descorazonador no poder pasar mi cumpleaños con ellos este año.

—Me encantaría, sabes que lo haría. Pero tengo clases.

—Hmm. *¿Y cómo van?* —me pregunta, haciéndome una mueca de dolor.

CDiS

—Bien.

Me lanza una mirada mordaz.

—*No mientas.*

Suelto una carcajada.

—Son aburridas. Pero saldrá bien.

Él asiente.

—Sé que elegiste Negocios por mí, no necesitas hacer todo lo que yo hago, Leila. —Sacude la cabeza y cierra la puerta detrás de mí—. Tú no eres yo; eres tu propia persona.

—Lo sé —lo miro—. Quería que estuvieras orgulloso. —Siempre lo he admirado, montando su propio negocio, y aunque no es mi sueño, siempre me interesó saber cómo funcionaba.

—Y es así. *Estoy muy orgulloso de ti. Mi Tigresa.* Y esta sesión de fotos, ¿eh? —Se ríe—. Sé lo difícil que debe haber sido y estoy muy orgulloso de ti por seguir tus sueños —afirma, rodeando mi hombro con su brazo—. Aunque me gustaría que lo hicieras con la ropa puesta.

Me río.

—Gracias, *papi*.

—¿Ha ido bien? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Sí, fue divertido. —Siempre lo es. Cada vez que me pongo detrás de una cámara, me da un éxtasis como la primera vez. Fue genial, aparte de los comentarios de las otras chicas sobre sus cuerpos. La forma en que se miraban en el espejo y destrozaban sus cuerpos perfectos y delgados delante de mí, de Amina y de otras chicas más grandes era como una bofetada en la cara.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —indaga.

Me encojo de hombros.

—Bien —admito—. Sé que me habría encantado ver a alguien que se pareciera a mí en esas revistas, y ahora puedo ser eso para alguien.

Asiente con la cabeza.

—*Estoy tan orgulloso* —repite—. *Vienes*. Tu mamá se ha levantado temprano a hacer *arepas*.

Mis ojos se abren de par en par, mi estómago ruge ante la idea de tener comida casera.

CDiS

—¿Ah, sí? —pregunto escéptica, sabiendo que mi madre no querría que comiera de esos, aunque sean mis favoritos.

Me mira, empujando la puerta que da al patio donde está mi familia.

—Yo ayudé. —Lo que significa que él los cocinó, y a mamá no le hizo ninguna gracia. Papá siempre ha intentado mantener la paz entre mamá y yo, y ha fracasado miserablemente.

Mi hermana se da la vuelta al escuchar abrirse la puerta y sus ojos se abren de par en par.

—Estás aquí.

Asiento con la cabeza, dedicándole una sonrisa.

—Aquí estoy. —Éramos inseparables de pequeñas, pero cuando crecimos, ella tenía otros intereses y nos distanciamos—. Hola, Daniel —miro al novio de mi hermana, al que lleva pegada desde el instituto. Se conocieron, se enamoraron y vivieron felices para siempre. Aunque mi hermana es dos años menor, su vida amorosa es mejor que la mía.

—Hola, Leila —saluda, inclinándose para besarme las mejillas—. No te he visto por aquí últimamente.

—Bueno, algunos vamos a la universidad —respondo sonriendo. Laura y Daniel decidieron que la universidad no era para ellos. A mi madre no le hizo ninguna gracia, y a mi padre tampoco, pero siendo la hija favorita de mi madre, se la ganó cuando le dijo que había decidido seguir sus sueños y ser cosmetóloga. Daniel consiguió un trabajo en el concesionario en el que trabaja su tío nada más acabar el instituto, y juntos forman una pareja perfecta.

Se ríe, sus ojos marrones combinan a la perfección con el pelo de su cabeza.

—Me he enterado de lo de la sesión de fotos —dice, guiñándome un ojo—. Felicidades.

Aprieto los labios y le sonrío.

—Gracias.

Giro la cabeza y veo a mi madre, tan guapa como siempre. El pelo largo y castaño que heredamos mi hermana y yo; Laura se lo ha cortado corto, justo por encima de los hombros. El vestido que lleva mi madre le cae justo por encima de las rodillas, envolviendo su delgada cintura que desearía

CDiS

tener yo también. Le sonrío, aún echándola de menos aunque me haga sentir tan mal conmigo misma.

—Hola, mamá.

Su sonrisa no llega a sus ojos cuando me abraza y me besa las mejillas.

—*Mija*. Qué alegría verte. *Te ves muy feliz*.

—Lo estoy —le digo, esperando que no monte en cólera por mi cuerpo—. Soy feliz.

Sus cejas se levantan.

—¿Tu *novio*? —¿Novio? Se me cae el estómago.

Sacudo la cabeza, inhalando antes de suspirar.

—*No, ma*, ningún novio.

Ella sacude la cabeza.

—Si tan solo…

—*Ven a comer*. —Mi padre interrumpe lo que sea que mi madre esté a punto de decir y nos llama a la mesa plegable que ha colocado en medio de nuestro patio trasero, adornada con arepas y relleno, una gran ensaladera a un lado y algunos plátanos y papas fritas.

En cuanto nos sentamos, mi hermana me cuenta todo sobre su viaje a Europa que hizo con Daniel, cómo vieron la Torre Eiffel y probaron caracoles y yo lo escucho con una sonrisa, todo mientras mi madre me mira con un claro efecto de decirme que esa podría ser yo. Que la vida que está viviendo mi hermana podría ser la mía.

Dejo mi arepa a medio comer en el plato, notando cómo los ojos de mi madre se agrandan con cada bocado que doy. Tengo retorcijones en el estómago, pero ya ni siquiera tengo apetito. Me acostumbré tanto a que Aiden me hiciera comer y actuara como si no hubiera nada malo en comer que lo olvidé. Olvidé que mi gordura ofende a mi madre, hace que me odie, hace que no valga nada.

Me he esforzado mucho por luchar por mí misma. Me miro en el espejo todos los días, me agarro los rollos y me susurro palabras de amor. He intentado amarme a mí misma, amar mi cuerpo, abrazarlo por lo que es, que olvidé cómo era.

La sensación de asco de estar en mi propio cuerpo. Sentir que ocupo la habitación con mi vozarrón y mi gran cuerpo. Sentir que soy indigna de amor.

CDiS

Todo está volviendo a mí, y esa sensación de felicidad que tenía antes, hace tiempo que desapareció. En menos de veinte minutos, mi madre ha conseguido destruir mi autoestima una vez más.

Intento sonreír cuando mi padre pone algunas de sus papas fritas en mi plato cuando mi madre se da la vuelta. Pero no me las como. Dejo que las papas fritas se endurezcan y se enfríen a un lado de mi plato.

—¿Cuándo sale la revista? —Tardo un rato en darme cuenta de que mi hermana me está hablando y parpadeo, intentando sacudirme todos los pensamientos negativos de la cabeza.

—El mes que viene.

—¿Vas a estar en la portada? —pregunta Daniel.

—No. Es un artículo de fondo.

Mi madre sacude la cabeza y se zampa la ensalada.

—No sé cómo no te da vergüenza.

—¿De qué?

Levanta la vista y pone los ojos en blanco.

—Leila, *por favor. No seas tonta*. Todo el mundo va a ver tu cuerpo —dice, con la última palabra cubierta de asco. Deja caer el tenedor y se lleva dos dedos a la frente—. Si tan solo… —sacude la cabeza, sin molestarse en terminar la frase, pero yo lo sé. Comiera más sano, hiciera más ejercicio, cualquier estupidez que me mande y que haya visto en Internet. Me mira—. Podrías ser tan guapa.

Ya me habían roto el corazón antes. Lo que hizo mi exnovio, Jake, me pasó factura. Realmente pensé que lo quería y que era sincero, y cuando descubrí que todo era mentira, mi corazón se rompió en pedacitos.

¿Pero esto de aquí? ¿Lo que mi madre acaba de decirme? Duele un millón de veces más. Lo que queda de mi corazón se hunde en el fondo de mi estómago mientras todos en la mesa dejan de comer, dejan de hablar y me miran fijamente.

«Podrías ser tan guapa».

—*Mamá* —dice mi hermana, llamando su atención.

—*¿Qué*?

—Estamos celebrando su cumpleaños, déjalo.

Mi madre se burla.

—Su cumpleaños no es hasta dentro de doce días.

CDiS

—Camila —dice mi padre—. Es nuestra hija. ¿Cómo puedes decirle que no es hermosa?

Mi madre levanta el dedo.

—*Yo no dije eso.* Solo le decía que podría estar mucho más guapa si adelgazara.

—¡Camila!

—Esto es culpa tuya —le dice a mi padre—. ¿Crees que no sé los bocadillos secretos que le das cuando crees que no estoy mirando? —Me mira—. ¿Cómo puedes culparme por eso?

Deja escapar un suspiro y señala a Laura.

—Mira a tu hermana, Leila. Tiene novio, un buen trabajo. Podrías ser tú.

—Todavía puedo tener eso.

Vuelve a burlarse.

—El único novio que tuviste pensó que eras una broma. *Despierta mija*. Nunca lo tendrás si no haces un cambio.

No puedo quedarme aquí sentada escuchando a mi madre reñirme y destrozar el pequeño pedazo de confianza que tanto me ha costado construir el último año que pasé lejos de casa. Me levanto y la silla choca contra el suelo.

—Tengo que ir al baño. —Entro y cierro la puerta justo a tiempo para oír a mis padres discutir.

Subo las escaleras, encuentro el viejo cuarto de baño y cierro la puerta con llave, sentándome en el borde de la bañera. Las lágrimas caen libremente mientras mi cerebro repite todas las malas palabras que he escuchado sobre mi cuerpo.

Tanto potencial desperdiciado.

Si no fuera grande.

¿De verdad crees que alguna vez te querría? Eras una broma.

Podrías ser tan guapa.

Un golpe en la puerta hace que levante la cabeza y mire fijamente la puerta de madera que tengo delante.

—¿Leila? —pregunta mi hermana—. ¿Puedo pasar?

Sacudo la cabeza, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué quieres? —La mordacidad en mi tono es obvia.

CDiS

Abre la puerta y se asoma.

—No estoy aquí para empeorar las cosas —aclara, cerrando la puerta tras de sí—. Lo prometo.

Resoplo, secándome la humedad de la cara.

—Lo siento. —Mis hombros caen, sintiendo que las lágrimas vuelven a brotar—. Es que…

—Lo sé.

—¿Cómo puede decir eso? —le pregunto a mi hermana, con una lágrima rodando por mi mejilla—. ¿Cómo puede sentarse ahí y hablar así de mí?

—Lo siento —dice mi hermana, frunciendo el ceño—. Ninguno de nosotros cree eso, Leila.

Me río, las lágrimas corren libremente por mi cara.

—Por favor. Sé lo que todos piensan cuando me miran.

—¿Que eres despampanante? Sí, eso es lo que pensamos.

—Laura. —Miro fijamente a mi hermana, sabiendo que intenta hacerme sentir mejor pero también que todo es un montón de mentiras.

—Leila —imita—. Sé que no eres monja en la universidad.

Me encojo de hombros.

—¿Y? No cambia nada.

—Significa que los chicos te desean.

—Para sexo —le explico a mi hermana—. Nunca lo entenderás, Laura. Nunca sabrás lo que es que te mantengan en secreto todo el tiempo y al día siguiente te miren con asco, evitándote a toda costa, temerosos de que alguien descubra que les gustan las gordas. —Sacudo la cabeza, soltando un suspiro—. Ojalá yo fuera tú.

Se queda callada un momento antes de suspirar.

—No, no lo sabes.

Me río amargamente.

—No puedo empezar a contar cuántas veces he deseado ser tú.

—Daniel me está engañando.

Levanto la cabeza, el silencio entre nosotras es ensordecedor.

—¿Qué?

Suspira, cierra los ojos y apoya la cabeza en la puerta.

CDiS

—No pretendo desviar la atención de tus problemas, pero escucharte hablar de que te han mantenido en secreto y desear ser yo… tenía que contárselo a alguien.

—¿En serio? —le pregunto.

Se encoge de hombros, frunciendo el ceño.

—Creo que sí. Ha estado llegando tarde a casa, siempre con una excusa diferente. —Baja la cabeza—. No sé qué hacer.

—Lo siento mucho.

Ella levanta la cabeza, secándose la lágrima que cae por su mejilla.

—No te lo he dicho porque necesite que sientas pena por mí. Quería que supieras que mamá está equivocada. La vida puede ser una mierda tengas el aspecto que tengas.

Se me caen los hombros. Echo de menos a mi hermana. Al crecer, me desvié más hacia mi padre, teniendo más intereses comunes con él, y mi hermana se acercó más a mi madre.

—Gracias. —Levanto la vista hacia ella—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Se encoge de hombros, comiéndose las uñas.

—No quería molestarte.

—Eres mi hermana —exclamo levantándome de la bañera—. Nunca puedes molestarme.

Sonríe y me suelta una carcajada.

—Te vas a arrepentir —me dice—. Ahora voy a llamarte todas las semanas.

—Por favor, hazlo. Te he echado de menos.

Sonríe y me abraza.

—Yo también te he echado de menos. —Se retira y se arregla el pelo corto en el espejo, secándose la cara y haciendo ver que no ha estado llorando.

Mi teléfono zumba en mis manos y miro hacia abajo, el nombre en la pantalla hace que mi corazón lata con fuerza. Solo han pasado unos días desde la última vez que nos vimos y ya estoy deseando volver a verlo.

Aiden: *Sé que esto es romper las reglas.*

CDiS

Mi corazón late cuando los tres puntos saltan en la pantalla, mis manos se aferran al teléfono con más fuerza.

Aiden: *Pero te echo mucho de menos, Leila.*

—Así que no tienes novio —dice Laura, haciendo que mis ojos se fijen en ella. Sonríe, mirándome en el espejo—. Pero hay alguien. Puedo verlo en tus ojos.

Se da la vuelta y yo suspiro, volviendo a mirar el texto que, sin duda, me revuelve las entrañas.

—Puede que haya alguien.

Sonríe.

—Lo sabía. Cuéntamelo todo.

Me encojo de hombros y apago el teléfono.

—No hay nada que decir. Solo estamos durmiendo juntos.

Ella sacude la cabeza.

—Eso nunca funciona. ¿Sientes algo por él?

Intento no pensar demasiado en ello. No quería encariñarme con Aiden, pero creo que es demasiado tarde. El mero hecho de llevar un par de días en Nueva York sin verlo me está desesperando por volver a casa hasta que pueda verlo, besarlo.

—Ya veremos. —Es la primera vez que lo admito y la confesión hace que mi corazón lata aún más rápido. Siento algo por Aiden. Sentimientos innegables y fuertes que ya no puedo apartar.

Mi hermana se ríe.

—Mantenme informada.

Una sonrisa brota en mi cara.

—Lo haré.

—Vamos —anima, abriendo la puerta—. Si mamá dice algo, la distraeré.

Me burlo.

—Vamos a necesitar un tornado para distraerla.

CDiS

Capítulo 24

LEILA

TENGO EL CONTROL

Redfield se ha convertido en mi hogar lejos de casa.

Aunque echo de menos a mi padre y las comidas caseras, este grupo de gente se ha convertido en mi segunda pequeña familia. No los cambiaría por nada del mundo. Y ahora que Rosie está saliendo y se ha mudado con Grayson, supongo que ahora él es parte de nuestra pequeña pandilla.

Gabi, sin embargo, no parece apreciar ese pequeño hecho, dada la forma en que lo mira.

—La has estado entreteniendo.

—No la he entretenido —responde Grayson.

Gabi levanta las cejas.

—Sé que estás como enamorado, y me alegro por ti, pero ¿realmente necesitas estar aquí?

—¿En mi casa?

—Sí.

Grayson se ríe y levanta las manos.

—Creía que éramos geniales. Te di un caramelo.

—Ya se terminó —dice encogiéndose de hombros. Es muy entretenido ver a Gabi meterse con Grayson.

Resopla.

—Te traeré más.

—¿La has estado sobornando? —le pregunta Madi.

Gabriella pone los ojos en blanco.

—Tenía que ganarse mi aprobación de alguna manera.

—¿Qué tal porque quiero a tu mejor amiga? —ofrece Grayson.

CDiS

Rosie gira la cabeza, sonriéndole, y a Gabi se le ablandan los ojos, como a todos cuando los miramos. Son tan puros, están tan enamorados, que es adorable.

—Bien —dice Gabi con un suspiro—. Te has librado.

Rosie se ríe.

—Por mucho que me guste verte amenazar a mi novio, todos sabemos que eres una gran blandengue.

—Novio —repite Grayson, con cara de enamorado cuando la mira. Juro que tiene corazones en los ojos—. Me encanta esa palabra.

Ni siquiera sé por qué lo hago, pero, instintivamente, miro a Aiden, que está sentado en el extremo del sofá, y descubro que ya me está mirando. La palabra *novio* resuena en mi mente cuando esos ojos azules centellean; él sonríe cuando mantengo el contacto visual.

Se levanta y mis ojos siguen sus movimientos, observando cómo se levanta del sofá y anuncia:

—Voy por algo de comer.

—¿Tienes gusanos de gominola? —le pregunta Gabi, alzando las cejas.

Se encoge de hombros.

—Podríamos hacerlo.

Gabi sonríe.

—Los quiero.

Se ríe.

—Veré lo que puedo hacer.

—Son asquerosos —responde Madi—. ¿Cómo pueden gustarte?

—Al menos no son esos asquerosos caramelos veganos que le gustan a Leila.

—Oye —interviene Rosie—. A mí también me gustan.

Aiden me mira antes de salir del salón. Suelto un suspiro cuando se va. Siempre que está en una habitación conmigo, mis ojos lo siguen, lo buscan por todas partes. Hay tanta tensión siempre que estamos juntos en la misma habitación y saber que no estamos solos, estamos pasando el rato… juntos… con otras personas, da miedo.

Gabi agarra una lata de cerveza de la mesa, la abre y bebe un sorbo. Me relamo los labios, quiero una, pero también quiero besar a Aiden más

CDiS

tarde, y no puedo hacerlo si me sabe a cerveza. No he dejado de pensar en lo que me contó sobre su familia.

Nunca habría imaginado que Aiden venía de la nada, que no tenía nada. Siempre parecía tan seguro de sí mismo, tan confiado. Domina cada habitación en la que está, chicos y chicas lo siguen allá donde va.

Una parte de mí siente que es bueno que me lo haya contado, que me haya confiado esa parte de él, pero otra parte siente que es una pérdida de tiempo porque, al final, no servirá para nada. Aiden seguirá adelante, con otra persona, y yo seguiré albergando todos esos pequeños datos sobre él, sabiendo más de él que de cualquier otra persona.

Cuando vuelve a entrar en la habitación, levanto la vista, observando cómo le lanza un paquete de gominolas ácidas a Gabi.

—Mierda, sí —dice ella, tomándolos. Toma una lata de cerveza y la levanta—. ¿Quieres una? —le pregunta.

Su sonrisa cae, su mano se frota nerviosamente la nuca.

—Estoy bien.

—Vamos —alienta Gabi—. Tengo que darte las gracias de alguna manera. Una cerveza no descarrilará tu entrenamiento.

No sé qué se apodera de mí, una especie de impulso protector para sacarlo de esta situación, pero suelto:

—No bebe.

Todos los ojos se vuelven hacia mí, los labios de Gabi torcidos en una sonrisa burlona. Como está al tanto de mi pequeño secreto, sabe por qué sé eso de él, pero el resto del grupo no, por eso todos me miran confundidos. Sin embargo, Aiden sonríe, con una sonrisa en sus hermosos labios mientras me mira.

—¿No? —le pregunta Madi.

Sacude la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros, claramente sin saber qué decir, así que mi boca interrumpe de nuevo y dice:

—No es para tanto. Yo también estoy dejando la cerveza.

Ahora, las cejas de Gabi se levantan.

—¿Tú? ¿No bebes?

CDiS

—Sí, ¿por qué no? —Puede que disfrute de una cerveza aquí y allá, pero si eso significa que dejarán de lado a Aiden, entonces supongo que dejaré de beber.

Ella sonríe, sacudiendo la cabeza.

—Es interesante, eso es todo.

Aiden se deja caer en el sofá a mi lado y mis ojos se abren de par en par al mirarlo, echando un vistazo alrededor para ver si alguien se da cuenta, pero no lo hacen, enfrascados en sus conversaciones.

—No estás bebiendo, ¿eh? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—No es para tanto.

Se ríe, pasándose una mano por la boca.

—Sabes que no espero que hagas eso por mí, ¿verdad? Aun así te besaré si bebes.

Lo fulmino con la mirada, odiando que se haya dado cuenta de mis razones para dejar el alcohol, pero cuando se acerca a mí, veo que lleva un paquete de los caramelos veganos que Rosie y yo adoramos. Lo abre y me lo tiende. Lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces? —susurro.

Sus cejas se levantan.

—¿Comiendo? —Vuelve a sacudirme el paquete y yo lo empujo—. Vamos —anima—. Gabi dice que son tus favoritos.

—Está exagerando.

Su sonrisa decae, y puedo ver la preocupación, preguntándome si lo que dijo la enfermera era cierto después de todo, y me acerca el paquete.

—Toma uno, Leila.

—Aiden.

Me sorprende diciéndome:

—Desafíame y verás lo que pasa.

Mis ojos se clavan en los suyos, sintiendo el ardor de su mirada, y me relamo los labios.

—¿Qué vas a hacer?

Sonríe, levantando las cejas.

—¿Quieres averiguarlo?

CDiS

Sí. Me encanta cómo me zarandea en el dormitorio, tomando el control y haciendo que no piense en otra cosa que en el placer cada vez que estamos juntos. Pero cuando escucho reír a Gabi, me entra el pánico y pongo distancia entre nosotros.

—No puedes hacer nada. Estamos en público —susurro.

Su sonrisa se ensancha.

—Estamos en mi casa, Leila.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Pues come. —Vuelve a sacudir el paquete delante de mí. Le devuelvo la mirada, pero la forma en que me mira me hace suspirar, agarrar unas cuantas del paquete y echármelas a la boca.

Son tan buenos. No recuerdo la última vez que los comí, ni ningún otro dulce. Cada palabra que me dijo mi madre el fin de semana pasado se borra de mi mente cuando Aiden sonríe cuando tomo un par más. Él hace lo mismo, agarra un puñado del paquete y se pone a masticar. Durante dos segundos, su cara se contorsiona y deja de masticar.

—¿Qué carajo es esto? —pregunta con la boca llena de caramelos ácidos.

—¿No te gustan?

Toma una servilleta y escupe en ella.

—Esto es lo peor que me he metido en la boca. —Se encoge de hombros, sacude la cabeza y escupe el resto del caramelo.

—Eres tan dramático, no son tan malos.

—Puta mierda —resopla Aiden, desenroscando una botella de agua y tragándosela—. ¿Estás tratando de matarme?

Me río mientras su cara se pone roja, mirándome fijamente.

—Estarás bien.

Sacude la cabeza.

—Si no llego al entrenamiento de mañana, será culpa tuya.

—¿Estás listo para el partido de la próxima semana? —le pregunta Grayson.

Asiente con la cabeza.

—Por supuesto —me mira—, si Leila no me mata primero. Conseguiremos esa victoria.

CDiS

—Se enfrentarán a UCLA —señalo—. Son buenos.

—¿En serio? —pregunta Rosie, que no sabe nada de baloncesto. Siempre intentaba arrastrarla conmigo a los partidos en el instituto, pero a la chica nunca le interesaban.

—Sí —responde Aiden—. Pero no estoy preocupado.

Me burlo.

—Engreído como siempre.

Le dirijo una mirada furtiva, su mirada se cruza con la mía, y él sonríe, su lengua se desliza por sus labios mientras me mira fijamente. Tengo que recordarme a mí misma que estoy en una habitación llena de gente, con mis amigos antes de hacer algo estúpido como besarlo. Pero… realmente quiero besarlo.

—Tienen una gran defensa —responde, con una sonrisa sugestiva cuando sus ojos se posan en mis labios—. Pero no saben tirar una mierda. —Sus ojos vuelven a posarse en los míos y sonríe—. Lo tengo controlado.

—Puedes con ellos —le dice Grayson, su voz quebrándose a través de mí y de Aiden como un cubo de hielo empapándonos—. Eres uno de los mejores jugadores que he visto.

Sí, lo es, y Aiden también lo sabe, por eso digo:

—No alimentes su ego.

Puedo sentir los ojos de Aiden sobre mí desde mi lado y Grayson se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Demasiado tarde para eso.

Mi cabeza se gira hacia el hombre que está sentado a mi lado, observando cómo agarra el paquete de los «residuos tóxicos» como él dice, y lo sacude delante de mí. Sacudo la cabeza y él entrecierra los ojos. Si cree que puede decirme lo que tengo que hacer, entonces yo también puedo jugar con él.

Tomo uno de los caramelos de la bolsa, abro la boca y me lo pongo en la lengua. Sus ojos se abren de par en par al verme rodear el caramelo azul con los labios y chuparme la mitad. Sé que lo he afectado cuando oigo un gruñido que sale de sus labios, lo que me anima a seguir. Lo miro a los ojos cuando me lo saco de la boca, solo para darle vueltas con la lengua.

CDiS

—Mierda —susurra, la bolsa cae sobre su regazo y el pecho se le levanta al respirar con más fuerza. Sonrío alrededor del caramelo, sabiendo que lo tengo justo donde quiero.

—Leila.

Me quito el caramelo de la boca, mis ojos se abren de par en par mientras mi cabeza se gira hacia la derecha, donde Gabi me llama por mi nombre.

—¿Hmm?

Escucho al gigante que está a mi lado reírse a carcajadas, pasándose una mano por la cara para disimular la risa, e intento no mirarlo.

—¿Qué tal la sesión de fotos? —pregunta Gabi.

—Ha ido bien —comento.

Me sonríe. Sabe lo nerviosa que estaba antes de salir para Nueva York, pero una vez allí y rodeada de gente que me apoyaba, fue mejor de lo que imaginaba. Ahora lo difícil va a ser cuando se estrene. Intento no pensar demasiado en ello, pero es difícil cuando me ronda por la cabeza constantemente.

—Voy a comprar cien copias —declara Gabi.

—Eso es un poco excesivo —exclamo riendo—. Seguro que con uno bastará.

Ella sacude la cabeza.

—Se llama apoyar a tus amigos. —La quiero, de verdad. Dios, ¿cómo he tenido tanta suerte de encontrar a tres de las mejores amigas que podría tener?

—¿Cuándo sale? —pregunta Madi.

—En dos semanas. —La anticipación me está matando. No sé cómo me sentiré una vez que esté ahí fuera y la gente me vea con menos ropa de la que nadie me ha visto nunca, ni siquiera Aiden.

—Qué emocionante —responde Rosie, sonriéndome—. Me muero de ganas.

—Yo también —susurra Aiden a mi lado, haciendo que mis ojos se desvíen brevemente en su dirección para encontrarlo sonriendo—. Es en lo único que puedo pensar.

Este hombre. Aprieto las piernas, queriendo aliviar la presión de tener que sentarme a su lado y no poder hacer nada al respecto. Sus ojos miran

CDiS

mis piernas apretadas y su risa cómplice me hace levantarme del sofá, sus ojos se dirigen hacia mí.

—Necesito ir al baño —exclamo.

—Puedes usar el de arriba —responde Rosie—. Acabo de comprar jabón de lavanda.

Asiento con la cabeza, echo un vistazo rápido a Aiden con la esperanza de que capte el mensaje y subo las escaleras, cerrando la puerta del baño tras de mí. La dejo sin cerrar y miro fijamente la puerta de madera blanca, esperando que Aiden haya entendido lo que le decía.

No lo he visto desde antes de irme a Nueva York, y estar en la misma habitación que un montón de gente que no sabe que nos acostamos es difícil cuando lo único que quiero es atraerlo hacia mí y besarlo.

Cuando la puerta se abre y él entra, suelto un suspiro y dejo caer los hombros.

—Has tardado mucho —murmuro antes de rodearle el cuello con los brazos y ponerme de puntillas para acercar su boca a la mía.

He intentado negar mis sentimientos por él, pero ya no puedo. Lo he echado de menos. Y tanto. Mierda. Mierda. Echo de menos cómo besa, cómo gime en mi boca cada vez que rodeo su lengua con la mía, o cuando rozo con mis dientes su labio inferior antes de chuparlo ligeramente, o cuando enredo mis dedos en su pelo, moviendo su cabeza hacia donde quiero.

Los ruidos que hace me vuelven loca, hacen que mi cuerpo se desespere por él como nunca antes me había desesperado por nadie.

—Dios —gime, enterrando sus labios en mi cuello, dejando suaves besos con la boca abierta por toda mi piel—. Te morías por mí, ¿verdad, nena?

Ni siquiera le corrijo el apodo, sino que gimo, deseando, necesitando que sus labios vuelvan a posarse en los míos.

—Esto es culpa tuya. Me has estado lanzando miradas seductoras.

Se ríe entre dientes, echándose hacia atrás.

—Estabas chupando ese caramelo como si fuera mi polla; no digamos mentiras. —No me importa. No me importa quién se burló de quién. Solo lo deseo. Muchísimo.

Respiro cuando me aprieta las nalgas.

CDiS

—Mierda, me duele mucho.

—Mierda, lo siento —murmura en mi cuello—. Seré suave la próxima vez.

Mis manos empujan su pecho, poniendo los ojos en blanco.

—Del gimnasio —lo corrijo.

Se ríe entre dientes, pero suelta un gemido bajo cuando me aprieto contra él, su polla dura presionando cada parte blanda de mí.

—No tenemos mucho tiempo —puntualiza—. Les dije que iba a tomar algo.

—Tenías agua delante de ti.

—Exactamente.

—Mierda —gimo, inclinando la cabeza hacia atrás y Aiden aprovecha para besarme hasta que me mareo—. ¿Tienes un condón?

—¿En mi habitación?

—Mierda.

Se ríe, sus manos se desvían hasta tomar mi trasero.

—Aún puedo hacer que te corras sin follarte. —Lo siguiente que recuerdo es que me aprieta contra el lavabo y se arrodilla frente a mí.

Mi corazón martillea en mi pecho, y antes de que pueda ir más lejos, sacudo la cabeza, tirando de él hasta que está erguido.

—Déjame.

—Leila…

No lo dejo terminar, sino que me arrodillo y le agarro la polla por fuera del chándal. Se calla y suelta un gemido cuando le bajo el chándal y luego los calzoncillos.

Miro con deleite cómo se libera su polla, que ya gotea por la punta. Nunca pensé que las pollas pudieran tener buen aspecto hasta que vi la suya, pero Dios mío, con solo mirarla se me hace la boca agua.

Exhala con fuerza y echa la cabeza hacia atrás. Mierda, su polla es enorme. Lo pienso cada vez que la veo. Cada vez que se la acaricia antes de ponerse el condón, trago saliva. Sé lo bien que me sienta, lo llena que me deja, y estoy deseando metérmela hasta la garganta.

Se agarra la polla con la mano y la acaricia lentamente mientras me mira.

CDiS

—Lo has hecho muy bien con ese caramelo —dice, sonriendo mientras abro la boca para él. Pone la punta de su polla en mi suave lengua—. Veamos lo bien que me chupas la polla.

Rodeo la punta con los labios y le doy una chupada tentativa, preparándome mentalmente. Nunca he tenido reflejo nauseoso, pero su polla hace que me resulte imposible no tener arcadas cuando intento meterla hasta el fondo. Es demasiado grande para eso; no funciona. Pero aún puedo hacerlo sentir bien, aunque no pueda hacerle una garganta profunda.

Me escupo en la mano y le rodeo la polla con el puño. Mi lengua gira alrededor de la cabeza de su polla, mientras mi puño la acaricia. Gime y me mete la polla unos centímetros más en la boca, provocándome arcadas. Aprieto más su polla con el puño, haciéndolo gemir, y él abre los ojos, mirándome.

—No hagas eso —le advierto—. Puede que te guste decirme lo que tengo que hacer, pero aquí mando yo.

Asiente con la cabeza, relamiéndose mientras me aparta el pelo de la cara.

—No puedo evitarlo, mierda —exclama—. Estás tan buena con mi polla en la boca. —El elogio me hace estremecer, y envuelvo mi boca alrededor de él, chupando lentamente la cabeza, y sus ojos se cierran una vez más—. Oh, mierda —gime—. Eso es tan bueno, Leila.

Mi nombre en su boca me hace palpitar, deseando tener más tiempo con él que estos rápidos encuentros secretos. Los gemidos que emite cada vez que deslizo la lengua por su pene aumentan mi placer.

Gimo alrededor de su polla mientras balanceo la cabeza sobre él. Me enreda una mano en el pelo y lo miro. Suelta un gemido, un sonido tan sexi que juraría que he tenido un miniorgasmo.

—No me mires así. Mierda. Es demasiado… Ay. —Cada sonido de sus labios me anima a seguir, a chuparlo más, a pasarle la lengua más deprisa.

Le acaricio la vena con la lengua, arrastrándola hasta la parte inferior de su polla. Su trasero se aprieta, su polla se pone imposiblemente más dura en mi boca.

CDiS

—Mierda, Leila. Eres muy buena en esto —gime—. ¿Dónde carajo has aprendido eso? —Otro gruñido—. Espera, no, no me lo digas. No quiero saberlo.

Levanto la vista y veo que cierra los ojos de placer mientras mantiene la compostura y se cuida de no empujar en mi boca. Lo meto más adentro, deslizando mi lengua caliente y húmeda sobre él mientras acaricio la base, y en cuestión de segundos pierde el control que había ganado. Mueve ligeramente las caderas y siento los chorros calientes de su semen en el fondo de mi garganta. Gruñe y murmura mi nombre mientras se corre en mi boca. Me trago cada gota, lo saco y lamo el líquido que gotea de su polla, limpiándolo.

Me levanta del suelo y me limpia los labios con el pulgar. Pone los ojos en blanco cuando lo rodeo con los labios para limpiármelo.

—Mierda —se inclina y me susurra al oído—. La próxima vez, me toca a mí probarte.

Abro el grifo, me echo el pelo a un lado, me enjuago la boca y luego la escupo en el lavabo. Aiden me rodea la cintura con los brazos y hunde los labios en mi cuello.

—Qué hermosa —murmura—. Te he echado de menos.

Dejo que mis ojos se cierren mientras siento sus manos sobre mí. Me da un beso en el cuello, y otro, y otro. Me derrito sobre él, con el pelo suelto sobre el hombro mientras me besa el cuello.

—¿Qué es esto? —me pregunta.

—¿Eh? —digo delirando.

—¿Tienes un tatuaje? —Sus dedos recorren la tinta de mi cuello—. No había visto esto antes.

Suelto una carcajada.

—Bueno, no es como si me estuvieras mirando el cuello cuando me follas.

Me da la vuelta y me mira con el ceño fruncido.

—No es por falta de ganas —aclara—. Quiero mirar cada centímetro de ti, Leila. —El significado de sus palabras me hace sentir un suave revoloteo en el estómago cuando sus manos suben por mis brazos y me acarician la cara.

CDiS

Se me hace un nudo en la garganta y lo miro fijamente. Me echo hacia atrás, me doy la vuelta y me lavo las manos con el jabón de lavanda, necesitando hacer algo, lo que sea, que me saque de esta conversación.

—Te queda bien. —Siento sus manos apartar mi pelo hacia un lado, sus dedos trazando el tatuaje—. ¿Una pata de tigre? —me pregunta.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos en el espejo.

—Es por mi padre. *Eres una Tigresa.* Siempre me lo ha dicho —le digo, sonriendo al pensar en mi padre—. Significa *tigresa* en inglés. —Suelto una carcajada—. Yo siempre quise un gato —aclaro—. Pero mi hermana es alérgica y nunca pudimos tener uno. —Me doy la vuelta y lo miro—. Y más o menos al mismo tiempo, me enteré de que los tigres no eran más que grandes felinos, así que un año después, por Halloween, me disfracé de tigresa y se me quedó el nombre.

Sonríe a mi reflejo.

—Tigresa, ¿eh? Ya lo veo. Fuerte, segura… Viciosa, aterradora —bromea.

Mi cabeza tiembla cuando la sonrisa en mis labios se hace demasiado grande para ocultarla. ¿Qué estamos haciendo? Se han roto tantas reglas, y cuanto más tiempo paso con él, menos recuerdo contra qué estoy luchando tanto.

Sus palabras de antes aparecen en mi cabeza, haciendo que se me escape la sonrisa y que mis manos agarren el lavabo detrás de mí.

—Acabas de decir algo y me preguntaba… —Sus cejas se fruncen y miro al suelo—. ¿Te molesta? —le pregunto—. ¿Con cuántos tipos he estado?

Sus manos se posan en mí al instante, levantándome la barbilla hasta que lo miro a sus ojos hipnotizadores.

—No —niega frunciendo el ceño—. No necesito nombres ni números, Leila. Demonios, ni siquiera necesito saber si eran buenos o no. —No. Definitivamente no son tan buenos como él—. Sería un hipócrita si me importara eso —señala—. Tenías una historia antes de conocerme. Ambos hemos estado con otras personas, no podemos cambiar eso.

Su pulgar acaricia mi mejilla.

—He estado con tantas chicas, si no más. —Me acerca más a él y su mano se posa en mi cintura—. Pero eso es irrelevante ahora. Solo pienso

CDiS

en ti. —Me sonríe—. A mí tampoco me preocupa ningún otro chico. —Con una sonrisa de satisfacción, se inclina y susurra—: Los dos sabemos que solo eran prácticas hasta que me conociste.

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Eres tan engreído. —Sonríe, inclinándose hasta que nuestros labios quedan a un palmo de distancia—. Vamos —le digo, abriendo la puerta del baño y saliendo—. Empezarán a sospechar.

—Sospecharán si entramos juntos también —señala besándome el cuello—. Solo un poco más. —Se me cierran los ojos al sentir sus labios contra mí. ¿Alguna vez me cansaré de él?

—Aiden —gimo cuando me besa por el cuello.

—¿Sí, preciosa? —murmura entre besos.

Dios, ese apodo.

—Tenemos que irnos —suplico, con la voz irreconocible, tensa y espesa por el placer.

Se echa hacia atrás, suspirando.

—Tú primero —incentiva, pasándose una mano por la cara—. Necesito refrescarme otra vez. —Mis ojos se posan en la tienda que está montando en sus vaqueros, haciendo que mis labios se curven. Se ríe al ver mi reacción—. Te gusta volverme loco, ¿eh?

Asiento con la cabeza.

—Igual que tú lo haces conmigo.

Un gemido gutural sale de él cuando se aleja un paso de mí.

—Vete, antes de que cambie de opinión y nos encierre en mi habitación para siempre.

Giro sobre mis talones, echando un vistazo detrás de mi hombro cuando llego a la escalera. Pasar la noche encerrada en su habitación ya no me asusta. Lo que sí me asusta es lo mucho que lo deseo.

CDiS

Capítulo 25

AIDEN

EL DESPERTAR DEL AMOR

La semana anterior a un partido, me pongo en modo entrenamiento. Sin fiestas, sin comida rápida, sin distracciones. Solo gimnasio, trabajo, baloncesto y vídeos de los partidos. Siempre ha sido así, hasta anoche.

Era tarde, acababa de terminar de entrenar y, en lugar de irme a casa y acostarme temprano, me fui a casa de Leila.

Nada podría haberme alejado de ella, ni la voz en mi cabeza que me decía que tenía que centrarme en el partido. Ni la rutina que tenía desde el primer año para asegurarme de que mantenía mi racha de victorias y de que jugaba lo mejor que podía. Absolutamente nada podría haberme impedido desearla, ansiarla. Y en cuanto abrió la puerta y apretó sus labios contra los míos, nada más importó.

Las reglas. Están para romperlas, ¿no? Al menos eso es lo que le dije a Leila cuando nos despertamos juntos en la cama esta mañana, con su muslo exuberante rodeando mi cintura y su cabeza apretada contra mi pecho. Ha sido una de las mejores mañanas de mi vida.

No tardé mucho en enterrarme dentro de ella, escuchando sus gemidos dulces y silenciosos mientras practicábamos sexo lento y caliente por la mañana. Como ya he dicho… la mejor mañana de mi vida. Sin embargo, cuando terminó, se puso a la defensiva y entró en pánico, empujándome a la ducha, diciéndome que lo de anoche no debería haber pasado.

Sé que le dije que no quería una relación, y no la quería, ni siquiera había pensado en ello hasta que ella sacó el tema. Pero ahora que hemos pasado tanto tiempo juntos, no puedo soportar la idea de terminar con ella y ver cómo se va con otro. Me duele físicamente pensar en los labios de otro tipo sobre ella, en sus manos sobre ella.

CDiS

Puede que antes aceptara un acuerdo casual y sin ataduras, pero eso ya no es lo que quiero. Ni siquiera cerca de eso.

Oigo la voz de Leila desde la cocina. Frunzo el ceño y abro la puerta de su habitación para verla sentada a la mesa de la cocina hablando con alguien por el portátil. En español.

Me apoyo en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, y la escucho hablar. No consigo entender lo que dice, pero Dios mío, suena muy sexi. Nunca la había oído hablar en su lengua materna, solo algunas palabras aquí y allá, la mayoría palabrotas, pero oírla hablar en este idioma tan bonito, con quien supongo que es su familia, me hace sonreír mientras la escucho.

El español fue mi peor asignatura en la escuela, lo que resulta en no ser capaz de entender una palabra de lo que sale de su boca, hasta que oigo una palabra que se me queda grabada en el cerebro.

Cumpleaños.

¿Cumpleaños?

Se ríe ante la pantalla.

—*Gracias, papi*. —Bien, ya lo he entendido. ¿Es el cumpleaños de Leila? No puede ser. Ella me lo habría dicho, ¿verdad?

La oigo lanzar besos a su familia y luego cerrar el portátil, dejando caer la cabeza sobre la encimera. Me acerco a ella y me inclino para besarle la mandíbula. Levanta la cabeza y suelta un suspiro al verme.

—Creía que aún estabas en la ducha.

—¿Es tu cumpleaños?

Sus cejas se fruncen.

—¿Cómo…? —Pone los ojos en blanco—. ¿Estabas escuchando a escondidas?

—No era mi intención —me disculpo—. Me encanta escucharte hablar español.

Sonríe, se levanta de la silla y me rodea el cuello con los brazos. Me encanta lo susceptible que se ha vuelto. Cómo han cambiado las cosas desde que empezamos a acostarnos juntos.

—¿Sí? —pregunta, mirándome con esos ojos verdes—. Podría enseñarte algunas palabras.

—¿Cómo qué?

CDiS

Tararea, susurrando contra mis labios.

– Bésame.

Tan sexi.

—¿Qué significa eso?

—Bésame —me explica.

Con mucho gusto. Aprieto mis labios contra los suyos, besándola, perdiéndome en su dulce sabor y aroma. Me envuelve.

—¿Qué más? —le pregunto, queriendo escucharla hablar un poco más.

– Fóllame.

Se estremece contra mí cuando le rodeo la cintura con los brazos.

—¿Y eso qué significa? —susurro contra sus labios.

Se lame los labios carnosos, mirándome fijamente.

—Fóllame. —No pierde el tiempo, me agarra por la nuca y junta nuestras bocas, haciéndome olvidar lo que iba a decir. Siempre consigue que mi mente se nuble, incapaz de pensar en otra cosa que no sea ella.

Me divierte que frunza el ceño cuando me retiro.

—No tan rápido —le digo, pasando las manos por sus caderas desnudas, sintiendo su suave piel bajo las yemas de mis dedos—. ¿No ibas a decirme que era tu cumpleaños?

Suelta un suspiro y me abraza.

—No creí que fuera necesario.

Arrugo las cejas.

—¿No creías que necesitaba saber que hoy era tu cumpleaños?

—No.

Auch. Se me cae el estómago, sintiendo el dolor de sus palabras. Está claro que ella no está para nada de acuerdo conmigo. ¿Cómo se supone que voy a decirle que quiero más cuando está claro que solo quiere sexo conmigo?

—¿Por qué no?

Suspira y se aleja de mí. Mis manos se crispan, deseando que vuelva.

—Porque realmente no me importa.

—¿Por qué? —le pregunto, cruzándome de brazos.

Levanta los hombros y se encoge de hombros, jugando con el dobladillo de la camiseta del pijama.

CDiS

—Era diferente cuando era pequeña. Mi padre organizaba todo, ¿sabes? Planeaba una gran sorpresa cuando me despertaba, globos, una tarta, todo. Pero ahora… parece inútil.

Oír hablar de sus celebraciones de cumpleaños cuando era niña me hace feliz de que tuviera eso, de que tuviera amor y diversión en su vida. Puede que sea un idiota, pero me da un poco de envidia y tristeza por mi yo más joven. De mayor, ni siquiera sabía cuándo era mi cumpleaños porque a nadie le importaba.

—No es inútil. Es el día en que naciste. ¿Por eso estás enfadada? —le pregunto, viéndola tirar de su labio inferior entre los dientes—. ¿Porque no podrás pasar tu cumpleaños con tu familia?

Arruga la nariz.

—Un poco —admite—. Pero también siento que es un gran alivio que no esté en casa para mi cumpleaños.

—¿Por qué?

Suspira, cerrando los ojos.

—Porque mi madre me odia.

Sacudo la cabeza. ¿Quién demonios podría odiarla?

—Estoy seguro de que eso no es verdad.

Me mira y un segundo después deja de mirar al suelo.

—Lo es. Odia mi cuerpo. Odia que no me parezca a ella ni a mi hermana —confiesa, y su voz me rompe el maldito corazón. Suena tan pequeña, tan triste. Mierda, solo quiero abrazarla y decirle que su madre no merece mirarla si no puede ver lo guapa que es. Jodidamente preciosa.

—No lo dices en serio. —La idea de que alguien tan cercano a Leila como su madre le diga algo así me destroza. Veo lo cohibida que está cada vez que dormimos juntos, percibo cómo se atasca a veces en su cabeza, cómo tira de su top cada vez que se levanta o cómo prefiere la oscuridad—. ¿Por eso no te quitas el top? —Sus ojos se abren de par en par cuando la pregunta sale de mi boca—. ¿Por los comentarios de tu madre?

Ella sacude la cabeza, su garganta se sacude al tragar.

—Eso es diferente. No tiene nada que ver con ella.

—¿Entonces por qué? —escudriño, acercándome a donde está parada—. ¿No confías en mí? —Le he contado a esta chica más de lo que

CDiS

nunca le he contado a nadie, incluido Grayson. ¿Duele que ella no se sienta cómoda para devolverme el favor? Sí, duele mucho.

—Es complicado —dice.

—Entonces no me lo compliques. —Ella sacude la cabeza, lo que me molesta un poco—. Solo quiero conocerte, Leila. Te he contado todo sobre mi familia, no tengo nada que ocultarte. Solo quiero que me dejes entrar.

Se deja caer en la silla con un suspiro, enterrando la cabeza entre las manos.

—Tuve un novio en el instituto. —Ya lo odio—. Se llamaba Jake. Era jugador de fútbol americano y, como cualquier otra chica, me interesaba por él. Era quarterback, popular y estaba buenísimo.

Me burlo.

—No tanto como yo. —Me fulmina con la mirada, o lo intenta, sus labios la delatan con una pequeña sonrisa burlona—. Continúa —la animo, apoyándome en el sofá.

—Obviamente, todas las chicas estaban enamoradas de él, y un día, de la nada, se fijó en mí. Me habló, coqueteó conmigo y luego me pidió mi número. —No puedo evitar pensar que suena familiar a cómo empezamos. Odio eso. Odio la idea de que me asocie con él, con lo que sea que él hizo para que ella ocultara una parte de sí misma.

—Me pidió salir pero me dijo que tenía que ser en secreto porque los otros chicos le echarían la bronca por salir con alguien que se parecía a mí. —Mis puños se enroscan a mis costados, queriendo encontrar a este idiota y darle un puñetazo—. Me parecía bien. Sabía que no me parecía a las otras chicas. Y entonces empezamos a salir —continúa, mirándome—. Fue el primero —explica. Veo el dolor en su cara y no sé si quiero escuchar el resto. Me duele saber que le han hecho daño.

»Me dijo que me dejara la camiseta puesta porque no era necesario ver nada de eso —dice entre comillas. *Quiero matarlo*—. Me sentí fatal, pero acepté. No me gustaba esa parte de mí… Todavía no me gusta —murmura la última parte en voz tan baja que casi no la escucho—. Y una vez que terminó, se fue, diciendo que tenía práctica.

—Por favor, dime que eso es todo —le suplico—. Por favor, dime que no hizo nada más.

Me da la espalda y deja caer los ojos sobre su regazo.

CDiS

—Cuando volví a la escuela, él había expuesto todos nuestros mensajes —confiesa—. Resulta que no le gustaba como yo había pensado, era una apuesta entre sus amigos. —Se ríe, amargamente. Veo cómo una lágrima cae sobre su regazo y ella se la limpia rápidamente, sacudiendo la cabeza—. Me dijo: «No puedo creer que pensaras que de verdad me gustabas». Se acostó conmigo por una broma.

—Me estás jodiendo. —Mi presión sanguínea sube con cada palabra que sale de su boca—. Dime que estás bromeando.

Ella sacude la cabeza, rompiendo mi corazón en pedazos.

—Yo era la broma. Estaban apostando a ver quién conseguía que la gorda creyera que le gustaba. —La expresión de su cara me mata—. Perdí a todos mis amigos. Nadie quería estar cerca de mí, excepto Rosie. Me daba tanta vergüenza. —Me mira con los ojos vidriosos, llenos de lágrimas—. Así que, cuando llegué a la universidad, decidí darle un giro —explica—. Sabía que yo no era la chica de relaciones. Sabía que los chicos no querrían estar conmigo. —Se limpia la cara, cuadrando los hombros—. Así que me acerqué a los chicos. Hice el primer movimiento, y mantuve las mismas reglas. Solo rollos de una noche, siempre por detrás para no mirarlos, en privado y no volver a verlos.

Sí, recuerdo claramente su regla de no repetir.

—Conseguí lo que quería y no me encariñé —dice con un suspiro—. Funcionaba hasta que…

—Hasta mí —termino por ella.

—Sí —ofrece con una pequeña sonrisa.

—¿Te arrepientes? —Mi corazón late con anticipación—. ¿Te arrepientes de nosotros?

Ella sacude la cabeza y se le escapa la sonrisa.

—No.

Me levanto del sofá, me agacho donde está sentada y le tomo la cara con las manos, secándole las lágrimas con el pulgar.

—No quiero que te escondas de mí —le digo, y el corazón me estalla cuando me sonríe. Es lo que más me gusta ver en el mundo—. Eres la chica más guapa con la que he tenido el privilegio de estar, Leila. No hay nada de ti que no me guste. —Baja la cabeza, pero yo le levanto la barbilla, queriendo tener esos ojos verdes clavados en mí—. ¿Me has escuchado?

CDiS

Nada. —Ella asiente y yo me inclino hacia ella, apretando mis labios contra los suyos para darle un beso rápido—. Ojalá pudieras verte como yo te veo —declaro, mirándola fijamente a los ojos—. Eres tan guapa, jodidamente sexi —puntualizo mi frase con un beso—. Y te has convertido rápidamente en mi persona favorita para estar cerca.

Sus ojos se abren de par en par y me doy cuenta de que está un poco asustada por mi afirmación. Quizá voy demasiado rápido. Mierda. Me aclaro la garganta.

—Tenemos que celebrarlo.

—¿Qué? —pregunta cuando me retiro, con las cejas fruncidas.

—Tu cumpleaños —aclaro—. Hoy no puedes estar con tu familia, pero déjame hacer algo por ti.

Sacude la cabeza.

—No necesitas hacer eso. Las chicas y yo ya planeamos una noche de cine.

De ninguna manera voy a dejar que no haga nada en su cumpleaños.

—Haces eso todos los fines de semana. Déjame sacarte.

Puedo ver que el pánico empieza a cundir.

—Aiden.

—Por favor. —Me agarro a su mano, presionando mis labios contra sus nudillos—. Déjame hacer esto por ti, Leila. —Ella frunce el ceño y me mira—. Nunca tuve un cumpleaños —confieso—. Nunca tuve tarta, ni globos, ni regalos. —Se le caen los hombros y frunce los labios—. Crecí sabiendo que nadie se preocupaba por mí y que nadie se molestaba en hacer que ese día fuera especial. Pero no voy a dejar que eso te pase a ti. —La levanto de la silla y le rodeo la cintura con los brazos—. Déjame hacer esto por ti.

Sus labios se separan, pero en lugar de decir que sí, suspira.

—No creo sea una buena idea.

—¿Por qué no?

Se desenreda de mí y me rompe el corazón diciendo:

—Porque suena demasiado a una cita.

Bueno, si quería conocer sus sentimientos al respecto, ahora los conozco. Me rasco la mandíbula, mirando fijamente a esta hermosa chica

CDiS

que tengo delante y que actúa como si tener una cita conmigo fuera el fin del mundo.

—¿Sería tan malo?

—Tenemos reglas —es la respuesta que me da.

—No, tienes reglas. —Doy un paso más cerca de ella—. Yo solo te sigo la corriente.

Se le hace un nudo en la garganta.

—Dijiste que no querías una relación.

—No era así —confirmo levantando el hombro.

—¿Y ahora sí?

Exhalo, con dureza. Solo la quiero… a ella.

—No lo sé —confieso sinceramente—. Solo sé que quiero más que esto, Leila. —Su pecho sube y baja rápidamente mientras lucha por recuperar el aliento, procesando lo que acabo de decirle. Tomo su mano y la entrelazo con la mía. Es tan suave contra mí—. Quiero tomarte la mano en público —le digo levantándole la barbilla con el pulgar—. Quiero besarte cuando me apetezca, en lugar de tener que esperar a que anochezca para tenerte. —Su lengua sale para lamerse los labios—. Quiero quedarme a dormir y despertarme contigo. Quiero más.

Espero lo que parece una eternidad, el tiempo corre antes de que ella se aparte y se dé la vuelta por completo.

—No lo sé.

Suspiro, frotándome la nuca. La he presionado demasiado.

—No necesitas tomar ninguna decisión precipitada ahora mismo, Leila. No quiero arruinarte tu cumpleaños. —Se da la vuelta y baja los brazos—. Solo déjame sacarte. Solo esta noche. —Veo cómo se le caen los hombros, pero antes de que pueda decirme que no, le susurro—: Por favor. —No me importa suplicar. Me arrastraré por el suelo y rogaré por esta chica si hace falta.

—De acuerdo.

Se me para el corazón.

—¿En serio?

Asiente, mordiéndose el labio inferior.

—Solo por esta noche. —Es un comienzo.

CDiS

Borro la distancia que nos separa y le retiro el pelo de la cara, besándole la mejilla.

—Prepárate —susurro—. Te recogeré a las siete.

—¿Adónde me llevarás?

No tengo ni idea, solo sé que se lo merece todo.

—Es una sorpresa —le digo en su lugar—. Déjame planearlo todo. De lo único que tienes que preocuparte es de estar guapa para mí.

Una risa baja retumba de ella y sin pensarlo siquiera la atraigo hacia mí, perdiéndome en sus labios, mis manos recorriendo su cuerpo, tirando de su cintura hasta que gime en mi boca, lo que despierta mi polla.

—Mierda. Debería irme antes de llevarte a la cama. —Y todavía tengo que pensar qué voy a hacer por su cumpleaños.

—Y tengo que ponerme guapa —comenta sonriéndome.

Sacudo la cabeza, mis ojos recorren todo su cuerpo y se detienen en cada centímetro de ella.

—Trato hecho. —Es mucho más que guapa. Es preciosa, hermosa, inteligente, divertida, sexi a más no poder y puede alegrarme el día con solo mover esos ojos verde lima.

Recojo mi gorra, me la pongo en la cabeza y me inclino para darle un beso más. De mala gana, me separo de ella y me dirijo hacia la puerta. Me vuelvo por última vez y me duele el pecho al verla.

Mierda.

Es perfecta.

—Yo… —Aprieto los labios para que no se me escapen otras palabras—. Te veré esta noche —le digo antes de salir de su apartamento, con la puerta cerrándose detrás de mí.

Suelto un suspiro muy necesario, pasándome una mano por la cara ante las palabras que se repiten una y otra vez en mi cabeza.

Nunca pensé que estaría enamorado. No soy un cínico como lo fue Grayson, sé que existe para algunas personas, pero nunca pensé que lo experimentaría. Al crecer no sabía cómo era el amor, nunca lo había visto. Ni de mi madre ni de mis hermanos, simplemente no existía en mi familia. Sinceramente, nunca pensé que lo toleraría, y mucho menos que me gustaría tanto alguien hasta el punto de estar desesperadamente enamorado de ella.

CDiS

Pero la prueba está ahí mismo, dentro del apartamento 305 que alberga un millón y una plantas por todas partes, que alberga a la mujer que amo.

Qué mala suerte que me enamore de alguien que no quiere una relación.

CDiS

Capítulo 26

LEILA

SALVACIÓN MILAGROSA

El texto llega justo a tiempo.

Cuando termino de ducharme y de afeitarme cada centímetro de piel sudando en el proceso, leo el texto de Aiden, que me hace temblar de expectación.

Aiden: *Ya casi estoy.*
Leila: *¿Cómo voy a saber qué ponerme si no me dices adónde vamos?*

Los tres puntitos bailan en la pantalla hasta que entra su texto, haciéndome sonreír.

Aiden: *Te prometo que estarás guapa con cualquier cosa que te pongas.*

Sacudo la cabeza y aprieto los labios mientras respondo.

Leila: *Eso es dulce. Pero tan poco útil.*
Aiden: *Ponte algo elegante. Y con fácil acceso.*

Suelto una risita, sacudiendo la cabeza. Bien, puedo hacerlo. Dejo el teléfono sobre la cama y abro el armario, buscando un vestido para esta noche. Me llama la atención el vestido negro corto de manga larga con escote corazón que Rosie diseñó para mí hace unos meses, y lo saco, acercándolo a mi cuerpo.

Me quito la toalla y me pongo delante del espejo en ropa interior. La ropa interior negra de encaje acentúa mi piel morena, ajustándose perfectamente a mis curvas. Estoy deseando que Aiden la vea esta noche.

CDiS

Me pongo el vestido, lo ajusto para que me siente bien y me saco los rulos hasta que el pelo me cae sobre los hombros en rizos, enmarcándome la cara. Nunca he tenido una cita, y la idea de tenerla nada menos que con Aiden Pierce me revuelve las tripas.

Apenas tengo tiempo de ponerme los tacones cuando oigo que llaman a mi puerta. Miro mi reflejo una vez más y me arreglo el pelo antes de salir y abrir la puerta.

Casi me trago la lengua al ver a Aiden en mi puerta, vestido con una camisa blanca que se ciñe a sus músculos y unos pantalones negros que me hacen la boca agua cuando lo miro.

—Mierda —susurra en voz baja.

Me río.

—Me has quitado las palabras de la boca.

—Te ves… —Me agarra de la cintura y me atrae hacia él, acercando su boca a la mía, gimiendo en mi boca—. No creo que sobreviva a la cena. —Un gemido retumba—. Estoy luchando ahora mismo.

—Nunca te había visto vestido así —le digo, embelesada por lo bien que le sienta esa camisa—. Y te has cortado el pelo. —Paso las manos por los mechones más cortos.

—¿Te gusta? —pregunta.

Nunca pensé que vería a Aiden Pierce queriendo mi aprobación en… cualquier cosa, y menos en cómo se ve para nuestra cita de esta noche. ¿Esto está pasando de verdad? Asiento con la cabeza.

—Te ves tan bien.

Sonríe, sacude la cabeza y deja caer los ojos sobre mi cuerpo.

—Eres tan guapa —murmura—. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

Se me cae la sonrisa al recordar todo lo que ha dicho esta mañana, todo lo que quiere y todo lo que aún me resisto a darle.

—Esta noche no —se apresura a decir—. Podemos hablar de ello otro día. Vámonos.

—Aiden, tienes que estar de broma —digo cuando salimos del Uber—. Esto es demasiado.

CDiS

Sacude la cabeza.

—No es suficiente. Vamos. —Me tiende la mano y, sin pensarlo, me quedo inmóvil, mirando su mano abierta. Llevo tanto tiempo en guardia que la posibilidad de que me la quite me acelera el corazón—. Nadie nos conoce aquí —comenta, y cuando levanto la vista, tiene la frente arrugada y me mira con el ceño fruncido.

Nuestros dedos se entrelazan y me da un pequeño apretón antes de abrir la puerta y hacernos pasar. Mierda, este sitio es enorme y muy elegante.

—Reserva para Pierce —dice Aiden cuando nos acercamos al anfitrión. Busca en la lista el nombre de Aiden.

—Por aquí, señor —señala, llevándonos a una mesa del fondo, junto a uno de los enormes ventanales que dan a la ciudad. Cuando nos sentamos, nos da la carta y nos dice que enseguida vendrá un camarero a tomarnos nota.

Cuando se va, miro a Aiden.

—No puedo creer que hayas hecho todo esto. —Sacudo la cabeza—. Me habría bastado con una pizza y una película.

Aiden me sonríe y me toma de la mano en la mesa. Está sentado tan lejos que va a ser angustioso pasar el resto de la noche sin poder tocarlo, besarlo.

—Te mereces mucho más, Leila. —Esos embriagadores ojos azules me traen una especie de paz cada vez que me mira—. Te lo mereces todo.

Mi pobre corazón no puede soportarlo; se acelera, casi se me sale del pecho.

Sacude la cabeza y se separa de mí.

—No, esto no va a funcionar.

Mis cejas se fruncen.

—¿Qué quieres decir?

Suspira.

—No voy a poder sentarme frente a ti toda la noche sin besarte. —Se levanta y agarra su silla—. Necesito estar más cerca —aclara, moviendo su silla a mi lado. Cuando vuelve a sentarse, suelta un suspiro y sonríe—. Mucho mejor.

CDiS

Ni siquiera tengo la oportunidad de decir nada antes de que una camarera aparezca en nuestra mesa, dedicándonos una sonrisa.

—Buenas noches —saluda, con un bloc de notas en las manos—. ¿Qué desean pedir?

Abro el menú y lo ojeo rápidamente, ya que me he pasado todo el rato mirando a Aiden.

—¿Hay algún plato vegetariano aquí? —le pregunto, tratando de encontrar algo que suene bien.

—Todo es vegetariano.

Levanto la cabeza.

—¿Perdón?

Ella sonríe.

—Este es un restaurante vegetariano.

Miro a Aiden, que se encoge de hombros y me mira.

—No quería que tuvieras pocas opciones —responde haciendo que mi corazón lata aún más deprisa.

Me duele que ahora no estemos solos. Vuelvo a ojear el menú y elijo el que suena mejor.

—Tomaré la pasta con tomate, por favor. —Le doy el menú a la camarera y ella mira a Aiden.

—El risotto suena bien. Gracias —le dice, entregándole el menú.

—Buenas elecciones —asiente—. Volveré con su comida.

No puedo pensar cuando me mira, pero consigo sacudir la cabeza cuando miro alrededor del lugar.

—Este sitio es demasiado caro, Aiden.

El ceño fruncido en su cara me hace un nudo en el estómago. Me toma de la mano, me mira y me dice:

—No quiero que pienses que no puedo cuidar de ti, Leila. Haré lo que haga falta para que seas feliz. No quiero que me compadezcas ni que pienses diferente de mí por culpa de mi familia.

—No me das pena —aclaro—. Simplemente no quiero que gastes todo tu dinero en mí. No necesito cenas elegantes ni citas extravagantes. —Se me hace un nudo en la garganta con las palabras que amenazan con subir y suelto un suspiro. Solo por esta noche, ¿no? Podemos fingir que es solo por esta noche—. Solo te quiero a ti.

CDiS

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Lo dices en serio?

No hay ni una pizca de vacilación cuando digo:

—Todo lo que quiero eres tú.

Su sonrisa es una de las primeras cosas que noté en Aiden. Era una de las cosas que me molestaban de él cuando nos conocimos. Parecía conseguir todo lo que quería con una sonrisa y me molestaba que todo el mundo pareciera derretirse al verla. Pero cuando yo soy la fuente de esa sonrisa, es lo más hermoso que he visto.

—Voy a ser muy bueno contigo, Leila —me dice, agarrándome la cara con las manos—. Espera y verás.

Me relamo los labios, mirándolo fijamente a los ojos. Sé que va a ser el mejor novio que nadie podría tener. Lástima que probablemente nunca lo sepa.

Se echa hacia atrás y saca algo del bolsillo.

—Casi lo olvido —dice, colocando la pequeña caja rectangular sobre la mesa—. Feliz cumpleaños, preciosa.

¿También me ha hecho un regalo? Levanto las cejas.

—¿Qué es?

Se ríe, pasándose una mano por el pelo.

—Bueno, no tuve mucho tiempo para comprarte algo porque me enteré de que era tu cumpleaños esta mañana. —Me acerca la caja—. Pero no podía venir con las manos vacías.

—Esto es demasiado. —Primero el restaurante, ahora esto. Sé que no quiere que me preocupe, pero no puedo evitarlo. Aiden necesita el dinero. Trabaja duro y no saca casi nada de lo que gana. Se me revuelve el estómago y me siento culpable de que gaste todo su dinero en mí cuando sé que lo necesita.

—Solo ábrelo, Leila. Puede que lo odies.

No es posible. Ni siquiera me importa lo que hay aquí. Solo saber que Aiden se ha desvivido por conseguirme algo lo que sea me hace querer llorar y besarlo hasta que no pueda recordar por qué no puedo estar con él.

CDiS

Agarro la cajita que tengo en la mano y la abro. Me devuelve la mirada un pequeño collar de oro con un colgante de una patita. Aprieto los labios y miro el collar, pasándole los dedos por encima.

—No es gran cosa, pero he pensado que podrías mirarlo cuando eches de menos a tu padre. Sé que te hiciste el tatuaje por él, pero en realidad no se ve, así que… —Lo miro y él suelta un suspiro, encogiéndose de hombros—. Puede que sea una tontería, solo pensé…

—Me encanta —suelto, con los ojos llenos de lágrimas. Ni siquiera creía que se acordara de lo que le dije del tatuaje, pero una vez más, Aiden me ha demostrado lo contrario.

—¿Sí? —me pregunta levantando las cejas. En su cara se dibuja una pequeña sonrisa que me hace reír.

Asiento con la cabeza, cierro la caja y lo rodeo con los brazos.

—Es lo más dulce que alguien ha hecho por mí.

Oigo su aguda exhalación, me abraza con más fuerza y me besa en la mejilla. Se me revuelve el estómago y no quiero que acabe nunca esta noche.

Cuando retrocedemos, la camarera está de pie sobre nosotros, sosteniendo dos platos.

—Aquí tienen —dice riéndose mientras coloca los platos delante de nosotros—. Buen provecho. —Da media vuelta y nos deja solos.

—Esto tiene buena pinta. —Aiden toma el tenedor, toma el risotto y se lo mete en la boca. Gime y me mira con los ojos muy abiertos.

Me río.

—¿Bien?

Asiente, tomando otro tenedor.

—¿Quieres probar?

Me inclino hacia él y me encanta cómo sonríe cuando acepto su comida. Cierro los labios alrededor del tenedor, mis ojos se ponen en blanco cuando trago el risotto.

—Maldita sea, debería haber pedido esto.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—¿Quieres intercambiar?

—¿En serio?

Cambia los platos, colocando su risotto delante de mí.

CDiS

—Ya deberías saber que te daré todo lo que quieras. —Se me acelera el corazón cuando me mira, un torrente de emociones y calor me cubre, de la cabeza a los pies. Y cuando su pulgar roza mi mejilla, mirándome con una admiración que siento en el estómago, sé sin duda que me estoy enamorando de Aiden Pierce.

¿Cómo sucedió esto? Me prometí que nunca me enamoraría de otra persona. Me dije a mí misma que ningún chico merece los problemas y el dolor que supone estar enamorada. Pensé que estaba enamorada de Jake, pero lo que sentía por él no era nada parecido a lo que siento por Aiden. Con él es completamente diferente. Estar con Aiden llena un hueco en mi corazón que parecía haber estado vacío durante tanto tiempo, llenándolo de satisfacción y consuelo. Podemos estar sentados en mi sofá hablando de absolutamente nada y me siento en paz con él.

Me levanta la barbilla con el dedo y acerca sus labios a los míos. Me pierdo en él cada vez que nos besamos. No existe nadie más, no importa la opinión de nadie e imagino un mundo en el que podría estar con Aiden. Este beso es suave y lento, como si tuviéramos toda la noche, y la tenemos. Tenemos toda la noche para fingir. Fingir que ser su novia es una posibilidad porque cuando llegue mañana, estaremos en el mundo real, con otras personas y sus opiniones, no importará lo bien que encajemos o lo que me haga sentir, sabré que nunca fue una posibilidad.

Se echa hacia atrás y, cuando lo miro a los ojos, me entran unas ganas irrefrenables de decirle que lo quiero, pero sé que no debo hacerlo. Aprieto los labios, le sonrío discretamente y tomo el tenedor para comer un poco de risotto.

Su mano desaparece bajo la mesa y las yemas de sus dedos recorren mi muslo. Mi respiración se detiene y cuando su mano sube por mi pierna, me obligo a tragar la comida que tengo en la boca y lo miro.

—¿Qué haces? —Mis ojos recorren la habitación para ver si alguien se da cuenta de que su mano está peligrosamente cerca de mis bragas.

—¿Qué? —pregunta inocentemente, sonriendo satisfecho—. No estoy haciendo nada. —Pero sus manos dicen otra cosa: me sube cada vez más los dedos por los muslos y me roza las bragas con la punta del dedo corazón. Suelto un suspiro cuando el más leve roce de sus dedos contra mis bragas me produce placer.

CDiS

—Mierda —gime—. Eres tan sensible. —Otro roce contra mis bragas, más fuerte esta vez, presionando mi clítoris—. Y estás tan mojada ya —susurra, pasando el dedo por la ropa interior húmeda.

Mis manos se agarran a su brazo, suplicándole con la mirada, pero mis caderas se acercan involuntariamente a su mano. Mi cuerpo es un traidor.

—¿Quieres que pare? —ofrece, volviendo a acercar la mano a mi pierna.

Diablos, no. Quiero sus manos sobre mí, por muy arriesgado que sea. Meto la mano por debajo de la mesa, la muevo y suelto un gemido ahogado, mordiéndome el labio para no hacer ruido cuando sus dedos presionan mi clítoris.

Su sonrisa me excita aún más.

—Eres un poco atrevida —susurra, mientras me recorre el coño por encima de la ropa interior—. ¿Y si nos descubren? —bromea levantando una ceja.

—No me importa.

Tararea, aparta la tela y me pasa el dedo corazón por la raja, cubriéndola con mi excitación. Abro las piernas para que haga lo que quiera conmigo.

—Más amplio. Déjame sentir cuánto me deseas.

Dios, me va a matar, aquí mismo, delante de esta gente. Hago lo que me dice, abriéndome más para él, con los ojos en blanco cuando su pulgar entra en acción, frotando círculos contra mi clítoris.

Me muerdo el labio, con fuerza.

—Aiden —susurro, agarrándolo del brazo—. No puedo callarme.

—¿Quién ha dicho que voy a dejar que te corras? —Mis ojos se abren de par en par y lo miro. Su risa hace que su mano se mueva contra mí, y gimo cuando roza mi sensible e hinchado clítoris—. Solo quiero provocarte —dice—. Un pequeño adelanto de lo que te espera esta noche.

—¿Podemos irnos ya? —Jadeo cuando su dedo me penetra, encajando dentro de mi húmedo centro.

Sacude la cabeza, saca el dedo hasta la mitad y vuelve a meterlo. Mis piernas se cierran alrededor de su brazo, rogándome en silencio que mantenga la compostura.

—Aún tenemos que cenar —comenta, volviendo a penetrarme.

CDiS

Se me escapa un pequeño gemido, y mis ojos se abren de par en par, mirando alrededor de la habitación. Estamos sentados bastante atrás, así que es improbable que alguien nos vea, pero solo de pensarlo me contraigo alrededor de su dedo, lo que lo hace gemir.

—Creo que te gusta la idea de que alguien te vea con mis dedos metidos en tu coño —señala, metiendo otro dedo junto con el primero—. ¿Quieres que sepan cuánto deseas mi polla ahora mismo? —Se inclina para besarme la mandíbula—. ¿Lo mojado que tienes el coño para mí?

—Sí —susurro, sintiendo la excitación crecer en mi estómago. Mierda, qué bien sienta.

Tararea y me saca todo el jugo.

—No puedo permitirlo —murmura—. Solo yo puedo saber cómo suenas cuando estás a punto de correrte. —Se lame los dedos, con los ojos en blanco—. Y a qué sabes.

Mi clítoris palpita con más fuerza, deseando —necesitando— que vuelva a ponerme las manos encima.

—Aiden —susurro sin aliento.

—Cómete la comida, Leila —ordena tomando el tenedor, con una sonrisa traviesa en los labios—. Necesitarás la energía más tarde.

CDiS

Capítulo 27

AIDEN

FELIZ CUMPLEAÑOS

No puedo quitarle las manos de encima.

No voy a mentir y decir que lo he intentado. No lo he intentado. No quiero hacerlo. Quiero seguir tocándola hasta que todos mis sentidos se consuman con ella y solo con ella. Hasta que no pueda pensar en nada más que en esta hermosa chica a mi lado.

Ese viaje en Uber fue pura agonía, sin poder tocarla en todo momento, teniendo que mantener mis manos para mí mismo sabiendo que si no lo hacía, le estaría dando a nuestro pobre conductor un espectáculo que no esperaba.

Apenas se cierra el ascensor, la agarro por la cintura y la atraigo hacia mí, dándole un beso en la coronilla. Ella deja caer la cabeza sobre mi pecho y mis manos se aferran a sus caderas, cuando rozo su pelo hacia un lado, presionando mis labios contra la pequeña tinta negra que me encanta en ella.

—Me debes un orgasmo —dice mirándome por encima del hombro cuando salimos del ascensor.

Me río entre dientes, la tomo de la mano y me dirijo al pasillo.

—No te preocupes, preciosa. Haré que te corras tantas veces que ni siquiera recordarás tu nombre cuando acabe contigo.

Respira entrecortadamente y separa ligeramente los labios. Me muero de ganas de estar dentro de ella, pero no quiero arruinar la sorpresa. Por eso, en cuanto la puerta se cierra, le agarro el trasero con las manos y la levanto del suelo, me rodea con las piernas.

Jadea, empujándome el pecho.

—Aiden. Bájame.

—No. —Me encanta tenerla en mis brazos.

CDiS

—Soy pesada.

Suelto un bufido. Está claro que no ha visto lo que soy capaz de hacer en el gimnasio.

—Leila, dame algo de crédito. No es culpa mía que estuvieras con chicos débiles antes que yo. —Empujo la puerta de su habitación y la dejo caer de pie, girándola hacia mí para que no vea lo que hay detrás de ella. Inmediatamente le agarro la cara con las manos y la miro fijamente, con el pulgar acariciándole la mejilla mientras la miro a los ojos.

Te quiero.

Tengo tantas ganas de decírselo. Pero sabiendo lo reacia que es a darnos una oportunidad, no sé cómo saldría eso. Me inclino hacia ella y la beso. Solo quiero estar un día más con ella. Si esto va a acabar con su rechazo y su ruptura, quiero una oportunidad más para besarla, para hacerle el amor, para tenerla entre mis brazos.

—Feliz cumpleaños. —La hago girar y jadea en cuanto ve su habitación. La rodeo con los brazos por detrás, la rozo con la espalda y apoyo la barbilla sobre su cabeza.

Hay pétalos de rosa esparcidos por toda su cama, velas encendidas en su tocador y globos apoyados en el techo. Maldición, Gabi hizo un gran trabajo.

—¿Qué es esto? —pregunta, escaneando la habitación—. ¿Cómo hiciste esto?

Le beso la parte superior de la cabeza.

—Es tu regalo de cumpleaños. —Cuando le dije que haría que esta noche fuera especial, no mentía—. Y Gabi ayudó.

Se da la vuelta, con las cejas fruncidas.

—¿Gabi?

Me encojo de hombros.

—Ella ya sabe lo nuestro, ¿verdad?

Un suave suspiro sale de sus labios y me hace replantearme toda esta decisión. ¿Lo odia?

—Aiden. Ya te dije que no necesito todas estas cosas grandes.

Yo tampoco lo necesito. Lo único que podría necesitar es a ella, sentarme y hacerle mascarillas o enseñarle a jugar al baloncesto. Es todo lo que siempre querré, pero ¿y si Leila quiere más? ¿Y si un día se despierta

CDiS

y se da cuenta de que no soy suficiente para ella? No me detendré ante nada para hacer realidad cada uno de sus sueños y fantasías. Me cueste lo que me cueste.

—No tenías que hacer esto —dice.

Lo hice. Si no puedo decirle cuánto la quiero, al menos puedo demostrárselo. Paso el pulgar por su suave mejilla.

—¿Te gusta?

Sonríe, me rodea el cuello con los brazos y pega sus labios a los míos.

—Me encanta.

—Bien. —Mis manos agarran su trasero, tirando de ella hacia mí. Porque estoy a punto de follarme a todos los demás chicos de su sistema. Escuchar sobre su primera vez casi me mata. Quiero que vuelva a hacerlo, que pase una noche en la que no se esconda y se preocupe por su aspecto y por lo que pensará el tipo, porque estoy enamorado de cada parte de ella y también me atrae tanto.

Mis labios presionan su cuello, cada gemido suyo me pone duro como una piedra.

—Quítame la camisa, preciosa.

Sus manos se alejan de mi cuello, desabrochando cada botón uno a uno, agonizantemente despacio mientras sus ojos se clavan en los míos.

—A la mierda. —Me arranco el resto de la camisa, los botones vuelan por todas partes. No puedo controlarme cuando se trata de ella, eso es evidente.

Camino hasta el borde de la cama y la siento en él. Mi cinturón es el siguiente, esos suaves ojos verdes se encapuchan de lujuria mientras ella me mira. Se relame los labios y una sacudida de lujuria me recorre la espalda. *Mierda, cuánto la deseo.*

Mi mano recorre su cara y mi pulgar roza su labio inferior. Esos jugosos labios rosados se abren y envuelven mi pulgar. Su lengua se arremolina alrededor de la piel, chupando mi dedo como lo haría con mi polla. Esa boca suya. Saco el pulgar de su boca y le agarro la barbilla.

—Sácame, Leila.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras me quita los vaqueros hasta dejarme en ropa interior.

Ahora le toca a ella.

CDiS

La tumbo en la cama y su respiración empieza a acelerarse cuando juego con el dobladillo de su vestido. Este puto vestido. Le queda tan bien, abrazando cada una de esas curvas que tanto me gustan. Ha sido una tomadura de pelo, este vestido. Ha sido una burla absoluta de mi autocontrol durante la última hora.

—¿Confías en mí? —La miro a los ojos, deseando su confianza, necesitándola más que nada—. Quiero ver cada centímetro de tu hermoso cuerpo. Quiero verte toda, pero necesito saber si confías en mí.

Su corazón late con cada movimiento que hago. Sé lo nerviosa que está, lo mucho que le cuesta exponerse a alguien. Pero ya no soy solo alguien. Quiero que lo sepa. Entreabre los labios, exhala temblorosamente y asiente con la cabeza. Ese pequeño movimiento hace que mi corazón se acelere.

Levanto el vestido y lo aprieto lentamente entre las manos, dejando cada vez más piel al descubierto. Me trago un gemido. Esta mujer es tan sexi. Esos muslos. Es criminal que aún no haya hundido mi cabeza entre ellos. Pero no esta noche. Esta noche, voy a probarla, y mostrarle lo que me muero por hacerle.

Paso las manos por la suave piel de su vientre. Cada pliegue, cada curva de su piel me hace desear verla. Levanto cada vez más la tela, hasta que se la quito, mostrándomela.

Maldición.

La prenda cae al suelo cuando se la quito del todo, y un gemido me retumba en la garganta mientras la miro en la cama, que parece un sueño húmedo. Su vientre suave y bronceado al descubierto, sus pechos cubiertos por un sujetador negro de encaje y sus bragas de encaje completamente empapadas por los juegos en el restaurante. Quería provocarla, jugar con ella, hacerla perder el control, pero estaba tan a punto de correrme en los pantalones como un adolescente que me daba vergüenza.

Me levanto sobre los codos y la miro.

—Eres perfecta. —Admiro su cuerpo, su piel dorada en nada más que un endeble trozo de tela—. Jodidamente perfecta. —Desciendo dejando un suave beso en su estómago. Una y otra vez, beso las inseguridades, las duras palabras de su madre, de otros hombres que no la merecían. Beso todo el odio y lo lleno de amor.

CDiS

Beso mi camino hasta sus pechos cubiertos. Estoy deseando verla entera. Mis manos se deslizan por su espalda, desabrochan su sujetador y tiran de los tirantes hasta que el material cae. Dejo caer la cabeza sobre su pecho.

—Me voy a morir. —Se ríe por lo bajo y levanto la cabeza para mirarla—. Lo digo en serio. —Inclino la cabeza—. Me estás matando.

Me palpa la espalda y me recorre la piel con las suaves yemas de los dedos. Cuando pierde la sonrisa y abre los ojos, sé que siente algunas de las cicatrices, que sus dedos recorren el mismo trozo de piel estropeado, examinándolo.

No le doy tiempo a decir nada, dejo caer la cabeza hasta sus turgentes pezones marrones, lamiéndolos, provocándola, volviéndola loca. Empieza a respirar agitadamente y sus caderas se mueven por sí solas. Le acaricio uno de los pechos, me meto el pezón en la boca y envuelvo el duro capullo con la lengua.

—Qué bonita —murmuro contra su piel—. ¿Cómo estás de húmeda, preciosa? —le pregunto, mientras mis manos bajan por su vientre, acercándose al dulce paraíso entre sus piernas.

—Soy un hueso seco.

Levanto la cabeza y veo sus labios apretados. Se ríe cuando entrecierro los ojos al mirarla, pero el sonido muere en su garganta cuando rozo con los dedos la tela empapada que cubre su coño.

—Dios —gimo, apartando la tela y deslizando los dedos por su entrada—. Estás empapada. Estoy deseando comerte.

Su respiración se vuelve agitada y levanta la cabeza para mirarme.

—Aiden —empieza a protestar, pero vuelvo a empujarla y cubro su cuerpo con el mío.

—Me hiciste salir corriendo del restaurante para ocuparme de este coño necesitado —susurro, pasando los dedos por sus pliegues resbaladizos—. Ahora déjame comer mi postre.

Me deslizo por su cuerpo, mis rodillas presionan el colchón mientras agarro sus caderas, bajo el dobladillo de su ropa interior por sus piernas y lo tiro al suelo.

Miro fijamente el punto entre sus piernas, tan húmedo, tan preparado para mí. Mierda, llevaba tanto tiempo esperando este momento. Le rodeo

CDiS

las piernas con las manos, abriéndolas para que quede completamente expuesta a mí. *Mierda. Sí.*

—Aiden. —Levanto la cabeza y miro a Leila, que está sentada, apoyada en los codos, mirándome—. Nadie nunca… yo nunca…

—Lo sé. —Nadie la ha visto nunca así, nadie la ha probado nunca. Pero eso está a punto de cambiar.

—Recuéstate. —Presiono mis labios contra sus muslos—. Déjame enseñarte lo que me moría por hacerte.

Su cabeza golpea el colchón con una respiración agitada cuando dejo un beso con la boca abierta en el interior de sus muslos, apenas rozándola. Esto va a ser divertido.

Aprieto los labios contra sus muslos, acercando mi boca al lugar que me suplica. Cuando gime, le doy lo que los dos queremos y recorro sus pliegues con la punta de la lengua, dejando que se impregne de su excitación, y su sabor me embriaga. Es demasiado bueno, mierda. No puedo contenerme más. La agarro por las caderas, manteniéndola en su sitio cuando un rápido y fuerte latigazo de mi lengua roza su clítoris. Es tan sensible a todo lo que hago, pero aquí abajo, donde nadie ha estado nunca, después de pasarme la última media hora provocándola, es de otro mundo.

Los desesperados y sucios ruidos que hace cuando la devoro me hacen comérmela con fervor, lamiendo y succionando su clítoris en mi boca. Echa la cabeza hacia atrás mientras chilla contra mi boca, perdiéndose en el placer.

Otro dulce gemidito se le escapa cuando la lamo hasta la entrada, su coño contrayéndose alrededor de la punta de mi lengua mientras la meto allí.

—Lo sé, nena —murmuro, intentando calmarla, sabiendo cuánto la estoy provocando, volviéndola loca, acumulando placer en su interior—. Estás bien. Sus dedos se hunden en mi pelo, enredándose en las cortas hebras cuando rodeo con el dedo corazón su entrada empapada, deslizándolo dentro.

—Mierda —gimo cuando empieza a rechinar de nuevo contra mi cara, intentando aumentar la fricción—. Eso es. —Giro mi lengua alrededor de su clítoris—. Vente sobre mi lengua, Leila. Ahora mismo.

CDiS

Me pregunto si se estaba conteniendo, porque en cuanto las palabras salen de mi boca, ella gime, lo bastante fuerte como para despertar a los muertos, moviendo sus caderas contra mi cara mientras la chupo dentro de mi boca, el chorro caliente de líquido cubriendo mi dedo y mi cara mientras se corre.

Mi polla roza el colchón, dejándola cabalgar, cabalgar mi cara hasta que está satisfecha. Le prometí que la haría correrse hasta que no pudiera recordar su nombre, y eso es lo que pienso hacer.

CDiS

Capítulo 28

LEILA

MÁRCAME

—Aún no he terminado contigo —exclama Aiden, levantándose de la cama. Se lleva los dedos que tenía dentro de mi a la boca, los rodea con los labios y los lame. Suelta un gemido bajo—. Sabes tan bien, preciosa. Ahora mi polla quiere probarte.

Sus manos tiran de sus calzoncillos, bajándoselos hasta que su enorme erección se tambalea, ya tan dura y goteante.

—Recuéstate para mí —me dice mientras se acaricia la polla y pasa el pulgar por la punta.

Me echo hacia atrás, tumbada y completamente expuesta ante él. Nadie más que Aiden me ha visto así, y aunque debería sentirme cohibida y tratar de disimular, la forma en que sus ojos recorren mi cuerpo hace que mi corazón se estremezca de lujuria.

Veo cómo se acerca a mi mesita, agarra un condón, lo abre y se lo pone en la polla. Las velas brillan detrás de él, haciendo que cada movimiento sea aún más excitante.

Se acerca de nuevo al borde de la cama y me rodea el tobillo con la mano, levantándome la pierna.

—Mantén las piernas en alto —me dice con voz lujuriosa.

Hago lo que me dice, levanto las piernas y las pongo en el aire. Debería sentirme muy avergonzada de estar así abierta, pero la forma en que los ojos de Aiden se oscurecen, ardiendo mientras me mira fijamente, me hace disipar esa vergüenza.

—Mierda —gime, volviendo a meter la polla en su puño—. Mantenla ahí y déjame trabajar. —Sus rodillas golpean el colchón y coloca mis piernas sobre sus hombros. No puedo ver mucho con él cubriéndome y

CDiS

mis piernas en el aire, pero siento su polla rozando mi entrada. Maldice en voz baja cuando empieza a empujar.

No creo haber estado tan mojada en mi vida, lo que le facilita enormemente deslizarse dentro de mí. Se detiene a medio camino, permitiéndome estirarme a su alrededor. Suelta un suspiro cuando sabe que me he adaptado y empuja hasta el fondo. El gemido que suelto es cualquier cosa menos atractivo, es áspero y sucio, desesperado por él. Su polla es tan larga y gruesa, me llena tan bien.

—Shh —me tranquiliza, sin moverse dentro de mí. Sacudo la cabeza, intentando mover las caderas para sentir algún tipo de fricción—. Quédate quieta —me advierte, con las manos firmes en mis caderas—. Mierda, déjame sentirte un poco.

Aprieto los ojos, la sensación de sentirlo dentro de mí crea una necesidad tan fuerte que no puedo soportarlo más.

—Aiden —gimoteo—. Necesito que te muevas.

Me agarra por las caderas, se desliza y vuelve a penetrarme con fuerza. *Sí. Mierda, sí.*

—Tan jodidamente apretada —grita. Sus manos recorren todo mi cuerpo, sintiendo cada cresta de mis rollitos, tocando todo mi vientre, llegando hasta mis tetas. Gruñe, acelerando sus movimientos—. Me aprietas tan bien.

Mis manos recorren sus hombros y su espalda. Cicatrices. Las he sentido. Aunque nunca las había visto. Siempre está detrás de mí cuando tenemos sexo, nunca he podido tocarlo, pero hoy sí y sentí cicatrices en su piel.

Me sacudo el pensamiento y muevo las caderas, deseando que me penetre más. Físicamente no es posible, me partiría por la mitad. De algún modo, comprende lo que necesito y se inclina hacia delante, con mis piernas dolorosamente rectas sobre sus hombros, mientras me penetra hasta la empuñadura, arrancándome un gemido.

La sensación es tan intensa, tan envolvente, que cierro los ojos y le araño la espalda con las uñas hasta que gime.

—Oh, mierda, sí. Márcame para que todos sepan que soy tuyo.

CDiS

Dejo escapar un gemido ante sus palabras. En realidad no hablamos de lo que pasaría una vez terminada esta noche. Quiere algo que no sé si puedo darle, por mucho que lo desee.

Abro los ojos y levanto la cabeza.

—Estas tan profundo. —Mis ojos caen hacia donde estamos conectados.

—¿Quieres verlo, nena? —ofrece, echándose hacia atrás y bajándome las piernas, rodeándose la cintura con ellas. Mira hacia abajo, donde su polla entra y sale de mí—. ¿Quieres ver lo bien que estamos juntos? —La saca del todo y vuelve a meterla lentamente—. Te sientes tan bien —gime—. Tan jodidamente bien.

Sacudo la cabeza, el placer crece en mi interior con cada embestida.

—No recuerdo que haya visto algo tan bueno —grito.

—Es porque soy yo —señala, gruñendo cuando empuja de nuevo—. Porque somos nosotros.

Sí. Echo la cabeza hacia atrás y me dejo perder en él mientras el orgasmo me atraviesa.

—Mierda, eso va a hacer que me corra, Leila. —Acelera y me penetra con fuerza, arrancándome el último resquicio de control que me quedaba. Suelta un gruñido cuando se corre, empujando rápido y profundo hasta vaciarse por completo.

No se separa de mí; simplemente se inclina y presiona sus labios contra los míos, suaves y lentos, mientras sus caderas se mueven perezosamente, acompañando sus besos.

No solo follamos. Lo que acaba de pasar… acabamos de hacer el amor.

CDiS

Capítulo 29

LEILA

NO HAY COMPETENCIA

—¿Quieres uno? —pregunta Rosie, sacando un cruasán de una bolsa de papel marrón.

Se me revuelve el estómago cuando giro la cabeza. No puedo comer. El mero hecho de saber que ha salido la edición en la que estoy en bañador me hace perder el apetito.

No debía salir todavía. Tenía otras dos semanas para prepararme. Necesito esas dos semanas. No estoy preparada.

—¿Estás bien? —pregunta frunciendo las cejas.

No se lo he dicho. No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera sabía que había salido hasta que vi un mensaje de Amina esta mañana felicitándome, diciéndome que estamos increíbles. Necesito algo de lo que ella tiene, algo de esa actitud de no aceptar estupideces de nadie. No importa cuántas veces intente actuar así en el exterior, tratando de mantener a todos a distancia, no cambia nada acerca de cómo me siento por dentro.

—Estoy bien —respondo, mordiéndome el interior de la mejilla—. Solo estoy cansada.

—¿Podemos pasar la noche en casa de Grayson si quieres? —ofrece—. Máscaras faciales, algunos aperitivos, y solo hablar.

—Está bien. Estoy ocupada esta noche. —*Vomitaré por el estrés. Grandes planes.*

—¿Estás segura? —Me mira—. Aiden probablemente estará allí.

Mi mirada se desvía hacia la suya. Mastica el cruasán, pero veo una sonrisa en sus labios.

—¿Qué quieres decir?

—Te vi salir de su habitación. —Me sonríe tímidamente—. Fui por un vaso de agua sobre las tres de la mañana después de… despertarme. —No

CDiS

puedo evitar reírme cuando sus mejillas se tiñen de rojo—. Y te vi abrir la puerta principal. —Le da otro mordisco a su cruasán—. Estaba esperando a que me lo dijeras tú misma… pero nunca lo hiciste.

Eso fue hace meses.

—Lo siento. —Mis pasos se ralentizan cuando suelto un suspiro—. Quería mantenerlo en secreto —confieso, levantando y encogiéndome de hombros—. No se lo dije a nadie.

—¿Así que nadie lo sabe?

—Gabi lo sabe.

Sus cejas se fruncen.

—¿Gabi?

Asiento con la cabeza, burlándome al recordar cómo se enteró.

—Nos vio salir juntos del baño.

Vuelve a meter en la bolsa la mitad del cruasán que se ha comido.

—¿Qué significa esto? ¿Están saliendo?

Sacudo la cabeza antes de planteármelo siquiera. Han pasado casi tres días desde que Aiden me dijo que quería más y me llevó a una cita. Tres días desde que me di cuenta de que estoy enamorada de él. Y no lo he visto.

No puedo decirle lo que quiere escuchar. Creo que nunca lo haré.

—Eso no va a pasar.

—¿Por qué no? —La miro, sin atreverme a decir nada más. Ella sabe por qué. Ella estaba allí—. Oh. Claro. —Traga saliva—. Jake.

Sí, él. Dejo escapar un suspiro.

—Me dije que no dejaría que volviera a pasar, pero se ha vuelto un poco… complicado.

—¿Qué quieres decir? —La sonrisa en mi cara es respuesta más que suficiente, que Rosie capta, parándose en seco y sonriéndome. Una sonrisa tan amplia que temo por su mandíbula—. Lo quieres —anuncia, todo el mundo en un radio de un kilómetro la pudo escuchar.

—Shhh. —Miro a mi alrededor—. Dios, ¿no puedes guardar un secreto?

Se ríe entre dientes.

—Es una gran noticia. Lo quieres —dice de nuevo, incapaz de dejar de sonreír—. Entonces, ¿por qué no están saliendo?

CDiS

—No es tan simple, Rosie. No quería que pasara esto. —Suelto un gemido. Es lo último que podría desear y lo mejor que me ha pasado nunca.

Sonríe y me mira.

—¿Son ciertos los rumores?

—¿Qué?

Sonríe, extendiendo las manos a unos veinte centímetros de distancia. Mis ojos se abren de par en par cuando me doy cuenta, doblándome de la risa.

—Dios mío. —Sacudo la cabeza—. Grayson te ha arruinado.

Suelta las manos, riéndose conmigo.

—Eso es un sí.

Levanto una ceja.

—Eso es un *infierno sí*.

Traga saliva y abre los ojos, lo que me hace reír aún más. Sacude la cabeza.

—Tengo que ir a clase. —Mete los cruasanes en la bolsa y se despide.

La puerta de la cafetería se abre cuando alguien sale y me dirijo al interior, acercándome al mostrador para pedir mi batido verde diario cuando escucho risas. No cualquier risa. Ya la había oído antes. La risa arrogante y maliciosa que hacen las chicas cuando se burlan de ti. Solo el sonido hace que se me ponga la piel de gallina cuando miro a mi alrededor, el ruido que me persigue desde los años de modelo con otras chicas delgadas que actuaban como si mi cuerpo fuera una broma para ellas.

—No estoy mintiendo. Los vi juntos en Vio la semana pasada. —Miro fijamente el mostrador que tengo delante, mis orejas se agudizan y mi corazón se acelera cuando el nombre del restaurante al que me llevó Aiden sale en la conversación.

—Aiden Pierce no sale con chicas como ella —dice otra chica—. Es imposible que se acuesten juntos. Solo son amigos.

—Me sorprende que quepa en la página. —Se me cae el estómago cuando se ríen y me doy la vuelta, viendo a tres chicas acurrucadas, la del medio con una revista en la mano. La revista en la que estoy. Sus ojos se posan en los míos y las risas cesan, sus caras palidecen visiblemente. No importa cuántas veces haya pasado por esto, cuántas veces haya escuchado comentarios iguales, siempre duele.

CDiS

—Hola, ¿qué desea? —Me doy la vuelta, mirando fijamente al camarero que me sonríe. Ni siquiera respondo, me doy la vuelta y empujo la puerta, saliendo de la cafetería intentando no caerme y derrumbarme delante de un montón de desconocidos.

Ni siquiera sé a donde voy. Simplemente camino, con la vista nublada mientras las lágrimas amenazan con caer. ¿Por qué es mucho más fácil centrarse en lo negativo que en lo positivo? Me he pasado toda la mañana en el post mirando los comentarios y he visto tantos agradables, tantas chicas que apoyan y que adoran la diversidad de los diferentes tipos de cuerpo. Entonces, ¿por qué un comentario de unas pocas chicas me hace replanteármelo todo?

—Hola. —Cuando levanto la vista, Aiden camina hacia mí con una sonrisa en la cara. Había olvidado lo buena que es su presencia. Casi había olvidado cómo me hace sentir cuando estamos juntos. La sensación de asentamiento me invade cuanto más se acerca, hasta que está justo delante de mí, acercándose a mi cara.

Mis ojos se abren de par en par cuando me doy cuenta de que está a punto de besarme y doy un paso atrás, escudriñando los alrededores. Hay demasiada gente aquí, gente que conoce a Aiden. No es una buena idea. Su ceño fruncido hace que se me revuelva el estómago y me fuerzo a decir:

—Estamos en público.

Me doy la vuelta y camino por detrás de uno de los edificios.

—¿Adónde demonios vas? —pregunta. No contesto, sigo caminando hasta que estoy segura de que nadie nos ve. Su mano rodea mi muñeca y me detiene—. Háblame, Leila. Deja de huir y dime por qué estás tan empeñada en mantener esto en secreto. —Frunce el ceño cuando me aparto de su contacto y me cruzo de brazos, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. Creía que ya habíamos hablado de esto —dice mirándome, decepcionado.

El problema es que no hablamos de nada. Tuvimos una noche especial en la que me permití fingir que esto podía pasar, pero luego recordé que no.

—Hablaste —señalo—. Dije que no podía hacer esto.

CDiS

Sacude la cabeza, perplejo por lo fría que estoy siendo. Tengo que serlo. No puedo crearle falsas expectativas, dejar que espere a que esté lista porque nunca lo estaré.

—¿De qué estás hablando? —pregunta—. ¿Qué demonios ha cambiado desde hace unos días? En tu cumpleaños dijiste…

—Mentí. —Se le cierra la boca cuando lo interrumpo antes de que pueda contarme lo que dije aquella noche. Sé lo que dije, y cada palabra iba en serio, pero eso fue antes de recordar lo diferentes que somos Aiden y yo—. No lo decía en serio —miento, con el corazón rompiéndose con cada palabra—. No creo que sea una buena idea, Aiden. No somos el uno para el otro.

—¿Qué demonios significa eso? —Se acerca a mí, pero cuando doy un paso atrás, se queda paralizado y suelta un suspiro áspero—. ¿Se trata de mi familia?

Aprieto los ojos. *Por favor, no hagas esto más difícil de lo que tiene que ser.*

—No —le digo sinceramente—. Ya te he dicho que eso no me importa. —Su familia no tiene nada que ver con que no pueda estar con Aiden. Todo esto es culpa mía.

—¿Entonces qué? —pregunta, desesperado—. ¿Qué estás diciendo ahora porque me estás rompiendo el puto corazón, Leila?

Dios. Me duele el corazón cuando su voz se quiebra al decir mi nombre. Lo quiero. Ojalá todo fuera diferente.

—No te gusto así, Aiden, eres un iluso. Te gusta el sexo o quizá sea por lástima. —Me encojo de hombros—. No lo sé. Solo creo que tenemos que calmarnos. —Me arde la garganta cuando escupo las siguientes palabras—. Creo que deberíamos…

—No digas ver a otras personas —advierte—. Creí que había dejado perfectamente claro que nadie te toca más que yo.

No quiero que nadie más me toque. No quiero que nadie más me bese. Solo lo quiero a él.

—No quiero seguir haciendo esto —lanzo, dejando caer los ojos al suelo bajo nosotros. Odio tener que hacer esto.

Su pulgar me levanta la barbilla, y el pequeño contacto hace que se me revuelva el estómago. Cuando levanto la cabeza y miro sus ojos azules, se me para el corazón. Lo quiero tanto.

CDiS

—¿Qué pasó? Dímelo.

Suelto una carcajada amarga.

—¿Qué pasó? —repito—. Mira a tu alrededor, Aiden. Yo soy un chiste. Eres el rey de Redfield. ¿De verdad creías que iba a salir de otra manera que no fuera esta? Nadie lo entenderá. Yo apenas…

—¿No entiendes qué?

—Por qué me quieres a mí —le grito, queriendo que lo entienda, que entienda lo que pensarán los demás si nos ven juntos—. Por qué siquiera me miraste cuando puedes tener a cualquier chica que quieras.

—No quiero a ninguna otra chica —grita, dando un paso más hacia mí—. Quiero… —cierra los ojos, pasándose una mano por la cara—. Mierda, solo te quiero a ti, Leila.

Aprieto los labios y niego con la cabeza.

—Todas las chicas de esta escuela te desean —contrataco—. No puedo competir con eso.

—No hay competencia —afirma, acercándose un paso—. Tú ganas siempre.

Sus palabras me hacen apretar los labios, con el corazón saliéndoseme del pecho, tan rápido, tan fuerte.

—Lo que tenemos funciona en privado, Aiden. No funciona en público.

—No me vengas con estupideces. Esto no tiene nada que ver con otras personas. Esto es entre tú y yo. Nadie más —asegura, acercándose a mí—. Solo nosotros.

—No somos solo nosotros —objeto, tragando saliva cuando lo miro—. Todo el mundo hablará. Te arruinarás si la gente se entera de que estamos juntos. —Dejo escapar un suspiro, queriendo que lo entienda—. Bromearán y te echarán mierda por ello. Por algo todos quieren mantenerlo en secreto. —Levanto las manos—. Dios, hasta tu compañero de equipo… —Aprieto los labios cuando me doy cuenta de que he dicho demasiado.

Sus ojos se abren de par en par.

—Repítemelo —dice—. ¿Mi compañero de equipo? —Suelto un suspiro y, como no respondo, pregunta—: ¿Quién, Leila?

—Me dijiste que no necesitabas nombres.

Sus cejas se levantan aún más.

CDiS

—Si dijeron algo para hacerte creer que estar contigo debe mantenerse en secreto, entonces sí quiero sus nombres.

—No importa, Aiden.

Pero no se lo cree.

—Solo dime lo que pasó —dice—. Sin nombres. Solo dime lo que dijeron.

Se me cae el estómago.

—No quiero hablar de esto.

Intento pasar a su lado, pero me detiene y me mira.

—Dímelo.

Trago saliva, me lamo los labios secos sabiendo que estoy a punto de romper el corazón de los dos por repetir esto, pero él tiene que entender por qué no puedo estar con él.

—En mi primer año de universidad estaba en una fiesta y lo vi en un rincón, solo, y me acerqué a él. Coqueteé, me besó y me llevó a su casa. —Paso de la información sin querer detenerme demasiado en ella.

»Mantuvo su mano en mi boca todo el tiempo para que no hiciera ruido. —Aún recuerdo cómo me repetía que me callara la boca, apretándomela con tanta fuerza que me dolía—. Me dijo que me fuera por la salida de atrás y que nunca lo mirara en público.

Los ojos de Aiden se oscurecen y puedo sentir la ira que se está gestando en su interior.

—Voy a matarlo. ¿Quién carajo dijo eso?

—Dijiste que no querías nombres.

—Lo retiro.

—Bueno, no puedes. No fue el único. ¿Por qué no lo entiendes? Esto es lo que hacen.

—No soy ellos —dice—. No soy un niño tonto que necesita la validación de otros chicos sobre con quién estoy saliendo. —Sacude la cabeza—. Ya te he dicho que me importa una mierda lo que piensen de mí. Puede que alguna vez me importara, pero ahora… —Sus ojos se clavan en mí. Es como si me estuviera mirando el alma, viendo todas mis partes malas y siguiera queriéndolas—. Solo me importa lo que pienses de mí —susurra, con la garganta temblorosa—. Así que dime, Leila. ¿Qué piensas de mí? ¿Te avergüenzas de mí?

CDiS

Suspiro, cerrando los ojos.

—No.

—¿Ya no te atraigo, es eso?

—No.

—Entonces, ¿qué pasa? —vuelve a preguntar. Dejo caer la cabeza y siento una lágrima rodar por mi mejilla. Sus manos están de nuevo sobre mí, tirando de mi barbilla hacia arriba y, antes de que me dé cuenta, sus labios están sobre los míos, apretándolos con un suave beso, una, dos veces—. Nada de lo que digan me importa.

Puede que ahora no, pero ¿cuánto durará cuando lo único que oiga sean bromas y se dé cuenta de que quiere a otra persona?

—Quiero algo de espacio —murmuro tan bajo que no creo que me haya escuchado.

—Espacio —repite—. ¿De mí? —Cuando asiento con la cabeza, su cara se descompone—. Bien —dice, dando un paso atrás.

—Tienes demasiadas cosas a tu favor como para estropearlo por un error tonto.

Me mira y niega con la cabeza.

—Lo dejaría todo si pudiera tenerte. —Dios mío, este hombre me está rompiendo el corazón—. Nunca podrías ser un error.

CDiS

Capítulo 30

LEILA

JERSEYS Y DECISIONES

Nunca podrías ser un error.

Esas palabras no han salido de mi cabeza desde que me marché y dejé a Aiden allí de pie detrás de un viejo edificio, completamente solo. Me destrozó dejarlo allí, decirle que no podía estar con él cuando es lo único que quiero.

Me llama sin parar, me manda mensajes diciendo que quiere hablar. Pero no hay nada más de lo que hablar. Lo que teníamos Aiden y yo era genial cuando no había sentimientos y nadie más lo sabía. Pero ahora que estoy enamorada de él y quiere más… lo cambia todo.

Dejo escapar un suspiro de alivio cuando llaman a la puerta, sabiendo que Rosie está aquí. Les conté a las chicas lo de Aiden. Como dos de las tres ya lo sabían, una más no importaría. No cuando de todas formas no iba a salir nada, pero necesitaba a mis chicas. Necesitaba hablar y desahogarme y tener a alguien que me ayudara a olvidar a Aiden.

Pero cuando abro la puerta, Rosalie no está al otro lado. Está Aiden.

Se aparta de la puerta y sonríe al verme. Solo de verlo me entran ganas de llorar, porque no es su sonrisa habitual. No sonríe como cuando nos conocimos. Esta sonrisa es calculada, pequeña e insegura, y sus ojos azules, normalmente brillantes, parecen apagados… tristes. Odio haber hecho eso.

Es muy guapo. Tiene las manos metidas en los bolsillos y esta vez no lleva gorra. Me encanta su pelo, me encanta cuando lo tiene largo, me encanta cuando lo tiene corto. Simplemente me encanta.

Traga saliva y se le mueve la nuez de Adán cuando señala mi apartamento.

—¿Puedo entrar? —me pregunta cuando no digo nada.

CDiS

—Sí. —Abro más la puerta, apartándome para que pueda entrar. Cierro la puerta, apretándome contra ella. No sé qué hacer con las manos. Estoy muy nerviosa. No quiero volver a tener esta conversación. Ni siquiera sé por qué está aquí después de la última vez.

Me levanto de la puerta, me dirijo hacia el sofá, me siento y me miro las manos —aún no sé qué hacer con ellas— jugueteando con el dobladillo de mi jersey. Cuando noto que el sofá se hunde a mi lado, el corazón se me acelera y, de repente, su mano cubre la mía, asentándome.

—¿Quieres mirarme?

Giro la cabeza y miro fijamente sus preciosos ojos azules. Él suelta un suspiro, y entonces me doy cuenta de lo que tiene en la otra mano.

Baja la mirada, agarra la camiseta doblada y la coloca sobre la mesita. El 23 de su reverso me hace darme cuenta de lo que está pasando. Mete la mano en el bolsillo de los vaqueros, saca una entrada y lo coloca junto a la camiseta doblada.

—He estado pensando mucho en lo que dijiste. Sobre nosotros. —Le dirijo la mirada, su ceño fruncido crea una línea en su frente que quiero suavizar—. No puedo hacerte cambiar de opinión si no quieres estar conmigo.

Se retuerce en el sofá y me agarra las dos manos.

»Pero quiero estar contigo —declara, y mi corazón se acelera con cada palabra—. Quiero que seas mi novia. Esconderse y andar a escondidas… antes me bastaba. No quería una relación. El baloncesto siempre fue demasiado importante para estropearlo con una distracción. Pero tú no eres una distracción. Eres mi calma en medio de la tormenta. Eres la única persona con la que quiero estar cuando me siento peor.

Me mira a la cara.

—He estado solo la mayor parte de mi vida —continúa—. Nunca he tenido un hogar ni una familia… pero tú empiezas a sentirte como lo más parecido a ello.

No digo nada, aunque el corazón se me acelera en el pecho, no me salen las palabras mientras miro fijamente al hombre que tengo delante, que dice todo lo que siempre he querido escuchar.

—Pensaba que la idea de que fuéramos amigos era irrisoria cuando empezamos esto. Pero de alguna manera te has convertido en mi mejor

CDiS

amiga. —Dios mío, este hombre va a destruirme—. Y quiero estar contigo —suspira, sacudiendo la cabeza—. Quiero todo contigo.

Trago saliva, me relamo los labios sin poder apartar los ojos de él. su pulgar recorre mi mano.

—Tengo un partido mañana —dice—. Sé que vienes a la mayoría de ellos, pero éste es diferente. —Me suelta las manos, toma la camiseta y me la pone delante—. Quiero que te pongas esto —señala, poniéndolo en mis manos—. Quiero que vengas mañana y lleves esta camiseta con mi nombre para que todo el mundo la vea. —Mi corazón late tan rápido que estoy segura de que él puede escucharlo—. Si te veo allí, y llevas esto, entonces sabré que quieres ser mía. Pero si no… —exhala un suspiro—. Si no lo haces, no volveré a molestarte. Te lo prometo.

No.

—Ya no puedo seguir haciendo el informal contigo, Leila. —Se levanta del sofá y mis ojos siguen viendo su gran figura caminar hacia la puerta. Se gira justo antes de llegar a la puerta y la mirada de sus ojos es tan dolorosa que se me clava en el pecho—. Por cierto, enhorabuena por el número de la revista. Estás preciosa. —Me sonríe—. Siempre estás preciosa.

Quiero correr hacia él, quiero detenerlo y rodearlo con mis brazos. Quiero decirle que he cambiado de opinión. Quiero estar con él. Necesito estar con él, pero no lo hago. Lo dejo salir por la puerta.

CDiS

Capítulo 31

AIDEN

HORA DEL PARTIDO

No está aquí.

Realmente pensé que estaría aquí. Le di la entrada. Le di la camiseta. Le di mi maldito corazón. ¿Qué más podía darle?

Reduzco la velocidad de mis pasos y suelto un suspiro cuando vuelvo a mirar hacia las gradas, donde su asiento está vacío.

—Pierce. —Giro la cabeza hacia la derecha, donde el entrenador está enfadadísimo, levantando los brazos—. ¿Qué demonios estás haciendo? —*Teniendo una crisis nerviosa, eso es.*

—Vamos, Pierce. Mueve el trasero —grita Carter.

Este es uno de los partidos más importantes y lo estoy echando a perder. Levanto la cabeza y veo a un chico del equipo contrario corriendo hacia mí. Mis ojos se posan en el balón que tiene en las manos y, cuando intenta moverse hacia nuestro lado, lo robo, agarrando el balón cuando rebota detrás de él. Corro hacia la red, un codazo golpea mi hombro y me giro, asegurándome de que no lo atrape.

—¿A qué demonios estás esperando? —grita Jordan desde un lado—. Lanza.

Giro sobre mis talones, y lanzo viendo el balón volar por el aire hasta que golpea el tablero, rebotando hasta el suelo. Mierda.

Mis oídos se vuelven pesados con los gemidos y abucheos del lugar, pesándome como una tonelada de ladrillos. ¿Qué me pasa? Era un tiro fácil. Debería haberlo conseguido. Agacho la cabeza y me seco el sudor de la frente.

—¿Qué te pasa, chico? —pregunta Jordan.

—Nada. —Instintivamente miro hacia el asiento que sigue vacío. No va a venir, ¿verdad? De verdad creía que cambiaría de opinión sobre

CDiS

nosotros, que vería lo bien que estamos juntos y querría estar conmigo tanto como yo quiero estar con ella.

Pero eso no está ocurriendo.

—¿A quién buscas? —cuestiona Jordan.

Le entrecierro los ojos.

—No es asunto tuyo. —¿Es él? ¿Es Jordan el chico del equipo con el que Leila se enrolló? Podría ser cualquiera de ellos. Y no tengo ni idea. Uno de estos tipos besó a mi chica, la tocó y le dijo que se callara, tratándola como un secretito sucio.

—Dios, Capi. —La cara de Jordan se contorsiona—. Cálmate.

Suelto un suspiro y, cuando suena el silbato, mis hombros se relajan y me dirijo hacia el banquillo. El entrenador me tiende una botella de agua, la agarro y me bebo la mitad. Vuelvo a mirar hacia las gradas. Tengo que dejar de hacer eso. Ella no va a venir. Tengo que aceptarlo.

—¿Estás loco? —grita Ethan, levantando los brazos—. Nos estás costando el partido por culpa de un coño.

Me arden las orejas cuando me doy la vuelta y entrecierro los ojos hacia él, acechándolo.

—No hables de ella, mierda. —¿Este idiota ha tocado a mi chica?

Se burla.

—Sabía que era por una chica. —Gruño, agarrando su camiseta.

—¡Pierce! —La voz del entrenador me atraviesa—. Retrocede. ¿Necesito sentarte en el banquillo?

Dejo caer su camiseta, Ethan me mira con el ceño fruncido.

—No, entrenador. —Suelto un suspiro—. No volverá a ocurrir.

—Ninguna chica vale tanto para perder el partido —dice Jordan, dándome un codazo en el brazo.

—Jordan tiene razón —concede Carter—. Necesitas concentrarte.

Lo sé, lo sé. Me paso una mano por la cara.

—Lo intento. Déjalo ya.

Cuando vuelve a sonar el silbato, que nos avisa de que se ha acabado el tiempo muerto, sacudo la cabeza, trotando en mi sitio. Leila no va a venir. Tengo que concentrarme en el partido.

Es todo lo que me queda.

CDiS

Capítulo 32

LEILA

VAMOS A CASA, NENA

Llego tarde.

Me pasé tanto tiempo debatiendo si debía ir así que llego tarde. Nunca me he perdido un partido de Aiden. Ni uno. Y ahora éste es el más importante; este lo significa todo y yo no estoy allí.

Cuando abro de un empujón las puertas y el ruido de la multitud llena mis sentidos, empiezo a sentir pánico, con el corazón acelerado mientras miro fijamente a toda esa gente que va a saber que estoy saliendo con Aiden. Miro la camiseta que llevo en el cuerpo, la que lleva su nombre, la que le dice que quiero ser suya.

Me relamo los labios, tragándome todas las emociones que se gestan en mi interior y me doy la vuelta.

—¿Y si me rompe el corazón?

Madeline levanta las cejas.

—¿Todavía no le has dado al chico la oportunidad de salir contigo y ya estás pensando en cómo va a acabar?

—Va a ser reclutado, Madi. Ambas lo sabemos. Y no me va a querer cerca cuando pueda elegir a todas las chicas que quiera.

Madi suaviza las cejas y se agarra a mi mano.

—Te quiero, Leila. Eres preciosa. Eres perfecta y Aiden lo sabe.

—Por ahora.

—Mira a tu alrededor —dice Gabi—. Puede elegir a cualquier chica de aquí, Leila, pero te quiere a ti. A nadie más. A ti.

¿Por qué? La pregunta permanece en mi mente.

—Pero y si…

—Jake te hizo muchas cosas —interrumpe Rosie—. Pero lo peor que ha hecho es hacerte creer que no mereces amor. —Sus palabras me hacen un

CDiS

nudo en la garganta. Sus ojos se suavizan, aferrándose a mi mano—. Jake era un idiota, Leila, pero Aiden no se le parece en nada.

—Si quieres estar con él, deja de pensar en todo lo malo que puede pasar y sé feliz de una vez —lanza Madi—. Haz felices a los dos y siéntate en ese asiento.

Me giro para mirarla y me río. Tiene razón. He estado tan centrada en todo lo que podía salir mal que ni siquiera me he parado a pensar en lo feliz que me ha hecho ya.

Me inclino hacia ella y le beso la mejilla.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Ella sonríe, empujando mi hombro—. Ahora ve a buscar a tu hombre.

Sí, señora.

Me abro paso entre la multitud hasta el asiento que me ha reservado, justo en el centro, desde donde puedo verlo en la cancha. Me siento, me sudan las manos y me agarro a la tela de la camiseta con su nombre en la espalda. Intento ver el partido, me encanta el baloncesto, pero ahora mismo no me importa nada más que Aiden. Sigue sin levantar la vista y deseo desesperadamente que levante la cabeza y me mire.

No te rindas conmigo. Aquí estoy. Aquí estoy.

Siempre he admirado su forma de moverse en la cancha, manejando a todos los demás chicos de una manera que nunca había visto antes. Sus hombros se hunden cuando pierde el balón y mis ojos observan la forma de sus labios mientras murmura una maldición. Se pasa la mano por el pelo y mira hacia el asiento.

Cuando sus ojos se clavan en los míos, el corazón se me acelera. Su mano se detiene a medio camino en su pelo, agarrándolo mientras sus ojos se abren de par en par. *Dios, lo quiero*. ¿Por qué había pensado en esto? La elección era tan obvia.

—Hola —digo sonriéndole.

Sacude la cabeza y parpadea dos veces. Levanto los labios y sonrío mientras intenta ver si estoy realmente aquí. Sus ojos se posan en mi camiseta, la que él me regaló. En cuanto ve lo que llevo puesto, suelta las manos y se le dibuja una enorme sonrisa en la cara. Mi pobre corazón no va a sobrevivir a esto. Creo que nunca he visto a este hombre tan feliz como

CDiS

ahora. Se me escapa una carcajada cuando me guiña un ojo y corre hacia el balón. Las chicas me sonríen cuando me vuelvo para mirarlas. Gabi, sin embargo, está en su propio mundo, comiendo palomitas mientras le grita al árbitro.

Cuando me giro, mis ojos se quedan clavados en el que pronto será mi novio. Esas palabras. *Novio*. No he tenido novio desde Jake y la idea de anunciar a todo el mundo que Aiden es mío hace que me suden las palmas de las manos. Pero en cuanto vuelvo a clavar los ojos en Aiden, su sonrisa hace que todas las preocupaciones desaparezcan.

Me sonríe, se gira, roba el balón y tira. No aparto la vista del balón, que vuela por los aires y roza el aro una o dos veces antes de hundirse.

—Claro que sí —grito. El público enloquece, todos a mi alrededor se levantan y aclaman. El equipo de Redfield abarrota a Aiden, abrazándolo, pero Aiden me mira a mí mientras da golpecitos en los hombros a sus compañeros, intentando salir de allí.

Tengo los pies atascados. No sé si moverme e ir hacia él o quedarme aquí. Sale corriendo de la pista y se dirige a las gradas. Mi corazón se acelera al verlo venir hacia mí, pasando por delante de la gran cantidad de gente que intenta abrazarlo o hablar con él. No ve a nadie más que a mí.

Cuando por fin se acerca a mí, con sus ojos clavados en los míos, suelta un suspiro y sonríe.

—Hola.

—Hola —le susurro. No sé por qué estoy tan nerviosa. No, tacha eso, sé exactamente por qué. Porque esto, esto de aquí va a cambiarlo todo. Se acabaron los escondites. Va a ser oficial.

Sonríe.

—Has venido.

—Lo hice.

Su sonrisa cae un poco.

—Pensé que no vendrías. No te vi antes.

—Llegué tarde, lo siento. —Se me revuelve el estómago al saber que le he hecho daño haciéndole creer que no iba a venir cuando sé con todo lo que llevo dentro que quiero estar con él.

Sacude la cabeza.

CDiS

—No te atrevas a disculparte. —Su mano me agarra por la cintura, sus ojos se posan en la camiseta de mi cuerpo—. Estás aquí. Y llevas mi camiseta.

—Lo hago.

Sonríe, se ríe un poco.

—¿Recuerdas cuando te dije que me encantaría verte animándome con pompones? —pregunta, levantando las cejas.

Entorno los ojos hacia él.

—¿Quieres que me quite esto?

Se le cae la sonrisa.

—No. Mierda, no. —Suelta un suspiro satisfecho y acerca su frente a la mía—. ¿Significa esto que eres mi novia? —insinúa, desesperado.

Asiento con la cabeza, echándome hacia atrás y mirándolo a los ojos.

—Sí.

Su mirada se posa en mis labios y creo que va a besarme, pero en lugar de eso traga saliva.

—Todo el mundo sabrá que estamos juntos —susurra. Sus grandes manos me acarician la cara y me pasan el pulgar por el labio inferior—. ¿Estás preparada para eso?

Más que nada.

—Me vas a arruinar —digo en su lugar.

—Ya lo has hecho. —Me atrae hacia sí y pega sus labios a los míos. A nuestro alrededor se oyen jadeos y murmullos, pero no me fijo en ellos. Me concentro en mi novio, en el contacto de sus labios con los míos, en cómo suelta un gemido cuando rozo su lengua con la mía. En cómo me agarra el trasero con la otra mano mientras me besa delante de todos.

Se echa hacia atrás y sonríe.

—¿Significa esto que ahora puedo llamarte *nena*? —pregunta con una sonrisa en los labios.

Pongo los ojos en blanco.

—Tan engreído.

—No puedo evitarlo —dice sacudiendo la cabeza—. Me acaba de tocar la puta lotería.

Me pongo de puntillas, me inclino hacia él y dejo un suave beso en sus labios.

CDiS

—Llévame a casa, novio.

Se estremece, sus ojos se oscurecen mientras me sujeta con más fuerza.

—Mierda, repite eso. —Sonrío, riendo contra su pecho. Me besa la cabeza y me toma la mano—. Vamos a casa, nena.

Sacudo la cabeza. Qué imbécil. Qué desgracia que aún lo quiera.

CDiS

Capítulo 33

AIDEN

HASTA EL FINAL

Este caramelo venenoso que sabe a mierda debería ser ilegal, pero si hace feliz a mi novia que así sea.

Cuando abro la puerta de su apartamento, está en el sofá, acurrucada con una manta hasta el cuello. Tiene un aspecto adorable. Tarda un minuto en darse cuenta de que estoy aquí y, cuando lo hace, me sonríe.

Jesús. Mierda. Es lo más bonito que he tenido la suerte de ver. Recuerdo cuando ni siquiera me sonreía, recuerdo cuando solo me ponía los ojos en blanco y me hacía una mueca —todavía me la hace—, pero ahora esa hermosa sonrisa es lo que más me gusta.

—Hola, preciosa. —Cierro la puerta detrás de mí, soltando un respingo cuando me ataca, rodeándome con sus brazos—. Jesús —resoplo—. He estado fuera dos días.

Sacude la cabeza.

—Demasiado tiempo.

Estoy de acuerdo. Ir a Boston para un partido fue divertido, incluso mejor cuando ganamos, pero saber que Leila no estaría allí, cuando normalmente está en todos mis partidos, echó por tierra toda la experiencia. Me moría de ganas de volver a la habitación del hotel y llamarla, lo que acabó en una increíble sesión de sexo telefónico como felicitación. Eso hizo que ganar fuera mucho más dulce.

Me echo hacia atrás, tomo su cara con la mano y la miro fijamente a esos ojos verde lima de los que me enamoré.

—Hola.

—Hola —me susurra, inclinándose para darme un beso. Sus labios rozan los míos y aprieto su cintura, atrayéndola hacia mí. La he echado de

CDiS

menos. Se sobresalta al oír un crujido y yo me río, me alejo y le tiendo sus caramelos favoritos, aunque asquerosos.

—Te he traído algo. —Me mira con los ojos entrecerrados, pero la ignoro y se lo tiendo. Se rinde, deja escapar un suspiro y lo toma. No sé cuántas veces tendré que demostrarle que puedo cuidar de ella. Odio que se preocupe por mi situación económica. No quiero que sea una carga para nosotros. Con gusto me arruinaré por completo y aceptaré cualquier mierda que me den mis hermanos, si eso significa que ella será feliz y estará cuidada. Haré lo que sea por esta chica.

Le da la vuelta al paquete y echa un vistazo al dorso. Frunzo el ceño y suelto una carcajada.

—¿Qué haces? —No tardo mucho en darme cuenta, lo que hace que se me caiga la sonrisa—. Mierda, no. —Le tomo el paquete, observando cómo sus ojos se abren de par en par ante mí—. Nada de eso.

Que me parta un rayo si dejo que mire las calorías o se preocupe por nada de esa mierda. Abro el paquete, me dirijo a la cocina, lo dejo caer en un cuenco y tiro el paquete a la basura.

—Ya está —le digo, empujando el cuenco hacia ella—. Ahora puedes comer lo que quieras sin preocuparte de cuántas calorías tiene.

Sus mejillas se ruborizan, un tinte rojo las cubre cuando se da cuenta de que me he dado cuenta de lo que estaba haciendo. Me pasaré el resto de mi vida diciéndole y demostrándole que es la mujer más hermosa para mí. Saca un par del cuenco, se lo lleva a la boca y yo sonrío, frotándome la mandíbula, con los ojos clavados en su figura, curvilínea y suave como a mí me gusta.

—¿Has comido hoy?

Pone los ojos en blanco. Pero aun así se me pone dura.

—Sí —responde.

—¿Qué has comido? —le pregunto.

Ella se ríe.

—¿En serio? —Cruzo los brazos y enarco una ceja esperando su respuesta. Finalmente cede y suelta un suspiro—. Comí una papa asada con queso y brócoli. —Aprieta los labios y me dedica una sonrisa molesta. Me da igual. Sigue siendo una sonrisa.

Sonrío, me acerco a ella, me inclino y aprieto los labios contra los suyos.

CDiS

—Buena chica. Me alegra ver que te cuidas. —Mis ojos se posan en la camiseta que lleva puesta… mi camiseta—. ¿Es mía? —le pregunto, levantando el dobladillo de mi camiseta rojo oscuro.

Me mira.

—Te he echado de menos.

Suelto una carcajada, con el estómago revuelto.

—Siéntete libre de ponerte toda mi ropa —le digo, enterrando mi cara en su cuello, apretando mis labios contra su piel—. Hasta la última de ellas. —Me encanta verla con mi camiseta.

—Hueles bien —murmura contra mí. Se me pone la carne de gallina cuando siento sus manos en mi pecho por encima de la camiseta. Me encanta—. ¿Acabas de venir del gimnasio?

—Sí —respondo, rodeando su cintura con mis brazos—. El entrenador me ha estado fastidiando. —Después del partido que lancé al principio de la temporada, me ha estado vigilando, asegurándose de que no cometa más errores como ese.

—Está bien —me dice—. Solo necesitas más práctica. No todos pueden ser tan buenos como yo —bromea.

Sonrío mirando su preciosa cara. Estoy loco por esta chica. Tan jodidamente loco. No puedo creer que hayan pasado más de dos semanas desde que aceptó ser mía.

—¿Quieres la revancha? —le pregunto, levantando una ceja—. Que yo me acuerde, la última vez, te estremeciste cuando te tiré el balón.

Arruga la nariz, sacudiendo la cabeza.

—He cambiado.

Me río.

—¿Lo has hecho?

Ella asiente.

—Sí. Ahora tengo novio.

Nunca me cansaré de escucharla decir eso. Para la propia fóbica al compromiso, es la mejor sensación del mundo saber que me quiere.

—¿Sí? —La agarro por la cintura y le paso las manos por las caderas. Asiente, con una sonrisa en los labios—. ¿Y qué diría si te encontrara conmigo?

Sonríe, maliciosamente.

CDiS

—Eso no le gustaría.

—¿No?

Sacude la cabeza, poniéndose de puntillas hasta quedar justo delante de mí.

—Dijo que nadie me toca excepto él.

Suelto un gemido.

—Así es, mierda. —Acerco mis labios a los suyos y beso a mi novia—. Te he echado de menos —murmuro entre besos.

—Te he echado de menos. —Se retira para tomar aire, sus manos agarrando mi pelo—. Estás tan guapo.

Dios mío, la amo. Quiero decirlo todo el puto tiempo. ¿Es demasiado pronto? Probablemente sea demasiado pronto. Definitivamente. En lugar de eso, vuelvo a besarla, con las palabras atascadas en el fondo de mi garganta amenazando con salir.

—Ojalá hubiera sabido que venías —murmura en el beso—. Me habría maquillado o algo.

Frunzo el ceño, echándome hacia atrás.

—No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Actuar como si no supieras que eres la chica más guapa que he visto nunca. —Sus ojos se ablandan y niega con la cabeza, pero antes de que intente negarlo, la interrumpo—. Te he visto con la cara pintada de verde, Leila. Te he visto en pijama, en pantalones cortos, en ropa interior, en nada. Y cada versión es tan jodidamente preciosa como la siguiente.

Sus labios se entreabren y me gustaría saber lo que está pensando. Le rozo el pelo castaño chocolate detrás de la oreja y le paso el pulgar por la cara.

—¿Quieres que te haga un cumplido? —Me inclino hacia ella y aprieto los labios contra su mejilla—. Eres sexi.

Ella gime.

—Puaj, odio esa palabra.

Me río entre dientes, inclinándome para dejarle un beso en la otra mejilla.

—Estás buena.

—No.

CDiS

Me echo hacia atrás, con los labios crispados.

—Eres exigente.

Su ceja se levanta.

—¿Se supone que es un cumplido?

Sacudo la cabeza, riendo.

—¿Qué te parece esto? Eres. —Le beso la mejilla—. Tan. —Beso su mandíbula—. Jodidamente. —Dejo un beso caliente en sus labios—. Guapa.

Su respiración se acelera, su pecho se eleva.

—Mejor —grita.

—Eres una mujer difícil de complacer. —La beso una vez más—. Por suerte me encanta complacerte.

—¿Sí? —dice con los ojos llenos de lujuria—. ¿Cuánto?

—Tanto, nena. —Ser novio es genial. Hay tantos privilegios de novio. Como ponerle apodos ñoños que ella dice odiar pero que en secreto adora, como poder besarla siempre que quiera y poder decirle a todo el mundo que tengo novia. Es lo mejor y me alegro de no haberlo tenido con nadie antes que con ella.

La tomo de la mano y nos precipito al dormitorio. En cuanto se cierra la puerta, me quito la camiseta por la cabeza y la dejo caer al suelo. Sus ojos me devoran y me encanta.

—Quiero quitártela —grito, agarrando el dobladillo de la camiseta, que le queda mejor a ella que a mí—. Todo.

Se arranca la camiseta y gimo al ver que no lleva sujetador. A continuación se quita los pantalones y se queda de pie en su habitación sin nada más que unas bragas grises de algodón. Suelto un gemido cuando veo sus bragas grises con una mancha oscura y húmeda. Y luego siguen ellas.

La agarro por la cintura y la atraigo hacia mí, riéndome cuando grita. Puede que se ponga así cuando estamos en público, pero le encanta que la controle en la cama. Choco mi boca contra la suya, su lengua se desliza contra la mía, me saborea, y un gemido retumba en su interior. Qué bien se siente.

CDiS

—Sube a la cama, Leila. —Ni siquiera reconozco mi voz, gruesa y áspera, consumida por la lujuria. Se sienta en el borde y yo separo sus piernas, acariciando su entrada con mi dedo corazón—. Tan mojada.

La tumbo hacia atrás, abriendo aún más sus piernas, y me inclino hacia ella. Mi lengua encuentra su clítoris hinchado y lo acaricio hasta que gime, echando la cabeza hacia atrás. La engullo como si fuera mi comida favorita. Es tan sensible que no tardo en sacudirla y rechinarla contra mi cara, corriéndose sobre mi lengua.

Me aparto cuando se ha consumido y me limpio la barbilla, sonriendo al verla abierta y mojada para mí. Mis calzoncillos están en el suelo y cuando me mira la polla, relamiéndose, gimo. Quiero su boca sobre mí, pero hay algo que deseo más.

Hay una cosa que aún no hemos hecho y que me muero por hacer, así que cuando empieza a echarse hacia atrás, sacudo la cabeza y me tiro a la cama, ocupando su lugar. Sus labios se entreabren cuando envuelvo mi polla con los dedos y la acaricio lenta y duramente.

—Ven aquí.

—Aiden. —Sus ojos se abren de par en par cuando se da cuenta de lo que quiero que haga—. Te aplastaré.

Resoplo.

—Ni siquiera de cerca.

—Aiden —exclama de nuevo, sacudiendo la cabeza.

Sé que sus inseguridades deben estar divagando en esa bonita cabeza suya, pero nada es más sexi que la imagen de Leila empalada en mi polla.

—Quiero que me cabalgues. —Un suspiro caliente me abandona cuando veo su lengua recorrer su labio inferior, mirando fijamente mi mano sobre mi polla. Qué calor.

La incertidumbre inunda sus ojos, pero cuando ve lo mucho que la deseo, lo mucho que la necesito, se acerca y se sube a la cama.

Sí.

Levanta la pierna, se sienta a horcajadas sobre la cama, me rodea el cuello con los brazos y me besa. La punta de mi polla roza su coño, y ella gime en mi boca, bajando y apretando su clítoris contra mi polla. Mierda. Me echo hacia atrás y los dos miramos hacia abajo, donde está cubriendo mi polla con su humedad. Mierda.

CDiS

—Siéntate en mi polla, Leila.

Me mira fijamente, tirando de su labio inferior entre los dientes y luego se levanta sobre sus rodillas, colocándose encima de mí, colocándonos de manera que nos alineamos perfectamente. Y entonces empieza a bajar. Suelto un fuerte suspiro, agarro sus caderas y la ayudo a moverse. Mierda, qué bien me sienta. Tan apretada. Tan caliente. Tan jodidamente húmeda. Su excitación cubre la punta de mi polla, apretándola dentro de ella. ¿Por qué se siente tan bien? ¿Cómo…?

—Oh, mierda. —Le agarro las caderas para que no se mueva—. Condón —grito.

Jadea y mira hacia abajo, donde está empalada en mi polla. Me mira y niega con la cabeza.

—Yo nunca…

—Lo sé. —Nunca ha practicado sexo sin condón.

—Yo tampoco —le aseguro—. Mi último test dio negativo.

Sus ojos vuelven a caer.

—El mío también. —Mueve las caderas hacia delante, proporcionando una fricción gloriosa. Suelto un gemido, agarrando sus caderas en su sitio, pero es imposible cuando ella gime, haciéndolo de nuevo—. Te sientes tan bien dentro de mí.

Oh Jesús, eso no ayuda.

—Mierda, Leila. —Se siente increíble, tan jodidamente bien. Placer que nunca había sentido antes. Mierda, ¿cómo se supone que voy a salir?—. Necesitamos un condón.

Vuelve a mover las caderas y me ciega los ojos.

—Por favor —gime, hundiéndose media pulgada—. No quiero parar.

Mierda. Mierda. Mierda. Suelto sus caderas y me relajo contra el cabecero mientras ella se hunde en mí, centímetro a centímetro. Su calor apretado me cubre con su humedad. Qué… Mierda. Mierda. Se detiene a medio camino, con los ojos cerrados. Le paso las manos por las caderas.

—Hasta el fondo —le digo—. Sé que puedes soportarlo.

Ella sacude la cabeza, tratando de hundirse, pero se muerde los labios en una mueca de dolor.

—Es demasiado.

Coloco mi pulgar sobre su clítoris, dejándola caer de placer.

CDiS

—Me recibiste tan bien la última vez —canturreo, oyendo sus dulces gemidos—. Puedes hacerlo otra vez. Sé que puedes. Relájate para mí, nena, te haré sentir tan bien.

Se pone de rodillas y baja el trasero hasta que me entierro profundamente en su coño mojado.

—Oh, mierda. —Suelto un gemido gutural y dejo caer la cabeza sobre su pecho.

—Me siento tan llena —gime, empujando sus caderas hacia delante—. Eres tan grande.

Mierda. Tiene que dejar de hablar. Cuanto más gime y habla, más cerca estoy de explotar dentro de ella.

—Necesito que te muevas, preciosa. —Agarro sus suaves caderas con las manos y la levanto. Vuelve a bajar creando la fricción más perfecta. Ambos gemimos. Tiene razón. Nunca me había sentido tan bien, con nadie.

—¿Así? —pregunta, levantándose y volviendo a bajar.

—Mierda, sí, nena, así. —Empujo mis caderas hacia arriba, follándola desde abajo, tan profundo como puedo. Gime, inclina la cabeza hacia atrás y se levanta de mi polla, enterrándome dentro de ella cada vez que deja caer su trasero sobre mis muslos. Nuestra piel se golpea con cada fuerte embestida.

Acerco sus labios a los míos y ella gime en mi boca. La devoro, tragándome cada uno de sus gritos desesperados. Mis labios abandonan su boca, arrastrando besos por su mejilla, su mandíbula y chupando la delicada piel de su cuello, dejando mi marca. Quiero que todos sepan que está conmigo. *Que está conmigo*. Que es mía.

Le rodeo la cintura con un brazo y nos doy la vuelta para que su espalda toque la cama y yo la aprisione. No pierdo tiempo y vuelvo a penetrarla, apoyo los codos junto a su cabeza y me inclino para besarla.

Te quiero.

Por favor, devuélveme el amor.

Cuando otro gemido sale de sus labios, aprieto los ojos. Estoy tan cerca. Demasiado cerca. Pero no quiero que esto termine todavía. No quiero que termine nunca.

—Mierda, no quiero salir de ti.

CDiS

Me rodea la cintura con las piernas y hunde los pies en mi trasero para empujarme más adentro. Pone los ojos en blanco y emite un gemido ruidoso para mis oídos.

—Entonces no lo hagas —dice jadeando—. Quédate dentro de mí.

Gruño.

—No creo que quiera ser padre todavía. —Suelta una carcajada que se convierte en gemido cuando toco un punto muy dentro de ella—. Hablo en serio, Leila. —Levanto los codos, agarro sus caderas y la penetro—. Somos demasiado jóvenes, aún estamos en la universidad. ¿Sabes siquiera cómo cuidar de un bebé? Porque te aseguro que yo no.

—No, idiota. —Se ríe—. Tomo la píldora. Vente dentro de mí.

Me detengo, sujetando sus caderas en su sitio cuando intenta retorcerse sobre mi polla.

—¿Hablas en serio?

Ella asiente, relamiéndose los labios.

—Quiero sentir cómo te corres dentro de mí.

Gimo y muevo sus caderas al ritmo de mis embestidas. Gime, echa la cabeza hacia atrás y su coño se aprieta a mi alrededor, mi polla se inunda con un chorro de líquido caliente que brota de ella.

—Mieeeeeeerda. —Eso es todo para mí. Empujo una vez, dos veces más y siento mis bolas apretarse. Suelto un gemido agónico cuando su coño se contrae, sacándome hasta la última gota.

Cuando la saco y veo cómo le chorrea el semen, me entran ganas de agarrarme la polla, limpiar el semen derramado con la punta y volver a metérsela, dejando escapar un gemido.

—Qué bien —gimo, sacándola unos centímetros y volviendo a meterla—. Tan jodidamente bueno. —Mi cabeza empieza a marearse cuanto más avanzo, el placer de repente es demasiado—. Mierda. Me estremezco y la saco, con la polla agotada por la sobreestimulación.

Me dejo caer a su lado y entierro la cabeza en su pecho. Me rodea con los brazos y susurra:

—Creo que me has matado. —Me río y le doy un beso en los labios—. Lo digo en serio. No paran de temblarme las piernas.

Miro hacia abajo, donde le tiemblan las piernas, estiradas sobre la cama, y me río, sonriendo mientras la miro.

CDiS

—Recuerda quién te folló tan bien que tus piernas dejaron de funcionar.

Se ríe.

—Qué engreído.

Empieza a incorporarse y yo la detengo.

—Espera —exclamo, mirándola—. Quiero cuidar de ti.

Sus cejas se fruncen.

—¿Qué quieres decir?

Me duele el corazón por todas las experiencias sexuales de mierda que ha tenido. Los rapiditos aquí y allá con chicos inútiles y sin sentido que no la merecían. El cuidado posterior es importante, y me gustaría haberlo hecho antes, pero Leila siempre me echaba y me decía que mi trabajo había terminado.

Pero ahora… ahora no soy solo su follamigo, soy su novio, y este es mi trabajo. Me inclino y rozo mis labios contra los suyos.

—Quédate aquí.

Me levanto de la cama y voy al baño, tomo una toalla y la paso por agua caliente. Cuando vuelvo a la habitación, sigue tumbada donde la dejé, dándose golpecitos con los dedos en la barriga. Me río y me inclino sobre ella.

—Abre las piernas, nena.

Me mira, insegura, y luego abre las piernas y yo la limpio, pasándole suavemente la toalla por encima, limpiando todo el desastre que hemos hecho y cuidando de mi novia, como yo quería.

Cuando acabo, me doy la vuelta, dejo caer la toalla en el lavabo y vuelvo a la habitación, me meto en la cama con mi novia y la atraigo hacia mí. Sigue siendo raro saber que es mi novia. Me encanta.

Se acurruca contra mí y me pasa la mano por la espalda. Sé que siente las cicatrices y, cuando suspira, sé que se acerca.

—No puedo creer que tus hermanos te hicieran eso —murmura, apretando los labios contra mi pecho.

Me trago la gravilla atascada en la garganta y suelto un suspiro.

—Mis hermanos no hicieron eso.

Se echa hacia atrás y me mira con el ceño fruncido.

—¿Tu madre?

CDiS

Sacudo la cabeza.

—Fue el ex de mi madre —le explico. Cuando frunce el ceño y se le saltan las lágrimas, levanto la mano para secárselas—. No llores por mí, preciosa. Estoy bien, te lo prometo.

Ella sacude la cabeza, más lágrimas cayendo por su cara.

—¿Por qué hizo eso?

La acurruco más cerca, colocando mi barbilla sobre su cabeza.

—Lo encontré sobre el cuerpo inconsciente de mi madre. —Escucho la aguda inhalación de Leila y decido seguir adelante. Si voy a dejar entrar a alguien, que sea a ella—. Cuando le grité, agarro su cinturón y me dio una lección. —Me paso los dedos por el pelo de Leila y parpadeo cuando la imagen de Jerry reaparece en mi mente.

»Me dijo que si abría la boca, volvería a saber de él. No recuerdo cuántos años tenía, probablemente unos ocho o nueve. —La mayor parte de mi infancia fue un desastre, todo envuelto en días de mierda tras días de mierda—. Pero entonces volvió. —Continúo—: Y cuando escuche a mi madre gritar de nuevo en mitad de la noche, tome lo primero que vi, que era una sartén, y lo golpeé en la cabeza con ella.

Sacudo la cabeza, recordando los acontecimientos de aquella noche.

»Mi madre me gritó. Me dijo que no me metiera —explico—. Aún recuerdo cómo se me heló el cuerpo cuando el primer latigazo de su cinturón volvió a golpearme, pero entonces mis hermanos se despertaron y se ocuparon de él. No sé qué hicieron, pero nunca volvimos a saber de él.

—¿Tus hermanos ayudaron?

Asiento con la cabeza, me alejo y la miro a los ojos.

—Puede que me hicieran daño al crecer, pero estuvieron ahí cuando los necesité.

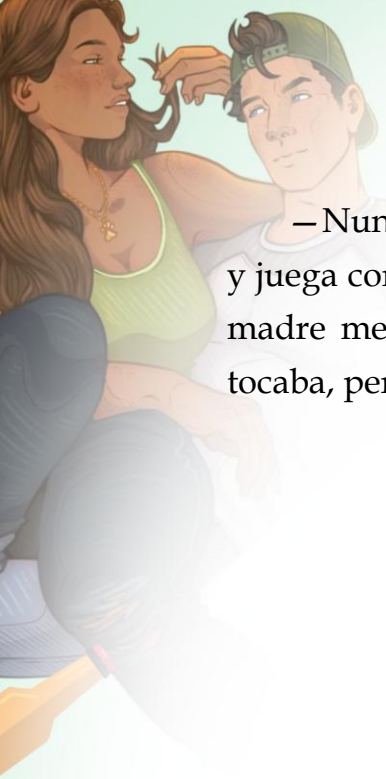
Frunce el ceño.

—Eso no significa que esté bien —dice, poniéndome la mano en la cara—. Una cosa buena no borra los años de abuso por los que te hicieron pasar.

—Tienes razón. —Suelto un suspiro, con ganas de mandarlo a la mierda y decirle lo enamorado que estoy de ella—. No lo es.

Ella sacude la cabeza.

CDiS



BOTTLE

—Nunca dejaré que nadie vuelva a hacerte daño. —Me sube la mano y juega con mi pelo. Solía odiar que me tocaran el pelo, la idea de que mi madre me lo tiraba como castigo me lo recordaba cada vez que me lo tocaba, pero cuando Leila lo hace, no hay nada más que amor.

CDiS

Capítulo 34

AIDEN

APUESTAS Y CHANTAJES

Es una gran sensación poder tocar a Leila sin que se sobresalte cada dos segundos y mire a su alrededor en busca de gente.

No puedo quitarle las manos de encima. Probablemente le moleste lo mucho que la toco, pero no ha dicho nada, así que no voy a dejar de hacerlo. No cuando he estado privado de esto durante meses.

Cuando me inclino para rozar mis labios con los suyos, Rosie se ríe.

—Qué lindo. —Sonrío cuando me retiro y miro a Leila. Ella me mira, poniendo los ojos en blanco, pero sus labios dicen otra cosa cuando sonríe—. Son adorables.

—Solo asegúrate de no acapararla como hace Grayson —dice Gabi.

Sacudo la cabeza y sonrío a Leila.

—No puedo prometerte eso. —Ahora que la tengo, será imposible dejarla marchar. Quiero estar con ella todo el tiempo, no me basta con tenerla a mi lado. Es seguro decir que estoy obsesionado con esta chica y tan jodidamente enamorado que me ciega.

El camarero sale con nuestra comida y nos la pone delante. Siento vibrar mi teléfono en el bolsillo y lo saco.

Aparto el brazo de Leila y le doy la espalda al teléfono. ¿Qué carajo pasa?

Desconocido: *Has roto las reglas.*

¿Ahora? ¿Ahora tengo noticias suyas? No he oído ni pío desde que perdí el partido e hice lo que me pidió y envié… mierda. No sé nada de él desde que envié el número de Leila. ¿Por qué demonios me está mandando mensajes otra vez?

CDiS

—¿Estás bien? —Salto al escuchar la voz de mi novia. Mi novia a la que traicioné.

Me rasco la mandíbula, apago el teléfono y me lo meto en el bolsillo. Mi intento de sonrisa normal se queda en nada cuando recuerdo todo lo que ese idiota me dijo que hiciera.

—Sí, preciosa.

—Voy a vomitar. —Gabi finge una arcada y yo suelto una risita, viendo cómo Madi le pone los ojos en blanco.

—No seas celosa.

Suspira, sacudiendo la cabeza.

—Voy a ser la última soltera aquí —exclama—. Lo sé. Me voy a quedar sola.

—Eso no es verdad —contradice Madi—. No estoy saliendo con nadie.

Gabi la mira.

—Todavía.

—Nunca.

Gabi sacude la cabeza, dejando escapar una burla.

—Ya.

Madeline le estrecha los ojos.

—Te lo digo en serio. El día que seas testigo de que me enamoro será el día que me tiña el pelo de rojo. —Levanta las cejas.

—Estás mintiendo —responde Gabi con escepticismo.

—No lo estoy.

—¿Tú? ¿La maniática del control? Tú nunca lo harías.

—Tienes razón. —Madi asiente—. No lo haré porque no quiero perder.

Grayson sonríe.

—Pareces segura de ti misma —dice, rodeando a Rosalie con el brazo. Me pican las palmas de las manos por hacer lo mismo con Leila, pero después de que ese mensaje me recordara cómo empezamos, me siento como un traidor.

—Lo estoy.

Gabi sonríe, girando su cuerpo para mirar a Madeline.

—¿Quieres apostar?

—¿Y cuál sería su pérdida cuando pierda?

Gabriella se encoge de hombros.

CDiS

—Nada.

—Vamos —anima Madi, poniendo los ojos en blanco—. Tenemos que hacerlo justo.

—Bien —concede Gabi—. Si me enamoro primero, me teñiré el pelo de rosa.

Madi se burla.

—Eso no es una apuesta. Llevas años queriendo hacerlo.

—Muy bien mandona, ¿entonces qué sugieres?

Madi se queda mirando al vacío, entrecerrando los ojos, pensando en un castigo para Gabi.

—Tienes que hacerte un tatuaje —respondo en su lugar.

A Madi parece gustarle la idea, y también a Gabi, que se encoge de hombros y dice:

—No es para tanto, de todas formas quiero hacerme un tatuaje.

Sacudo la cabeza, inclinándome hacia delante.

—Madi elige el tatuaje —aclaro, señalando a Madeline, cuya sonrisa aumenta por momentos—. Y ella elige dónde te lo haces.

Los ojos de Gabi se abren de par en par.

—Ella va a elegir como… su nombre en mi espalda o algo así.

Me río.

—Exacto.

Gabi estrecha los ojos hacia Leila.

—Tu novio es malvado. —Esas palabras que me hicieron tan feliz hace solo diez minutos ahora se sienten como un gran peso en mi pecho. ¿Cómo voy a contárselo todo sin que piense que estoy mintiendo?

—Sí —responde Leila, pasándome las manos por la espalda. Dejo que se me cierren los ojos al sentirla. Mierda, me encanta. ¿Qué le voy a decir?—. Pero le tengo cariño.

—Trato hecho —asiente Gabi, dándose la vuelta para mirar a Madi—. Si me enamoro primero, entonces me haré un tatuaje de tu elección.

—Y si me enamoro primero, entonces me teñiré el pelo de rojo.

Se dan la mano, Madi sonríe a Gabi. Me río mirándolas, esto va a ser interesante. Pero cuando mi teléfono vuelve a zumbar en mi bolsillo, mi cuerpo se pone rígido y lo saco de mala gana, leyendo el mensaje.

Fotos.

CDiS

Aunque esta vez no de mi familia. De mí y Leila, ahora mismo sentados en este café.

Me levanto del asiento, muy consciente de que todos me miran mientras la silla tropieza en el suelo y miro a mi alrededor. ¿Esta persona estaba aquí? ¿Justo delante de mí, haciendo fotos y yo no la había visto?

Cuando mi teléfono vuelve a zumbar, miro hacia abajo y aprieto la mandíbula al leer las dos palabras que me revuelven el estómago.

Desconocido: *Termínalo.*

Antes, sentir las manos de Leila sobre mí me producía tanta alegría y paz, pero ahora no es más que un recordatorio de todo lo que hice y de lo que quiere que haga. Me doy la vuelta, me meto el teléfono en el bolsillo y se me parte el corazón cuando la veo fruncir el ceño y ponerme la mano en el brazo.

—¿Qué pasa? —me pregunta, echando un vistazo a mi bolsillo—. ¿Es tu hermano?

Sacudo la cabeza y me paso una mano por el pelo. Mierda. Mierda. Mierda.

—No, preciosa, me ha parecido ver a alguien. —Antes de que pueda decir nada, me inclino, le doy un beso en la mejilla y paso a su lado—. Necesito ir al baño.

Ni siquiera miro hacia atrás, sabiendo que si veo su cara me voy a derrumbar. Cuando cierro la puerta del baño, saco el teléfono y empiezo a mandar mensajes.

Aiden: *¿Quién demonios eres?*
Desconocido: *No es importante. Termínalo.*

No lo entiendo. Mis dedos tiemblan de rabia mientras tecleo.

Aiden: *¿Por qué?*
Desconocido: *Haz lo que te digo o las fotos se filtran.*

Mis dientes rechinan tan fuerte que duele.

CDiS

Aiden: *Creía que las habías borrado.*
Desconocido: *Mentí.*

—Hijo de puta. —El teléfono en mi mano está a segundos de ser aplastado como un insecto. Debería haber sabido que quienquiera que consiguiera las fotos de mi familia se las quedaría. Sigo sin saber qué quería de mí. Le di lo que pidió y no había vuelto a saber de él. Hasta ahora.

Diciéndome que haga lo único que romperá tanto mi corazón como el de la chica que lo posee.

CDiS

Capítulo 35

AIDEN

JODIDO ÁRBOL GENEALÓGICO

—Casi lo tenía.

Jordan lo golpea en la nuca con una toalla, riendo.

—No tenías nada. Casi tropiezas con tus propios pies.

Ethan se burla, sacudiendo la cabeza.

—Si no se hubiera desviado, lo habría atrapado.

Le doy un codazo a Carter en el brazo.

—¿De quién están hablando?

Se pone la camiseta y se ríe.

—Un chico que se le insinuó a una chica que Ethan está viendo. Lo encontró fuera de su dormitorio. —Se encoge de hombros—. Ella jura que no pasó nada, pero ya sabes cómo son las chicas.

Levanto la ceja. Sobre todo porque las únicas chicas con las que paso tiempo últimamente son Leila y sus amigas, pero también porque… ¿qué demonios sabe este chico de mujeres?

Resopla al ver mi cara.

—Ya. Ahora estás enamorado y tal.

Me río y me abrocho los zapatos.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Lo es para mí —dice sentándose en el banco y deja escapar un suspiro—. Soy alérgico a las relaciones.

Qué gracioso. Yo solía ser así hasta que conocí a Leila. Pensaba que las relaciones eran demasiado trabajo, que no valían la pena. Estaba tan equivocado. Ha pasado menos de un mes y ha sido el mejor mes de mi vida.

Le doy un codazo, acercándome para que nadie escuche.

CDiS

—¿Qué pasó con ese chico con el que salías? —Mira a su alrededor, pero nadie escucha. Es un honor saber que Carter me confía su mayor secreto.

Se encoge de hombros.

—Solo estábamos saliendo. No nos estábamos viendo.

Sacudo la cabeza, me pongo la gorra y suelto una burla.

—Tengo que decir que no echo de menos los ligues. —Había estado fuera del juego por un tiempo antes de que Leila apareciera. Se volvió… aburrido, repetitivo, sin sentido y no pude hacerlo más.

Cuando llegué a Redfield, no sabía nada de chicas. Absolutamente nada. Ni siquiera había besado a una. Y luego me convertí en capitán y empecé a ganar partidos, y me gané el respeto por aquí, y mucha atención de las chicas.

Pero nunca he estado tan agradecido de dejar todo eso atrás a cambio de lo que tengo con Leila. Suena ñoño de solo pensarlo, pero desearía haberla conocido antes. Ojalá hubiera esperado a conocerla para tener relaciones íntimas.

Porque hasta ella solo era una liberación, una escapada rápida que me hacía sentir bien. ¿Pero con Leila? Lo es todo.

Carter se ríe.

—Claro que no —responde—. Puedes tener sexo cuando quieras.

—¿Estamos hablando de la chica de Pierce? —Ethan cierra su taquilla, sonriendo cuando se da la vuelta—. No es realmente mi tipo, pero tiene unas tetas enormes.

Jordan vuelve a golpearle la nuca, haciendo que Ethan entrecierre los ojos mirándolo.

—¿Qué? Es verdad.

—No hables así de su chica —responde Jordan.

Me levanto del banco.

—¿Tienes algún problema con Leila? —le pregunto.

Ethan se ríe.

—¿Quién yo? Ni siquiera conozco a la chica.

Uno de estos tipos sí. Uno de ellos la besó y se acostó con ella y la trató como una mierda. Todavía no sé quién podría ser.

—¿Entonces por qué sigues sacándola a colación?

CDiS

Se pasa la lengua por los dientes.

—Lo siento, su alteza, no volverá a suceder.

La puerta se abre cuando el entrenador asoma la cabeza y me señala con el dedo.

—Pierce —exclama con voz severa. Su tono es frío, incluso enfadado—. Ven conmigo. —El entrenador se da la vuelta sin más explicaciones y la puerta se cierra tras él.

—¿Vas a chupársela? —grita Ethan. Entrecierro los ojos y me pregunto qué le pasa antes de salir de los vestuarios.

Cuando atravieso a empujones el despacho del entrenador, está sentado en su silla, con las manos entrelazadas frente a él, el rostro reservado a cualquier emoción. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Quería verme? —pregunto, cerrando la puerta detrás de mí.

Suelta un suspiro, mirando fijamente un trozo de papel que tiene delante.

—Ni siquiera sé cómo decir esto. —Mis cejas se fruncen cuando intento mirar el papel. No puedo leerlo desde aquí, no tengo ni idea de qué lo tiene actuando así. Cuando levanta la cabeza, las palabras que salen de su boca me atraviesan como una cuchilla afilada—. Has suspendido el control de drogas, hijo.

Se me hiela la espalda y se me pone la piel de gallina.

—¿Qué? Eso es imposible.

Aprieta con dos dedos el trozo de papel que hay sobre el escritorio.

—Las pruebas no mienten. Has dado positivo en Anfetaminas. —Mi mente da vueltas. ¿Cómo es posible?—. Sabes lo malo que es consumir cualquier droga, y menos un estimulante, Aiden.

—Señor. —Mi voz se entrecorta y sacudo la cabeza, aclarándome la garganta—. Entrenador, tiene que haber un error. Nunca he tocado las drogas. —Me rasco la nuca—. Mi familia… no viene de un buen lugar. —Subestimación del año—. Sabía que debía alejarme de ellos. Ni siquiera bebo —digo esto último con la esperanza de que me crea.

La sacudida de su cabeza me da algo de esperanza, tal vez vea que fue un error.

—Tengo que decir que suena un poco increíble, pero no puedo creer en tu palabra cuando las pruebas dieron positivo.

CDiS

No lo entiendo.

—¿Es posible que alguien haya alterado los resultados?

Parece meditarlo, pasándose una mano por la barba crecida.

—No lo creo. —Mierda—. Las muestras se envían al laboratorio para ser analizadas.

Me pican las palmas de las manos. Me pica la cabeza. Todo mi cuerpo me grita. ¿Cómo carajo ha pasado esto?

—¿Qué significa esto? —Me obligo a preguntar.

—Significa que estás suspendido por el momento.

—Entonces, ¿no hay partido?

Sacude la cabeza.

—Ni siquiera estás en el equipo a partir de ahora.

Esta es mi peor pesadilla. El baloncesto lo es todo para mí. Fue lo único que tuve durante tanto tiempo, es mi forma de salir de una vida como la que tiene mi familia. Es la forma en que me aseguro de que Leila esté cuidada. Es todo lo que tengo.

—¿Qué más se supone que debo hacer?

Se levanta de la silla y rodea la mesa.

—Concéntrate en tus estudios —sugiere, agarrando una botella de *whisky* y vertiéndola en su taza—. Mantente al día con tu trabajo escolar.

—Pero si no juego, ¿qué pasa con mi beca?

Toma un sorbo de la bebida rancia que puedo oler a kilómetros de distancia.

—No voy a hacer ningún cambio drástico por el momento. —Se me caen los hombros. Gracias a Dios—. Pero te haremos otra prueba, y si el resultado es positivo por segunda vez —sacude la cabeza—, lo siento, hijo, pero no estarás en el equipo.

—Lo que significa que no hay beca. —Sin futuro. Sin vida. Sin Leila.

—Creí en ti, Aiden. —Coloca su taza detrás de él—. Sigo creyendo. Sé que es mucha presión, pero esta no es la respuesta.

—No tomé estimulantes —le aseguro—. Nunca los tocaría.

Se cruza de brazos, evaluándome.

—¿Pero no puedes probarlo?

Levanto las manos, señalando el trozo de papel que contiene mi futuro.

—Si mi pis dice lo contrario, entonces no.

CDiS

Asiente, tomando de nuevo su taza.

—Vuelve dentro de tres semanas y te haremos otra prueba. —Toma un sorbo, sacudiendo la cabeza—. Es lo mejor que puedo hacer.

Asiento con la cabeza. *Tres semanas*.

—Gracias. —Trago saliva—. Por no quitarme la beca.

Levanta las cejas.

—Esta es la última vez que ocurrirá.

—Entiendo, entrenador.

Hace un gesto detrás de mí, sentándose de nuevo en su escritorio.

—Cierra la puerta al salir.

Salgo de su despacho, entro en los vestuarios y los encuentro vacíos. Recojo mi bolsa de deporte del suelo, la meto en la taquilla y salgo. Se acabaron los entrenamientos, los partidos y el equipo durante al menos dos semanas.

Cuando mi teléfono zumba, me relajo pensando que es Leila. Me encantaría recibir un mensaje suyo, una foto, incluso una carta. Da igual.

Pero no es Leila.

Desconocido: *No te sorprendas tanto. La manzana no cae lejos del jodido árbol genealógico.*

Mi corazón se acelera, amenazando con salirse de mi pecho. ¿Este tipo hizo esto?

Desconocido: *Te lo advertí. Termina con ella o acabo contigo.*

CDiS

Capítulo 36

LEILA

TÚ LO VALES TODO

Llamar a la puerta es cosa del pasado para Aiden.

Ni siquiera vacila antes de rodearme la cintura con los brazos por detrás y apoyarme la barbilla en el hombro. Doy un respingo y lo miro por detrás del hombro.

—Me has asustado —suspiro, con el corazón acelerado.

Sus ojos se abren de par en par cuando mira la olla que tengo en la mano.

—¿Estás cocinando?

Me doy la vuelta y suelto una carcajada.

—Ya te he dicho que sé cocinar.

Sus manos recorren todo mi vientre, pasándolas por encima de mí. Solía odiar tocarme la barriga, cada vez que mis manos tocaban mi piel encontraba otra cosa que odiar, sobre la que psicoanalizarme, pero cuando Aiden lo hace, no está examinando cada rollito y cada curva, simplemente no puede dejar de tocarme.

Sus labios presionan mi hombro.

—¿Qué estás haciendo?

Inclino la cabeza hacia el arroz aguado de la olla.

—Estoy intentando recrear el risotto que comimos en el restaurante.

Se ríe contra mi piel y me besa el cuello.

—Ha estado muy bien. Deberíamos volver alguna vez.

Sacudo la cabeza y me vuelvo hacia él.

—Ni hablar, es demasiado caro. —Aún recuerdo que casi me ahogo con el agua cuando llegó la factura. No dejaré que vuelva a gastarse tanto dinero en mí.

Levanta la cabeza y me agarra la barbilla.

CDiS

—Ya te he dicho que dejes de preocuparte por el dinero. No me detendré ante nada para que tengas todo lo que puedas desear.

Cada día me enamoro más de este hombre.

—¿Pero qué pasa con tus hermanos?

Suspira y me abraza.

—Hace siglos que no llaman, Leila. Les envié todo lo que tenía y no voy a enviarles más pronto. —Se pasa la mano por la cara—. No tienes de qué preocuparte.

No puedo evitarlo. Aiden cuida de todos, se deja la piel para luego no recibir nada a cambio. Nadie cuida de él. Yo tengo que hacerlo.

Su mirada se posa en mis piernas, con una sonrisa arrogante en los labios.

—Nunca pensé que un pijama pudiera ser tan sexi. —Cuando vuelve a mirarme, hay hambre en sus ojos—. Eres demasiado guapa para que mi cabeza no esté entre tus piernas.

Suelto una carcajada y me vuelvo para mezclar el arroz. Agarro una cuchara, tomando un poco. *Mierda, qué bueno está.* Agarro un poco más y le tiendo la cuchara.

—¿Quieres un poco?

Sonríe y se acerca.

—Sí, nena. —Se acerca a mí, atrapándome con sus dos brazos contra el mostrador—. Tomaré cualquier cosa que me des.

Levanto la ceja.

—¿Y si es veneno?

Suspira, frotando su pulgar sobre mi mejilla.

—Será la mejor manera de morir.

Mis mejillas se calientan. ¿Quién iba a decir que Aiden Pierce era tan romántico? Sus labios se cierran en torno a la cuchara, tragando el risotto, y cuando sus ojos se abren de par en par, sé que le ha gustado y que por fin cree que sé cocinar.

—¿Bien? —le pregunto, con los labios torcidos por la diversión.

Se inclina hacia mí y me besa en los labios.

—Muy bueno —murmura—. Me equivoqué.

—Como siempre.

Sacude la cabeza, riendo.

CDiS

—No sobre todo. Tenía razón en esto.

—¿Sobre qué?

—Que estamos bien juntos.

Sí. En eso tiene razón. Era tan cautelosa, no quería que me rompiera el corazón que casi lo excluí y me alejé de todo esto. Estoy tan contenta de haber ido a ese partido.

En cuestión de segundos, algo se apodera de Aiden y se aparta de mí, con la sonrisa borrada de la cara y se da la vuelta, enterrando la cabeza entre las manos.

Frunzo el ceño y veo cómo gime. Ha estado raro toda la semana. Sobre todo en la cafetería, cuando se levantó bruscamente y se marchó sin hablarme.

Mis manos recorren sus brazos, sus músculos duros bajo mis palmas.

—¿Estás bien? —le pregunto. Casi se sale de lo que estaba pensando, se da la vuelta y suelta un suspiro.

—Sí —responde, dedicándome una sonrisa—. Estoy bien. —Pero no es la sonrisa fácil de siempre. Algo va mal. No sé qué, pero sé que algo pasa.

Cuando suena el temporizador, me doy la vuelta, apago la olla y emplato el risotto. Aiden me sigue, toma los platos antes que yo y los pone sobre la mesa. Los dos nos sentamos, nos zampamos la comida y, cuando levanto la vista, me está mirando intensamente, escudriñando mis rasgos.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto, mi cara se calienta bajo su mirada.

La comisura de sus labios se levanta un poco, volviendo a bajar un segundo después.

—Estoy grabando esto en mi memoria.

Miro el plato y mi sonrisa crece por momentos. Pero cuando suena mi teléfono y veo el nombre en la pantalla, me quedo paralizada, le doy la vuelta antes de que Aiden pueda verlo y tomo otro bocado de risotto.

—¿Quién era?

Mierda.

—Solo Rosie. —Me meto un tenedor lleno de comida en la boca, sin atreverme a mirarlo.

—¿Me estás mintiendo ahora mismo?

CDiS

Esto no tiene solución. Dejo caer el tenedor y trago saliva cuando lo miro y veo que me mira con el ceño fruncido.

—No te enfades.

Se burla.

—Buena manera de empezar —se burla, con los ojos entrecerrados—. ¿Quién era?

Tengo que decírselo. Lleva pasando demasiado tiempo.

—¿Recuerdas cuando dije que me había acostado con uno de tus compañeros de primer año?

Su mandíbula se aprieta y mi corazón empieza a acelerarse. Odio estar haciendo esto ahora mismo.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Me ha estado enviando mensajes de texto por un tiempo.

Su mandíbula se tensa aún más y sus puños se cierran a su lado. Antes de que pueda decir nada, levanto las manos.

—No he contestado, ni siquiera le he dado mi número. No sé cómo lo ha conseguido. —Me encojo de hombros, esperando que me crea.

Se toma un minuto para respirar, con los músculos tensos mientras se inclina hacia delante.

—¿Me estás diciendo que uno de mis compañeros de equipo con el que he entrenado todos los días te ha estado mandando mensajes mientras estábamos juntos?

Mierda. Hago una mueca de dolor, jugueteando con mis manos.

—Más que eso.

Sus cejas se levantan.

—¿Cuánto tiempo, Leila?

Levanto los hombros.

—¿Unos meses? —Su rostro se vuelve de piedra, puedo ver la nueva información dando vueltas en su cabeza.

—¿Quién?

Esa sola palabra me revuelve el estómago. No puedo decirle a Aiden que lo ha traicionado, que me ha estado enviando mensajes sabiendo que estamos juntos. Abro la boca, negando con la cabeza.

—¿Quién, Leila?

CDiS

Aprieto los labios. Le he ocultado esto durante demasiado tiempo. Dejo escapar un suspiro, sabiendo que esto va a destruirlo.

—Jordan.

El silencio me atraviesa, se instala sobre nosotros mientras Aiden procesa lo que acabo de decirle.

—¿Jordan? —repite al cabo de unos minutos—. ¿Jordan Wright? Menea la cabeza—. No. Ni de broma. ¿Él?

No sé si no me cree o si simplemente está en estado de shock, así que empujo mi teléfono a través de la mesa.

—Puedes comprobarlo si quieres.

Pone los ojos en blanco y suelta un suspiro.

—No voy a revisar tu teléfono, Leila.

—No quiero que dudes de tu confianza en mí.

Sus ojos se suavizan, mirándome fijamente a los ojos.

—Confío en ti. Eres la única persona en la que confío.

Mi corazón palpita al oír sus palabras, sabiendo que soy la única persona que lo conoce de verdad. Pero no podré relajarme hasta que sepa toda la historia.

—Compruébalo, Aiden. —Le doy la vuelta al teléfono, introduzco el código y abro la cadena de mensajes, la cadena de mensajes unilateral, de Jordan.

Suelta un suspiro y toma el teléfono, escaneando la pantalla. Sé lo que va a encontrar. Un sinfín de mensajes de su mejor amigo y compañero de equipo. Algunos hablan de repetir la noche que pasamos y otros me llaman de todo.

—Hijo de puta. —Deja caer mi teléfono sobre la mesa, se levanta y se dirige hacia la puerta.

El pánico se apodera de mí cuando me doy cuenta de que se va.

—Espera, por favor. —Se detiene en la puerta y se gira para mirarme—. No te vayas. Lo siento. Debería habértelo dicho.

Cierra los ojos y me agarra la cara con el hombro caído, pasándome el pulgar por la mejilla.

—Cariño —canturrea—. No tienes por qué disculparte. Pero no voy a dejar que se salga con la suya.

CDiS

—No. No lo hagas. —Saco la lengua para lamerme los labios—. Solo lo empeorará. No merece la pena.

Cuando me mira, veo tantas emociones corriendo por su cabeza.

—Tú lo vales todo. —Aprieta sus labios contra los míos y, en cuestión de segundos, se da la vuelta y se marcha, cerrando la puerta tras de sí.

CDiS

Capítulo 37

AIDEN

UNA SEMANA

Jordan.

Fue Jordan todo este tiempo.

No puedo explicar la rabia que me entró cuando leí los mensajes que le envió a mi novia.

¿Cómo no me di cuenta? ¿Pasé meses, años con el tipo y no me di cuenta de que me estaba chantajeando? Tiene que ser él. Leila no da su número a cualquiera y los mensajes empezaron justo después de que le enviara su número al chantajista.

No puedo creer lo que hice. Debería haber tratado de averiguar quién era, de cerrarle el paso, pero en lugar de eso traicioné la confianza y la intimidad de la única chica a la que quería y ahora este idiota vuelve a echarme en cara mi pasado.

Pero esta vez, hay algo más en juego. Leila. Una mirada a ella y mi corazón duele al saber lo que Jordan quiere que haga. No puedo terminar con ella. No puedo. Dejé que me chantajeara una vez, no volveré a hacerlo.

Ni siquiera me molesto en llamar a la puerta cuando irrumpo en la casa de la fraternidad, los recuerdos de cuando era novato y necesitaba un sitio barato vuelven a mí, el único tipo al que odio más que a Jordan ahora mismo delante de mí.

Ben Reed. El idiota que me puso una raya de coca delante llamándome marica cuando me di la vuelta y me fui. Odio a este tipo.

Recuerdo que me abalancé sobre él el año pasado cuando fue tras Rosie para llegar a Grayson. Las cosas que decía me hicieron enrojecer. Nadie habla así de una mujer y se sale con la suya.

—¿Qué carajo haces aquí, Pierce? —dice arrastrando las palabras. Debería escandalizarme de que esté borracho antes del mediodía, pero es

CDiS

la marca de la casa para él—. ¿Has venido suplicando unirte? —Sonríe, dando un sorbo a su cerveza—. No tienes suerte, no aceptamos maricas.

Su risita oscura no hace más que irritarme mientras lo ignoro, subiendo las escaleras de dos en dos, mirando a mi alrededor en busca del bastardo que me apuñaló por la espalda.

Grayson estuvo ahí el año pasado, impidiendo que le diera un puñetazo a ese idiota de abajo, salvándome de que me suspendieran o incluso de que me expulsaran, pero ¿ahora mismo? Ni siquiera Grayson podría detenerme. No tengo nada que perder. Leila está en juego, mi beca está en juego, y todo por Jordan.

Encuentro su habitación en cuestión de segundos, abro la puerta de un tirón, me acerco a él, agarro su cuello con el puño y le doy un puñetazo en la cara. El puto idiota me ha amenazado. Amenazó a la mujer que amo. Se merece esto. Se merece algo peor.

—¿Qué carajo? —balbucea, intentando apartarme—. Pierce, ¿qué carajo estás haciendo?

—Sé que eres tú. Mierda, sé que eres tú quien me ha estado chantajeando. —Me aparto de él, mirándolo fijamente. Este tipo era uno de mis mejores amigos.

Se ríe, limpiándose parte de la sangre que le brota de la boca.

—¿Cómo te enteraste?

Escucharlo admitirlo despierta en mí una ira que no sabía que existía. Le agarro la mandíbula con la mano y le aprieto más.

—Le has estado mandando mensajes a mi chica —le digo—. ¿Qué carajo quieres de ella? ¿De mí?

Me empuja el pecho.

—Quítate de encima.

—Debería matarte.

Entrecierra los ojos.

—Adelante. Encajarás bien con tu familia.

Lo suelto, mis ojos se abren de par en par cuando recuerdo que lo sabe todo. Las fotos de mi madre desmayada en el sofá con una aguja en el brazo, las grabaciones de seguridad de mi hermano robando.

Se ríe, amargamente.

—Eres un marica, por eso no mereces ser capitán.

CDiS

Parpadeo mirándolo, observando cómo se ajusta la mandíbula, escupiendo sangre al suelo.

—¿De esto se trata? —le pregunto.

Sacude la cabeza, mirándome.

—No te lo mereces. Yo sí me lo merezco. Trabajé duro para conseguir ese puesto y tú te abalanzaste sobre él y me lo quitaste.

—Eso fue cosa del entrenador. —Yo no pedí el puesto.

Se ríe.

—El entrenador te compadece, nada más.

No puedo creer que hace solo unos días, yo solía pensar en este tipo como un amigo.

—El entrenador ni siquiera lo sabe. Nadie lo sabe.

—Claro que lo hace —dice—. ¿Crees que no investiga? —Se le levanta la ceja—. ¿Crees que no investigué?

Me tiembla la mandíbula.

—¿Cómo te has enterado?

Cruje el cuello y escucho el dolor que debe de sentir. Desearía haberle dado más puñetazos.

—Necesitaba algo de ti. No era difícil. Puede que te pasees por el campus creyéndote un dios, pero eres un perdedor, Aiden. Siempre lo has sido. Siempre lo serás.

—¿Y Leila? —Hago la pregunta que me ronda por la cabeza—. ¿Qué tiene ella que ver con esto?

Se ríe de nuevo y se me revuelve el estómago.

—Ha sido interesante. No formaba parte de mi plan, pero fue jodidamente perfecto.

Lo fulmino con la mirada.

—¿De qué estás hablando?

—Puede que tú no te acuerdes, pero yo sí. —Se cruza de brazos—. Estaba encima de mí, coqueteando, sonriendo, lamiéndose esos labios. —La forma en que habla de mi novia me hace querer olvidar todo lo racional y darle un puñetazo en el suelo—. Así que, por supuesto, me la tiré. —Se encoge de hombros—. Nunca me he follado a una gorda, siempre hay una primera vez, ¿no?

Quiero matarlo. Quiero matarlo tanto.

CDiS

—Y a la mañana siguiente, se fue. No me gustó eso.

Sacudo la cabeza, recordando lo que dijo Leila sobre que él la amenazó para que no se lo contara a nadie y ahora está molesto porque ella hizo exactamente lo que él quería…

—¿Por qué te importa? —Ha pasado más de un año, ¿por qué demonios sigue aferrado a eso?

Me gruñe.

—Porque fue humillante. No debería tener que perseguirla. Tuvo suerte de que le metiera la polla.

Me acerco a él.

—Cuidado con lo que dices, mierda —le digo, y vuelvo a agarrarle la mandíbula con la mano. Hace un gesto de dolor cuando la aprieto—. O te mataré. Y esta vez no pararé.

—Que te jodan. —Me empuja el pecho—. Tú y esa zorra no son más que un medio para un fin. Nunca se supuso que fuera más que eso.

—¿Entonces por qué me dijiste que consiguiera su número? ¿Por qué hacer todo eso? —Se me revuelve el estómago al admitir que las primeras interacciones que tuvimos fueron por culpa de este idiota, que quería algo de ella.

—Estaba matando dos pájaros de un tiro —resopla, limpiándose la sangre del labio—. Quería que dejaras de ser capitán y quería humillarla como ella me hizo a mí.

—¿Cómo pensabas hacerlo?

—Sencillo. —Sus labios se crispan—. Iba a hacer que se enamorara de mí.

Resoplo.

—Leila no quiere saber nada de ti.

—Sí. —Me estrecha los ojos—. Me lo imaginaba. Y ahí es donde entras tú. Ese día en clase, ya estabas encima de ella, y puede que te odiara pero habló contigo. —Me estuvo manipulando todo el tiempo—. Quería conseguir su número, hacer que se enamorara de mí, pero cuando eso no funcionó, te dejé hacer el trabajo por mí. —Se ríe—. Ella cayó justo en tu regazo. Fue demasiado fácil.

—Eres un idiota —escupo—. No puedes usar a la gente así.

Se encoge de hombros.

CDiS

—Ya lo hice. Y ahora vas a terminar lo que empezaste. Vas a terminar con ella. Vas a romper con ella. —Su sonrisa me pone violento—. Haz que duela, y hazlo público. Será mucho más divertido.

Vuelvo a arremeter contra él y le agarro por el cuello con el puño.

—Ya no estás al mando. No voy a romper con ella y tú no vas a obligarme.

—Cuidado. —Me empuja fuera de él—. No borré esas fotos, Aiden. Si no quieres que tu carrera en el baloncesto se vaya por el desagüe, entonces harás lo que te digo.

—Te estás tirando un farol.

Se encoge de hombros.

—Puede que sí. Puede que no. ¿De verdad quieres arriesgarte a equivocarte? —Cuando no respondo, sonríe como si ya hubiera ganado—. Ella va a recibir lo que se merece, y tú vas a hacerlo.

—No.

Entorna los ojos y se burla de mí.

—No me digas que la quieres de verdad. —Tengo la mandíbula tan tensa que me duele—. Maldita sea —se ríe—. Supongo que deberías darme las gracias.

Me sacudo sus palabras de la cabeza. Claro que la quiero, pero él no tiene nada que ver. Quería su número. Y ya está. La quería a ella. Toda ella. Sus ojos en blanco y sus bromas, la forma en que puede ver a través de mí y ponerme en mi lugar. Su ceño fruncido y sus risas, sus sonrisas, sus labios. Ella tiene mi corazón entre sus dedos y este bastardo no tiene nada que ver con eso.

—Pues es una lástima. Tienes una semana —amenaza—. Termínala o las fotos saldrán.

Sus palabras resuenan en mi mente. No puedo dejarla ir. ¿Cómo voy a dejar escapar lo mejor que me ha pasado en la vida?

—¿Por qué no publicarlo? Si tanto me querías fuera del equipo publica las fotos y deja de hacerme perder el maldito tiempo.

Asiente, lamiéndose la sangre de los labios.

—La cosa es, Aiden. Eres bueno. No te quiero fuera del equipo. Solo quiero el puesto de capitán. Pensé que seguro que haciéndote perder el partido funcionaría —exclama, con la mandíbula crispada—. Pero si no me

CDiS

das lo que quiero, te desenmascararé. Y entonces —silba—, estarás acabado. Nadie va a querer a un perdedor como tú en su equipo.

Tiene razón. Sé que la tiene. Mi vida como capitán del equipo de baloncesto de Redfield ha terminado. Nadie me admirará ni me respetará. Será como el instituto otra vez, bromeando y riéndose, tratándome como si no fuera nadie. Y no habrá forma de que me recluten, no habrá ninguna maldita posibilidad de que quieran a alguien con mis antecedentes representándolos.

Aflojo los puños. Pierdo, mierda. De cualquier manera, pierdo.

—Una semana —me recuerda mientras salgo por la puerta—. Termínala o lo haré yo.

CDiS

Capítulo 38

AIDEN

EL PEOR ERROR

Soy un cobarde.

Ha pasado casi una semana y aún no he visto a Leila.

Cada vez que me manda un mensaje, me duele el pecho. Quiero correr a su apartamento y rodearla con mis brazos. No quiero que esto termine. No quiero renunciar a ella, pero no sé cómo salir de esta situación.

Las imágenes de mi hermano y mi madre se repiten constantemente en mi mente. No hay nada de Brendan porque es bueno para que no lo encuentren. También se le da bien darme palizas hasta que me pongo morado. Recuerdo la primera y última vez que intenté contarle a un profesor lo que estaba pasando en casa cuando entré con el labio partido. La policía intervino y acabé en una casa de acogida. Estuve allí unas semanas antes de que mi madre pidiera recuperarnos.

Nunca supe por qué se molestaba. Ni mis hermanos ni yo le importábamos. Pero ese día, cuando apareció, parecía una persona nueva. Tenía que desintoxicarse para poder volver con nosotros y cuando la vi en la puerta sonriéndome me dolió el corazón.

Nunca me había sonreído. *Esta vez*, pensé, *esta vez será diferente*. Tenía buen aspecto. Sana. Estaba tan emocionado por volver a casa y vivir mi nueva vida, pero en cuanto subimos al auto, me di cuenta de que era una treta. No se alegró de verme, me golpeo y me llamó chismoso.

Nunca volví a hablar de ello. Tenía tanto miedo de que me volvieran a pegar que nunca se me quitó de la cabeza.

Pero ver a Leila sentada en el umbral de la puerta de mi casa hace que este miedo tenga prioridad. El miedo a perderla. De hacerle daño.

CDiS

No puedo hacerlo. No puedo. Todo lo que quiero hacer es tomarla en mis brazos y darle un beso. Si tengo que renunciar a mi futuro para hacerlo, que así sea.

—Leila. —Doy un paso más cerca de mi chica.

Cuando levanta la vista, se me parte el corazón.

Ella lo sabe.

Tiene los ojos llenos de lágrimas y los labios rojos y manchados, y cada parte de mí sabe sin lugar a dudas que Jordan se lo dijo.

Me detengo en seco, la miro y se me oprime el pecho. Se acabó. *Se acabó, mierda.*

Se levanta, con rabia en los ojos.

—No puedo creer que me haya dejado engañar por tus mentiras.

—Leila…

—No quiero escucharlo —brama—. Solo tenía que ver si era verdad.

—Leila. —Doy dos pasos hacia delante, agarrándola del brazo, pero se sobresalta.

—No me toques —gruñe, mirándome con tal asco que lo noto en toda la piel—. No vuelvas a tocarme nunca más.

—Déjame explicarte, por favor, preciosa.

—¡No! —grita, cerrando los ojos mientras las lágrimas caen por su cara. Mierda, no puedo perderla. No puedo perderla—. No me llames así.

—¿Cómo te has enterado? —Dejo caer las manos, las lágrimas luchan por salir. Siento que se me rompe el corazón. Me duele mucho.

Ella sacude la cabeza, una risa amarga saliendo de ella.

—No de ti. —Me mira con odio en los ojos—. Jordan me lo contó todo. Cómo te dijo que consiguieras mi número, cómo te dijo que me besaras. Todo.

El hecho de que piense que hice todo esto por diversión me parte por la mitad.

—No te besé porque él me dijo que lo hiciera. Te besé porque quise. —Puede que Jordan me dijera que le consiguiera su número, pero ese primer beso fue porque me excitó, porque le gustaba tomarme el pelo y a mí me gustaba devolvérselo. No tenía nada que ver con él y todo que ver con nosotros.

CDiS

—Deja de mentirme. —Suena como si se hubiera rendido. De mí. De nosotros. Parece tan cansada, tan agotada por esto—. Lo sé todo, Aiden. Lo sé todo.

—No, no lo sabes. —Si cree que estoy con ella porque Jordan me lo dijo, está jodidamente equivocada. Tiene que saber lo mucho que significa para mí. Veo el dolor en sus ojos y sacudo la cabeza, intentando que me crea—. Yo no soy él. —Sé exactamente lo que está pensando. Sé que me está comparando con la mierda de su ex, pero eso no es lo que pasó. Ni por asomo.

Sus ojos me atraviesan el pecho.

—Tú eres peor. Al menos con él fue rápido, no lo alargó como tú —grita, con lágrimas cayendo por su cara—. Te conté lo que me hizo, y poco sabía, tú estabas haciendo lo mismo. Jugando conmigo igual que él.

—No. —Mierda, no. Eso no es lo que pasó—. Leila, Jordan me chantajeó. Tenía fotos de mi madre, de mis hermanos. Amenazó con exponerlos, exponerme. Sabes lo que eso le haría a mi carrera.

—Así que jugaste conmigo.

Sacudo la cabeza.

—Solo quería tu número. Eso era todo. Al principio, no sabía nada de ti, no lo sabía, Leila. —Ella sacude la cabeza, sin mirarme—. Cuando te conocí, no sabía que ibas a ser tan importante para mí. —Miro fijamente esos ojos verde lima que tanto me gustan llenos de lágrimas. Yo hice eso. Le hice daño—. Tienes que saber que nunca te haría daño.

—Me hiciste más daño que nadie —exclama, atravesándome el corazón—. Confié en ti con cada parte de mí. Dios, soy tan idiota. —Cierra los ojos y se lleva los dedos a la frente—. No puedo creer que haya vuelto a pasar.

—No. —Agarro su mano con la mía—. No jugué contigo, Leila. Fue real. Todo era real para mí. ¿Cómo no lo ves? Te hablé de mi familia. Te conté todo. Eres la única persona en la que confío en todo este maldito mundo. ¿Cómo puedes pensar que haría algo así?

—¡Porque lo hiciste! —grita, arrancando su mano de la mía y dando un paso atrás—. Me seguiste la corriente. Me perseguiste, me buscaste. Te pregunté descaradamente qué sacabas de ello y no dijiste nada. —Se ríe,

CDiS

con más lágrimas derramándose—. Y yo te creí. Creí de verdad que te gustaba.

—¡Me gustas! —grito levantando los brazos—. Jordan me dijo que consiguiera tu número. Eso es todo. Eso es todo lo que se suponía que tenía que hacer. No me dijo que te besara, ni que me acostara contigo, ¡ni que me enamorara de ti, mierda!

—No lo hagas —advierte ella, con la voz entrecortada—. No te atrevas a decirme eso. No tienes derecho a decir esas palabras.

—Te amo, Leila. Estoy tan enamorado de ti. ¿Cómo no lo ves?

—No te creo. —Me fulmina con la mirada—. Ya no confío en ti, Aiden. ¿Por qué iba a creerte?

—Porque estoy diciendo la verdad. Eres la única persona a la que he amado, la única que me ha hecho sentir seguro. —Observo cómo su respiración se acelera—. Te amo.

Ella niega con la cabeza.

—No, no lo sabes. Solo intentas salvar tu trasero. —Pasa a mi lado e intento alcanzarla, pero se aparta sin mirarme.

Se detiene y mira hacia atrás por encima del hombro.

—Eres el peor error que he cometido.

Esas palabras me golpean como un cuchillo al verla salir de mi vida. Pero no de mi corazón.

CDiS

Capítulo 39

LEILA

NUNCA MÁS

El olor a alcohol y sudor abruma mis sentidos mientras me dirijo al bar improvisado y me sirvo otra bebida. El ardor del alcohol me quema la garganta y suelto una profunda bocanada de aire, cerrando los ojos e intentando deshacerme de los recuerdos que llevan días atormentando cada parte de mí.

¿Por qué es tan difícil olvidar? No quiero sentarme aquí y pensar en todo lo que salió mal, no quiero recordar las dulces palabras que dijo, sus manos en mi cuerpo, sus labios en mi piel cuando todo era mentira.

Mis ojos se fijan en una pareja que baila junta, los brazos de ella rodeando el cuello de él mientras le sonríe dulcemente. Me trago mis propios celos y mi estupidez por pensar que alguna vez podría tener eso.

Me doy la vuelta y me bebo el resto de la bebida, deseando, ansiando el ardor, esperando que el entumecimiento haga desaparecer el dolor, que me haga olvidar aunque solo sea por un rato. No he bebido en mucho tiempo, desde que dejé de fumar por Aiden, y aunque tengo retorcijones en el estómago, sintiéndome culpable por haber roto la promesa que le hice, él ha roto una aún mayor.

Mi cuerpo se tensa cuando una mano se posa en mi hombro, sacándome de mis pensamientos. Miro detrás de mí a Gabi. Se me revuelve el estómago cuando sus ojos me miran con lo que más odio. Lástima. Está grabada en su cara y me dedica una sonrisa triste.

—¿Estás bien?

Cierro los ojos y suspiro con fuerza.

—Estoy bien. —Puedo escuchar la mentira en mi propia voz; puedo escuchar lo ásperas que salen las palabras de mi boca. Su mano me aprieta

CDiS

el hombro y la miro. No parece convencida, mira a Madi, que me mira con el ceño fruncido.

—Creía que habías dejado de beber —comenta.

Me encojo de hombros y tiro el vaso vacío a la basura.

—Supongo que no.

—¿Estás segura de que no quieres ir a casa y hablar?

Odio hablar. ¿De qué hay que hablar? ¿De cómo fui estúpida y me dejé enamorar de otro tipo que solo me utilizaba para su beneficio personal, para divertirse, para… lo que fuera que me estuviera utilizando?

—No hay nada de qué hablar.

—Han pasado cuatro días, Leila —señala Madi—. Necesitas parar.

Mi corazón late aún más rápido ante sus palabras.

—¿Cuatro días desde qué?

—Leila.

—Necesito otro trago. —Agarro otra bebida y vuelvo a inclinar el vaso. Me alejo de ellas, esperando que me dejen marchar y no me acosen por lo que sea que estoy haciendo. Ni siquiera yo sé la respuesta. No quiero pensar. No quiero sentir.

Me abro paso entre la multitud, la música sube de volumen cuanto más me acerco. Pero cuando levanto la vista, no escucho nada. No veo nada más que a la persona que tengo delante. Mi corazón empieza a acelerarse cuando miro la gorra negra que lleva en la cabeza, la camiseta blanca pegada a su cuerpo alto y duro. Sé cómo se siente bajo mis dedos, sé cómo me aprieta la piel cuando está dentro de mí.

Al principio ni siquiera me fijo en la chica que está a su lado, pero cuando lo hago, me hago añicos, dejando caer la bebida al suelo, todos los que me rodean saltan fuera de mi camino, los murmullos y las conversaciones se detienen cuando se giran y me miran, incluido Aiden. Pero cuando se gira… no es Aiden. Es un tipo cualquiera.

Aprieto los ojos y me doy la vuelta. *Mierda, necesito un poco de aire*.

Salgo, empujo la puerta trasera y me siento en los escalones. ¿Qué me está pasando? Cuando Jake me dejó, no me sentí así. Lloré durante unos días, pero no me dolía lo que creía haber perdido con Jake, solo estaba molesta por lo que había hecho y por cómo había expuesto mis mensajes.

CDiS

Esto es completamente diferente. Me duele. Puedo sentir mi corazón destrozado pensando en lo que perdí.

Lo echo de menos.

Lo odio y lo quiero. Y lo echo de menos.

—Leila. —Mi cabeza salta detrás de mí y veo a Rosie de pie junto a la puerta, mirándome. Frunce el ceño y niega con la cabeza—. Vamos a casa, podemos hablar de esto.

—No quiero hablar, Rosie.

Cierra la puerta y se sienta a mi lado.

—Lo harás.

—Se me permite estar triste, ¿sabes? —Se baja el vestido sobre las piernas desnudas.

—Yo era un desastre el año pasado, y tú me ayudaste.

Me burlo.

—Te saqué de la cama. —Difícilmente diría que la ayudé. Solo necesitaba a mi mejor amiga de vuelta. Sus sonrisas y su personalidad burbujeante desaparecieron cuando Grayson le rompió el corazón y no podía dejar que se pudriera en esa cama.

—Y ayudó. —Se inclina y apoya la cabeza en mi hombro—. Trabajamos de forma diferente. Yo quería llorar, y tú quieres seguir adelante y olvidar. —Se me hace un nudo en la garganta—. Pero aún necesitas llorar la relación que perdiste —me dice, rodeando la mía con su brazo—. Puedes hablar conmigo y te escucharé. —Cuando levanta la cabeza y me mira, sus ojos nadan de culpa y un poco de tristeza—. Háblame —me suplica.

No puedo. Ni siquiera puedo pensar en ello sin querer derrumbarme, y no voy a dejar que eso ocurra. El suspiro que suelta Rosie cuando me levanto me revuelve el estómago de culpa, pero no le doy tiempo a decir nada antes de volver a la fiesta y tomar otra bebida de la cubitera que hay por ahí.

De un modo u otro, lo olvidaré.

—Mierda. —Me duele la cabeza cuando abro los ojos y entrecierro los ojos ante la luz brillante que entra en la habitación. Malditas ventanas

CDiS

gigantes. Siento que me martillean la cabeza desde adentro y una oleada de náuseas me invade cuando intento incorporarme.

Vuelvo a gemir, agarrándome la cabeza, esperando que eso alivie el dolor punzante. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo he podido emborracharme tanto?

Giro la cabeza, el martilleo en mi cabeza es un recordatorio constante de mis errores, del dolor que tan desesperadamente intentaba borrar anoche. Oigo un suave gemido a mi lado y miro a Rosie, tumbada desordenadamente en el borde de la cama, con la cabeza hundida en la almohada.

Se me estruja el corazón cuando me giro y veo a Madi tumbada en el sofá, con el vestido de anoche arrugado alrededor del cuerpo mientras duerme. Gabi está tumbada en el suelo, usando un cojín como almohada.

Las lágrimas amenazan con derramarse mientras miro a mis amigas que están aquí conmigo. Hacía mucho que no dormía sola. Era la mejor sensación, despertar a su lado, nuestros cuerpos juntos mientras dormíamos. Me besaba en la frente, me acercaba a él y yo le rodeaba la cintura con los brazos y hundía la cabeza en su pecho.

Pero ahora todo lo que tengo cuando me despierto es un recordatorio de que nada de eso era real. Que todo era una farsa.

Balanceo las piernas sobre el borde de la cama, con cuidado de no asustar a ninguna, y me dirijo a la cocina. Agarro un vaso del armario y lo lleno de agua. Apenas termino de beber, la puerta de mi habitación se abre y salen las chicas. Gabi gime agarrándose a la pared mientras sale a trompicones.

—Mierda —maldice cuando casi tropieza con los pies—. No creo que pueda mantenerme en pie.

Madi agarra sus manos y evita que se caiga.

—Pensé que podías manejar el alcohol. ¿Cuánto has bebido? —Se queja cuando Gabi casi las hace caer a las dos.

Gabi cae al suelo de un golpe, dejando caer la cabeza contra la pared.

—Perdí la cuenta después del décimo trago.

Madi sacude la cabeza.

—Vamos. Tienes que ducharte.

Ella gime.

CDiS

—Solo déjame morir aquí.

—Qué dramática —murmura Madi, inclinándose para rodear a Gabriella con el brazo y levantarla del suelo. Me devuelve la mirada—. Debería llevarla a la cama antes de que me vomite encima. ¿Vas a estar bien?

No. En lugar de eso, aprieto los labios, intentando sonreír, con las manos agarrando el vaso con tanta fuerza que temo que se rompa.

—Sí.

Veo la incredulidad en sus ojos cuando sacude la cabeza y se acerca a la puerta, con Gabi agarrada a ella como un salvavidas. Llega a la puerta, se agarra al picaporte y se vuelve hacia mí. Traga saliva.

—Si necesitas algo. Cualquier cosa. Llámame.

Asiento con la cabeza.

—Y a mí—añade Gabriella.

Madi se ríe cuando Gabi casi tropieza de nuevo.

—Ahora mismo apenas puedes cuidar de ti misma. Vamos. —Las dos se van, cerrando la puerta tras de sí.

Rosie sale de la habitación con el teléfono en la mano. Cuando me mira, tiene las cejas fruncidas y los labios apretados, como si quisiera decir algo pero se contuviera.

Suspiro.

—Suéltalo, Rosie.

—Es solo Grayson. Estaba preocupado porque no le dije que me quedaría a dormir.

Levanto la vista hacia ella, sonriéndole, intentando hacerle ver que estoy bien. Aunque no sea verdad, lo estaré, eventualmente.

—Rosie, estoy bien, puedes irte.

Sonríe, se acerca a mí y presiona sus labios contra mi mejilla.

—Ahora vuelvo, te lo prometo.

Sale, cierra la puerta y se hace el silencio. Mis ojos se posan en la cámara que hay sobre la mesa, con mis Polaroids al lado. Sé que no debería hacerlo, pero no me impide tomarlas y encontrar exactamente la que miro todos los días. Cuando la encuentro, me debato entre romperla y olvidarme por completo de él, pero eso no funcionará.

CDiS

Arrancar una foto no lo arrancará de mi corazón. Siempre estará ahí, persistiendo, como una pesada carga en mi pecho por todos los recuerdos que tuve con él y que creí que eran auténticos. Mi dedo recorre su sonrisa en la foto y me pongo rígida, preguntándome si esto también era mentira. ¿Era cada sonrisa, cada risa y cada beso solo un medio para llegar a su fin?

Mi teléfono zumba en mi regazo y me pongo rígida, temiendo que Aiden me esté enviando un mensaje de nuevo.

No ha parado. Desde que le dije que se había acabado, ha estado llamando, mandando mensajes. Pero no puedo encontrar la fuerza para bloquearlo. No importa cuánto daño me haya hecho, sus mensajes son un pequeño recuerdo de cómo solía ser, de todo lo que pasamos y de cada palabra que salió de sus labios.

A veces, me desplazo leyendo los mensajes de buenos días que me enviaba, los mensajes de buenas noches y las llamadas nocturnas que solíamos tener.

Aferro mi teléfono, obligándome a mirarlo. La esperanza a la que me aferraba desaparece cuando me doy cuenta de que no es Aiden. Es mi padre.

Respiro hondo, intentando calmar los nervios antes de descolgar el teléfono.

—Hola, *papi*.

—Leila. —Su voz me tranquiliza un poco, haciendo que lo eche de menos—. Suenas diferente.

Aprieto los ojos, conteniendo las lágrimas.

—No, papá —intento mantener la voz normal—. Estoy bien.

Se ríe en voz baja.

—Siempre eres tan fuerte —dice—. *Eres una tigresa*.

Me cuelgo del cuello el collar con la huella de la pata que me regaló Aiden, y mis dedos recorren los surcos de las patas. Me tiemblan los labios cuando sus palabras resuenan en mi interior. Soy falsa. No soy fuerte en absoluto.

—Sí. —Se me quiebra la voz y es demasiado tarde. Se me saltan las lágrimas y se me queda un sollozo en la garganta.

CDiS

—*Mija*. —Sacudo la cabeza, su tono suave me hace llorar aún más fuerte—. ¿Qué pasó? —No encuentro las palabras, la línea se llena de mis sollozos silenciosos mientras intento contenerlos.

—Papá, por favor. ¿Podemos no hablar de ello?

Gruñe, casi puedo imaginármelo moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Qué pasó? —vuelve a preguntar.

Me encojo de hombros aunque él no pueda verme, aferrándome al collar como si fuera un soporte vital.

—Había… un chico. —Cierro los ojos ante el uso del tiempo pasado—. Rompimos.

—¿Rompieron? —La voz de mi madre me hace ponerme rígida, mis lágrimas se congelan mientras la ira recorre mi cuerpo—. Me dijiste que no tenías novio.

—¿Estabas escuchando?

Se burla.

—¿Hablas con tu padre pero no conmigo? Pásame el teléfono —le dice a mi padre. Me aprieto las sienes con los dedos. Dios, no quiero hablar con ella.

Oigo arrastrar los pies y luego la voz de mi madre.

—*No puedo creer que me hayas mentido* —me reprende.

—No mentí —aclaro—. No era mi novio en ese momento, *ma*. Solo un amigo.

—¿Y ahora? —pregunta ella—. ¿Rompió contigo?

—Sí.

Tararea.

—No puedo decir que me sorprenda. *Te lo dije.* Los chicos de hoy en día no les importa la personalidad, *mija*. —Mi espina dorsal se pone rígida ante sus crueles palabras—. Si me hubieras hecho caso esto no habría pasado.

Suelto una carcajada amarga y se me saltan más lágrimas. No me lo puedo creer. En realidad, es mentira. Claro que me lo está diciendo. Por supuesto, me está diciendo que la razón por la que me rompieron el corazón es que mi cuerpo no es lo suficientemente bueno.

CDiS

Me seco las lágrimas con la mano, saboreando la salinidad que recubre mi labio.

—Tengo que irme.

—Leila, escúchame.

¿Escucharla? Si cree que voy a quedarme aquí sentada escuchando cómo me insulta, está muy equivocada. Cuelgo el teléfono y lo tiro en el sofá.

No me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que el armario está abierto de par en par y tengo en las manos todos y cada uno de los aperitivos que me compró Aiden. Abro un paquete, dejo caer un poco del caramelo multicolor en mi mano y me lo meto en la boca. El sabor dulce me cubre la lengua, invadiendo mis sentidos hasta que no puedo concentrarme en otra cosa que no sea esto.

Suenan alarmas en mi cabeza. Sé que estoy comiendo demasiado. Sé lo que estoy haciendo. Ya ni siquiera puedo saborear la comida, el estómago se me revuelve mientras sigo comiendo. Pero no puedo parar, esta comida es mi único consuelo.

El estómago se me revuelve al tragar el primer bocado, con el recuerdo de haberlo hecho hace tanto tiempo. Las ganas me dominan y le doy la vuelta al paquete, pero cuando veo lo que pone detrás, se me para el corazón.

No puedo ver cuántas calorías acabo de meterme en la boca porque en lugar del valor nutricional hay un papel blanco pegado.

La comida es energía. Come lo que quieras.

El plástico tiembla en mis manos mientras miro su letra desordenada. ¿Cuándo hizo esto? ¿Por qué? Si todo era mentira, ¿por qué haría algo así?

Tomo otro bocadillo, le doy la vuelta y veo otro papel blanco que cubre la parte de atrás.

Eres tan hermosa. Mi corazón da un vuelco cada vez que te veo.

Dejo que se me cierren los ojos y me cae otra lágrima por la mejilla. Doy la vuelta a otra.

Deberían ser ilegales. Pero si te gustan, come.

Casi me río, casi sonrío al pensarlo, pero entonces recuerdo todo lo que pasó entre nosotros, y alejo el paquete de mí, mirando fijamente las palabras que significan tanto pero sé que son todas mentiras.

CDiS

Unas llaves tintinean en la puerta y me quedo helada, con la boca abierta al ver entrar a Rosie.

Mierda.

—Hola —dice, entrando por la puerta—. Me fui a casa y le dije a Grayson que iba a volver… —Se da la vuelta, sus palabras se atascan en la garganta y sus ojos se abren de par en par cuando me ve.

Me desplomo en el suelo y los envoltorios vacíos se esparcen a mi alrededor. Entierro la cara entre las manos y siento que el corazón se me acelera al darme cuenta de lo que he hecho.

Mierda. ¿Qué he hecho?

Se me escapa un sollozo, las lágrimas caen sobre mis manos y aprieto la cabeza contra ellas.

—Leila. —A Rosie se le quiebra la voz y cae de rodillas a mi lado, rodeándome con los brazos.

Sacudo la cabeza, me echo hacia atrás y la miro.

—Ha vuelto a pasar —grito—. Me la han vuelto a jugar. ¿Cómo dejé que volviera a pasar?

—Lo siento mucho. —Sus ojos se llenan de lágrimas, los míos al ver su rostro borroso fruncen el ceño, llorando junto conmigo—. Lo siento mucho, Leila.

Vuelvo a enterrar la cabeza entre las manos, deseando poder volver atrás y hacerlo todo de nuevo. Esta vez no me rendiría. Nunca habría sabido lo que era tener sus manos sobre mí, susurrándome palabras de afecto. No me habría roto el corazón.

—Lo quería —admito.

Su mano se congela en mi hombro y resopla.

—Lo sé.

Me echo hacia atrás, secándome las lágrimas.

—Pensé que era real. Pensé que significaba algo para él. —Suspira, aprieta los labios, se seca los ojos y aparta la mirada de mí—. ¿Qué pasa?

Me devuelve la mirada, mordiéndose el labio.

—Hablé con él.

Se me frunce el ceño.

—¿Lo hiciste?

Se encoge de hombros.

CDiS

—No creo que quisiera hacerte daño.

La miro, sintiéndome traicionada.

—Estás de broma.

—No te enfades —me suplica, poniendo sus manos sobre las mías—. Vivo con él, Leila. Tuve que hablar con él sobre lo que hizo y… no creo que lo hiciera a propósito.

Suspiro, con ganas de ser valiente y preguntarle cómo le va, pero en vez de eso niego con la cabeza.

—He escuchado lo que ha dicho Jordan, Rosie. El idiota esperó a que saliera de clase, me llevó aparte y me lo contó todo. Cómo le dijo a Aiden que me besara en aquella fiesta, le dijo que consiguiera mi número, que se acostara conmigo, todo para vengarse de mí por rechazar a Jordan. ¿Cómo pudo ser un accidente?

Apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Por qué iba Jordan a ser sincero? ¿No le mintió a Aiden acerca de enviarte mensajes de texto?

Tiro de mi labio inferior entre los dientes, encogiéndome de hombros.

—Podría haber sido otra mentira. —Pero mientras digo las palabras, no sé si son ciertas—. Aiden podría haber estado en ello.

—No lo creo —dice Rosie—. El tipo es miserable. —Levanta la cabeza de mi hombro, mirándome—. No ha salido de su habitación. No ha hecho ejercicio, no ha comido, no ha hablado con Grayson. —Frunce el ceño—. Tiene el corazón tan roto como tú.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos.

—Nada de eso fue real.

Rosie suspira, apoya la cabeza en mi hombro y no dice nada más. Mira por el suelo los paquetes vacíos que hay a nuestros pies.

—Lo has vuelto a hacer —susurra en voz baja—. Me prometiste que no volverías a hacerlo.

Cierro los ojos y se me llenan de lágrimas. El recuerdo de Rosie encontrándome dándome atracones en el instituto es una imagen dolorosa. Pasé tanto tiempo tratando de arreglar mis problemas y en un par de semanas, he arruinado todo el progreso.

—Lo siento.

Levanta la cabeza y le tiembla el labio.

CDiS

—Lo siento. —Sacude la cabeza—. Debería haberte apoyado más.

—No te has ido de mi lado, Rosie. No podías haber hecho nada más.

Me levanta el meñique y suelto un suspiro, sabiendo lo que va a decir.

—Nunca más.

Asiento, juntando nuestros meñiques.

—Nunca más.

—Ven a hablar conmigo, o con Gabi o Madi. —Frunce el ceño—. Te queremos, Leila. Haríamos cualquier cosa por ti.

Asiento con la cabeza, intentando sonreír a mi mejor amiga. Sé que está ahí para mí y sé que lo que hice fue un error, pero ni siquiera lo pensé. Fue casi instintivo. El estómago me grita, el dolor me recorre el cuerpo. Miro a mi alrededor y veo todos los envoltorios en el suelo. No me había dado cuenta de que había comido tanto.

Cuando hago una mueca de dolor, baja la mirada hacia mi mano que me oprime el estómago y se levanta del suelo extendiendo la mano, haciéndome señas para que la tome.

—Vamos —me anima—. Vamos a dar un paseo. Toma tus zapatos.

Gruño.

—No quiero salir.

Se encoge de hombros.

—¿Recuerdas cuando abriste las cortinas de golpe y me obligaste a salir de la cama? —señala, con los ojos brillantes mientras sonríe—. Esto es venganza, nena.

Pongo los ojos en blanco y me levanto del suelo.

—Grayson es una mala influencia.

—Sí —dice sonriendo—. Pero me gusta.

CDiS

Capítulo 40

AIDEN

DEMASIADO TARDE

No sé qué hago aquí.

Ni siquiera estoy seguro de si sigo formando parte del equipo o voy a perder mi puesto aquí, así que el gimnasio es el último lugar donde debería estar.

Debería estar recuperando mi puesto en el equipo, debería estar encontrando la manera de que Jordan dejara todo este asunto, pero en lugar de eso, me he pasado la última semana enterrado en la cama sin nada más que mis pensamientos para hacerme compañía. Solo el recordatorio de que la cagué. Estaba ganando. Tenía lo mejor de mi vida en mis brazos y lo arruiné todo.

Siempre me ha gustado hacer ejercicio, emplear toda mi energía en lo que hago, y si eso significa que me centraré en otra cosa durante un rato, vale la pena intentarlo. Cuando me subo a la cinta y la velocidad aumenta, mis piernas sienten el dolor de haber estado tumbado en la cama toda la semana y suelto una maldición, exhalando un suspiro. Odio correr, mierda.

No funciona.

No puedo pensar en otra cosa que no sea ella.

La echo tanto de menos. Di por sentado el tiempo que pasamos juntos. Pensé que esto era solo el principio, que tendría para siempre para estar con ella, y abrazarla y besarla, pero estaba tan equivocado. Y ahora la he perdido.

Levanto la cabeza, sacudiéndome todos los pensamientos. Mierda, los corazones rotos apestan. Cuando levanto la vista se me para el corazón y me arranco los auriculares al ver una familiar coleta castaña balanceándose frente a mí.

CDiS

Mierda.

Es Leila.

Reduzco la velocidad mientras la miro. No la veía desde que estuvo en la puerta de mi casa, llorando por haberle roto el corazón.

Mis ojos recorren su cuerpo. Un cuerpo que una vez recorrí con mis manos, besándola, diciéndole lo hermosa que era para mí. Odio que piense que todo entre nosotros fue una mentira. No era más que la verdad. Estar con ella era lo más fácil del mundo.

Tiene muy buen aspecto. Su largo pelo castaño está recogido, lo que me permite ver cada centímetro de su cara. Un rostro al que una vez me aferré y besé con tanto amor. Mis ojos recorren sus labios, recordando lo dulce que sabe, lo bien que sientan sus besos. Y cuando gira la cabeza y esos preciosos ojos verdes se clavan en los míos, el corazón se me sale del pecho.

Mierda, la echo de menos.

Y la quiero.

Pero la he perdido.

Lo veo en la forma en que separa los labios y sus ojos se abren de sorpresa, solo un segundo antes de que sus rasgos se contorsionen de dolor. En ese momento sé que ha terminado conmigo. Y cuando detiene la máquina, tuerce la cabeza y toma sus bolsas del suelo como si no pudiera huir más rápido, me bajo de la cinta, dirigiéndome hacia ella antes de que pueda marcharse.

Solo un toque. Solo mis manos agarrándose a su codo y mi corazón se dispara. Mi cuerpo se pone de gallina con un solo roce. Estoy jodidamente enamorado de esta chica. Ella respira entrecortadamente al sentirme y da un paso atrás, mirándome con los ojos muy abiertos. Lo único que quiero es tocarla y atraerla hacia mí. Solo quiero mirarla a los ojos y decirle cuánto la quiero.

Debería habérselo dicho antes. Debería habérselo dicho en cuanto me enamoré de ella, porque gritárselo al otro lado de la calle cuando estaba llorando a moco tendido ha sido lo más difícil que he tenido que hacer.

No quería decirle que la quería para quedármela. Quería decirle que la amaba cuando supiera que era mía y cuando estuviera seguro de que ella sentiría lo mismo por mí.

CDiS

—No te vayas —le digo, con la garganta contraída por las palabras—. Me iré, Leila.

Es la primera vez que hablo con ella desde aquel día. Ojalá no fuera esto lo que tuviera que decirle. Hay tantas cosas que quiero decirle.

No me dice nada, su cara está llena de ira, sus labios fruncidos mientras me mira fijamente. Me gustaría poder detener este momento, tener sus ojos fijos en mí un segundo más antes de tener que irme y no volver a mirarla.

—Lo siento. —Doy un paso más hacia ella y ella da un paso atrás, alejándose de mí, aspirando aire. Dejo caer la cabeza—. Lo siento mucho, mierda. —Me doy la vuelta y apago la cinta de correr, saliendo del gimnasio, con el corazón de nuevo entre sus manos.

Apenas he abierto la puerta de casa cuando mi teléfono zumba en mi bolsillo y cuando veo el nombre en la pantalla… he terminado. He terminado, mierda.

Soportar que un tipo me chantajee, vivir con el miedo constante de que alguien descubra mi secreto, renunciar a la mujer que amo, ¿y todo para qué? ¿Para proteger a mi familia, a la que nunca le importé una mierda?

No hay otra razón por la que llame. No le importo, solo quiere dinero.

Cuando contesto a la llamada, se me revuelve el estómago de culpa, sabiendo lo que estoy a punto de hacer, pero he vivido constantemente endeudado y estoy harto. Sé que si no le pongo fin, nunca acabará.

—Escucha, necesito…

—Se acabó.

Se hace un silencio y luego se ríe.

—¿Qué?

Mis manos aferran mi teléfono con más fuerza.

—¿Este pequeño acuerdo que teníamos? Se acabó. No te enviaré más dinero.

—¿Y mamá? —pregunta, con un tono mordaz—. Jerry ha vuelto. No puedo dejarla.

Esta excusa ha durado demasiado tiempo. Jerry no ha vuelto en años, ¿por qué volvería ahora?

—¿Pensé que ustedes dos se habían hecho cargo? —le pregunto a mi hermano una vez más—. Me dijiste que se habían hecho cargo. ¿Qué

CDiS

quisiste decir exactamente? —Silencio. Mi hermano nunca está en silencio—. ¿Qué hiciste, Brandon?

—Querías que se fuera, ¿verdad? —grita, y se me hielan los huesos al escucharlo—. Lo querías fuera de nuestras vidas, fuera de la vida de mamá, y ahora lo está.

Me recorre un escalofrío por la espalda cuando me doy cuenta de lo me está diciendo.

—Dime que no.

—Lo tenemos controlado.

Mi cuerpo se relaja al pensar que Jerry no está vivo, como si saber que no puede hacer daño a nadie nunca más me trajera paz, pero también hace que mi cerebro se acelere a un millón de kilómetros por segundo.

—¿Así que me has estado mintiendo? —Se me hace un nudo en la garganta—. ¿Me has estado diciendo que ha vuelto para sacarme dinero? —Otra puñalada en la espalda. Una tras otra, tras otra—. Usaste a Jerry contra mí, sabiendo que es un tema delicado. —Hay veces que no puedo quitarme la imagen de la cabeza, y mi hermano lo sabe. Sabe lo mucho que me jodió.

—No nos darías nuestro dinero.

—¡Te lo he dado todo! —grito al teléfono—. Te he dado todo lo que tenía. No tengo nada más que dar. Nada. —Me paso una mano por la cara—. Debería haber hecho esto desde hace mucho tiempo. Debería haberte cortado en cuanto me alejé de ti.

—¿Con quién carajo te crees que estás hablando? —responde mi hermano, con un tono venenoso—. Harás lo que te digo o…

—¿O qué? —le pregunto, gritando las palabras—. No tienen nada contra mí. Mamá y tú me han estado castigando por hacer lo que ninguno de ustedes tuvo el valor de hacer. Me fui, escapé de ese puto agujero infernal y ahora tengo una buena vida, sin ninguno de ustedes.

Cuanto más hablo, más ligero se siente mi cuerpo. Llevo tanto tiempo aferrándome a su peso muerto, queriendo arreglar las cosas entre nosotros, queriendo que volvamos a conectar y seamos una verdadera familia aunque lo haya perdido todo, pero ¿para qué? Ninguno de ellos haría lo mismo por mí. Se han pasado toda mi vida machacándome —literal y figuradamente— y estoy harto de ello.

CDiS

—Dile a mamá que la quiero. —Me trago las emociones atascadas en la garganta—. Sé que me odia, pero siempre la querré. Dile que si quiere estar sobria, sobria de verdad, la ayudaré. Llévala a un centro, búscale un profesional, lo que necesite, pero no volveré a darles dinero a ninguno de ustedes.

Mi hermano se burla al otro lado.

—La oferta es para ti también —le digo—. Y para Cam cuando salga de la cárcel. —Mi voz se suaviza cuando escucho silencio al otro lado. No está gritando… eso es un comienzo—. Siempre los ayudaré, pero no dejaré que sigan usándome y abusando de mí.

Cuando no contesta, suelto un suspiro y cuelgo el teléfono. Ya he dicho lo que tenía que decir, y si a él no le parece bien, no puedo hacer nada. Cuando me meto el teléfono en el bolsillo, mi mano roza el frío plástico. Mis ojos se cierran, sabiendo exactamente lo que hay en mi bolsillo y lo saco, mirando por encima de la foto de nosotros dos con las caras verdes, mis labios contra los suyos en un beso que todavía puedo sentir.

No ha contestado a ninguno de mis mensajes, probablemente me ha bloqueado, me ha eliminado de su vida, pero yo no puedo hacer lo mismo. Ella está tan equivocada en todo esto. No sabe lo mucho que significa para mí, cómo no puedo pensar en un mundo en el que no esté con ella. Me ha arruinado para todas las demás.

Mi pulgar recorre su cara en la foto. Tan malditamente hermosa. Lo tenía todo aquí, y lo perdí.

Suspiro, vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo y me dirijo a la cocina, abriendo la nevera.

—Estás fuera de tu habitación. —Me doy la vuelta y veo a Grayson apoyado en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tiene las cejas tan levantadas que su sorpresa casi me hace reír.

Me alejo de él, tomando el queso y la lechuga, de la nevera.

—Fui al gimnasio. —Tomo el pan de la encimera, colocando el queso sobre él—. Me fui temprano.

—¿Por qué?

El fastidio se apodera de mí y aprieto la mandíbula mientras le doy un mordisco al bocadillo.

—Ella estaba allí.

CDiS

Él asiente, apretando los labios.

—¿Hablaste con ella?

No me molesto en contestar, me doy la vuelta y vuelvo a abrir la nevera. Tomo la Coca-Cola light y miro el pack de seis cervezas que hay dentro. Me pican los dedos, las ganas de tomarla y ver a qué sabe son tan fuertes que casi me cuesta contenerme. Mi mano se mueve y se acerca a las latas.

—No lo hagas.

La voz de Grayson me saca de mi rápida fascinación por saber cómo sería. Solo una vez. ¿Me sentiría mejor? Agarro la Coca-Cola Light, cierro la puerta detrás de mí y me doy la vuelta. Abro la lata y la miro fijamente para evitar mirar a Grayson.

—¿Qué quieres decir? —Finjo ignorancia y bebo un sorbo.

—Aiden —vuelve a decir en un tono que me hace sentir jodidamente culpable—. No vale la pena.

Dejo la lata sobre la encimera y cierro los ojos. Mierda, ¿qué he estado a punto de hacer?

—Es que no le quiero hacer más daño. —Se me quiebra la voz al enterrar la cabeza entre las manos—. Quiero que pare. —Me presiono los ojos con las palmas de las manos—. Me duele todo el tiempo.

—Beber no va a solucionarlo.

Levanto la cabeza y miro a mi mejor amigo. No hace tanto tiempo que él estaba en la misma situación que yo. Con el corazón roto y deseando que el dolor desapareciera.

—Recuérdame cómo reaccionaste —exclamo, inclinando la cabeza hacia la cerveza que hay en la encimera—. El año pasado con Rosie.

Suspira, sacudiendo la cabeza.

—Lo entiendo, amigo, de verdad. Recurrí al alcohol porque no podía controlar mis sentimientos. No entendía lo que estaba pasando, pero tú no eres yo. Eres mejor que esto.

—No, no lo soy. —Cada palabra amarga y pensamiento quemando mi cuerpo con la admisión—. Está arraigado en mi puto ADN, Grayson. —Me llevo una mano al pecho, apretándolo con fuerza contra el músculo que no deja de latir, de doler—. Estoy destinado a ser un jodido. Ella se dio cuenta antes. —Se me caen los ojos al mencionar a Leila.

CDiS

Hoy tenía muy buen aspecto, pero le faltaba la sonrisa. Esa sonrisa que pasó tanto tiempo antes de dejarme ver. Yo se la quité. Le quité esa felicidad intentando proteger a mi familia, mi reputación. Tan estúpido, tan inútil.

—Eso no es lo que pasó —me contradice, entrecerrando los ojos—. Y tú lo sabes.

Yo no sé nada.

—¿Entonces qué pasó? —le pregunto negando con la cabeza—. Dímelo, mierda, estoy perdido. —Me aprieto el pecho con las yemas de los dedos—. La quiero y la he perdido, mierda.

—Le hiciste daño —declara—. Hiciste lo único que te dije que no hicieras. Te advertí que te aseguraras de que sabías lo que hacías.

El peso de sus palabras me golpea como un camión. ¿Cuántas veces me dijo que no le hiciera daño, que me alejara y la dejara en paz? Debería haberle hecho caso. No debería haberme involucrado con ella y dejar que Jordan publicara esas fotos.

Pero no pude. No podía mantenerme alejado. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más intrigado estaba. Y el breve momento en que la tuve fue el más feliz de mi vida. Valió la pena. Valió la pena toda esta angustia por un segundo de su tiempo, de su afecto.

—No quería hacerle daño. —Dejo caer los ojos, la excusa es demasiado débil para sostenerse. No era mi intención. Pero lo hice—. Intentaba proteger mi futuro. —Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás—. No me di cuenta de lo que estaba renunciando en ese momento.

—¿No lo sabías? —pregunta Grayson, haciendo que mis ojos se abran de golpe—. Porque tengo que decir que me cuesta creer que la usaras así solo para tu beneficio personal.

—Mierda, no. —Sacudo la cabeza—. El cabrón solo me pidió su número al principio y pensé… ¿qué más da? —Me encojo de hombros—. Ni siquiera le gustaba por aquel entonces. Era algo fácil de hacer a cambio de no arriesgar mi futuro aquí. —Suelto un suspiro—. Pero ahora, si lo hubiera sabido… —Dejo que mis palabras se pierdan sabiendo que no significan nada.

CDiS

Es demasiado tarde para cambiar lo que pasó. Lo único que puedo hacer es esperar que me perdone y se dé cuenta de que no mentía sobre lo nuestro… O dejar que siga adelante sin mí, aunque me mate.

—No sé qué hacer —admito, con los hombros caídos—. No quiere hablar conmigo. —Sacudo la cabeza, recordando cómo apenas me miraba en el gimnasio—. Ni siquiera puede mirarme.

Suelta un suspiro.

—La has cagado. No voy a mentir. —Sus labios se crispan cuando lo fulmino con la mirada—. Pero debe haber algo que podamos hacer.

Lo miro.

—¿Podamos? Creía que estabas enfadado conmigo —le digo.

Suelta una carcajada.

—Así es. Pero Rosie no parece pensar que lastimaste a su mejor amiga a propósito.

—No lo haría. —Mis manos caen—. Dejaría todo lo demás por un segundo más con ella. —Nada vale perderla. Nada. Ni siquiera el baloncesto—. Mierda. —Levanto la cabeza—. Se acabó.

—¿Qué cosa?

—Eso es, mierda. —Tomo la lata de la encimera y me bebo el resto. La tiro a la basura y salgo de la cocina.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Tengo que irme.

—Aiden. No hagas ninguna estupidez. —Su voz retumba mientras me dirijo a la puerta.

Demasiado tarde.

CDiS

Capítulo 41

AIDEN

NADA MÁS QUE PERDER

Mi teléfono suena en mi mano, el nombre de Grayson parpadea en la pantalla. Me lo meto en el bolsillo y abro la puerta. Lo encuentro enseguida sentado en el sofá, con los labios pegados a una chica. Silbo para llamar su atención y él aparta la boca de la chica, enarcando las cejas al verme.

—¿Qué carajo quieres? —pregunta Jordan.

—Publícalas.

Sus cejas se fruncen.

—¿Qué?

—Las fotos —aclaro—. Publícalas.

Sus ojos se abren de par en par cuando se da cuenta de lo que estoy diciendo y le susurra algo a la chica, dejándola a un lado y señalando las escaleras con la cabeza.

Lo sigo escaleras arriba, con unas ganas locas de tirarlo al suelo y partirle la cara.

—¿Estás loco? —grita cuando llegamos a su habitación.

—Quieres el puesto de capitán, ¿verdad? —Sus ojos me miran inquietos—. Entonces publícalas.

—¿Por qué ahora? —pregunta escéptico—. Estabas tan empeñado en hacer lo que yo dijera para mantenerlo oculto.

Lo fulmino con la mirada.

—Porque ya no me importa.

Sacude la cabeza, mirándome con confusión.

—¿Todo por un coño? —se burla.

Aprieto la mandíbula y cierro los puños, sabiendo que no puedo pegarle.

—Publica las putas fotos —grito.

CDiS

Suelta un suspiro.

—No puedo hacerlo —dice encogiéndose de hombros.

—¿Qué? —Cuanto más tiempo paso cerca de él, más ganas tengo de darle un puñetazo—. ¿No quieres el puesto de capitán? ¿No es por eso que me chantajeaste?

—Por supuesto que si —aclara, entrecerrando los ojos hacia mí—. Pero como he dicho, Aiden, no quiero que te vayas del equipo. —Se encoge de hombros—. Además, con tu problemita con las drogas, he intervenido como capitán. —Su sonrisa es tan petulante que casi sonrío, sabiendo que lo tengo justo donde lo quiero.

—¿Cómo lo has hecho? —inquiero—. ¿Cómo te metiste con las pruebas de drogas?

—No lo hice. —Mis cejas se fruncen de fastidio. Sé que ha sido él. Necesito que lo admita—. Fuiste tú.

—¿De qué estás hablando? No he tomado ninguna droga.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Lo sabías. Solo que no lo sabías.

—¿Qué?

—Eres tan descuidado con tus bebidas —señala, cruzándose de brazos—. Fue casi demasiado fácil dejarlo caer ahí.

Mi corazón se acelera al darme cuenta de lo que hizo.

—¿Me has drogado? —grito.

Pone los ojos en blanco.

—Relájate. No es que no estés acostumbrado. —Hijo de puta. Tengo tantas ganas de pegarle—. Era media pastilla. No lo suficiente para afectarte, pero lo suficiente para aparecer en la prueba.

Me paso una mano por la cara. Cuanto más habla, menos control tengo, y necesito control ahora mismo.

—¿Todo esto por celos? —Niego con la cabeza—. Publica las fotos, Jordan. Conseguirás lo que quieres.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué vas a conseguir?

—Puede que nada. Pero espero que todo —admito, apretando la mandíbula—. De cualquier manera no tengo nada que perder.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—¿Realmente vale la pena todo esto?

CDiS

Sin una puta duda.

—Sí.

—Bueno, es una pena. —Se encoge de hombros—. No las tengo.

—¿Qué quieres decir con que no las tienes?

—Las borré —dice—. Hiciste lo que quería que hicieras. —Se pasa la lengua por los dientes—. Lastimaste a esa perra, como ella me lastimó a mí.

—Ella no te hizo daño. Te rechazó, y tú eras demasiado inmaduro para aceptar que ella no quería tener nada que ver contigo.

Me fulmina con la mirada.

—Eso no cambia nada. La dejaste como yo quería. —Aprieto los puños—. No tengo ninguna razón para publicar las fotos.

Mierda.

Caí directo en su juego.

Sacudo la cabeza, saliendo a toda prisa de aquel lugar antes de meterlo bajo tierra. Mis manos agarran el teléfono y recorren los mensajes que me envió a través de su teléfono desechable. Las fotos siguen ahí.

No tengo nada más que perder.

CDiS

Capítulo 42

LEILA

SECRETO A VOCES

Cuando entro en la cafetería, todas las chicas están apiñadas mirando sus teléfonos.

—Hola —digo acercándome a ellas. Todas me miran y luego se miran entre sí. Arqueo las cejas—. ¿Qué pasa?

—¿Has comprobado tu teléfono? —pregunta Madi.

Dejo caer mi bolso al suelo y me siento a la mesa.

—No, ¿por qué?

Todas vuelven a compartir una mirada. ¿Qué demonios está pasando? Saco el teléfono del bolsillo y lo desbloqueo. Ni siquiera estoy segura de lo que busco, pero lo encuentro inmediatamente. Justo ahí, cuando abro el teléfono, hay fotos.

Se me acelera el corazón al saber que estas fotos son de la familia de Aiden. Su hermano tiene un tono más oscuro de pelo castaño, pero esa cara… no hay duda de que es el hermano de Aiden. Me desplazo hacia abajo y aparece otra imagen. El nombre en la ficha policial dice Cameron Pierce.

Me trago el nudo que tengo en la garganta, me desplazo y veo más fotos. En una de ellas hay una mujer rubia y bajita, y me duele el corazón cuando me doy cuenta de que es la madre de Aiden. Tiene arrugas en la piel y los ojos hundidos en el cráneo. Parece tan pequeña, pero sé el tipo de dolor que infligió a Aiden. El tipo de dolor que aún lleva consigo, en su cuerpo y en su mente.

Jordan lo hizo. Publicó las fotos.

Miro a mi alrededor y veo a todo el mundo murmurando y mirando sus teléfonos. Todos han visto estas fotos. Todos han visto quién es realmente la familia de Aiden.

CDiS

Todos sus esfuerzos fueron en vano. Todo el tiempo y las mentiras y enamorarme… todo fue para nada.

—¿Ya ordenaron? —pregunto, guardándome el teléfono en el bolsillo. No me contestan. Miro las servilletas de la mesa, pero noto sus ojos clavados en mí, evaluándome, interrogándome.

—¿Estás bien?

Abro los ojos de golpe y miro a Gabi, que baja la mirada hacia la pantalla de su teléfono, ahora apagada. Inclino la cabeza hacia ella.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Rosie aprieta los labios.

—Lo sabías, ¿verdad? Te habló de su familia.

Me encojo de hombros, deseando tener un trago para humedecer mis labios secos.

—Dijo muchas cosas. Quién sabe qué era verdad.

—Leila —exclama Madi, poniendo una mano en mi brazo—. ¿No estás preocupada? Sé que te ha hecho daño —dice frunciendo el ceño—. Pero imagínate por lo que está pasando. ¿Has hablado con él?

—Hemos roto. ¿Por qué iba a hablar con él? —Los pensamientos de haberlo visto ayer en el gimnasio pasan por mi mente, destrozándome el corazón. No puedo dejar de pensar en ello. No puedo dejar de ver la expresión de desesperación y culpa en su cara. De cómo se agarró a mí desesperadamente, casi como si no quisiera soltarme.

—Voy a ordenar. —Me levanto de la mesa, evitando sus miradas lastimeras. Ni siquiera llego a la barra sin oír murmullos y el nombre de Aiden. Debería odiarlo. Debería estar agradecida de que todo le haya estallado en la cara y haya recibido su merecido… pero no es así.

No me molesto en pedir algo, salgo del café y voy a ver a la única persona a la que desearía poder evitar para siempre.

Llamo a la gran puerta azul de la fraternidad. Otro chico abre la puerta, frunce el ceño al verme y mira hacia atrás. Mierda, no tengo tiempo para esto.

Lo empujo y lo escucho insultarme. Es imposible no fijarse en Jordan al instante, con las piernas abiertas mientras se sienta en el sofá con un mando en las manos. Me ve y gime.

—Jesús —escupe, tirando el mando a un lado—. Tú también no.

CDiS

Levanto una ceja.

—No quiero verte más de lo que tú quieres verme.

Se ríe, se frota la boca.

—¿Has venido por tu novio? —pregunta—. Llegas tarde.

Me pican las palmas de las manos.

—No tengo novio.

Resopla.

—Cierto. Duele, ¿verdad?

No quiero quedarme aquí más tiempo del necesario, he estado devanándome los sesos en busca de respuestas.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto.

—¿Hacer qué?

Lo fulmino con la mirada.

—No te hagas el tímido conmigo. —Después de todo, fue él quien me contó todo su plan, sus mensajes con Aiden, cómo lo manipulaba todo—. ¿Por qué le dijiste que me besara?

Se encoge de hombros.

—No lo hice.

—¿Qué?

—No le dije que te besara —afirma mirándome fijamente—. Solo le dije que consiguiera tu número.

—Pero dijiste…

—Mentí —confiesa encogiéndose de hombros, tomando el mando en la mano y volviendo a mirar la pantalla—. Quería que terminaran.

—¿Por qué?

Se ríe, sacude la cabeza, pero no contesta. Me acerco a él y le arranco el mando de las manos.

—Perra —me regaña. Casi me río. Qué original—. Necesitaba vengarme de ti —admite, abriendo los orificios nasales.

Me sobresalto y doy un paso atrás.

—¿Vengarte de mí? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—¿No te acuerdas? —Ladea la cabeza.

—¿Recordar qué?

CDiS

—La fiesta, Leila —gruñe—. Primer año, dos semanas después de enrollarnos —resopla, girándose hacia un lado—. Me acerqué a ti y me apartaste.

Mi mente empieza a dar vueltas, recordando cuando Jordan se ponía demasiado susceptible, me agarraba cuando yo no quería, me susurraba al oído que me iba a follar de lo lindo.

—Me tiraste tu puta bebida encima, delante de todos. —Se vuelve para mirarme, con la cara dura—. Me hiciste parecer un perdedor detrás de una gorda.

Tengo que decir que, incluso después de todo, esa palabra sigue golpeándome como un puñetazo en el estómago. Y saber que intimé con ese tipo, incluso después de pensar que controlaba la situación, de pensar que lo tenía justo donde quería, duele saber que tenía razón. No era más que un desafío.

—No me dejarías en paz —le digo.

—Solo quería hablar contigo —aclara, dando un paso más hacia mí.

Doy un paso atrás, creando espacio entre nosotros.

—No quería hablar contigo. Sigo sin querer. Solo necesitaba saber por qué hiciste todo esto.

—Me humillaste. Pierce era mi principal objetivo —explica, arrastrando los ojos por mi cuerpo—. Vengarme de ti era solo la guinda del pastel.

—Eso fue hace más de un año. —Entrecierro los ojos—. Ni siquiera lo recordaba.

Resopla.

—Actúas como una perra engreída, pero tú viniste a mí primero —expón, señalándome—. Te acercaste a mí. Me besaste. Tú lo querías.

Inclino la cabeza hacia él.

—Debe haber sido el alcohol. —Mis ojos recorren su cuerpo—. Porque ahora mismo no hay nada de atractivo en ti.

Gruñe.

—Me abandonaste justo después. Ni siquiera me miraste.

—Me dijiste que actuara como si no existieras. Además. —Levanto los hombros encogiéndome de hombros—. La primera vez ya fue bastante mala. No quería que se repitiera.

CDiS

Se ríe, amargamente.

—Deberías considerarte afortunada de que te haya follado por lástima.

—Y aun así, hiciste todo esto porque te rechacé. —Suelta un suspiro por la nariz, agitado—. ¿Por qué Aiden? —le pregunto—. ¿Por qué meterlo en esto?

Mueve los labios, sonríe y lo odio.

—Eso es otro tema —dice—. ¿Pero quién mejor para hacer un trabajo que yo no podría hacer? —declara—. Haría cualquier cosa para salvar su reputación.

—Aiden no es así —pero las palabras mueren en mi lengua justo después de pronunciarlas.

Sonríe.

—Conseguí que lo hiciera, ¿no?

Mi corazón se rompe de nuevo. Por mucho que crea que conozco a Aiden y cuáles eran sus verdaderas intenciones, no es así. No sé nada de él, ni si todo lo que dijo fue solo para cumplir su parte del trato.

—No esperaba que se enamorara de ti —dice pasándose la lengua por los dientes—. Pensé que haría su trabajo, te engañaría y se iría.

—¿Qué quieres decir?

Ladea la cabeza, me mira de arriba abajo.

—Envió tu número hace mucho tiempo. Tenía lo que necesitaba.

—¿Entonces por qué siguió persiguiéndome? —Le di mi número antes de que pasara algo entre nosotros. ¿Por qué no lo dejó en cuanto consiguió lo que necesitaba?

Se ríe.

—Porque perdió la cabeza.

Te amo, Leila.

Todo era real.

Las palabras de Aiden recorren mi mente, haciéndome pensar en cómo me miraba, me suplicaba, desesperadamente que lo escuchara. ¿Podría…? ¿Era real?

—Tengo que irme.

Una mano en el brazo me detiene y miro a Jordan, que tiene una sonrisa en la cara.

CDiS

—Sabes —dice mirándome de arriba abajo—. Todo esto se puede arreglar. —Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de calor—. Podría aprender a perdonarte.

Me quito la mano del hombro y lo fulmino con la mirada.

—Prefiero follarme a cien tipos antes que a ti.

Se ríe y ladea la cabeza.

—¿No lo has hecho ya?

Giro sobre mis talones, empujo la puerta de su casa y salgo de ella. La cabeza me da vueltas, pensando en el único chico que dejé ir y que lo significaba todo para mí.

¿Estaba siendo real? ¿Lo que me dijo iba en serio? ¿Él… me ama?

Saco el teléfono y me pongo a ver las fotos que Jordan ha subido en las redes sociales. Los comentarios son brutales, interminables y desgarradores.

No puedo imaginar por lo que está pasando Aiden ahora mismo. Ni siquiera sé si querría hablar conmigo después de todo. Yo fui quien hizo que se filtraran esas fotos. Su vida está arruinada por mi culpa.

CDiS

Capítulo 43

AIDEN

¿ESTOY SOÑANDO?

Lo primero que escucho cuando entro en el salón es a un niño pequeño maldiciendo a Grayson.

—Amigo, tienes como diez años.

—Once en realidad, abuelo.

Grayson suelta una risita y gira la cabeza cuando me ve.

—Hola, ¿cómo estás?

—¿Con quién estás hablando? ¿Con tu madre? —La voz del chico retumba a través de los auriculares que Grayson lleva colgados del cuello. Sus cejas se levantan y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Mi amigo —responde Grayson.

—Oooh. ¿Una novia?

Grayson se ríe, sacudiendo la cabeza.

—No, un amigo.

—BOO. —Grayson hace un gesto de dolor cuando la voz del chico brama a través de los auriculares—. Me voy, eres aburrido.

El chico se desconecta, abandonando el juego.

—Juro que no volveré a jugar al multijugador —exclama Grayson, mirándome—. Me aterrorizan los niños.

Se me escapa una burla mientras me siento a su lado.

—Seguro que tú eras peor que él a su edad.

Se ríe y se pasa una mano por la cara. Cuando se vuelve para mirarme, entrecierra los ojos, evaluándome.

—Tú lo hiciste, ¿verdad? —pregunta—. Tú subiste las fotos.

—Sí.

Asiente con la cabeza.

—¿De verdad crees que va a ayudar?

CDiS

Suelto un suspiro, colocándome la gorra en la cabeza.

—No lo sé. —Fue lo único que se me ocurrió hacer—. Lo siento —me disculpo—. Te hiciste cargo de mi culpa en primer año y lo arruiné.

Sacude la cabeza.

—No me importa esa mierda. Las únicas personas que me importan saben quién soy. —Me levanta la barbilla—. ¿Y tú? —pregunta—. ¿Y si todo lo demás se convierte en mierda?

Hay muchas posibilidades de que eso ocurra. Pero en este momento, no me importa nada más. Hay una persona en mi cabeza a todas horas del día, es lo único que me importa.

—Ya no tengo el baloncesto. —Levanto los hombros encogiéndome de hombros—. No tengo a Leila. ¿Qué más tengo que perder?

Sus ojos se entrecierran, negando con la cabeza.

—Todavía tienes la escuela.

—Sin beca me voy de aquí, ¿y luego qué? ¿Adónde voy a ir? No puedo volver a casa. —Sacudo la cabeza, la sola idea me produce escalofríos—. No lo haré. —Tengo lo que necesito. Si todo va bien, recuperaré mi beca, pero si no… lo pierdo todo.

—Nunca dejaría que eso ocurriera —afirma—. La beca no será un problema.

—No. —Sacudo la cabeza—. No voy a aceptar limosnas de ti. —Ya es bastante malo que no me deje pagar el alquiler aquí, no le voy a dejar pagar la escuela también.

—No es una limosna. Solo quiero ayudarte.

Me froto la mano por la cara.

—Le prometí a Leila que sería bueno para ella. Que sería alguien digno de su tiempo. —Mi corazón empieza a latir al escuchar su nombre—. Le dije que nunca tendría que preocuparse por mi pasado de mierda. Si acepto limosnas, le estoy demostrando que estaba equivocada.

—¿Se lo has contado? —cuestiona—. ¿Lo de tu familia?

—Cada jodida parte —admito, presionándome las sienes con los dedos.

—Maldita sea. Es más de lo que me has contado. —Es más de lo que le he dicho a nadie. Ella lo sabe todo. Cada parte de mí—. Realmente la quieres, ¿verdad? —pregunta.

CDiS

Qué pregunta más estúpida.

—Más de lo que jamás creí posible.

—Podrías haber venido a mí. —Tira el mando a un lado y se gira para mirarme—. Te habría ayudado con Jordan.

Mi mandíbula se tensa.

—Pensé que lo tenía controlado. —La verdad es que no quería que nadie lo supiera. Grayson sabía algo de lo que había pasado en casa, pero no lo suficiente, no hasta el punto de que estuviera dispuesto a enseñarle esas fotos y poner toda mi vulnerabilidad sobre la mesa.

—Y todo explotó en su lugar.

Lo fulmino con la mirada.

—Sí, lo entiendo. Gracias.

Cuando suena mi teléfono, lo saco del bolsillo y el corazón me golpea el pecho al ver el nombre en la pantalla.

—Es Leila. —Me trago el nudo que se me hace en la garganta.

¿Me está llamando?

Me da un golpecito en la espalda.

—Buena suerte, amigo. —Se levanta y sale del salón.

No sé qué hacer. Me quedo mirando la pantalla como un imbécil, repasando las cinco letras una y otra vez. ¿Está pasando de verdad? Pulso el botón verde de responder y me acerco el teléfono a la oreja.

Hay silencio al otro lado, solo el suave tono de su respiración. Agarro el teléfono con las manos y cierro los ojos.

—¿Estoy soñando? —No contesta, pero su respiración se acelera y se hace más agitada—. Leila. —Mi voz es gruesa, desesperada—. Por favor, háblame.

—¿Cómo estás? —Inclino la cabeza hacia atrás al escuchar su hermosa voz. La he echado tanto de menos. La he echado de menos. Mi corazón late tan rápido que casi está quieto. ¿Es esto lo que se siente al morir?

—Ahora mismo —digo riendo por lo bajo—. Jodidamente increíble.

—¿Y eso por qué? —Casi puedo imaginarme su linda sonrisita, o tal vez eso es lo que quiero que haga. Quizá no esté sonriendo. Aunque espero que lo haga.

—Porque estás hablando conmigo. —Ni siquiera sé lo que esto significa, realmente no me importa en este momento. Me está hablando.

CDiS

El suspiro que sale de ella me destroza.

—Aiden.

—Mierda. Todavía no —la interrumpo antes de que pueda colgar o decir que ha sido un error o cualquier otra cosa—. Por favor, solo un poco más. —Puede que no me perdone, o que no me crea, pero quiero oír su voz un poco más—. No cuelgues todavía.

Cada segundo de silencio me destroza, hasta que su suave voz dice:

—Bien.

Sonrío, estirando las piernas sobre la mesita.

—¿Qué tal la clase? ¿El profesor Wilson sigue dando las mismas aburridas clases? —No quiero hablar de nosotros ahora. Puede que ni siquiera haya un nosotros, solo quiero hablar con ella—. No echo de menos sus clases, eso seguro. —Siempre me han interesado los negocios. El baloncesto era mi objetivo principal, pero tener un título en negocios sería un buen remedio si mi sueño no se cumplía. Pero el profesor Wilson se las arregla para convertir una asignatura sencilla en un rollo. Debería asistir a clase, pero sabiendo que mi beca está en juego y que todo el mundo me ve de otra manera… no podía ir. Apenas tenía energía para salir de la cama.

—Sí —responde, puedo escuchar el revuelo de su manta favorita que siempre lleva sobre los hombros—. Ha pasado a contabilidad. —La risita que sale de ella suena como una sinfonía de los mismísimos ángeles—. Juro que casi me duermo la semana pasada.

No puedo aguantar más. Suelto un suspiro.

—Te he echado de menos. —Cuando no responde, me preocupa haberla jodido ya, haber ido demasiado rápido. Pero es difícil pensar en otra cosa cuando la tengo al teléfono conmigo.

—¿Cómo estás? —pregunta ella—. Por todo.

Mi preciosa chica, siempre preocupada incluso después de que le hiciera daño.

—He estado mejor —le digo.

Después de unos minutos, suspira.

—Siento que Jordan te hiciera eso.

Bueno, ahora es tan buen momento como siempre.

—No lo hizo.

Pasan unos segundos.

CDiS

—¿Qué quieres decir?

—Las he publicado yo, Leila —le explico, exhalando un suspiro.

—¿Qué? —exclama sin aliento—. ¿Por qué?

Apenas sé la respuesta, solo que tenía que hacerlo.

—No tenía nada más que perder —le digo—. El baloncesto era lo único que creía que significaba todo para mí, pero me parecía aburrido y sin sentido. No valía la pena perderte.

—Aiden.

—Nada era mentira, Leila —suelto, apretando los ojos—. Nada. Jordan me manipuló. Le seguí el juego e hice exactamente lo que quería. Debería haber hecho esto desde el principio, debería haberlo dejado publicar las fotos y mandarlo a la mierda.

Oigo un suspiro agudo desde el otro lado y continúo, con el corazón en un puño.

—El baloncesto era mi prioridad y habría hecho cualquier cosa para protegerlo. Quería que la gente me respetara aquí, y eso no habría ocurrido si todo el mundo se enteraba de la verdad. Pero no sabía cuáles eran sus intenciones.

Sacudo la cabeza, esperando que me crea.

—Quería tu número. Ni siquiera te conocía entonces, solo pensé que este perdedor, quienquiera que fuese, solo quería una oportunidad con una chica que no podía tener. Fue fácil hacerlo a cambio de mantener mi reputación intacta. Pero cuanto más tiempo pasaba contigo… —Dejo escapar un suspiro—. Todo lo que pasó entre nosotros no tuvo nada que ver con él. Fuimos nosotros. Fue todo sobre nosotros, mierda. Nada era mentira.

Se queda callada tanto tiempo que me alejo para comprobar que no ha colgado.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —pregunta.

Me paso la mano por la cara.

—He renunciado a todo solo por la posibilidad de que supieras que no te estaba mintiendo. No puedo decirte que confíes en mí, esa decisión la tienes que tomar tú, lo único que te pido es que creas que nunca te haría daño a propósito. No me acosté contigo ni te besé para salvar mi trasero, lo hice porque me gustabas. Lo hice porque te quiero.

CDiS

Suspira y me obligo a continuar.

»Ni siquiera sé adónde ir a partir de ahora o qué va a pasar. La gente ya no va a admirarme, eso seguro. —Dejo escapar un suspiro—. Ahora saben que soy un don nadie.

—No eres un don nadie —exclama, y me duele el pecho por ella.

—Ni siquiera me importa eso —admito—. No me importa lo que piensen de mí. —Aprieto los labios, mi mano aprieta el teléfono—. Solo me importa lo que tú pienses de mí. —Abro los ojos, deseando tenerla delante, deseando poder mirarla a sus preciosos ojos y decirle esto—. Eres la única que me conoce de verdad.

—Tú también me conoces —señala con una respiración áspera—. Mejor de lo que me conozco a mí misma.

Sonrío, imaginándomela.

—Lo sé —le digo—. Sé cuánto te gustan los gatos y desearías tener uno propio. Sé lo mucho que te gustan esos asquerosos caramelos pero nunca te permites comerlos. —Hago una pausa, tragando saliva—. Sé lo mucho que te hice daño. Y cómo crees que hice exactamente lo mismo que el idiota de tu exnovio.

—Aiden.

—Sé lo mucho que quieres a tu padre —continúo—. Tiene razón. Eres una *tigresa.* —Suelta una carcajada ante mi mala pronunciación del español—. Tan segura de sí misma —digo, recordando lo asustada que estaba de hacer aquella sesión de fotos y lo hizo de todos modos. Siempre he admirado cómo hacía lo que quería, aunque a veces le diera miedo—. Tan intrépida y tan fuerte. —Trago saliva—. Pero los tigres también son cariñosos, suaves. Son sensibles y emocionales y capaces de un gran amor.

Dejo que se me cierren los ojos.

»Te mereces ese gran amor, enorme, que hace temblar la tierra, Leila —declaro—. Y estoy dispuesto, muriendo, a dártelo. Si me dejas. —Mi corazón late tan rápido por esta mujer—. Te amo, Leila.

Ya está. He dicho todo lo que necesitaba decir. Todo mi corazón está ahí para ella. Si me dice que no quiere estar conmigo, que no confía en mí o no me cree, no puedo hacer nada. Quiero luchar por nosotros, pero no quiero seguir haciéndole daño.

—¿Dónde estás?

CDiS

Me levanto del sofá y abro la puerta.

—Donde quieras que esté.

Se ríe. Mierda, me encanta ese sonido.

—¿Puedes estar aquí en diez?

Ya estoy fuera de la puerta cuando digo:

—Que sean cinco.

CDiS

Capítulo 44

LEILA

ME QUIERE, NO ME QUIERE

Nunca pensé que mi corazón pudiera acelerarse tanto con solo llamar a la puerta, pero cuando abro la puerta y esos brillantes ojos azules me miran, se acelera aún más.

Aiden se lame los labios, mirándome fijamente.

—Leila. —Sonrío al escuchar mi nombre en sus labios. No dice nada más, sacude ligeramente la cabeza mientras me mira cada centímetro de la cara, desde los labios hasta los ojos y las mejillas; no hay parte de mí que no sienta el ardor de su mirada.

La puerta se abre más cuando doy un paso atrás, permitiéndole entrar. En el momento en que entra en mi apartamento y cierro la puerta detrás de nosotros, siento como si nunca hubiera debido irse.

—Es raro —le digo—. Este lugar se ha sentido tan vacío sin ti, y tan pronto como entras, se siente como en casa otra vez.

Se gira para mirarme, sus cejas se levantan, el significado de mis palabras persistiendo entre nosotros. Tiro de mi labio inferior entre los dientes, tratando de evitarlo. Cuando levanto la vista, sus ojos no están en los míos, sino en mi pecho o, más concretamente, en el collar de oro que cuelga de mi cuello. Veo cómo se le mueve la nuez de Adán de un trago.

—Sigues llevando el collar.

No he podido quitármelo. Es lo único que tenía de él, lo que más significaba para mí. Se me cae la cabeza y una lágrima cae por mi cara. Sus manos se posan en mí en un segundo, me toman las mejillas y me levantan la cabeza hasta que puedo verlo.

—Por favor no llores —me suplica pasándome el pulgar por la mejilla—. Me rompe el corazón verte así otra vez.

CDiS

—Estoy tan perdida. —Vuelvo a bajar los ojos, la sensación de sus manos sobre mí es demasiado para pensar con claridad—. No sé qué pensar, Aiden. —Suelto un suspiro, y cuando vuelvo a mirarlo, la mirada de sus ojos casi hace que me derrumbe de nuevo—. Tengo tantos pensamientos dando vueltas en la cabeza —admito—. Me siento como si tuviera cinco años otra vez, recogiendo pétalos de flores. Miente, dice la verdad. Me quiere, no me quiere.

—Te quiere —dice, mirándome fijamente a los ojos—. Te quiere muchísimo, mierda. —Baja los ojos, me toma la mano y se la lleva a los labios, apretándolos suavemente contra mi piel—. Estoy tan enamorado de ti que duele.

Cierro los ojos con fuerza, deteniendo las lágrimas que se agolpan en mis ojos.

—Yo también te quería.

Puedo sentir cómo se le rompe el corazón cuando suelta mi mano y se aleja un paso de mí.

—¿Quería? —pregunta—. ¿En pasado?

Miro a un lado, evitando el contacto visual.

—Te creo —admito—. Creo que no te acostaste conmigo para beneficiarte. Pero eso no cambia el hecho de que aun así jugaste conmigo. Coqueteaste, me pediste mi número constantemente hasta que cedí.

—Le di tu número incluso antes de acostarnos, Leila. Fue antes de todo. Antes de que entraras en mi vida y la pusieras patas arriba. —Me obligo a mirarlo, me duele el corazón cuando lo hago—. Nada ha sido igual desde entonces. Y no quiero que lo sea. Mi vida no tenía sentido antes de ti. Baloncesto, graduarme, ser reclutado. Eso es todo lo que siempre quise.

Cuando me acerco un paso, niega con la cabeza.

—Pero ahora solo te quiero a ti —continúa—. Eres tú quien me hace querer levantarme por las mañanas, eres tú quien me hace sonreír. Eres tú quien me hace feliz. —Da un paso hacia mí, acorta la distancia que nos separa y se inclina hacia mí, pasándome el pelo por detrás de la oreja—. Es de ti de quien estoy desesperadamente enamorado.

Dejo que se me cierren los ojos y aprieto las manos contra su pecho. Se pone rígido entre mis brazos, sin saber si voy a apartarlo o a decirle que se vaya, pero hago otra cosa. Levanto las manos, sintiendo cada cresta de su

CDiS

torso hasta que le rodeo el cuello con los brazos, encontrando mi sitio en el pliegue de su nuca.

—Aiden —susurro mirándolo a los ojos.

Se estremece bajo mi contacto.

—¿Sí, preciosa?

—Bésame.

Respira con dificultad y separa los labios mientras me mira.

—¿Hablas en serio?

Asiento con la cabeza, la comisura de mis labios se inclina en una sonrisa mientras me pongo de puntillas hasta que nuestros labios se apilan, a menos de un centímetro entre nosotros.

Sus manos bajan para sujetarme la cintura.

—Tienes que estar cien por cien segura de esto, Leila. No voy a dejar que me dejes nunca más. Ni una puta oportunidad.

—Estoy segura.

—Gracias, maldición —murmura antes de pegar sus labios a los míos. Suelto un jadeo cuando sus manos se aferran a mi trasero y me aprietan con más fuerza. Su tacto me enciende por dentro, sintiéndolo por todas partes, en mi cuerpo, en mis labios, en mi corazón. Cuando se retira, sonríe—. Esto significa lo que creo que significa, ¿verdad? —me pregunta.

Asiento con la cabeza y le sonrío.

—Significa que eres todo mío.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Siempre he sido tuyo —declara, rozando sus labios con los míos—. Desde aquel primer beso, te marcaste en mi corazón. Siempre serás tú. Siempre, Leila.

Mi corazón se acelera, mi cerebro me grita tres palabritas hasta que las suelto.

—Te amo, Aiden.

—¿Sí? —Sus manos se congelan en mí, apretando mis caderas.

—Tanto —admito—. Intenté odiarte, intenté empujar hacia el fondo todo lo que sentía por ti, pero no pude. —Y no querría—. Eres la única persona a la que he querido tanto. —Dejo escapar una carcajada, amando cómo sonríe al escuchar el sonido—. Me está matando. Me has arruinado.

Aprieta los labios contra mi frente y se ríe.

CDiS

—Me arruinaste hace mucho tiempo, nena. Es hora de que te pongas al día.

Pongo los ojos en blanco, le doy un codazo y él suelta una carcajada.

—Te amo —dice, susurrando las palabras una y otra vez sobre mi piel, besándome la mejilla, las cejas, los labios.

Sin embargo, cuando se retira, su expresión se apacigua.

—Las cosas van a cambiar, Leila —exclama con un suspiro—. La gente podría decirte cosas desagradables por estar conmigo. ¿Estás segura de que te parece bien?

Se me revuelve el estómago al pensar que Aiden cree que no quiero estar con él por lo que los demás piensan de él. No me enamoré de su reputación. Me enamoré de él. Me encojo de hombros y le acaricio la nuca.

—Ya he escuchado todas las cosas desagradables. No me molestará.

Frunce el ceño y me levanta la barbilla con el pulgar.

—Estás mintiendo —objeta—. Sé lo mucho que te molesta. —Sacude la cabeza y suelta un suspiro—. Odio que la gente te haya hecho daño. —Su ceño se frunce, una línea se forma entre sus cejas—. Odio haber sido uno de ellos.

Dejo escapar un suspiro.

—Es inevitable, Aiden. —Siempre habrá personas que lleven el odio dentro, y no hay nada que pueda hacer para detenerlas. Levanto la vista hacia él, con la incertidumbre creciendo en mi pecho—. ¿Seguro que te parece bien que te vean conmigo?

Deja caer los hombros y me acuna la cara entre las manos.

—Me rompe el puto corazón cuando dices eso —admite—. No quiero mantenerte oculta; no eres un sucio secreto, Leila. Eres mi novia. —Se inclina y presiona sus labios contra los míos—. Sería un puto privilegio para mí.

CDiS

Capítulo 45

LEILA

HARÉ LO QUE HAGA FALTA

Estoy tan cómoda ahora, que no quiero moverme.

El aliento de Aiden golpea mi piel y sé que está despierto. Me pregunto cuánto tiempo lleva viéndome dormir, cuántas veces ha apretado los labios contra mi frente y me ha susurrado «te amo» contra la piel. Lo he encontrado haciéndolo unas cuantas veces.

Es la mejor manera de despertarse. Mi pierna rodea su cintura, mis brazos lo envuelven, sin querer soltarlo. Es una locura que hace solo unos meses, él no estaba en mi vida. Nunca podría imaginarme tan cerca de otra persona como lo he estado de Aiden.

Cuando abro los ojos y lo miro a la cara, me sonríe. Dios, me gusta mucho su sonrisa.

—¿Qué hora es? —balbuceo, aún medio dormida. Puede que nos hayamos pasado toda la noche besándonos, hablando, haciendo el amor… y más besos. Ha sido muy divertido.

—Un poco después de las dos —responde, apartándome los mechones de pelo de la cara e inclinándose para besarme la frente. Suelto un suspiro, derritiéndome ante su contacto. Desde entonces no ha dejado de besarme, y yo me deleito con cada una de sus caricias.

—Deberíamos salir pronto de la cama —musito, bajando las sábanas.

Me detiene, me atrae hacia él y hunde su cabeza en mi cuello, presionando sus labios sobre mi piel.

—Un poco más —murmura—. No quiero dejarte ir todavía.

Suelto una carcajada y me giro para mirarlo.

—Me has tenido todo el fin de semana.

—No lo suficiente.

CDiS

Tengo que estar de acuerdo. Creo que nunca tendré suficiente de él. Pero tengo la sensación de que no es la única razón por la que no quiere salir de esta habitación.

—¿Estás nervioso? —le pregunto, pasando las manos por sus abdominales, sonriendo cuando noto que se flexiona bajo mi contacto. Me encanta su cuerpo, las crestas duras de su torso, su dureza contra la mía—. ¿Por el control antidopaje?

Deja escapar un suspiro.

—A menos que alguien haya vuelto a meter drogas en mi bebida, entonces estoy limpio.

Todavía no puedo creer que Jordan hiciera eso, sabiendo lo que Aiden siente por las drogas debió asustarle mucho que alguien a quien consideraba su amigo le hiciera eso.

—¿Entonces por qué estás tan tenso?

Se gira, me rodea con los brazos y apoya la barbilla en mi cabeza.

—Todo va a ser diferente —aclara—. Ninguno de los chicos me va a respetar más. Probablemente no seré capitán. —Sé lo mucho que ha trabajado Aiden para que el equipo lo admire, y la idea de que lo dejen en ridículo me produce un dolor en el pecho—. Ahora mismo no quiero pensar en nada más —susurra—. Solo quiero estar en la cama contigo un poco más.

Me invade un sentimiento de culpa al saber que se ha metido en este lío porque quería que lo perdonara.

—No te dije que hicieras eso, ¿sabes? —Lo miro—. Nunca te habría dejado publicar las fotos si lo hubiera sabido.

Sacude la cabeza y me da un beso en la mejilla.

—Lo sé Leila. Todo dependía de mí, necesitaba hacerlo.

Mi mano se congela en su estómago.

—¿Te preocupa ver a Jordan?

Me mira y me aprieta con la mano la cadera desnuda.

—Por favor. No digas su nombre cuando estés desnuda en la cama conmigo.

Me río, apretando los labios.

—Lo siento.

CDiS

—Odio pensar que ese idiota te haya visto así —señala pasándome la mano por la piel—. Ojalá te hubiera conocido antes. Haberte visto justo cuando llegaste a Redfield. —Me mira fijamente a los ojos—. No habrías tenido que conocer a tipos como él.

Lo quiero por decir eso. La sonrisa de mi cara intenta transmitirlo, pero se queda corta.

—Probablemente ni siquiera me habrías mirado dos veces.

Su sonrisa se borra, su cara se hace añicos.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Aiden —suspiro—. Ni siquiera te fijaste en mí hasta que necesitaste mi número. No te guardo rencor por eso, pero es la verdad.

Me sacude la cabeza, exhalando una carcajada.

—Recuerdo una primera impresión muy diferente de ti.

Entrecierro los ojos.

—¿En serio?

Asiente, acercándose a mí.

—En el bar, hace un año —murmura, pasando las manos por mi cuerpo como si físicamente no pudiera dejar de tocarme—. Cuando estaba trabajando, Rosie se acercó y pidió una cerveza para ti. Le dije que yo invitaba.

Aun así, flashes de la noche en que Aiden me invitó a una bebida inundaron mi mente.

—No pensé que te acordarías de eso. —Cuando lo miré, estaba hablando con otra chica y no le di importancia. No sabía que al final me traería aquí, con él.

—Estabas hablando con otra persona —explica, sonriéndome—. Riendo, sonriendo, todo por otro tipo. Pensé que ni siquiera te habías fijado en mí.

Me fijé en él. Me fijé en él aunque desesperadamente no quería hacerlo.

—Si lo hubiera sabido…

Sacude la cabeza.

—No te preocupes por eso, preciosa. Ahora te tengo a ti.

Sonrío, con el corazón golpeándome el pecho.

—No me gustaría volver atrás.

—¿No?

CDiS

Sacudo la cabeza.

—Me gusta nuestra historia.

Sonríe.

—Me encanta nuestra historia. —Me frota las mejillas con el pulgar—. Quién me iba a decir a mí que un juego de girar la botella me traería hasta ti —bromea, lanzándome una sonrisa burlona.

Suelto una carcajada.

—Tendrás que agradecérselo a Gabi.

—Gracias, Gabi —murmura, apretando sus labios contra los míos.

Me aparto de él a regañadientes y me giro hacia el teléfono que suena en mi mesita. Lo tomo y sonrío al ver el nombre de mi hermana en la pantalla. Acepto la llamada FaceTime y la cara de Laura aparece en la pantalla.

—¿Sigues en la cama?

Suelto una carcajada.

—Hola a ti también.

Entrecierra los ojos.

—¿A quién pertenece ese hombro?

Me giro hacia Aiden, que sonríe cuando asoma la cara por la pantalla.

—Hola.

Los ojos de mi hermana se abren de par en par cuando ve a Aiden sentado a mi lado en la cama, sin camiseta.

—Bueno, encantada de conocerte…

—Aiden —termina por ella.

Se gira para mirarme y yo me encojo de hombros.

—¿Es nuevo? —le ofrezco.

Se ríe, dejando escapar un suspiro.

—Veo que eres feliz. —No puedo evitar mirar a Aiden cuando dice eso.

—Sí —asiento mirándolo a los ojos—. Lo estoy.

—¿Laura, con quién estás hablando?

Los ojos de mi hermana se abren de par en par al oír la voz de mi mamá.

—Oh mierda.

—¿Leila? —Su cara aparece en la pantalla, mi hermana me dice «lo siento». No he hablado con mi madre desde que le colgué el teléfono, y verla de nuevo me revuelve el estómago—. *Leila, mija, quería hablar de…* —

CDiS

Las palabras mueren en su lengua cuando sus ojos se dirigen a Aiden, que le sonríe—. Leila —exclama con voz seria—. ¿Por qué hay un chico en tu cama?

Mi hermana se ríe, llevándose la mano a la boca, y yo suelto un suspiro.

—Porque es mi novio, mamá —aclaro, odiando cómo entrecierra los ojos, interrogándome—. Este es Aiden. Estamos saliendo.

—Hola, señora Pérez —dice Aiden, apretándome la mano bajo las sábanas—. Encantado de conocerla.

Aprieta los labios y me mira.

—*Leila, mi amor* —empieza, y mi corazón palpita ante la expectativa de las palabras que van a salir de su boca y me harán cuestionarme todo sobre mí—. *¿Estás feliz?*

Me quedo helada, preguntándome si la he escuchado bien. Mi hermana mira a mi madre, también conmocionada, y Aiden aprieta más fuerte. Me aclaro la garganta.

—Sí, mamá —respondo en inglés, para que Aiden sepa exactamente lo que me ha preguntado—. Estoy muy contenta.

Mi madre asiente con la cabeza y esboza una sonrisa.

—Entonces encantada de conocerte a ti también, Aiden —le dice a mi novio. Cuando se vuelve hacia mí, su expresión se ensombrece—. Quería hablar contigo. Me gustaría disculparme —comenta—. Nunca debería haberte dicho esas cosas, Leila. Eres mi hija, eres guapa, inteligente y tienes talento. Solo quería que tuvieras la mejor vida posible.

Escucharla disculparse es todo lo que siempre he querido. He soñado con escuchar sus palabras: que me quiere, que sigue viéndome guapa aunque sea más grande que ella, que quiere que sea feliz. Pero escucharla decir eso hace que me duela el corazón por lo que pasé de pequeña, por todo el dolor que me causó.

—Todavía puedo tener eso, mamá —le digo—. Mi peso no tiene nada que ver con mi felicidad. Soy feliz y quiero quererme, pero es difícil hacerlo cuando tú no me quieres.

Se le cae la boca mientras sacude la cabeza.

—Claro que te quiero, Leila. Yo solo…

—Acabas de decirme que no soy lo bastante guapa. —La mano de Aiden se estrecha alrededor de la mía—. Acabas de decir que tendría una

CDiS

vida mejor si fuera delgada. Pues no lo soy. No soy delgada, y probablemente nunca lo seré, estoy bien con eso. Solo necesito que me dejes vivir mi vida sin comentarios sobre mi cuerpo. Eso es todo lo que necesito. ¿Puedes hacerlo, mamá?

Se queda callada un rato y mis ojos se desvían hacia la esquina de la pantalla, donde está mi padre, de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. La sonrisa de su cara lo dice todo sin que él pronuncie una sola palabra. «Estoy orgulloso de ti». Y yo también estoy orgullosa de mí misma, de haberle dicho por fin a mi madre lo que siento y de haberme puesto en primer lugar.

—Puedo hacerlo —dice finalmente.

Toda la tensión de mis hombros se disipa cuando suelto un suspiro.

—Gracias.

Asiente y me sonríe antes de volverse hacia Aiden.

—Será mejor que cuides de mi hija —le advierte.

—Lo haré —le promete a mi madre, sonriéndole—. Haré lo que haga falta para que sea feliz.

CDiS

Capítulo 46

AIDEN

REVANCHA

Cuando abro la puerta y veo a todos mis compañeros en la cancha, siento un dolor que no puedo explicar. El baloncesto ha sido todo lo que he tenido durante tanto tiempo que saber que hoy podrían arrebatármelo todo me pone nervioso.

El entrenador gira la cabeza cuando se cierra la puerta y me ve acercarme a él.

—Pierce —me dice—. La prueba está prevista para mañana. Sigues suspendido.

—Lo sé, entrenador, me preguntaba si podía hablar con usted.

Levanta la barbilla.

—¿Puede esperar?

—La verdad es que no. —Cuanto más me aferro a esta información, más cree Jordan que ha ganado, pero no lo ha hecho, ni de lejos.

Lo veo en la pista, entrecerrando los ojos, con las mejillas encendidas por la ira. ¿Cómo no me di cuenta antes? Estos chicos han sido como mi familia desde el primer año, saber que uno de ellos me apuñaló por la espalda duele como el infierno.

Suena el silbato del entrenador y todos se detienen.

—Se acabó el entrenamiento —grita.

—Claro que sí —murmura Carter, corriendo hacia los vestuarios.

—Me alegro de verte, Capi —dice André, dándome una palmada en el hombro.

Cuando todos se van, el imbécil se me acerca.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me pregunta Jordan, entrecerrando los ojos.

Sacudo la cabeza, casi riéndome de lo mierda que es.

CDiS

—¿Quieres arruinar mi futuro? Yo puedo hacer lo mismo. —Sus fosas nasales se encienden, pero no me explayo. Jordan se dispersa cuando el entrenador se acerca a mí.

—¿De qué querías hablar? —me inquiere, adelantándose hacia su despacho.

En cuanto se cierra la puerta, suelto un suspiro.

—Tengo pruebas.

—¿De? —pregunta el entrenador, sentado en su escritorio.

—Que las pruebas de drogas fueron manipuladas.

Sus cejas se disparan.

—¿Qué prueba?

Saco el teléfono del bolsillo y abro la grabación que tengo de Jordan admitiéndolo todo. Admitiendo que me chantajeó, admitiendo que se metió con las pruebas de drogas. Todo.

Cuando termina la grabación, el entrenador me mira.

—¿Este es Jordan?

Me aseguré de decir su nombre para que no hubiera confusión. Puede que ese idiota me haya controlado durante los últimos meses, pero no voy a dejar que se salga con la suya.

—Sí, entrenador —aclaro—. Quería el puesto de capitán y estaba dispuesto a chantajearme y drogarme para conseguirlo.

El entrenador suelta un suspiro, sacudiendo la cabeza.

—Lleva tiempo pidiéndome que reconsidere que sea capitán. —Mis ojos se abren de par en par ante la admisión. ¿Todo este tiempo?—. No pensé que fuera una amenaza, pero esto es serio —dice, sacudiendo la cabeza—. Esto es una prueba irrefutable.

Mi corazón empieza a acelerarse.

—Entonces, ¿qué significa esto?

—Significa que siempre tuve razón al creer en ti —afirma asintiendo. Siempre agradeceré que el entrenador viera algo en mí y me diera una oportunidad—. Y significa que estás de vuelta en el equipo.

—¿Y la beca?

—Todavía sigue muy intacta.

Mis hombros caen, todo el peso se desprende de ellos.

—Gracias, entrenador.

CDiS

—No quería tener que hacer esto —señala levantándose de la silla—. Pero Jordan está fuera, y supongo que ya no asistirá a la Universidad de Redfield.

—¿En serio?

El entrenador asiente.

—Esto es muy grave. No solo el chantaje es un delito penal, sino que manipular el control antidopaje de uno de sus compañeros no es el tipo de persona que quiero para este equipo. —Me mira—. Siento que hayas tenido que pasar por eso, Aiden. Sé lo duro que debe ser, con tu familia.

—¿Lo sabía? —No sabía si creerle a Jordan cuando dijo que el entrenador conocía mi pasado. Nunca hizo ningún comentario al respecto, nunca me trató de forma diferente.

—Claro que sí —explica—. En cuanto te vi en el gimnasio del instituto, supe que serías uno de los grandes. Y todavía lo creo. Eres uno de los mejores jugadores de este equipo. —Aprieta los labios—. Y estoy orgulloso de haber sido tu entrenador. Te has convertido en un hijo para mí —declara, haciendo que se me cierre la garganta—. Estoy deseando verte jugar en la NBA.

Mierda. Nunca había tenido a alguien que estuviera orgulloso de mí, o que quisiera que tuviera éxito.

—¿Y las fotos? —le pregunto—. Si me reclutan no querrán a alguien con un pasado como el mío.

Sacude la cabeza y me ofrece una sonrisa.

—Eso no me importa, y no les importará a ellos —afirma—. Nada va a impedir que consigas tus objetivos a menos que dejes de trabajar por ello. Venir de un entorno como el tuyo no significa nada. No influye en tu forma de jugar —me dice, presionándome el pecho con el dedo—. En todo caso, hace que sea más impresionante que hayas conseguido trabajar tan duro como lo has hecho sabiendo que no tenías el mejor entorno.

Su boca se inclina hacia arriba.

—Ya he tenido equipos interesados en ti. —¿De verdad?—. Solo sigue trabajando duro y preséntate. ¿Si juegas como siempre? No va a haber un maldito equipo que no te quiera.

Vaya mierda.

—¿Habla en serio?

CDiS

—Claro que sí, hijo.

Asiento con la cabeza.

—Gracias, entrenador.

Hace un gesto detrás de mí.

—Iba a esperar a que todos se fueran, pero… ¿quieres hacer los honores?

Sonrío.

—Claro que sí. —Intentó arruinarme la vida, es justo que yo haga lo mismo.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Pierce —dice el entrenador antes de salir de su despacho y dirigirse a los vestuarios.

—Mierda —dice Ethan cuando entro—. Mira quién es.

—¿Dónde has estado, Cap? —pregunta André.

Me vuelvo hacia Jordan, que me evita metiendo la ropa en su taquilla.

—¿Estás bien? —pregunta Carter.

¿Qué demonios está pasando? Esperaba venir aquí y ver a los chicos riéndose de mí, hablando mierda y mirándome como fuera si un montón de basura. Es a lo que estoy acostumbrado en casa. Los empujones de mis propios compañeros, las bromas en los vestuarios. Fue brutal, pero seguí adelante porque el baloncesto era mi única vía de escape de casa.

¿Pero estos tipos siguen hablándome, llamándome capitán? No sé lo que esperaba, pero no era esto.

—Estoy bien —le digo—. Por fin de vuelta en el equipo.

Jordan se da la vuelta, con los ojos entrecerrados.

—¿No estás suspendido?

Sonrío, negando con la cabeza.

—No, pero tú estás fuera del equipo.

—¿Qué? —exclama Jordan.

La rabia en su cara me hace reír, sabiendo que después de todo, lo perdió todo. Los celos se apoderaron de él y perdió.

—Deberías haberme mirado los bolsillos, idiota. —Sacudo la cabeza ante el que creía que era mi amigo—. Grabé cada maldita palabra que dijiste. El entrenador sabe que no he usado drogas. A ti, en cambio, te han encontrado manipulando pruebas de drogas y chantajeando.

CDiS

Los chicos murmuran, sus caras se contorsionan con lo que sentí cuando descubrí que Jordan era el chantajista… traición. Herida. Se supone que el equipo debe ser una familia, no volverse unos contra otros.

—No puedes echarme —dice.

Mis hombros se levantan.

—El entrenador pensó que yo debía hacer los honores. —Su mirada se oscurece, por fin se da cuenta de que no tiene nada—. Estás fuera del puto equipo. Ninguno de nosotros quiere trabajar con alguien como tú.

Jordan se ríe y mira por la habitación a los otros chicos que lo han dejado helado.

—Por favor —lanza, volviendo los ojos hacia mí, lanzándome una mirada fulminante—. Es un puto perdedor. —Las palabras siguen calando hondo incluso después de todo este tiempo—. No debería ser capitán. Las fotos son prueba suficiente. Es un don nadie.

Todos están en silencio. Me pregunto si estarán reflexionando sobre lo que ha dicho Jordan, si estarán de acuerdo con él. No soy un don nadie. Ahora lo sé. Mi pasado o mi familia no forman lo que soy. Soy mi propia persona, tengo mi propia moral, creencias y metas, y tipos como Jordan ya no van a hacerme sentir así.

Cuando Carter se levanta, todos lo miran.

—No tuve casi nada mientras crecía —dice, tragando saliva. Me estremezco ante su confesión—. Dime que no debería estar aquí. —Mira fijamente a Jordan—. Dilo de una puta vez.

Suelta una burla, ignorando a Carter.

—¿Les parece bien que sea el capitán? —Cuando nadie está de acuerdo con él, se ríe—. Son todos unos perdedores —grita Jordan, sacudiendo la cabeza.

Ni siquiera reconozco la ironía de su afirmación.

—Y tú no deberías estar aquí. Vete.

—Que te jodan —dice, recogiendo su mierda y metiéndola en su bolsa de deporte—. A la mierda esta escuela. —Se da la vuelta, pero antes de que pueda irse, Ethan lo agarra por el cuello y se balancea, dándole un puñetazo en la cara.

Jordan da un respingo, abre mucho los ojos y la habitación se queda en silencio. Sacude la cabeza, con la mandíbula apretada, y sale por la puerta.

CDiS

Ethan se da la vuelta, con los ojos encendidos mientras se pasa una mano por el pelo.

—Jugó conmigo —admite, sacudiendo la cabeza—. Me dijo que tenías padres ricos que pagaron al entrenador para que te nombrara capitán.

Mis ojos se abren de par en par ante su admisión. Jordan realmente quería este puesto, y estaba dispuesto a poner a todo el mundo en mi contra para conseguirlo.

—Eso no es verdad. —Ni mucho menos.

Ethan asiente.

—Ahora lo sé. —Sus ojos se hunden, pasándose la lengua por el labio inferior—. Mierda, lo siento, Capi. Realmente pensé…

Asiento con la cabeza. Fue engañado, no hay nada que podamos cambiar.

—Gracias por eso —hago un gesto hacia la puerta.

Sacude la cabeza, dejando escapar una burla.

—Se lo merecía.

Sí, lo hacía.

Resoplo sabiendo que ya no es una amenaza. Pero si Jordan pudo hacerme eso, cualquiera de estos tipos podría hacer lo mismo.

—Ya no es un problema —le digo—. Está fuera del equipo y de esta escuela. Tenemos que cuidarnos las espaldas, no apuñalarnos. —Me giro hacia el resto del equipo—. Si alguien más tiene algún problema con que yo sea capitán o con mi procedencia, que lo diga ahora. Porque estas pequeñas discusiones son agotadoras.

—Estoy bien —dice Carter, levantando las manos.

—No tengo nada contra ti —responde André.

—Yo tampoco —dice Brent.

Mis hombros caen.

—Me alegro de tener eso resuelto.

—Todos vimos las fotos —señala André, haciendo que se me caiga la cara de vergüenza—. Sé lo duro que debe ser tener tus asuntos personales ahí afuera.

—Sí —exhalo.

—Estamos aquí para ti, Capi —exclama Carter, levantando la barbilla—. Cualquier cosa que necesites, puedes contar con nosotros.

CDiS

Me alegro de tener un equipo que me cubre las espaldas, aunque nadie más lo haga después de esto. Le hago un gesto con la cabeza.

—Tú también —le digo, admirándolo por haberme defendido hoy, incluso si eso significaba exponer su vida. Cuando me giro para salir de los vestuarios, su voz me detiene.

—¿A dónde vas? —pregunta Carter.

—A casa con mi chica.

CDiS

Epílogo

AIDEN

GATITOS Y CUMPLEAÑOS

—Son plantas, Leila. Todas parecen iguales.

—Shhh. —Sus ojos se abren de par en par, poniendo la planta a su lado—. Pueden escucharte.

Es adorable. Quiero besarla. Siempre quiero besarla. Cada momento del día, cada segundo.

—Pero ya tienes tantas. —Subestimación. Su apartamento está cubierto de verde. Tengo que decir que me encanta. Me recuerda a ella.

Sacude la cabeza, examinando las hojas.

—Me aportan consuelo y oxígeno. ¿No quieres que respire? —Sus ojos se entrecierran y me dan ganas de reír, pero sé que no debo hacerlo, así que aprieto los labios.

—Claro que sí, preciosa.

—¿Tienes algo más que decir sobre mis plantas?

Suelto una risita y aprieto los labios contra los suyos.

—No, nena. ¿Dónde las quieres?

Señala al suelo, fuera de la pequeña boutique de flores, la cesta llena de otras diez plantas más pequeñas.

—Ahí dentro.

Lo que mi chica quiere, lo consigue. Le quito la planta y la pongo en la cesta con las demás.

—Tienes suerte de que te ame —le digo apartándole de la cara los mechones de pelo castaño. Pero miento, yo soy el afortunado. Tan jodidamente afortunado de haberla encontrado. Me inclino para besarle la frente. No puedo dejar de besarla, de mirarla, de dar gracias a Dios por que me haya perdonado y me quiera.

—¿Sí? —Sonríe, sus ojos brillan—. Dilo otra vez.

CDiS

Lo diré un millón de veces si es necesario.

—Te amo —susurro contra sus labios.

—Hmm —tararea—. Eso suena tan bien viniendo de tu boca.

—Sonaría aún mejor viniendo de la tuya. —Me encanta escucharla decir esas dos palabritas que hacen que me salte el corazón cada vez.

Levanta los ojos, mirándome a través de las pestañas.

—Te amo, Aiden Pierce. Todo de ti. Cada parte, incluso las molestas.

—¿Molestas? —le pregunto, divertido.

Ella asiente.

—Como cuando roncas.

Me burlo:

—No ronco.

—Lo haces —afirma ella, arrugando la nariz—. Es tan poco atractivo, debería haberlo sabido antes de acostarme contigo.

Sacudo la cabeza, inclinándome hacia ella.

—Demasiado tarde, mierda. Nunca te dejaré marchar. —En cuanto nuestros labios se juntan, se derrite sobre mí, me rodea con sus brazos y sus dedos se enredan en mi pelo. La quiero tanto que siento que mi corazón está a punto de estallar.

—¿Leila?

Retrocedemos, la cabeza de Leila se levanta, mirando detrás de mí. Sus ojos se abren de par en par, brotando una sonrisa en su rostro que me hace fruncir el ceño al girarme, viendo a quién pertenece la voz grave que parece hacer sonreír a mi novia.

Mis ojos recorren su ropa, que parece hecha a medida, su pelo castaño rizado, que complementa su piel morena. Se pasa una mano por la barba recortada, que le da un aspecto muy varonil. Madre mía. Este hombre es guapo. Lo odio.

—¿Lucas? —exclama Leila, pasando a mi lado y abrazándolo. ¿Quién demonios es este tipo y por qué está tocando a mi chica?—. ¿Qué haces aquí? —le pregunta Leila, separándose de un abrazo que ha durado demasiado.

Le sonríe.

CDiS

—Estaba comprando unas flores para el cumpleaños de mi madre. No quería decírtelo hasta que pasara, pero me he vuelto a casa —dice—. Cambié de agente. —Mierda, es un modelo. Claro que lo es.

—No puede ser —comenta mi novia, sonando demasiado emocionada—. ¿Así que podré verte más a menudo?

Mierda, lo hará. Me acerco un paso más a ella, le rodeo la cintura con la mano y la atraigo hacia mí, mirando fijamente a ese idiota, mostrándole que es mía. Toda mía, mierda.

—¿Quién es? —pregunto, levantando mi barbilla hacia él.

—Este es Lucas —aclara ella—. Es modelo, trabajamos para la misma agencia. —Se ríe. Mis ojos se abren de par en par. ¿Ahora la hace reír? Por supuesto que no—. Bueno, ya no, supongo.

—¿Y este es? —Lucas le pregunta a Leila.

—Aiden. —Aprieto la cintura de Leila—. Su novio.

Sus cejas se disparan.

—¿Novio? —Menea la cabeza—. Bueno, enhorabuena a los dos. —Cuando se da cuenta de que frunzo el ceño, o lo miro, o ambas cosas, levanta las manos—. Escucha amigo, no tienes nada de qué preocuparte. Solo somos amigos, lo hemos sido desde que ella modelaba en pijama de Barbie. —Le sonríe a Leila, y aunque me acaba de soltar todo un rollo sobre ser amigos, no puedo evitarlo… estoy celoso.

Se ríe.

—Tenía como diez años, dame un respiro.

Le sonríe.

—Fue un placer verte, Leila, espero que podamos ponernos al día pronto. Me tengo que ir. —Se inclina, le da un beso en las mejillas y se va.

—¿Así que ese es tu amigo? —le pregunto, incapaz de ocultar la mordacidad en mi tono.

Me mira y entrecierra los ojos.

—No seas celoso. Soy tuya. Me tienes a mí.

Resoplo ante sus palabras, me giro hacia ella y me agarro a su cara.

—Sí, te tengo —digo mirándola fijamente a los ojos verdes. Agarro su mano con la mía—. Y tú me tienes a mí. Tengo el corazón entre estos dedos. Te pertenezco.

CDiS

Me sonríe y estoy a punto de inclinarme para demostrarle a mi novia cuánto la quiero cuando escucho un ruido.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Leila, echándose hacia atrás, con el ceño fruncido en esos bonitos labios.

Cuando volvemos a escucharlo, es débil pero suena cerca. Nos damos la vuelta, mirando a nuestro alrededor hasta que volvemos a escucharlo. Un gato. El suave maullido llega de nuevo y cuando escucho a Leila jadear, me giro para mirar la cesta llena de plantas donde está mirando.

—Dios mío —susurra Leila, mirando fijamente al gatito blanco y negro que yace en medio de nuestras plantas—. Es tan pequeño.

Realmente lo es. El pobre parece que tiene meses. Se lleva la pata a la cara y se la lame con la lengua.

—No tiene collar —señalo, observando cómo el gatito se estira.

—¿Podemos quedárnoslo? —me pregunta con los ojos desorbitados.

Nosotros. Es su lugar, su decisión, pero me encanta que me incluya en esto. Como si fuera nuestro. Como una pequeña familia. Aprieto los labios contra su frente para ocultar mi sonrisa.

—Claro que podemos. —Sé lo mucho que le gustan los gatos, y este gatito que viene a nosotros casi se siente como…—. Podría ser el destino, ya sabes.

Pone los ojos en blanco.

—No creo en el destino.

Levanto las cejas y la miro fijamente.

—El destino me trajo hasta ti.

Ella se burla, riendo.

—Más bien un juego de girar la botella. —Sea lo que sea, estoy agradecido de haberla encontrado. Renuncié al amor hace mucho tiempo, nunca pensé que lo tendría. Me alegro de haberme equivocado.

Me acerco al pequeño, dejando que me agarre la mano hasta que puedo tomarlo. Leila adula al gatito al instante, acariciándole la cabeza, sus ronroneos la hacen derretirse.

—¿Cómo deberíamos llamarlo? —pregunta.

Miro a mi novia, observando el collar de garras de oro que le regalé por su cumpleaños y que cuelga de su cuello.

—¿Qué te parece Tigre? —le pregunto.

CDiS

Sus ojos se abren de par en par y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Me encanta.

—Bien —dice Leila antes de abrir la puerta de mi casa—. Antes de entrar, permíteme recordarte que te amo —alarga la palabra y me dedica una sonrisa de lo más dulce.

Entorno los ojos hacia ella, aferrándome a Tigre.

—¿Qué has hecho?

Obtengo la respuesta a eso cuando ella abre la puerta y un montón de gente me grita:

—Sorpresa.

El equipo de baloncesto, mi mejor amigo, los amigos de mis amigos, todos están aquí, rodeados de globos multicolores y sosteniendo bocinas de fiesta. Grayson incluso lleva un gorro de fiesta que sin duda Rosie le ha hecho ponerse.

Miro a Leila, que tiene la sonrisa más grande en la cara.

—¿Tú hiciste esto? —le pregunto.

—¿Eso es un gato?

—Sí —responde Leila, rodeando mi cintura con sus brazos.

Todo mi corazón está dentro de esta mujer.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto. Nunca le he dicho a nadie cuándo es mi cumpleaños. No le veía sentido cuando ya me había perdido tantos al crecer.

—Soy tu novia —responde ella—. Es mi trabajo saber estas cosas.

Sacudo la cabeza, sonriendo al amor de mi vida.

—¿Te he dicho ya que te amo?

Lo medita y niega con la cabeza.

—Todavía no —bromea, sabiendo muy bien que lo he dicho unas cien veces hoy.

Aprieto los labios contra su frente.

—Te amo, preciosa —declaro, tomando a Tigre con una mano y sujetándole la cara con otra—. Estoy tan enamorado de ti —murmuro antes de juntar nuestros labios.

CDiS

—De acuerdo —dice Carter, haciéndonos retroceder—. Lo entendemos, Cap. Estás enamorado. Pero tenemos un pastel que cortar.

Nunca he comido pastel de cumpleaños y lo sabe, por eso sonríe cuando la miro.

—No pude evitar pensar en todo lo que te perdiste. Quería que tuvieras un cumpleaños normal. —Me mira entrecerrando los ojos—. ¿Te gusta?

Cada día me enamoro más de ella.

—Sabes que habría sido más que feliz pasando el día en la cama contigo viendo películas, ¿verdad?

—En serio —dice Gabi—. ¿Por qué nadie habla del gato?

Leila sacude la cabeza.

—Te mereces lo mejor. Te lo mereces todo.

Miro a mi novia y le digo:

—Ya lo tengo todo.

FIN[1]

CDiS

[1] **Querido CL ❤️ esta es una traducción de Fans para Fans, la realización de esta traducción es sin fines lucrativos. Prohibida su venta. Apoya al escritor comprando sus libros ya sea en físico o digital.**

BOTTLE

Stephanie Alves

Stephanie Alves es una ávida lectora y escritora de libros románticos obscenos y contemporáneos. Le encanta escribir, especialmente libros con final feliz. No podría hacerlo sin sus dos adorables perros acurrucados a su lado. Son el mejor compañero de escritura.

Cuando no está escribiendo, se la puede encontrar leyendo o viendo comedias románticas.

CDiS